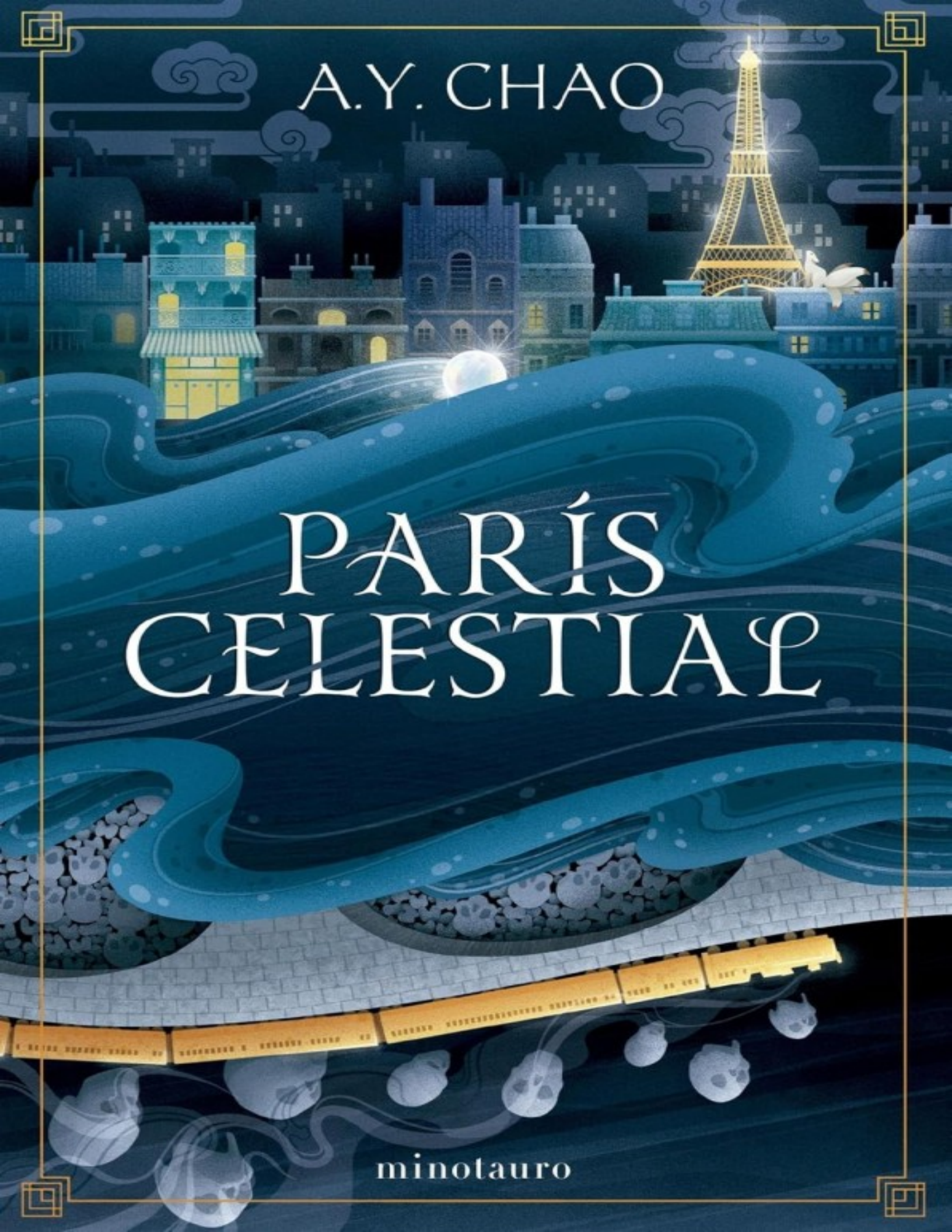
A.Y. CHAO



PARÍS CELESTIAL

minotauro

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
1. De mala educación
2. Equilibrio
3. Todo es jauja hasta que alguien termina flácido
4. El jarrón
5. Crecimiento
6. Té Yunnan
7. Entrega en mano
8. La reina cotilla
9. Buen viaje
10. Arraigado
11. Casa Durand
12. Igual que tú
13. Promesas
14. Sobre mí
15. El heredero
16. Coeur et Sangue
17. La Mansión de la Elegancia Reunida
18. Frustrado
19. La reunión
20. Menudo par
21. Traspasando las defensas del general
22. Mensajes
23. Una segunda oportunidad
24. Un encuentro de corazones
25. 陳酒 醇, 老友情深
26. La carta
27. El diario
28. Fábulas y leyendas

29. Bar 228
30. De mal gusto
31. Susurros
32. El trato
33. El don
34. El ajuste de cuentas
35. Atado
36. En casa
37. Compañeros de cuarto
38. El funcionamiento del Cosmos
39. Nostalgia
40. Reunión
41. Abuelitas
42. El altar
43. Decisiones
44. Arrepentimiento
45. Una respuesta
46. Familia
Una anotación lingüística
Glosario seccional
Agradecimientos
Créditos

PARÍS CELESTIAL

A. Y. CHAO

minotauro

Para Amie,
mi corazón y mi vida

1

DE MALA EDUCACIÓN

Es recargado, frívolo y una sucesión de pedorretas cortesanas. Siempre he odiado mi nombre completo, hasta tal punto que todos en Shanghái yin, a menos que su cerebro esté compuesto de heces fermentadas, saben que solo deben dirigirse a mí como *Lady* Jing.

No obstante, mientras cruzo el puente de madera hacia el Salón de la Armonía (aunque se parece más a una pradera bucólica salpicada de árboles florecientes que a un salón), alguien grita con seguridad y entusiasmo:

—¡Fragante Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun! ¡Yuju!

Me pongo tensa y escaneo el Salón, preparada para ejercer violencia.

Puesto que los ministros no suelen levantarse mucho antes del mediodía, el Salón está vacío, así que no me resulta difícil identificar al perpetrador. En la esquina más alejada de la pradera, donde las nubes se aferran a un saliente rocoso del monte Kunlun, está pegando botes como un *jiangshi* sobreexcitado el único *yaojing* al que no tengo permitido ofender, así que ni hablar de pisotear sus sesos hasta convertirlos en gachas: el embajador extranjero, Lord Aengus *mac* Dagda del Tuatha Dé.

Maldigo entre dientes. Como si los brincos y los deslumbrantes tirabuzones dorados no llamaran suficientemente la atención,

también está agitando los brazos como un loco; y las mangas estilo capa color rosa fucsia neón ondulan en el aire como estandartes de formación militar, ondeando y danzando sobre su cabeza y gritando «MÍRAME». Con esas payasadas sería imposible no verlo incluso de noche cuando el sitio está rebosante de *yaojing*, con el aire denso y borroso a causa del humo de los puros.

Me obligo a esbozar una sonrisa y saludar con la cabeza antes de girar sobre mis talones para salir huyendo.

—¡No os vayáis! ¡Esperad! —grita él—. ¡Fragante Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun! ¡Esperaaaaad!

Todo mi cuerpo se estremece y me detengo con torpeza. Dos veces. Ha usado mi nombre completo dos veces. Un pitido agudo en los oídos hace que me resulte difícil centrarme en cualquier cosa que no sea mi creciente irritabilidad.

El maestro Sun, mi profesor de control de la ira, una vez me dijo en un ataque de exasperación que debería tener en cuenta el coste de oportunidad cuando cedo ante mis impulsos. Durante unos deliciosos segundos, saboreo el placer de escupir al embajador en la cara antes de abandonar aquel ímpetu.

Dado que tanto Tian como el Tuatha Dé son signatarios del Tratado Internacional de Armonía Inmortal, cualquier insulto o perjuicio hacia Lord Aengus mientras se encuentre en nuestro territorio equivale a declarar la guerra. No merece la pena sufrir el tormento de un larguísimo sermón de Caballuno con expresión taciturna a cambio de un instante pasajero de felicidad al escupir a Lord Aengus.

Me tomo unos segundos para moldear mi rostro hasta evocar una expresión que parezca agradable, antes de darme la vuelta y cruzar el Salón hasta Lord Aengus y el saliente del monte Kunlun.

El embajador ha encontrado muchos admiradores entre los residentes del Infierno y los celestiales que han acudido al Shanghái yin a verlo. Sus seguidores lo llaman *hermano Yang*; Yang porque dicen que brilla como el sol.

Y resulta apropiado, porque al igual que el sol, mirarlo hace daño a la vista. Es dolorosamente brillante. Tiene los dientes tan blancos que el resplandor es cegador; los ojos del azul incandescente de una llama de gas; el cabello reluciente como si estuviera ungido de rayos de sol, a pesar de que en el Shanghái yin no hay sol. Aquí siempre es el crepúsculo, una ciudad bañada en sombras azules y cubierta por el manto de un cielo oscuro y sin estrellas.

—Es un honor saludar al precioso tesoro dorado del venerable Yan Luo Wang —dice en un perfecto mandarín formal, con el que la uve doble suena más similar a una uve. Lo pronuncia como «Yan Luo Vang» en lugar de «Yan Luo Wang».

«¿Precioso tesoro dorado?». Me duele la mandíbula de apretar con tanta fuerza para evitar perder la sonrisa.

—Fragante Gran…

—Lord Aengus, por favor, llámame *Lady* Jing.

Ahoga un grito como si no pudiera creerse su buena suerte y pronuncia más disparates ornamentados.

—¡Este ser indigno se deleita ante vuestra gloria ruborizada! ¡El hermano Zhu no exageraba al hablar de vuestra virtuosidad y noble belleza! —Ríe con un profundo «ja, ja, ja» de barítono, muy satisfecho de sí mismo.

¿Conoce a Zhu Bajie, ese ligón incorregible?

—¿Cuándo conocisteis al hermano…? —comienzo, pero me ignora.

—Qué honor que nos encontremos ante la noble presencia del monte Kunlun. —Presiona la mejilla contra el peñasco incrustado en el muro—. Descendiente del rey Gaoyang —entona—, Bo Yang es el nombre de mi honorado padre…

Esas son las primeras frases de *Encontrando el dolor*, uno de los poemas más largos de la antigüedad: cuatrocientas frases, más de dos mil quinientos caracteres. No creo que pretenda recitarlo entero. Si así fuera, el decoro exige que me quede a escucharlo. Nadie sería así de torpe…, pero sigue recitando las siguientes frases.

Me quedo boquiabierta al comprender que, en efecto, este pedazo de mierda sí que lo es.

Tardo todo el recital en alisar mi expresión compungida de «¿pero a ti qué te pasa, pedazo de zopenco?» y en adoptar una más apropiada y menos horrorizada. En cuanto pronuncia la última frase, intervengo.

—Gracias, estimado y noble Lord Aengus, por tu encantador recital de tan épico poema. Detén tus pasos…

Lord Aengus resopla y espeta:

—Este ser humilde toma prestada vuestra luz y solicita vuestra noble compañía.

Me da un tic en el ojo y me aferro con más fuerza a mi cara de *mahjong*.

—¿No te acompañaba Caballu…, quiero decir, Lord Ma? Iré a buscarlo. Seguro que no querrá que nuestro estimado invitado deambule a solas.

Los ojos del embajador adquieren una mirada soñadora.

—¡El venerable Lord Ma es un tesoro! Tan leído y conocedor del confucianismo. ¡Podría escucharlo durante horas! Por desgracia, lo hicieron llamar, pero me aseguró que vos me acompañaríais en su lugar, *Lady* Jing.

—¿Que dijo qué? —El horror hace que se me ponga la piel de gallina cuando reparo en que Caballuno me ha estafado. Lo último que quiero es ir por ahí persiguiendo a Lord Aengus.

—Lord Ma me dijo que vos sois muy versada en la teoría confuciana y una experta en *El libro de los cantos*.

—¿Lord Ma me ha alabado? —resoplo—. Eres un embustero.

Lord Aengus adopta una expresión solemne.

—Se lo juro por mi honor, *Lady* Jing. ¡Lord Ma me dijo que ya dominabais todo el canon de la poesía Ming a los dieciséis años! ¡Impresionante!

Vaya zurullo de mierda, dice la verdad. Recuerdo demasiado tarde tanto el Tratado como el hecho de que Lord Aengus es un

invitado frecuente de la Reina Madre de Occidente. Y ella es muy protectora con sus favoritos.

Mierda.

Me dejo caer de rodillas y golpeo el suelo con la frente.

—Disculpa mis groserías, estimado Lord Aengus. —Me inclino hacia delante y me postro dos veces más.

Cuando vuelvo a erguirme, Lord Aengus también está de rodillas frente a mí. ¡Por Tian! Pero ¿qué está haciendo?

—Aceptad mis disculpas, Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun —declara él, que se golpea la frente contra el suelo con un ruido sordo. Las ondas de cabello dorado caen contra la tierra.

—Lord Aengus, ¿por qué te disculpas? Yo soy quien te ha insultado. Estoy intentando…

Me interrumpe.

—Este ser humilde le ruega a la venerable Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun que disculpe mi ignorancia. ¡Este ser modesto se ha limpiado las orejas y está preparado para recibir las enseñanzas de la sabia y culta Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun! —Vuelve a postrarse con un golpe sordo. Cataplún.

»¡Disculpad la ignorancia de este ser poco inteligente! —Cataplún—. ¡Permitidme el honor de tomar prestada vuestra luz y ayudar a la honorable Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, la Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun! —Cataplún.

Su enorme cabeza dorada asciende y desciende cada vez que se postra. Es evidente que lo está disfrutando. Me crispo. Un insulto nace en mi garganta, pero me lo vuelvo a tragar. Con postrarme una sola vez ante el embajador es suficiente; quiero que acepte mi maldita disculpa y que pase página de una vez.

—Levántate —siseo.

Está tan embelesado emitiendo disculpas ornamentadas que no me oye. Se ha referido a mí como loto dorado, preciado tesoro, distinguida, honorable, noble, excelente y fragante. Aún no ha repetido un solo apelativo. Si no fuera por lo irritada que estoy, sus acrobacias verbales me habrían impresionado. Ante el siguiente cataplún, lo agarro del pelo. Él se detiene.

Hago un gran esfuerzo por controlar mi mal humor. En vez de amenazarlo, le ofrezco un incentivo.

—Si prometes aceptar mis disculpas y dejar de excusarte, permitiré que me veas jugando una partida de *mahjong*.

Cambia de postura, con las manos aún en el suelo, hasta que un brillante ojo azul me encuentra tras una cortina de bucles dorados. Asiente impresionado. Le suelto el pelo, que, para más irritación, es tan suave como parece. Los dos nos ponemos en pie: yo, con cautela; él, casi vibrando de la emoción.

Levanto la mano, un movimiento defensivo para prevenir otra ronda de sandeces cortesanas.

—Sin hablar. Si pronuncias una sola palabra…

Me devano los sesos en busca de algo que lo disuada sin romper los lazos diplomáticos y me decido por una opción que me provoca escalofríos solo de pensarla.

—... le diré a Lord Ma que repase todas las *Analectas* de Confucio contigo.

Su sonrisa flaquea y yo me jacto (en silencio, por supuesto) y me felicito a mí misma por haber encontrado al fin su debilidad. Pero entonces le tiembla el labio inferior y sus enormes ojos se llenan de lágrimas. El peso del Tratado se cierne sobre mi cabeza; ¿he ido demasiado lejos?

—¿De veras? —Le tiembla la voz y vuelve a ponerse de rodillas —. Mi gratitud no tiene límites, estimadísima Gran Princesa…

—*Lady* Jing —le ruego—. Por favor, Lord Aengus, llámame *Lady* Jing. —Mi voz suena tan casada como me siento.

Nos contemplamos mutuamente: él con tal adoración que cualquier transeúnte pensaría que lo he bendecido con todas las maravillas del universo; yo, como si se hubiera cagado en mi zapato. Unas gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas a pesar de que soy yo la que quiere llorar de la frustración.

—¡Benevolente *Lady* Jing! —Cataplún—. ¡Le habéis otorgado a este ser indigno uno de los mayores honores! —Cataplún—. Este ser de poca inteligencia toma prestada vuestra luz. —Cataplún—. Pues la benevolencia de *Lady* Jing no conoce límites. —Cataplún.

Se mantiene bocabajo con la frente en el suelo durante un buen rato. Me niego a tirar de él para levantarlo, como se esperaría tras una alabanza tan exagerada. En vez de eso, cierro los ojos, cuento hasta diez y digo en un tono calmado:

—De acuerdo. Ahora, por favor, levántate y muérdete la lengua o me veré obligada a informar a Lord Ma de que ya no estás en absoluto interesado en hablar sobre filosofía confuciana.

Esta vez, se levanta de un salto y se sitúa sumiso y dócil ante mí. Estoy a punto de suspirar de alivio cuando su mirada aterriza en la mesa de *mahjong* y su rostro vuelve a iluminarse.

—¡*Mahjong*! ¿Puedo echar una partida? ¡Parece divertido!

«Por la Reina Madre de Occidente», me quejo entre dientes. Exhalo una amplia bocanada de aire, inhalo otra y digo muy despacio para que pueda absorber cada palabra:

—Tú no eres ministro, aquí solo pueden jugar al *mahjong* los ministros. ¿*Dong ma*?

—*Dong*, *dong*, *dong* —musita, con menos entusiasmo. El alivio es momentáneo antes de que sus ojos vuelvan a iluminarse—. Ah, ¡pero eso significa que puedo ver cómo juegan todos los demás! Puedo ver sus manos, estrategias e intenciones. —Hace un saludo con el puño y se inclina con tanta violencia que me veo obligada a retroceder unos pasos para evitar recibir un latigazo de su cabellera.

El embajador continúa cotorreando, haciendo caso omiso de que yo desee escucharlo o no. Saludo a un criado que está de paso.

—Tráeme una botella de *maotai*. Espera, mejor dos.

Me hundo en la silla más cercana y acepto la derrota.

Justo en ese momento, una conocida nariz torcida, cuya aparición agradezco, se asoma por la esquina del saliente, seguida del resto de Lord Black portando su habitual vestimenta: una túnica de académico marrón y raída.

—Este huérfano llega ante ti ileso, Gran Princesa Rebosante de Sagacidad —dice, e inclina la cabeza.

Lord Aengus se detiene a mitad de una frase y lo mira boquiabierto. Hago una reverencia, agradecida por la oportunidad de hablar con Lord Black. Ha estado fuera durante los últimos meses, así que no he podido preguntarle sobre mi perla de dragón.

—Esta humilde servidora se deleita ante tu gloria, venerabilísimo Lord Black, Rey Dragón del Norte —digo—. Permíteme que te presente a Lord Aengus, del Panteón Tuatha Dé de Inis Fáil.

Me doy la vuelta y veo que Lord Aengus ya está inclinado. Se yergue tan deprisa que pierde el equilibrio, pero consigue corregir la postura antes de caer contra el rey dragón. Intento con todas mis fuerzas no mirar al desafortunado embajador con cara de «por Tian, pero ¿a ti qué te pasa?».

Saluda con el puño y se deja caer sobre una rodilla.

—¡Diez mil años de buena salud para el poderoso y estimado Lord Black, Rey Dragón del Norte! —exclama.

Una comisura de la boca de Lord Black se crispa.

—Por favor, levántate, hermano Yang. Me honra tu… —Lord Black se aclara la garganta— ... saludo entusiasta. Tu mandarín es impresionante. He oído que te enseñó el hermano Zhu.

Lord Aengus sonríe.

—El hermano Zhu es el mejor. Vino a Inis Fáil y permaneció muchos años en nuestra preciosa isla. Le enseñé irlandés y él me enseñó algunos de los idiomas principales de Tian, el mandarín entre ellos. Incluso me presentó a la Reina Madre de Occidente. Soy afortunado de tener a tan buen amigo.

Eso explica por qué el habla cortesana de Lord Aengus es tan aduladora.

Otro tío dragón se une a nosotros.

—Ahí estás, Ming —le dice a Lord Black—. No me habías dicho que conocías al hermano Yang. Tenía ganas de conocerlo.

El tío dragón es el vivo retrato de Lord Black, desde la nariz aguileña hasta los ropajes raídos, aunque la túnica de este tío dragón es de un horrible color mostaza descolorido con un desgarro largo y deshilachado a lo largo del puño de una de las mangas. No es habitual que dos reyes dragón asistan juntos al Consejo Mahjong; al hacerlo no solo le aportan buena imagen al Ministerio del Infierno, también a mí, una ministra de poca antigüedad.

El problema es que no sé cuál de los otros tres reyes dragón es. Y si no lo saludo con el debido respeto, negaría el honor que nos otorgan.

Hago una profunda reverencia y formulo un saludo ornamentado pero genérico, con la esperanza de que el rey dragón no se percate.

—Hace tiempo que esta servidora indigna admira… —Comienzo, pero mis palabras quedan ahogadas bajo la estruendosa voz del embajador de Tuatha Dé.

—Diez mil años de buena salud para el poderoso y estimado Lord… —Una larga pausa. Luego dice—: ¿Cuál sois vos?

—Soy Lord Vermilion, Rey Dragón de los Mares del Sur —afirma el tío dragón de túnica mostaza.

—¡Esta humilde servidora se deleita ante tu gloria, honorable Lord Vermilion, Rey Dragón de los Mares del Sur! —digo aprisa.

—Por suerte para ti, *Lady* Jing, Lord Aengus es lo suficientemente ingenuo para admitir su ignorancia —dice Lord Vermilion—. Una lección que deberías aprender. Di lo que piensas y piensa en lo que dices. Evita complicaciones innecesarias.

Reevalúo a Lord Vermilion con mirada esperanzada. Lord Black solo se expresa con acertijos; nunca profundiza ni explica nada y parece que disfruta de las respuestas sin sentido. Los reyes dragón son conocidos por su vista de dragón, pero nadie parece saber qué conlleva exactamente: algunos dicen que predice el futuro; y otros,

que es una especie de omnisciencia. Quizá Lord Vermilion resulte más esclarecedor y, si es así, podría preguntarle sobre mi perla de dragón.

—Disculpa mi ignorancia, Lord Vermilion —digo con un tono modesto y virtuoso—. Me he limpiado las orejas y he recibido tu sabiduría.

Lord Vermilion resopla.

—Sospecho que mis palabras te entran por una oreja y ten salen por la otra como si no fueran más que viento.

Sonrío e ignoro su leve regañina.

—Admito que antes no te conocía, pero ahora sí.

—Ahora no es antes ni después —responde Lord Vermilion. Las comisuras de sus ojos se arrugan como si se estuviera divirtiendo.

Lord Black asiente ante las palabras de su hermano.

—Muy cierto, Qin, muy cierto.

¿Qué ha sido de decir lo que se piensa y pensar en lo que se dice?

Aún no estoy dispuesta a rendirme, así que lo intento de nuevo.

—Esta humilde servidora se une a tu cortejo. ¿Podría el estimado Lord Vermilion explicar a qué se refiere con antes y después? ¿Hablas del tiempo?

—¿Qué clase de tiempo? —replica Lord Vermilion. Se aclara la garganta y oculta una risita.

Por Tian. Las respuestas de este rey dragón tienen tan poco sentido como las de Lord Black. Decido no proseguir con este tormento, así pues, asiento y no hago más preguntas.

Lord Black emite una carcajada.

—¿Jugamos?

2

EQUILIBRIO

Lord Aengus pega saltitos y da palmadas.

—¡Seré vuestro cuarto!

Aprieto los dientes.

—Acabo de decir que…

—Ah, ahí estáis. —Otra copia idéntica de Lord Black se une a nosotros.

Alzo las cejas de forma no intencionada. Que tres de los cuatro reyes dragón acudan al Consejo Mahjong es un honor sin precedentes. El tercer tío dragón, no sé si se trata de Lord Bai o de Lord Chun, tiene el mismo rostro, la misma nariz aguileña que los otros dos, pero hasta ahí llega el parecido. El cabello engominado y el pico de viuda le aportan a este dragón un aire severo. Se comporta con tal dignidad y autoridad que si me importaran esa clase de cosas, me sentiría intimidada. Mientras que a la mayoría de los celestiales les encanta acicalarse y pavonearse, durante el Consejo visten con mucho cuidado: lo suficientemente arreglados para no deshonrar a su ministerio, pero no tanto como para eclipsar a otros ministros, sobre todo a los de mayor rango.

Este rey dragón no parece tener ningún reparo. Lleva unas túnicas ceremoniales de seda tan resplandecientes que pocas veces solemos verlas durante el Consejo. La pesada túnica de brocado dorado luce un cuello cruzado *jiaoling* de tres capas: una túnica interior de un dorado muy pálido que contrasta con una túnica

intermedia color bronce y la solapa exterior de seda dorada pálida con bordes de bronce y bordada con un dragón plateado como la luna.

—Lord Bai —susurra Lord Aengus y vuelve a inclinarse de inmediato—. ¡Diez mil años de buena salud para el poderoso y estimado Lord Bai, Rey Dragón del Oeste!

Lo saludo a toda prisa y miro de reojo a Lord Aengus. ¿Cómo lo ha sabido?

—Jun —dice Lord Black—. Justo a tiempo, como siempre. Puedes ser nuestro cuarto.

Lord Bai dirige una mirada altiva a la mesa y chasquea la lengua.

—Estoy seguro de que sería más agradable hablar de las cuotas de pesca tomando el té. Tengo un maravilloso Da Hong Pao de uno de los árboles madre.

—Podemos tomar el té en cualquier momento, pero casi nunca jugamos. ¡Si deben de haber pasado al menos cien años desde la última vez que compartimos una mesa de *mahjong*!

Lord Vermilion hace girar una ficha entre sus dedos.

La estudiada despreocupación de sus movimientos y el hecho de que Lord Black y él no se estén mirando me hace sospechar que están intentando tenderle una trampa a Lord Bai.

—He oído que *Lady* Jing es una jugadora formidable —continúa Lord Vermilion.

—¿Ah, sí? —Lord Bai me observa con desinterés mientras da la vuelta a un grueso anillo de jade que porta en el pulgar. El anillo es de un llamativo color azul cian, uno de los tonos menos habituales de jade, con espirales negro azabache, bermellón y blanco hielo translúcido. Tras un momento, se aparta la capa exterior hacia atrás. La seda se infla con una ráfaga de aire invisible y él toma asiento con elegancia—. Así que tú eres la famosa *Lady* Jing, la que tiene la perla de dragón de Meimei. Qué *mafan* ha causado el presente. Ojalá nunca se le hubiera ocurrido regalártela.

—No es asunto nuestro cuestionar el funcionamiento del Cosmos —apunta Lord Black.

Lord Bai pone los ojos en blanco.

—Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará? No debemos aceptarlo todo sin dudar.

—Puedes cuestionar lo que desees, hermano mayor —Lord Vermilion hace ondear una manga amarilla y desgastada—, pero eso no hará que los demás dejen de hacer lo que les plazca. Así es el Funcionamiento del Cosmos.

Lord Bai levanta la barbilla con un mohín.

—Eres un cerdo, Qin. Siempre te pones de parte de Ming.

Esa faceta de idiota infantil de Lord Bai hace que me caiga aún mejor. Agacho la cabeza para esconder una sonrisa y me centro en limpiar las fichas de *mahjong* para preparar la partida. Las fichas tintinean y repican cuando las muevo en círculos bajo las manos.

Una sonrisilla se asoma a las comisuras de los labios de Lord Black.

—¿Algo que decir, noble *Lady* Jing? —pregunta.

—Recibo al Cosmos con los brazos abiertos, como tú me has enseñado sabiamente.

Lord Black ríe, pero no dice nada más. Gracias a Tian. Con los tres tíos dragón juntos no tendré una oportunidad mejor para preguntar sobre mi perla de dragón. Si ellos no saben cómo arreglarla, nadie lo hará. Aun así, dudo. Mentir no es una opción, no ante unas criaturas que se rumorea que son más ancianas que el Cosmos y que es posible que lean la mente. Pero también siento cierta reticencia a admitir que el motivo por el que probablemente no funciona como debería es porque usé la perla de dragón como último recurso para ganar a las canicas. En mi defensa diré que me había tomado cinco botellas de *baijiu* y una cantidad innumerable de cócteles antes. No fue una de mis mejores decisiones.

El criado regresa con dos botellas de *maotai* y cinco tazas de jade llenas del licor transparente. Me bebo la mía de inmediato,

necesito reducir la ansiedad y la vergüenza mientras espero que surja la oportunidad de hablar de la perla.

Cogemos las fichas y formamos unas paredes ordenadas. Lord Aengus permanece en pie detrás de mí. Organizo mis fichas en parejas y tríos, contenta al ver que hoy la suerte me sonríe. Lord Aengus opina lo mismo, porque emite un sonido de satisfacción. Me muerdo la lengua para no gritarle y provocar otra ridícula ronda de reverencias.

Después de contar hasta diez tres veces, digo:

—Lord Aengus, permíteme que te enseñe la norma esencial del *mahjong*.

Él ahoga un grito de emoción. Aspiro aire con fuerza y me aferro a la sonrisa de mi rostro para que no salga corriendo. Lord Black hace un ruido que se parece mucho a una risilla.

—La habilidad más importante es mantener una buena cara de *mahjong*. Todos los buenos jugadores tienen una y la usan para mantener sus señales y gestos ocultos. Entusiasmo, alegría, decepción, miedo… La cara de *mahjong* debe evitar que tus oponentes descubran lo que albergan tu corazón y tu mano.

Lord Aengus asiente y emite varios sonidos de sorpresa. Examina a los tíos dragón como si los viera con otros ojos.

—¡Benevolente *Lady* Jing! He abierto las orejas y he recibido vuestra sabiduría —dice, y sus relucientes ojos azules brillan con tanta honestidad que se los quiero arrancar de cuajo.

—No me hagas saber si estás agradecido o si te interesa algo. No hagas comentarios sobre las manos de otras personas. Quédate quieto y en silencio, ¿de acuerdo?

El embajador asiente.

A Lord Black le tiembla la mejilla.

—Hermano Yang, *Lady* Jing te ofrece unos consejos excelentes —dice—. Su cara de *mahjong* es la mejor de todas. Bueno, quizá solo la supera la de nuestro estimado Yan Luo Wang. Tienes mucha suerte de recibir sus perlas de sabiduría. Son aún más escasas que las de dragón.

Ahí está mi oportunidad. Mantengo un tono ligero y desenfadado cuando comento:

—Hablando de las perlas de dragón, ¿alguna vez se rompen o necesitan algún cuidado especial?

Lord Bai chasquea la lengua.

—Las perlas de dragón no se pueden romper, pequeña diablilla.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Lord Black ignorando a su hermano.

—No puedo abrir ningún portal. Parpadear no sirve de nada por mucho que visualice el destino. Ya han pasado varios meses. —Ante el fruncimiento de ceño de Lord Black, me apresuro a explicarlo—: Intenté llamarte en cuanto ocurrió, pero no estabas en casa. Te dejé un par de cartas, pero…

—Oh —dice Lord Black—. Mis disculpas, *Lady* Jing. Estaba de viaje visitando a la familia. Me entregaron las cartas y yo las guardé para no perderlas, pero me olvidé de ellas. —Rebusca en sus mangas y extrae dos cartas. Las dos estallan en llamas.

Intento no mirar fijamente las espirales de humo que solían ser mis cartas, insegura de si se trata de un comportamiento habitual para un tío dragón o si me está enviando una advertencia.

—Eh… esa es una forma eficiente de deshacerse de la basura.

—Así es como leo siempre mis cartas —afirma Lord Black, y responde de este modo a mi pregunta no formulada con un tono bastante alegre. Mira de cerca mi ojo derecho—. Qué raro, no hay ningún problema en la colocación. Quítate la perla, por favor.

Me inclino hacia delante. Con un chasquido húmedo, la perla de dragón de Longnu, cubierta por unas escamas rosa pálido iridiscentes, cae sobre la palma de mi mano. Lord Black toma la perla del tamaño de una cereza y le sopla, haciendo que se hinche hasta adoptar el tamaño de un caqui. La sostiene ante la luz y la examina con cuidado mientras la hace girar.

—¿Qué tal tienes la vista? —pregunta Lord Vermilion—. Ming me ha dicho que puedes ver lejos, ¿verdad, hermano?

Lord Black levanta la mirada y sus ojos se mueven con diversión.

—Supongo que eso depende de lo que ella esté intentando ver.

—¿Te refieres a mi vista de dragón? —pregunto.

—¿Qué quieres decir con lo de tu vista de dragón? —gruñe Lord Bai.

—Me refiero a la vista de dragón que me otorga la perla —digo, sorprendida por la hostilidad de Lord Bai.

Lord Bai entrecierra los ojos.

—Los dragones tienen vista de dragón. Los dragones tienen perlas de dragón. Tú no eres un dragón, impertinente e insolente diablilla.

—Lo sé; sé que no soy un dragón —tartamudeo, y me pregunto cómo puedo haber ofendido al rey dragón.

Toda la atención de Lord Black está centrada en la perla, así que no repara en el arrebato de su hermano. No me atrevo a mirar a Lord Vermilion por si también lo hubiera ofendido. En tiempos desesperados, medidas desesperadas. Reitero la misma sarta de florituras de mierda que detesto, pero que es tan popular entre las deidades como el elixir inmortal de melocotón de la Reina Madre de Occidente.

—Levanta tu honorable mano —digo con mi tono más modesto y sumiso—. Disculpa mis descuidadas palabras. Esta humilde servidora no pretendía ofender al venerable Lord Bai, Rey Dragón del Este…

—Chsss, Jun, no te metas con la chica —dice Lord Vermilion—. Meimei le otorgó la perla y la vista de dragón a *Lady* Jing. Tiene razón al decir que son suyas.

—Qin —sisea Lord Bai—. ¿Cómo puedes defender a la diablilla?

Lord Vermilion se inclina sobre la mesa y finge susurrar.

—Ignora a mi hermano mayor. Siempre es un pedante insufrible. Dime, ¿cuánto puedes ver, pequeña Jing?

—Eh… —Como sigo recelosa por Lord Bai, respondo con imprecisión—. ¿Hasta donde me llega la vista?

Lord Vermilion planta los dos codos en la mesa y entrelaza los dedos. Sus mangas ocre raídas le caen por los antebrazos mientras me contempla.

—Muy bien. ¿Hay algo que quieras preguntar?

Me siento alentada por sus palabras de ánimo.

—La verdad, una vez experimenté un *déjá vu*: vi algo que estaba a punto de ocurrir. ¿Es normal para la vista de dragón?

—La normalidad es un constructo para aportar consuelo —dice Lord Vermilion—. Todos somos únicos a nuestra manera. Lo que es normal para una persona puede ser extraordinario para otra.

—Bueno, a lo que me refiero es…

—¿Vamos a jugar o a pasarnos todo el día diciendo sandeces? —interviene Lord Bai.

—Además, habéis malinterpretado el *déjá vu* —continúa Lord Vermilion con calma, ignorando a su hermano—. Quiere decir que se ve algo que ya ha ocurrido, no algo que está a punto de ocurrir. El Cosmos contiene multitudes.

—Multitudes —repite Lord Black, que se une a la conversación.

—Pero vi algo que estaba a punto de ocurrir. ¿No es eso ver el futuro?

Lord Vermilion chasquea la lengua con amabilidad. —No mires hacia delante pensando que puedes mirar hacia atrás. No mires hacia atrás pensando que puedes mirar hacia delante. Sin embargo, sé consciente de que mirar hacia atrás y hacia delante son dos caras de la misma moneda.

«Igual que Lord Black y Lord Vermilion son dos caras de la misma moneda disparatada». Presiono los labios para evitar pronunciar esas palabras e inclino la cabeza con humildad.

Cuando al fin termina de inspeccionar la perla, que ahora es del tamaño de una nuez, Lord Black dice:

—La perla necesita una infusión del *qi* de Meimei para arreglarla. Voy a visitarla tras el Consejo, así que, si no te importa, Lady Jing, me la quedaré por ahora.

—Te lo agradezco sobremanera, Lord Black —digo, aliviada al no tener que explicar cómo me provocaron en una partida de canicas mientras estaba borracha y estuve a punto de perder las mejores frente a un tramposo de mierda. Por suerte, descubrí a tiempo cómo hacía trampas, así que usé la perla de dragón para recuperarlo todo.

—¿Qué le ocurre, Ming? —pregunta Lord Vermilion.

—Parece que la perla tiene alguna clase de desequilibrio —dice Lord Black—. Como si la hubiera golpeado algo duro. Como una canica. —Me echa un vistazo con los ojos relucientes.

¡El maldito dragón puede leerme la mente!

Debe de fallarme la cara de *mahjong* porque Lord Back se ríe.

—¡Ay! Qué graciosa eres, *Lady* Jing.

Me aclaro la garganta y canalizo a *Lady* Gi cuando pone su cara de juego: una daga de acero envuelta de un encanto coqueto. Con un tono alegre y conspiratorio, me inclino hacia Lord Bai.

—Mucho hablar y poco jugar. ¿Verdad, venerable Lord Bai?

Tras eso, cojo una ficha y comienzo nuestra ronda. Centro todos los pensamientos en mis fichas y no dejo ningún espacio a las canicas ni a las perlas de dragón.

En menos de cuatro turnos descubro que jugar al *mahjong* con los tíos dragón es tan frustrante como hablar con ellos. Lord Black descarta todas las fichas que coge sin mirar, así que su mano original no cambia nunca. Lord Vermilion hace lo mismo. Ninguno de los hermanos se preocupa por las fichas que tiene en la mano, así que sus turnos terminan en pocos segundos. Su estrategia de juego me tiene perpleja. ¿Están usando su vista de dragón para que les revele el futuro? ¿O quizá pueden ver las fichas que irán saliendo?

Pero eso no puede ser, puesto que Lord Bai tarda siglos en decidir si descartar la ficha que ha cogido o una de su pared. Si pudiera ver el futuro, no sería un estratega tan horrible. Quizá a fin de cuentas debería haber dejado que Lord Aengus jugara.

—Vamos, *Lady* Jing. Las sorpresas son lo que da sabor a la vida —dice Lord Black, y arroja su ficha de nuevo a la mesa.

—¿Por eso juegas así? ¿Sin mirar?

—¿Dónde está la diversión si lo único que se hace es mirar?

—Pero es que tú no miras nunca —digo.

—¿Ah no? —pregunta Lord Black—. Como sabes, yo veo mucho, tanto lo que está lejos como cerca.

—Vista de dragón —musito, tratando de anclar la conversación en la lógica.

—El Cosmos nos guía; somos conscientes de muchas cosas.

—Sí, lo recuerdo. La lógica y el orden. Dijiste que no poseo la habilidad para ver, aún.

Lord Black junta las manos.

—¡Una memoria impresionante! Abraza el Cosmos y serás abrazada por él. Alimenta el Cosmos y el Cosmos te alimentará. Acepta el Cosmos y el Cosmos te aceptará. Ese es el Funcionamiento del Cosmos. La conciencia y la visión son lo mismo. Con tiempo y práctica, lo entenderás.

Ya he escuchado esta sarta de sandeces. No tiene sentido que entre al trapo porque solo conseguiré divertir a Lord Black y enfadarme. Así que escojo el camino de la benevolencia o, más bien, de la ignorancia intencionada. Asiento y sonrío.

Lord Bai evalúa su mano y dice, arrastrando las palabras.

—Tu habilidad para el *mahjong* me resulta decepcionante, *Lady* Jing. Había oído que eres una jugadora temible. —Su rostro es puro engreimiento y satisfacción cuando tira otra ficha a la mesa—. Es evidente que los rumores eran exagerados.

—Venerable Lord Bai —interviene Lord Aengus—. He oído que vuestra habilidad para el *mahjong* es prodigiosa. Es un honor veros jugar.

Menudo pelota pedorrero. Casi estoy a punto de decirlo en voz alta, pero aprieto los dientes en el último momento. Hoy ya he tenido que postrarme una vez para disculparme, seguro que puedo pasar el resto del día sin humillarme por segunda vez. Conservo la seguridad en mí misma durante unos segundos, pero pronto se tambalea cuando la realidad se interpone con grosería. Jamás he conseguido mantener mi carácter a raya. Quizá debería sucumbir.

Fantaseo con escupirle una gran bola de flema a Lord Bai. Me pongo de buen humor al momento.

Lord Black hace un sonido que se asemeja sospechosamente a una risa seguida de una tos. Pienso dirigiéndome a él con mucha fuerza e intención: «¿Lord Black, me estás leyendo la mente?».

La cara de *mahjong* de Lord Black es excepcional y no muestra ninguna señal de que me esté escuchando. De hecho, por primera vez desde que hemos empezado a jugar, evalúa sus fichas de verdad.

Tengo la mirada penetrante de Lord Bai clavada en la frente mientras Lord Aengus respira por la boca a mis espaldas y telegrafía su reacción a todas mis fichas. Vuelvo a considerar la opción de escupir al embajador en la cara, pero esta vez es la voz arrastrada y nasal de Caballuno la que entra sin invitación en mi cabeza: «El equilibrio es la base de Tian, *Lady* Jing».

Gruño para mis adentros ante la intrusión inoportuna. Durante el último mes, me han obligado a soportar las lecciones diarias de Caballuno sobre las reglas del Consejo Ministerial Mahjong. Lo que se permite, el *ke*, y lo que está prohibido, el *wu*. Dijo que para prepararme. Pero más bien sirve para matarme de aburrimiento. Y no puedo avergonzar a nadie si estoy muerta.

Escupir hacia o en el espacio de cualquier ministro, incluso uno irritante, es un *wu* como una casa. Ganar al *mahjong* también es, sorprendentemente, otro gran *wu*, sobre todo contra ministros de más alto rango. Crear un equilibrio entre los ministerios y mantener la armonía forma la base de todo el Consejo Mahjong. Dado que los reyes dragón son los de más alto rango y las deidades más veneradas de todo Tian, sería un error ofenderlos. Unos niveles relucientes y *enormérrimos* de *wu*.

Recito las palabras de Caballuno como un mantra: «El equilibrio es la base de Tian. La armonía es la ley de Tian».

Como respuesta tardía al insulto de Lord Bai hacia mis dotes para el *mahjong*, obligo a mis labios a esbozar una sonrisa agradable y arrojo la ficha sobre la mesa.

—Los rumores corren como la pólvora, Lord Bai. No les prestaría demasiada atención.

Lord Bai chasquea la lengua y niega con condescendencia. Un leve zumbido en mis oídos ahoga las cuidadosas lecciones de Caballuno y sirvo más *maotai* a todos para ganar algo de tiempo, con la esperanza de poder controlar mis impulsos, pero no sirve de nada. Cuando Lord Vermilion descarta la ficha, espeto:

—*Gang* —digo y cojo su ficha para formar una agrupación de cuatro fichas. Mi jugada se salta de forma conveniente a Lord Bai.

Al rey dragón le tiembla un músculo de la mandíbula. Lord Black y Lord Vermilion ríen con disimulo.

A la siguiente ronda, cuando Lord Vermilion descarta, sonrío con dulzura.

—*Pong* —digo y uso su ficha para formar un trío. Que, oh, provoca que Lord Bai vuelva a perder su turno. «Chúpate esa, lagarto gigante».

Lord Black ha dejado de fingir que está jugando, lo único que hace es sacudir las cejas hacia Lord Vermilion cada vez que Lord Bai aprieta la mandíbula o resopla. Caigo en la cuenta de que están poniendo a Lord Bai a prueba.

Justo después de pensarlo, se me nubla la visión. Ya no me encuentro en el Salón de la Armonía, sino a los pies de un lago reluciente donde el canto de los pájaros y la estridulación de los insectos acompañan al suave murmullo de las olas contra la orilla de guijarros.

Cuatro muchachos corren de un lado para otro examinando el suelo. Sus túnicas azul pálido lucen cuellos cruzados *jiaoling* de doble capa: una túnica interior azul oscuro debajo de una solapa exterior blanca impecable bordada con dragones de plata. Un moño alto sujeto por una pequeña corona de oro deja a la vista los picos de viuda y se aprecian las distintivas narices aguileñas de los chicos. Deben de ser los cuatro tíos dragón de niños.

Los muchachos se reúnen bajo la sombra de un árbol cercano para mostrarse mutuamente sus hallazgos. El primero sostiene

cuatro piedras romas grises, todas con un enorme agujero en el medio. Se coloca los anillos en el pulgar, la torre es tan alta que el cuarto se lo oculta por completo, luego, sopla con cuidado.

Unas llamas luminosas del tono nítido y cristalino de un cielo despejado de primavera envuelven los anillos y convierten las piedras romas en lustrosas y transparentes. Los chicos vitorean emocionados mientras cada piedra resplandece con un color diferente: azul cielo, negro tizón, bermellón y blanco nieve. El segundo hermano pone la mano bocarriba, donde sostiene una sola piedra lustrosa, negra como el azabache, redonda como una perla y grande como un puño. Los chicos asienten con aprecio. El tercero enseña una piedra rojo sangre que se asemeja a una vieja rama nudosa, llena de huecos y agujeros interesantes, lo cual provoca una oleada de risas. El cuarto baja la vista a la piedra blanca e inmaculada que sostiene entre las manos, luminosa y lisa, pero bastante corriente comparada con los hallazgos de sus hermanos. Su boca se retuerce por el descontento.

—Soy el mayor —dice. Y por su ademán pretencioso diría que se trata de Lord Bai—. Y por lo tanto soy el más importante. Me entregaréis vuestras piedras.

Los otros chicos sacuden la cabeza. Lord Bai intenta coger la piedra espiritual bermellón, pero el otro chico es demasiado rápido y salta lejos de su alcance. Lo mismo ocurre cuando intenta asir la piedra negra con forma de perla. Lord Bai se vuelve hacia el último hermano con los cuatro anillos. Este hermano no sale corriendo, sino que observa con tranquilidad a Lord Bai mientras se aproxima.

—Espera, Jun —dice el niño. Sopla a los anillos y las llamas cerúleas vuelven a alzarse de nuevo. En el interior del fuego, los colores se curvan y arremolinan como dragones juguetones. Los cuatro anillos se funden poco a poco hasta formar uno solo.

Lord Bai lo contempla atónito y su mirada se endurece a causa de la avaricia.

—Quiero…

Su hermano lo interrumpe.

—Escogí estas cuatro piedras para poder crear este anillo. Para ti —dice el joven—. Blanco por ti, Jun; negro por Ming, rojo por Qin y azul por mí; así siempre nos tendrás cerca. Nuestro vínculo familiar es sagrado, eterno e indestructible. —Se saca el anillo del pulgar y lo coloca sobre el de Lord Bai.

Lord Bai se mira la mano y su rostro pasa de la sorpresa a la vergüenza, al arrepentimiento y a la ternura. Inclina la cabeza.

—Acepta mis disculpas, Didi. Yo…

—*Zijiren* —dice el chico, y desestima la disculpa de su hermano con un gesto—. Nos unen los vínculos familiares, Jun. —La sonrisa del niño es una mezcla agridulce de resignación y paciencia—. Nos guste o no. Siempre elegiré honrar nuestro vínculo; espero que mi regalo te anime a hacer lo mismo.

La visión desaparece y estoy de vuelta en el Salón de la Armonía. Lord Black se lleva un dedo a los labios y me guiña el ojo. ¿Me ha enviado él esa visión? ¿Era eso la vista de dragón?

El grupo de ministras *hulijing* de este año se acerca trotando a nuestra mesa. No soy capaz de distinguirlas: todas lucen moños de tres vueltas adornados con horquillas enjoyadas, que suelen gustar mucho a las deidades; y túnicas de varias capas en los tonos más suaves de melocotón y ciruela y gasa de seda rosa sobre corpiños ajustados; con las tetas a punto de salirse de sus confines de seda. Le echo un vistazo a todos los escotes brillantes y sacudo la cabeza. A pesar de haber pasado mis primeros años en la Corte Hulijing, sigo sin saber cómo consiguen enseñar tanto sin dejar entrever ni un poquito de pezón.

Hacen los debidos saludos y reverencia a los tíos dragón. A mí me ofrecen un asentimiento, lo suficiente para que el saludo no sea irrespetuoso, pero sin que llegue a ser tampoco lo opuesto. Por el contrario, las ministras *hulijing* revolotean alrededor de Lord Aengus entre risas como si fueran golondrinas ebrias.

—¡Hermano Yang, tomemos el té pronto!

—¡Hermano Yang, qué ojos más azules tienes!

—¡Hermano Yang, hablas muy bien mandarín!

Puaj.

Lord Black me mira con una sonrisita de superioridad mientras Lord Vermilion suelta una carcajada.

—Ming no exageraba: sí que eres divertida, *Lady* Jing.

—Ajá. —Cojo una ficha y la descarto sin mirarla.

Como los tres actuamos por inercia, el juego avanza deprisa. Lord Vermilion descarta un *Zhong* rojo. Lord Bai roba la ficha, pero, con un movimiento repentino y frenético, Lord Black le sujeta la muñeca a Lord Bai contra la mesa.

Lord Bai intenta zafarse de su agarre, pero no lo consigue. Fulmina con la mirada a su hermano.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Ming?

—*Hu*. —Lord Black le arranca la ficha a Lord Bai. Para su pareja final añade el *Zhong* rojo, el carácter del equilibrio.

—Ming, ¿no podías dejarme ganar? ¡Solo me faltaba una ficha! —Lord Bai aparta de un empujón su silla de la mesa.

—Las sorpresas hacen que la vida sea más divertida, Qin —dice Lord Black—. ¿No es cierto, pequeña Jing?

Así es. Les hago una profunda reverencia a los tíos dragón.

—Gracias, venerable Lord Black, te felicito por tu excelente victoria. Lord Bai, Lord Vermilion, ha sido un honor poder jugar al *mahjong* con vosotros.

Las ministras *hulijing* siguen revoloteando alrededor de Lord Aengus. Conozco a esas sanguijuelas demasiado bien. Huelen su *qi* y desean probarlo.

Intento no poner los ojos en blanco cuando vuelvo a hablar.

—Lord Aengus, como intermediaria especial de la Corte Hulijing, es mi deber desaconsejarte pasar demasiado tiempo con las *hulijing*. No son…

—No le hagas caso —dice una de las ministras. Se trata o bien de *Lady* Bo, o de *Lady* Ba; son gemelas y es imposible diferenciarlas. Las dos tienen voces chillonas y lastimeras, rostros pequeños y pechos grandes—. ¡Te quiere todo para ella!

Me atraganto.

—Eso no es…

—¡No quieres compartir! —apunta *Lady* Mo.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —digo, apretando los dientes e intentando evitar que drenen a Lord Aengus y que el Tuatha Dé le declare la guerra al Panteón de Tian como consecuencia.

Pero Lord Aengus malinterpreta por completo mi reticencia.

—Señoritas, señoritas —pía—. No os preocupéis. Hay suficiente para todas. —Envuelve a las enfurruñadas gemelas Bo-Ba con los brazos y ellas enseguida se acurrucan en sus túnicas azul marino con sonrisas de satisfacción.

Las otras tres ministras *hulijing* se arremolinan alrededor de Lord Aengus. *Lady* Xi (la mayor de todas), *Lady* Mo y *Lady* Min (la más joven) le sonríen con falsa modestia y sus dientes perlados destellan bajo las luces eléctricas del Salón de la Armonía.

Jamás pensé que llegaría el día en que tendría que enfrentarme a otras *hulijing* para obtener la atención de un hombre. Este no es el Cosmos que deseo abrazar.

—Lord Aengus es un invitado de Tian —digo, tratando de recuperar el control de la situación—. Somos responsables de su bienestar.

—¡*Aiya*! Intermediaria especial *Lady* Jing, ¿por qué eres tan aguafiestas? —La Bo-Ba que está a su izquierda me hace un puchero —. El hermano Yang quiere venir con nosotras. ¡Ni lo estamos obligando ni engañando!

—Ese es el problema. Lord Aengus os acompaña de forma voluntaria porque no sabe que sois *yaojing chupaqi*. —En mi voz no hay rencor porque solo digo la verdad.

—¡Qué grosera! —responde la otra Bo-Ba.

—Así son las cosas —digo, canalizando a Cabeza de Toro—. No hay que tomárselo a la tremenda.

—Vale, *Lady* Jing —interviene Lord Aengus—. Pero seguro que no hay una norma que me impida conocer otro ministerio. Además, precisamente he venido para hacer un intercambio cultural con los ministerios. —Sus enormes y sinceros ojos azules me contemplan

con la inocencia de un cachorrito. Carece por completo de astucia e ingenio. Y de inteligencia.

—Lord Aengus —hablo despacio, manteniendo a duras penas la paciencia que quiere salir corriendo entre gritos, lejos del obtuso embajador—. Por supuesto que incentivamos el intercambio cultural. Es el pilar de la Convención Internacional de Inmortales y la clave del Tratado Internacional de Armonía Inmortal. Como intermediaria especial de la Corte Hulijing nos honras con tu interés. No obstante, debo dejar claro que los *hulijing* no son como otros *yaojing*. Nos alimentamos del *yang qi*: lo que vosotros llamáis *awen*. Al ser una deidad de otro panteón, tu *awen* no es igual al nuestro. Y algunos seres con menos escrúpulos podrían sentirse tentados de hacerte daño. —Las *hulijing* ahogan un grito de indignación, suponiendo, de forma correcta, que me refiero a ellas. Le dirijo mi expresión más seria al embajador y rezo a Tian por que comprenda mi mensaje—. No deseamos ofender al Tuatha Dé ni tampoco romper el Tratado Internacional de Armonía Inmortal y provocar un incidente diplomático entre nuestros panteones.

Lord Aengus me contempla como si le acabara de plantar delante un mono recitando poesía Tang. Se ríe a carcajadas, con una profunda voz de barítono.

—¡Por supuesto que mi *awen* es diferente! Al fin y al cabo, soy un dios virulento. ¿Quién no querría probar mi sabor? —Sonríe radiante a las cortesanas, que lo reciben con risillas y rubores, ignorando por completo lo que intentaba transmitirle.

La poca paciencia que me quedaba se desintegra. Tony odia que mienta; dice que la mentira es el camino de los cobardes, pero no me queda otra opción. La necesidad manda.

—¡Ah! Casi se me olvida —digo con una sonrisa melosa—. Lord Ma suele estar de guardia por las tardes y se siente solo. Deberíamos ir a visitarlo; sé que agradecería la compañía.

—¿De veras? —Ahora Lord Aengus centra toda su atención en mí. Sonríe con ojos soñadores—. La semana pasada nos quedamos toda la noche en vela recitando nuestras secciones favoritas de *El*

libro de los cantos. Estoy ansioso por oír su opinión sobre el cruce entre la benevolencia y los buenos modales en *El libro de los ritos*, pero últimamente no dejan de surgirle asuntos urgentes por los que debe ausentarse.

«¿Asuntos urgentes?». En los noventa y tantos años desde que Caballuno se convirtió en mi tutor de los Clásicos, jamás lo han hecho llamar por un asunto urgente. Menudo embustero pedorrero. Adopto una amplia sonrisa de satisfacción. Ha llegado el momento de la venganza.

Escolto a Lord Aengus lejos de las *hulijing* y las abandona sin miramientos.

—Sí —digo, fingiendo empatizar—. No debemos privarlo de tu compañía. Recuerdo que el otro día Lord Ma mencionó lo estimulante que le resultan tus conversaciones y lo que disfruta en especial de tus recitales de larguísimos poemas épicos.

3

TODO ES JAUJA
HASTA QUE ALGUIEN
TERMINA FLÁCIDO

En el ascensor del ático de Big Wang, le recuerdo a Lord Aengus que vamos a organizar un desayuno en su honor. Y, como me siento generosa, comparto un chisme que me contó el viejo Zao.

—Lord Lei y *Lady* Dian, del Ministerio del Trueno, también acudirán al desayuno. ¡Han venido desde el monte Kunlun para conocerte!

Lord Aengus da una palmada.

—Estoy deseoso de volver a verlos. Son una pareja encantadora.

—¿Los conoces?

—¡Por supuesto! El hermano Zhu nos presentó hace mucho tiempo, la primera vez que lo visité en el Reino Celestial.

Me desanimo un poco y me siento estúpida.

—Ah, vale, pues te veré allí. —No tenía ni idea de que Lord Aengus tuviera tantos contactos. Recuerdo vagamente que el hermano Zhu me contó que el hijo de Lord Lei y él eran viejos amigos, así que la conexión tiene sentido.

—¿Debería portar la túnica azul eléctrico o la blanca? —continúa Lord Aengus—. Veréis, la azul conjunta con mis ojos, pero la blanca resalta mi piel.

Produzco los sonidos apropiados mientras el embajador cotorrea sobre sus preparaciones para la mañana. Las puertas del ascensor se abren, dando paso al jardín en la azotea con sus frondosas plantas bañadas por las sombras azules del eterno crepúsculo del Shanghái yin. Lord Aengus sale a toda prisa a la terraza en busca de Caballuno.

Los criados habituales de Big Wang están ocupados con los ministros extranjeros y supervisando el Consejo Mahjong, así que solo quedan Cabeza de Toro y Caballuno vigilando desde sus posiciones habituales. Cabeza de Toro mantiene la mirada centrada, igual que siempre, pero sus mejillas se elevan cuando saludo. La cara de amargado de Caballuno se convierte en una de pánico cuando ve que se acerca Lord Aengus y nos observa al embajador y a mí de hito en hito. Suspiro, satisfecha, y le ofrezco mi sonrisa más forzada a Caballuno antes de escapar.

A la mañana siguiente, Lord Aengus no se presenta al desayuno, así que me mandan ir a buscarlo a su *suite*. Llamo, pero no responde. Vuelvo a llamar, convencida de que el embajador debe de haberse quedado dormido. Nada. Ladeo la cabeza tratando de captar los sonidos tras la puerta. No se oyen ni crujidos ni respiraciones ni ronquidos. O bien Lord Aengus está muerto, o la habitación está vacía. Meto la nariz en el hueco entre la jamba y la puerta e inhalo.

Ni rastro de Lord Aengus.

No está muerto, gracias a Tian, pero tampoco está donde debería. Estaba tan emocionado por ver a Lord Lei y *Lady* Dian que su ausencia resulta preocupante. Me encamino a toda prisa hasta el ascensor. Quizá aún sigue pegado a Caballuno debatiendo los méritos de los buenos modales y la compasión.

Cabeza de Toro ejerce de centinela frente a los aposentos de Big Wang. Me relajo, aliviada. Caballuno debe de estar con Lord Aengus por ahí.

—¿Has visto adónde han ido el embajador y Caba…? —Cabeza de Toro levanta una ceja y me apresuro a corregirme—. ¿Lord Ma? Lord Aengus llega tarde al desayuno.

Cabeza de Toro me mira con el ceño fruncido.

—Lord Ma tiene una reunión con el ministro de Ritos. Lord Aengus se marchó solo anoche.

—¿Adónde se habrá ido ese cachorro grande? —Me quedo paralizada. Seguro que no iría a… Pero puesto que soy responsable del ministro y ese idiota extranjero está bajo mi jurisdicción, me dirijo hacia la mesa de recepción para preguntar por el número de *suite* de la delegación *hulijing*. Mientras cruzo el vestíbulo, me percato de que alguien está intentando huir con uno de los jarrones de Big Wang.

—Alto ahí —digo, pero la ladrona se apresura hasta el ascensor como si no me oyera. Así que lo repito usando mi voz celestial—: ALTO AHÍ.

La orden le atraviesa el cuerpo y hace que se tropiece. El jarrón sale volando y deja a la vista su rostro. Es una de las ministras *hulijing*.

Estoy demasiado lejos como para hacer nada, solo puedo limitarme a contemplar horrorizada cómo el jarrón traza un elegante arco en el aire antes de que la gravedad tire de él hacia abajo y aterrice haciéndose añicos, igual que le ocurrirá al corazón de Big Wang cuando se entere.

La ministra *hulijing* arroja sus mangas cascada hacia el jarrón en descenso; la seda serpentea por el aire y atrapa el objeto con destreza para luego depositarlo sobre sus brazos.

Se vuelve hacia mí con la cabeza inclinada. Está despeinada y tiene los ojos hinchados.

—Nombre y título —digo.

—*Lady* Min, ministra asistente júnior, Corte Hulijing. Diez mil años de buena salud a la noble intermediaria especial *Lady* Jing —declara con una profunda reverencia, aunque resulta bastante torpe porque está abrazada a un jarrón que mide la mitad que ella.

Cuando se yergue, sigue sin mirarme a los ojos. Me recuerda mucho a un cachorro medio ahogado, desanimado y patético.

—¿Hay algo en el suelo que resulte especialmente interesante? ¿O soy tan fea que no eres capaz de mirarme?

Se sonroja, aterrada, pero no me teme a mí. Eso sí que puedo olerlo.

—No mientas —digo—. Sé que ocultas algo.

Mantiene la compostura unos segundos más y luego se desmorona.

—¡No sabíamos que se pondría así! Estaba riendo, decía que le hacía cosquillas y luego… y luego…

¡Por el mismísimo Tian! Un mal presentimiento, pesado como una roca, se asienta en mi estómago. Me obligo a preguntar.

—¿Así cómo?

Responde entre sollozos.

—Pues… —No parece capaz de decir nada más. Pero al final espeta—: ¡Flácido! —Y se echa a llorar.

—Me cago en todo lo que se menea… —digo, pero solo consigo que llore con más fuerza—. Lo que hagan los adultos que dan su consentimiento a puerta cerrada no es asunto mío. Lord Aengus tiene una cita con Lord Lei y *Lady* Dian. No podemos llegar tarde. Llévame hasta él.

—¿A-adultos que dan su con-consentimiento? —tartamudea. De pronto cae en la cuenta y pega un gritito—. ¡Oh, no! Eso no es… ¿Cómo puede la noble intermediaria especial *Lady* Jing pensar…?

—Solo *Lady* Jing, por favor.

—No es… —solloza— no es lo que pensáis, Lady… —solloza— Jing. Solo estábamos hablando… —solloza—. El hermano Yang… —Al decirlo inicia otra ronda de lamentos desesperados—. ¡Aprisa, no sabemos qué hacer!

Corre a toda velocidad hasta el ascensor con el jarrón.

La ansiedad aumenta el nudo que tengo en el estómago. Ese jarrón es de la colección de Big Wang, lo ha mantenido en perfecto

estado durante los últimos quinientos años y lo tiene expuesto con orgullo en el vestíbulo del Hotel Cathay.

—No puedes llevártelo —digo—. Big Wang se volverá loco si lo dañas.

—Eso da igual —afirma con sorprendente vehemencia y aporrea el botón del duodécimo piso—. Nos hemos metido en un *mafan* tremendo, *Lady* Jing. ¡Ayúdanos, por favor!

Después de eso no consigo sacarle ni una sola palabra más, está demasiado ocupada llorando y aferrándose con fuerza al maldito jarrón.

Cuando llegamos a su habitación, las cuatro cortesanas *hulijing* restantes están apiñadas en un sofá y cubiertas de mantas. Hay cartas de *kanhoo* tiradas por el suelo y la mesa está llena de botellas vacías y copas de cóctel.

Las cuatro *hulijing* se vuelven cuando entra *Lady* Min. Ellas también parecen cachorritos ahogados con el maquillaje corrido por las mejillas y los ojos tan rojos e hinchados como los de *Lady* Min.

—¿Un jarrón, Min? ¿Eso de qué nos…? —*Lady* Mo advierte mi presencia tras *Lady* Min y se detiene a mitad de frase.

Lady Xi tira de una túnica azul oscuro sobre el sofá, como si escondiera algo. Reconozco la túnica: es la que llevaba Lord Aengus anoche. No lo veo por ninguna parte, lo cual me resulta extraño, porque sí que puedo percibir su olor. Debe de estar aquí, pero ¿dónde?

—¿Por qué la has traído? ¡Nos vamos a meter en un follón! —clama *Lady* Xi y se estruja las manos.

—¡Por Tian! ¿Me podéis explicar que está pasando? —demando.

Ninguna se mueve. En mi mente aparece la imagen de un cadáver disecado con el rostro de Lord Aengus. ¿Lo habrán drenado? Me baja un sudor frío por el cuello.

Me acerco, pero ellas se apretujan aún más para impedirme el paso.

—APARTAOS —digo con mi voz celestial.

Se separan como si las hubieran electrocutado.

En el sofá, la túnica de Lord Aengus está enredada con una horrible y peluda manta beis. No es del hotel y las *hulijing* tampoco usarían ni poseerían nada semejante ni muertas. Va contra todos los principios estéticos que forman la base de la identidad *hulijing*.

Hago a un lado la pregunta y señalo a *Lady* Xi.

—Has escondido algo bajo la túnica. Muéstramelo.

El miedo que inunda la sala aumenta al máximo. *Lady* Xi aparta la tela azul con una mano temblorosa.

Lord Aengus me mira por encima de una maraña de mantas.

—Ah, eh… Buenos días, *Lady* Jing. —Sonríe avergonzado.

Le ocurre algo, pero no sabría decir de qué se trata exactamente. La cara del embajador parece más grande e hinchada de lo habitual. Intento averiguar qué es lo que me perturba. Cuanto más lo miro, peor aspecto tiene.

Por el ángulo de su cabeza debería estar erguido. Y no lo está. Está inclinado. Pero el cuello no se puede doblar de esa forma. Y las mantas no tienen el volumen suficiente para albergar el resto de su cuerpo.

Tardo un momento en comprender lo que estoy viendo. Y cuando lo hago, retrocedo a trompicones.

Lord Aengus está despatarrado… No. Despatarrado no es la palabra adecuada. Derretido. Licuado. Hecho pringue. No me había percatado porque su cabello oculta la forma de su cabeza; pero está plana por detrás, como si le hubieran extraído el cráneo. ¿La manta velluda? Es su cuerpo. Es un charco de carne, desinflado y sin huesos.

Lady Min coloca el jarrón junto al sofá.

—No conseguimos levantarlo, se vuelve elástico y se nos escurre de las manos. ¡Como masa de arroz glutinoso! Así que había pensado que, si lo metemos en el jarrón, al menos podremos llevarlo hasta un sanador.

Me trago mi aversión.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —digo con la voz solo un poco más aguda de lo normal.

Lord Aengus esboza una sonrisa dolorida.

—Permitid que las señoritas me metan en el jarrón. Estar extendido de esta forma me resulta muy humillante.

Siento que he levantado tanto las cejas que me llegan hasta el nacimiento del pelo. Asiento y contemplo cómo las cortesanas colocan el jarrón de forma que el cuerpo de Lord Aengus se desliza en el interior y termina con la cara apoyada en el cuello del jarrón. Un tapón perfecto.

Lo colocan en la mesa frente al sofá.

Lord Aengus tose.

—¿Alguien podría ponerme un cojín o una tela enrollada tras la cabeza para que no tenga que contemplar el techo?

Lady Min coge de inmediato un pequeño cojín rosa de terciopelo del sofá. Duda, con la mano suspendida sobre el rostro de Lord Aengus, insegura sobre cómo insertarlo. Pero *Lady* Mo toma un buen mechón de pelo y tira hacia arriba, de forma que *Lady* Min consigue colocar el cojín tras la cabeza; pero esta no tiene estructura, así que se escurre hacia abajo.

Lady Min me lanza una mirada y luego otra a Lord Aengus. Parece que toma una decisión, pues con un movimiento fluido copia a *Lady* Mo y agarra un puñado de pelo del embajador, empuja el cojín detrás de la cabeza y luego se quita una horquilla y sujeta la mata rubia al cojín.

Todas nos quedamos mirando. Se parece a esos bebés de rostro carmesí y trasero desnudo con el fino cabello recogido en un moño en la parte superior de la cabeza. La tensión tira de sus cejas, lo que le otorga una expresión de tranquilidad y sorpresa. No puedo mirarlo. Las ganas de ponerme a gritar o reír con disimulo son sobrecogedoras.

Me crujo los nudillos de las dos manos, me cruzo de brazos y cuento dos veces hasta diez. Tras todo eso, mi voz sale aflautada.

—Quiero una explicación.

Lord Aengus suspira.

—Quería saber lo que era que me absorbieran el *qi*. Y, bueno, había bebido demasiado y… —Se aclara la garganta—. Fue divertido —termina con patetismo.

Fulmino con la mirada a las cortesanas.

—¿¡Cómo podéis haber drenado a un embajador extranjero de *yang qi*!? ¿Acaso deseáis morir?

Se dejan caer de rodillas y se postran con vehemencia.

—Por favor, *Lady* Jing, ¡jamás nos atreveríamos a hacerlo!

—¡No fue así!

—¡Hermano Yang! ¡Cuéntale que no quisimos hacerte daño!

Todas están lloriqueando y sollozando, arrojándose contra el suelo.

—¡*Lady* Jing, lo habéis malinterpretado, en serio! —afirma Lord Aengus—. Fue un… eh… —Hace una pausa.

—¡Un intercambio cultural! —pía una de las cortesanas Bo-Ba.

—Sí, sí, un intercambio cultural. Justo de lo que trataba mi visita —dice Lord Aengus con convicción desesperada.

—No sabíamos que se pondría así… Estaba riendo, solo lo estábamos pasando bien —apunta *Lady* Mo.

—Deberíais haber sabido que no estaba bien hacerlo. Sobre todo tú, *Lady* Xi: como la cortesana de más alto rango, eres responsable de las acciones de tu delegación —digo—. Por mucho que no fuera vuestra intención, seguís siendo las responsables. Y debéis enfrentaros a las consecuencias.

Las cortesanas siguen postrándose y llorando. Quiero taparme los oídos y arrancarme los ojos.

—No lloréis, señoritas, no lloréis, por favor —dice Lord Aengus, con una verdadera nota de pánico en la voz—. ¡Parad, *Lady* Jing! Las estáis asustando. No es culpa suya. —Me dirige una mirada de culpa.

Entrecierro los ojos. Oculta algo.

Le tiemblan los músculos del rostro, como si estuviera conteniéndose.

—¡No sabían lo de mi enfermedad! —espeta al fin.

Empiezo a sentir un pálpito tras el ojo derecho.

—¿Enfermedad? —repito despacio—. No nos dijiste que tuvieras ninguna enfermedad —digo con tono de advertencia; más le vale decirme la verdad, y pronto.

Lord Aengus consigue que su rostro se muestre todo lo avergonzado posible para ser una cara bidimensional y estirada.

—Disculpad mi desconsideración, noble *Lady* Jing. Cuando se me reduce el *awen*, esto es lo que ocurre. No quería que nadie se preocupara, así que lo mantuve en secreto. Mis más sinceras disculpas.

Estoy apretando con fuerza los dientes y los puños. No ofrecer información vital que nos habría ayudado, me habría ayudado, a mantenerlo a salvo es el sumun de la irresponsabilidad. Quiero arrancarle ese cabezón rubio. Este follón es culpa suya por duplicado. Le dije que se mantuviera alejado de las *hulijing*. Y ahora revela que tiene una enfermedad que se activa al perder *qi*. Ni siquiera sé por dónde empezar. Me dejo caer en la silla más cercana. Estamos jodidas. Estoy muy jodida. Mi primer Consejo como intermediaria especial de la Corte Hulijing y las malditas cortesanas drenan a un enviado miembro del Tratado bajo mi supervisión. ¿Cómo se lo explico a Big Wang?

Mis pensamientos deben de reflejarse en mi rostro porque Lord Aengus me mira una sola vez y su tez se vuelve cenicienta.

—Lord Aengus —siseo—. Eres el hijo del Dagda del Tuatha Dé. Estás aquí como invitado de Yan Luo Wang, líder de los reinos del Infierno. Cualquier daño causado a un embajador, ya sea intencionado o no, mientras este se encuentra en nuestro territorio es una grave violación del Tratado Internacional de Armonía Inmortal. No solo recibirán una reprimenda los reinos del Infierno, también la Corte Hulijing y, si tenemos mala suerte, además harán responsable al Reino Celestial. Es una catástrofe diplomática.

—Normalmente sé cuándo parar, pero aquí las bebidas son más fuertes de lo que esperaba. Nos quedamos dormidos y me desperté con los gritos de todas.

Menudo desastre.

—Tienes que recuperar tu forma habitual. Llamaremos a nuestros sanadores.

—Me temo que la única forma de que me recupere es que visite a mi propia sanadora.

—Entonces la traeremos aquí —digo.

Lord Aengus pone otra expresión de arrepentimiento.

—Bueno, la cosa es que el elixir que necesito requiere de un agua con propiedades de curación especiales que solo se encuentra en Inis Fáil. Una vez que se extrae de la fuente, la potencia del agua solo dura cuarenta y ocho horas.

—Así que sería del todo inútil para cuando llegara al Shanghái yin. —Me sujeto la cabeza entre las manos y maldigo a las *hulijing*, al embajador y a mí por emborracharme con Gigi y tomar malas decisiones relacionadas con las canicas.

Lord Aengus vuelve a aclararse la garganta.

—Alguien tendrá que llevarme a casa… en este estado. No puedo irme solo. —Hay una nota en su voz que no me gusta ni un pelo.

Cuando levanto la cabeza, sus brillantes ojos azules me miran con detenimiento, expectantes.

Ni por todos los infiernos. Me niego a ser la representante de Niang Niang en todo este *mafan*. Que se responsabilice ella de las acciones de sus cortesanas. No me pienso involucrar ni de coña.

Me pongo en pie.

—Le diré a Big Wang que tenemos que lidiar con un percance. Él informará a Niang Niang.

Una de las Bo-Ba grita y se desmaya. Las demás tiemblan aterrorizadas cuando menciono a Niang Niang, la matriarca de la Corte Hulijing. Mi queridísima abuela homicida que intentó ahogarme.

—No, por favor —dice *Lady* Min con una voz tan lastimera que me provoca una punzada de algo suave, tierno e inesperado. Intento apartar esa sensación.

Estoy bien familiarizada con el miedo paralizante que provoca mi abuela. No se lo desearía a nadie. El suave hormigueo crece y me descubro sentada de nuevo en la silla.

Por mucho que me esfuerce, siempre termino metida en *mafan*, así que será mejor que me deje llevar.

—Le presentaré el problema a Big Wang. Él sabrá la mejor forma de tratar con Niang Niang. Ahora, empezad por el principio y contadme qué ha ocurrido exactamente.

4

EL JARRÓN

Las seis (las cinco cortesanas *hulijing* y yo) nos arrodillamos en el despacho de Big Wang esperando a que regrese. Lord Aengus está apoyado en una de las sillas con respaldo en forma de herradura que tenemos detrás, la porcelana azul y blanca del jarrón resplandece frente al color miel de la madera de *huali*, su cabello rubio sigue sujeto al cojín para que pueda mantener la cabeza erguida.

El embajador está rojo como un tomate, como debe ser. Si no hubiera ocultado información vital sobre su salud ni hubiera insistido estúpidamente en realizar el «intercambio cultural» con las cortesanas, no estaríamos de rodillas ni nos veríamos obligados a sufrir esta conversación insoportable.

Todos los celestiales huelen a pedernal con jengibre y tiza machacada, mientras que los *hulijing* también desprenden un aroma meloso a pescado. Las cinco, como la mayoría de los celestiales, están bañadas en perfume. Confinadas en el modesto despacho de Big Wang, los olores intensos me provocan un escozor en la garganta.

Big Wang entra en la sala con una brillante túnica coral abierta hasta la cintura y amarrada con una faja verde esmeralda. Su cuero cabelludo negro azulado reluce bajo las luces eléctricas mientras examina la estancia. Cuando llega hasta Lord Aengus, detiene la mirada un instante para luego darse la vuelta y coger una botella de coñac y un vaso de un aparador cercano.

Una vez sentado en la mesa, se sirve un coñac y extrae un puro del cajón. Con un alfiler especial tallado en jade abre un agujero en uno de los extremos y luego prende despacio el otro con un encendedor de mesa turquesa con forma de tortuga. El puro se enciende con un siseo. En todo este rato, Big Wang no nos ha mirado ni una sola vez.

Da una calada despacio. El humo crece y se enrosca a su alrededor, formando un velo neblinoso a través del cual la punta del puro brilla como un farol en la oscuridad. Da unas pocas vueltas al coñac. Pero en vez de tomar un trago como de costumbre, se bebé todo el vaso.

No es buena señal.

Cuando al fin Big Wang levanta la vista, tres ascuas en llamas nos contemplan a través del humo.

—Explícate, pequeña Jing.

No puedo evitar la lenta exhalación de frustración que se me escapa. Aprieto los dientes para no gritar a Lord Aengus por habernos metido en este *mafan* y cuento hasta veinte por si acaso. Me miro fijamente las rodillas, que ya me empiezan a doler, y recito de forma monótona los eventos que nos han conducido hasta allí.

—El venerable Lord Aengus deseaba conocer a las cortesanas *hulijing* y aceptó su invitación para jugar al *kanhoo* anoche. Pidieron cinco rondas de cócteles para sus habitaciones y se emborracharon mucho. Lord Aengus quería conocer la sensación de que le arrebataran el *awen*: el yang *qi* exclusivo del Tuatha Dé. Las cortesanas no deseaban hacerlo; no obstante, Lord Aengus insistió y les ofreció la muñeca.

»Las *hulijing* se negaron, así que Lord Aengus propuso un intercambio. Absorbió el *awen* de las plantas de la *suite* de las *hulijing* y luego se lo devolvió de forma que las plantas florecieron. Las cortesanas le enseñaron cómo absorben el yang *qi* al tomar *awen* de su muñeca.

»Todos estaban muy borrachos para entonces, así que el orden de los acontecimientos resulta confuso. En algún momento, Lord

Aengus las invitó a intercambiar *qi*, así que algunas de las ministras *hulijing*, puede que todas (no está claro), trataron de imbuirle con su *qi*, aunque algunas, puede que todas, absorbieron su *qi* a cambio.

Me detengo tras decirlo, avergonzada por la infantilidad de sus payasadas y por tener que explicárselo a Big Wang. *Lady* Min comienza a sollozar. Big Wang le da una calada a su puro. No soy capaz de mirarlos ni a las *hulijing* ni a él, así que levanto los ojos al techo y sigo con mi informe.

—Lord Aengus no nos había informado de que sufre de una enfermedad que se activa al gastar en exceso su *awen* o permitir que lo drenen. E hizo ambas cosas. Todos siguieron jugando al *kanhoo* hasta que se fueron quedando dormidos uno a uno. Cuando despertaron, Lord Aengus estaba… —Señalo con imprecisión la silla en la que yace el embajador metido en el jarrón.

Ahora las cortesanas lloran abiertamente. Me inclino hacia delante para aliviar el hormigueo que siento en las piernas.

—Menuda historia. —Big Wang le da un trago a su coñac y se fuma el puro mientras nos contempla a las seis arrodilladas frente a su mesa. El brillo rojizo de sus pupilas ha disminuido y se le han formado arrugas en las comisuras de los ojos.

¿Se está riendo? Como si me hubiera leído la mente, se aclara la garganta y pone su cara de *mahjong*.

—Pues estamos en un aprieto —dice con un tono comedido—. Lord Aengus, eres un invitado de honor en los reinos del Infierno. Bajo los términos del Tratado Internacional de Armonía Inmortal, cualquier insulto o perjuicio a tu noble persona mientras estés en nuestro reino es claramente nuestra responsabilidad. —A Big Wang le brillan rojas las pupilas—. Que ignoráramos tu condición mitiga lo que de otra forma se consideraría una grave ofensa hacia el Tuatha Dé. De haberlo sabido, este desafortunado incidente se podría haber evitado por completo.

—Diez mi disculpas, venerable Yan Luo Wang —dice Lord Aengus—. Es culpa mía; jamás debería haber sugerido el intercambio de *qi*. —Frunce las cejas en dirección a las *hulijing* con

preocupación—. Las cortesanas son inocentes. Por favor, no las regañéis. —Se aclara la garganta—. Levantad vuestra noble mano, tened piedad y no le digáis a mi padre que os he engañado.

Big Wang se inclina hacia delante para escudriñar a Lord Aengus. Me impresiona lo mucho que aguanta el embajador antes de apartar la mirada.

Big Wang lo contempla unos instantes más y luego baja la vista hacia las *hulijing* sollozantes.

—Ministras —dice—, sentaos por favor. No resolveremos nada con las lágrimas.

Me sobreviene un aguijonazo de envidia cuando veo a las *hulijing* ponerse en pie. Quizá me habría dolido más aún si todavía pudiera sentir las piernas. Las cortesanas se limpian los ojos y le ofrecen a Big Wang una reverencia de noventa grados.

—Levantad vuestra honorable mano, venerabilísimo Yan Luo Wang —entonan al unísono y me dejan sola en el suelo mientras ellas se acomodan en los sillones que se encuentran a mis espaldas. Fulmino con la mirada a esas ingratas veleidosas.

Contemplo a Big Wang y deseo que a mí también me permita levantarme. Al fin, suspira. Alza el mentón sin mirarme y señala las sillas. «Gracias a Tian». Tengo que usar la mesa de apoyo para conseguir levantarme.

Big Wang deja el puro sobre un cenicero plateado con forma de tortuga. El brillo rojizo de sus pupilas aumenta hasta que sus ojos arden como ascuas. Unas sombras se oscurecen y se expanden a su alrededor al tiempo que de pronto crece en tamaño y se cierne sobre nosotros, una presencia opresiva y aterradora. Nos deja entrever por un momento su verdadera forma, algo que no suele ocurrir.

—Lord Aengus —dice; su voz es un trueno tan profundo que se me clava en el pecho—, ¿sabes lo que me estás pidiendo?

El embajador lo contempla con la boca abierta y luego traga saliva.

—Disculpad mi falta de consideración. Mi petición debería haber sido más clara. Jamás me atrevería a pedirle al venerable Yan Luo Wang, Rey del Infierno, el más honrado y honorable Juez Supremo de Diyo, que mienta. Ni tampoco deseo que un panteón se encuentre en una posición precaria por culpa de mis propios errores. Lo único que os pido es que hagáis la vista gorda respecto a mi enfermedad durante un par de días. Veréis, si enfermara de camino a casa, entonces las *hulijing* no serían las responsables. Le pediré a mi sanadora que se reúna conmigo en París con el elixir y entonces podré regresar a casa completamente recuperado —y añade en voz baja, tanto que casi resulta indetectable—: y el Dagda jamás se enterará.

Big Wang hace rotar el final de un puro nuevo sobre el encendedor de mesa de tortuga mientras sus sombras se encogen hasta adoptar el tamaño habitual.

—Hmmm.

Aquel gruñido evasivo y la cara de *mahjong* conforman la clásica táctica de negociación de Big Wang. Lord Aengus aguarda, pero Big Wang no pronuncia palabra. El silencio se alarga y la expresión del embajador cada vez se vuelve más desconsolada.

La puerta se abre y deja entrar una luz penetrante, como si el propio sol se cerniera sobre la apertura. Tengo que parpadear varias veces para poder volver a ver. Cuando lo consigo, no soy la única en la sala que ahoga un grito.

La gran diosa Reina Madre de Occidente flota sobre el umbral del despacho de Big Wang. Unas esponjosas nubes protegen sus pies descalzos. Al contrario que su título, es una visión diminuta ataviada con una túnica de seda brillante como la luna y me llega a la altura de la cintura. Sus mangas estilo capa se derraman por el suelo de parqué mientras unos lazos de seda se inflan y giran a su alrededor formando remolinos de brisas invisibles. Una corona dorada le recoge el espeso cabello negro en un moño suelto en lo alto de la cabeza. Va adornada con brillantes joyas de jade blanco: nubes *ruyi* talladas que le cuelgan de las orejas y el cuello; y

brazaletes que le rodean las muñecas y los tobillos. Su rostro redondeado lo ilumina una sonrisa serena. Todo su ser (desde los nudillos llenos de hoyuelos y las mejillas rollizas hasta sus gestos) desprende ternura y compasión. Todo a excepción de sus ojos. Que son penetrantes, vetustos y sabios.

Big Wang hace una profunda reverencia. Las demás nos deslizamos deprisa de nuestros asientos para quedar de rodillas. Con las sillas con respaldo de herradura a nuestras espaldas y la mesa baja frente a nosotras, no hay espacio suficiente para postrarnos, así que nos inclinamos todo lo que podemos y golpeamos el borde de la mesa con las frentes.

—Gran diosa Reina Madre de Occidente —entonamos todas juntas—, diez mil años de buena salud.

A Lord Aengus se le llenan los ojos de lágrimas. Como es incapaz de hacer una reverencia o mover la cabeza, baja la vista.

—Este ser indigno se deleita ante la gloria de la virtuosísima y venerabilísima gran diosa Reina Madre de Occidente —declara.

El saludo del embajador parece encantar a la Reina Madre de Occidente.

—*Céad míle fáilte romhat*, pequeño Yang —responde, con los ojos relucientes.

«Al regañarlo, el feliz arroz repartió té de carne» no tiene sentido, pero Lord Aengus toma aire con sorpresa y gozo, como si le hubiera ofrecido la mayor de las alabanzas. Contempla a la Reina Madre con adoración y ella se vuelve hacia nosotros.

—Esta servidora del monte Kunlun se presenta sana y salva frente a vosotros.

—Venerable Reina Madre de Occidente —dice Big Wang, aún inclinado—, honras a los reinos del Infierno con tu virtuosa presencia. Este humilde servidor te da la bienvenida al Shanghái inmortal.

—Has madurado, pequeño Wang —afirma la gran diosa—. Levántate, no es necesario que seas tan ceremonioso.

Big Wang obedece y se sonroja ante el cumplido.

—Gracias, tía, por venir tan deprisa.

La Reina Madre de Occidente sonríe con indulgencia al tiempo que uno de sus lazos hace una espiral hacia arriba y le da un golpecito cariñoso en la mejilla.

—Por supuesto. Cuando oí que el pequeño Yang había enfermado, vine preparada.

Se vuelve hacia Lord Aengus. Sus lazos de seda se lanzan hacia delante, revoloteando alrededor de su cabeza a gran velocidad. Tres de los lazos le sujetan el cuello y la cabeza mientras otros dos se encargan de la horquilla y el cojín: uno la arranca del cabello de Lord Aengus y la deja caer sobre el regazo de *Lady* Min mientras el otro aparta el cojín.

Las nubes conducen a la Reina Madre frente al embajador. Él la contempla maravillado. Ella se inclina hacia delante, pero se detiene, como si estuviera a la espera de algo. Cuando no ocurre nada, produce un breve murmullo de impaciencia. Uno de los lazos se desliza y le coloca unos impertinentes sobre la nariz. Mira con detenimiento los ojos de Lord Aengus y asiente, satisfecha.

De su manga estilo capa, extrae un fajo de seda y un pequeño calabacino con tapa. Le entrega el calabacino a uno de los lazos mientras otro se extiende para crear una estrecha mesa improvisada donde desenrolla la seda. Dentro hay un juego de largas agujas de plata.

Se vuelve hacia Lord Aengus y ladea la cabeza.

—Si me lo permites, pequeño Yang, te regalaré parte de mi *qi*. No es lo mismo que el *awen*, pero debería ayudar a que tu viaje a casa resulte más cómodo.

Lord Aengus ojea las largas agujas algo inquieto, pero asiente. La Reina Madre de Occidente coge las agujas con un giro de muñeca y las coloca una a una en los meridianos *qi* en el rostro del embajador. Los extremos de los lazos que flotan a su alrededor se elevan y parecen contemplarla mientras trabaja. Pronto, todo su rostro está cubierto de agujas temblorosas.

La última se la coloca en la punta de la lengua.

La Reina Madre cierra los ojos. Con el dedo corazón y el pulgar forma un círculo, sostiene una palma hacia arriba y la otra sobre el corazón. Unos hilos dorados crean espirales entre sus manos. Retuerce las muñecas y los hilos dorados se alejan de ella trazando un arco. Luego, los delgados filamentos rodean cada una de las agujas modelando una espiral y descienden hasta desaparecer bajo la piel de Lord Aengus.

—¿Mejor? —pregunta ella.

Lord Aengus asiente.

La gran diosa levanta la mano para recibir el calabacino y le quita la tapa. Vierte unas pocas gotas de un líquido oscuro sobre la boca del embajador.

Se percata de que todos la miramos con atención y emite una risita.

—Es mi elixir especial —dice—. Resina de los melocotoneros de la inmortalidad, propóleo y jalea real de mi apiario. Esto debería devolver un poco al pequeño Yang a su ser.

Mientras lo observamos, la cabeza de Lord Aengus parece adquirir más volumen.

La Reina Madre inspecciona su trabajo.

—Bien. Está funcionado. Ahora bébete el resto —dice, y sostiene el calabacino contra sus labios.

—Aaaaay —responde él, y la aguja de su lengua tiembla.

—*Aiya*. Disculpa mi despiste, pequeño Yang. —La diosa le retira la aguja de la lengua.

—La mayor de las gratitudes, venerabilísima y sin igual gran diosa Reina Madre de Occidente —dice Lord Aengus antes de beber con obediencia.

Poco a poco, su cabeza se infla hasta que casi es normal de nuevo. Los lazos se desenrollan con cuidado y se retiran en cuanto el cuello del embajador es lo suficientemente fuerte para sostenerle la cabeza erguida.

La Reina Madre de Occidente le arranca a Lord Aengus las agujas de los meridianos faciales.

—El elixir tardará un poco en hacer el efecto completo, así que cuídate mucho e intenta que no te den empujones. Aún tienes los músculos del cuello muy débiles. —Suspira—. Por favor, ten en cuenta los consejos que te di la última vez. Deberías hablar con tu padre; puede que sea más compresivo de lo que esperas.

Big Wang hace una reverencia y yo me sumo. Las cortesanas *hulijing* contemplan el calabacino con anhelo y siseo para recordarles que se inclinen.

—Nuestra infinita gratitud, Reina Madre de Occidente —decimos.

La diosa irradia un brillo sereno.

—Antes de que te vayas, pequeño Aengus, organizaremos un desayuno con Lord Lei y *Lady* Dian. Hemos estado practicando nuestro irlandés con el joven Zhu Bajie (o hermano Zhu, como lo conocen la mayoría de los *yaojing*) y nos encantaría volver a oír tu recital de ese maravilloso *Táin Bó Cúailnge*.

Lord Aengus asiente una sola vez y pone a prueba los músculos del cuello.

—Este ser indigno se deleita ante vuestra benevolente gloria y está deseoso de volver a reunirse con vos.

La Reina Madre de Occidente se marcha de regreso a su *suite* para descansar.

—También tenemos que resolver el problema de quién acompañará a Lord Aengus en su viaje a casa —indica Big Wang—. Ya he informado a Niang Niang del incidente y llegará en breves instantes. —Las *hulijing* se quedan petrificadas ante la noticia—. *Lady* Xi, tú te asegurarás de que la delegación *hulijing* permanece en las correspondientes habitaciones hasta que recibamos noticias de la Corte Hulijing.

Se me relaja todo el cuerpo a causa del alivio. Que Niang Niang lidie con este *mafan*. Me levanto para marcharme.

—Excepto tú, pequeña Jing —continúa Big Wang, haciendo trizas mis esperanzas—. Tú te vas a quedar aquí con Lord Aengus y me vas a explicar cómo ha terminado metido en mi jarrón Ming favorito.

5

CRECIMIENTO

Nos han vuelto a convocar a todos en el estudio de Big Wang. Lord Aengus está sentado en un nuevo jarrón sobre una silla de madera de *huali*, un contenedor de color azul y blanco menos valioso, que Big Wang ha preferido regalarle a Lord Aengus para que contenga su cuerpo gelatinoso. Las delegadas *hulijing* forman una fila junto a la puerta, con las cabezas inclinadas y las manos entrelazadas a la altura del pecho. A pesar de que las llevan ocultas bajo los voluminosos puños de sus mangas, el delicado tejido tiembla y deja entrever su temor.

Cuando la puerta se abre, lo que nos recibe no es en absoluto la viva imagen de la amabilidad y el gozo. Allí se encuentra mi querida, dulce e infanticida abuela Niang Niang, matriarca de las *hulijing*, con su majestuosidad de cruel indiferencia y con los ojos prendidos con las llamas del desagrado. Una seda diáfana carmesí cae formando cascadas desde sus hombros; su abultado pecho sube y baja desde los bordados confines. Un bucle triple de cabello azabache sujeto con horquillas enjoyadas le corona la cabeza.

Niang Niang arruga la nariz como si percibiera algún mal olor y sostiene una de sus mangas estilo capa contra el rostro.

—Big Wang, no sé cómo puedes vivir con esta peste.

Se refiere, por supuesto, a mí. Si algo es mi abuela, es predecible.

Cuando era una niña, sus cortesanas me lavaban y frotaban hasta que me sangraba la piel. Niang Niang afirmaba que mi herencia medio vampírica hacía que apestara a cadáver.

—Me alegro mucho de verte, queridísima abuela. —Me huelo los sobacos con delicadeza—. Varias deidades me han dicho que huelo de maravilla: como calamondinas con un toque de chili. La verdad es que yo prefiero la fruta al pescado. Sobre todo, al pescado viejo. —Sonrío con todos los dientes.

Big Wang produce un sonido que está a medio camino entre un gruñido y una tos.

Una mueca retuerce los labios de mi abuela, confiriéndole un aspecto monstruoso. Tan monstruoso como es ella por dentro. Sonrío con satisfacción y disfruto de ese destello de su verdadero ser.

Big Wang se levanta, dispuesto a reducir cualquier probabilidad de que se produzca una pelea.

—Gracias por sacar tiempo para hablar sobre las lesiones de Lord Aengus y la logística de su viaje de vuelta a casa.

Niang Niang mira a Big Wang de reojo. Desde que descubrió que la superó en astucia y conspiró contra ella, no solo para salvarme, sino también para evitar que se hiciera con mi perla de dragón, lo odia con todas sus fuerzas.

Se desliza por el suelo para situarse frente a *Lady* Xi.

—Me decepcionas —dice Niang Niang, con voz tranquila y razonable. Con una velocidad inesperada, le da una fuerte bofetada. *Lady* Xi ni siquiera tiene tiempo de emitir un gemido antes de caer de golpe al suelo.

Ante la brusca inhalación de Lord Aengus, mantengo contacto visual con él y niego con la cabeza, instándolo a permanecer callado. A pesar de que los insultos de mi abuela ya no me hieren demasiado, no le deseo esa toxicidad a nadie más. Él parece comprenderlo porque, aunque sus ojos azules se endurecen, presiona los labios; es la primera vez que veo a Lord Aengus mostrando su carácter. Las cortesanas tiemblan visiblemente con

lágrimas corriéndoles por las mejillas, pero no emiten sonido alguno; ni siquiera *Lady* Xi, que está en el suelo con la cabeza inclinada y los hombros agitándose por los sollozos silenciosos. El penetrante olor acre del temor de las *hulijing* inunda la sala.

Tanto el hedor como la forma que tienen las cortesanas de encogerse de miedo me recuerda a cómo solía de niña agacharme yo a sus pies mientras emitía el mismo tufo. De pronto, me altero. No tenía derecho a hacerme sentir así entonces y sigue sin tenerlo ahora.

Me sitúo entre Niang Niang y las cortesanas aovilladas. Big Wang ladea la cabeza al ver mi gesto. Una señal muy sutil que solo advertirían los de su círculo más cercano. Ahora que mi cerebro y mi cuerpo se han sincronizado, estoy tan sorprendida como él.

Pero la emoción de dar rienda suelta a mis impulsos me vuelve temeraria.

—Esta humilde servidora se deleita ante tu gloria, Venerable Matriarca —digo, tan dulce como el algodón de azúcar—. Me alegra ver que estás bien y que sigues disfrutando de infligir violencia contra quienes te rodean.

Se le ensanchan levemente las fosas nasales. Adopto una amplia sonrisa porque sé que está deseando hacerme daño, pero que no se atreve con Big Wang a mi lado. En ese momento, decido que mi objetivo es conseguir que dé un pisotón. Verla frustrada me hace muy feliz.

Se cruza de brazos y da un golpecito al grueso brazalete de jade color crema y carmesí que lleva en la muñeca con el protector imperial de jade de una de sus uñas.

—Veo que sigues tan imprudente como siempre. Wang, deberías educarla mejor.

Big Wang gruñe.

Aguanto mi cara de *mahjong* para no proporcionarle ninguna clase de munición a Niang Niang, pero por dentro levanto una ceja. Mucho más allá del nacimiento del pelo. Con cualquier otro ministro, Big Wang se inventaría algún tópico de mierda para disculparse por

mi mala educación, sobre todo teniendo en cuenta que es mi abuela. Pero ¿un gruñido? Hasta ahora no había reparado en lo mucho que Big Wang la desprecia. Se me llena el corazón de ternura.

Niang Niang no permanece indiferente ante el insulto.

—Un tigre no pare perros —dice.

—Miau —digo, y araño el aire con mis supuestas garras.

Big Wang dirige sus pupilas rojas hacia mí. Oh-oh, me he pasado de la raya. Vocalizo: «Mis disculpas».

—En cuanto al tema que nos atañe, Venerable Matriarca, debemos acordar qué ministro acompañará a Lord Aengus de vuelta a Inis Fáil y se asegurará de que llegue sano y salvo.

Niang Niang hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Manda a tu chucha.

Se produce una breve pausa. Big Wang le lanza una fría mirada a mi abuela.

—Venerable Matriarca, *Lady* Jing no es ministra de la Corte Hulijing.

Aunque tengo cuidado de mantenerme impertérrita, por dentro me crezco un poco más al ver que Big Wang se pone de mi lado. Las *hulijing* han creado este *mafan* y son ellas quienes deberían arreglarlo.

—¿Todos los extranjeros son así de feos? —pregunta mirando con desprecio a Lord Aengus e ignorando a Big Wang.

El embajador parpadea. Antes de que sea capaz de ocultarlo, su rostro muestra por un instante que está dolido. Vuelve a asaltarme un sentimiento de preocupación. Sacudo el hombro; no me gusta nada esta parte blanda de mi interior que parece crecer como el moho.

—Venerable Matriarca, ten cuidado con lo que dices —advierte Big Wang, con la voz grave—. Lord Aengus habla el idioma de Tian con fluidez. Por si fuera poco, los Tuatha Dé son miembros del Tratado. Cualquier insulto requiere una reparación por parte de la Corte Hulijing. —Big Wang se inclina hacia delante—. ¿Te lo puedes permitir? Tu corte aún sigue indemnizando al Emperador de Jade y

al Ministerio del Infierno por tus recientes infracciones del Tratado del Monte Kunlun.

—No hace falta que me sermonees, Wang. —Los labios de Niang Niang se curvan para formar una sonrisa despiadada. Luego, le ofrece una reverencia casual a Lord Aengus—. Disculpa mi arrebato, Lord Aengus. Soy demasiado directa.

Lady Min interviene:

—Venerable Matriarca, el hermano…, quiero decir, Lord Aengus es uno de los favoritos de la Reina Madre de Occidente. ¡Vino especialmente para entregarle un trago de su elixir!

Ante la mención de la Reina Madre de Occidente, Niang Niang comienza a comportarse de otra manera; el brillo malicioso desaparece y se ve reemplazado por un optimismo ansioso. Es como si se hubiera escapado de su cuerpo y se hubiera puesto una cara nueva. Resulta bastante desagradable.

Sé lo que hay detrás de esa faceta complaciente. Una vez, el viejo Zao me contó que durante todos los Festivales de Primavera, la Reina Madre de Occidente le regalaba a Niang Niang enormes jarros de jalea real y propóleo producido por las abejas de su huerto de melocotoneros de la inmortalidad y que la invitaba al menos una vez al año a su casa en el monte Kunlun. Pero, poco después de que me mudara al Shanghái yin, los regalos e invitaciones cesaron. Niang Niang suplicó una explicación, pero ni siquiera recibió una respuesta. Tras décadas de intentos fallidos, la Reina Madre al fin comenzó a reciprocar sus cartas. No obstante, el año pasado, Niang Niang atacó a Tony sin saber que la gran diosa lo había bendecido con su protección y la correspondencia se detuvo de nuevo.

—¿Su elixir? ¿El de resina de melocotón de la inmortalidad? —La voz de Niang Niang ha adquirido un tono femenino y entrecortado. Me provoca arcadas.

—¡El especial, con resina de los melocotoneros de la inmortalidad, jalea real y propóleo de su apiario! —declara *Lady* Min.

Niang Niang se da un golpecito en el pelo y se alisa la túnica.

—¿¡Por qué no lo has dicho antes!? ¿Sigue aquí? Debo encontrarla y presentarle mis respetos.

E intentar sonsacarle un frasco del elixir especial, no me cabe duda. Mi abuela es una sinvergüenza de lo que no hay.

Mira fijamente al embajador con una intensidad calculadora.

—Dado que Lord Aengus es uno de sus favoritos, quizá debería acompañarlo yo misma hasta el Panteón del Tuatha Dé.

Dejar a Lord Aengus en manos de mi sádica abuela es malísima idea. Big Wang me lanza una mirada que quiere decir: «Deja de hablar». Sonrío con dulzura. «Ni de coña».

—Ten mucho cuidado, abuela —digo—. Los viajes de larga distancia son agotadores. Le sientan fatal a la piel y ya sabemos lo mucho que detestas las arrugas.

Se pone rígida y se lleva una mano a la mejilla antes de poder evitarlo. Casi se me escapa una carcajada. Pero en vez de insistir en que sus ministras la sustituyan, dice:

—Seguro que tendré sustento de sobra para mantenerme fresca. —Su expresión adquiere un brillo predatorio—. Lord Aengus, ¿verdad?

Lord Aengus no aparta la vista, pero parece encogerse sobre sí mismo. Puedo percibir su miedo, aunque no nos busca con la mirada para que lo ayudemos. Caigo en la cuenta de que aquí no hay nadie en quien confíe de verdad y una llama de pena, ira y superioridad moral prende en mi interior.

Big Wang y yo hablamos a la vez.

—Nosotros…

Pero el timbre más agudo de mi voz silencia con facilidad su grave murmullo. Mis palabras resuenan por toda la sala.

—Yo acompañaré a Lord Aengus.

—¿De veras? —pregunta él.

Le clavo la mirada y vuelvo a repetir mis palabras mentalmente. Big Wang frunce el ceño. Me quedo muy quieta y hecha un manojo de nervios. ¿Por qué cada vez que recuerdo a mi patética yo del

pasado me salen palabras de la boca sin pensar? Debería recordar contar hasta diez antes de hablar.

Las cortesanas vuelven sus ojos relucientes hacia mí. No se atreven a hablarme con Niang Niang presente, pero están menos aterradas. Supongo que al menos debería estar contenta por haber conseguido frustrar los intentos de Niang Niang de atemorizar a los demás. Contemplo el techo. ¿Es demasiado tarde para que retire mis palabras?

Niang Niang sonríe con perspicacia.

—Puesto que se ha ofrecido la mismísima ministra del Infierno, *Lady* Jing, no podría negarme.

Big Wang emite un suave asentimiento, claramente insatisfecho. Me dirige una mirada que dice: «Si siembras calabazas, recogerás calabazas. Si siembras judías, recogerás judías. Si te revuelcas en mierda a propósito, no es responsabilidad mía limpiarte».

—¿Estamos de acuerdo entonces, hermano Wang?

—Sí, lo estamos.

Ya en la puerta, Niang Niang dice:

—Lidiaré con tu fracaso cuando regreses a la corte.

En cuanto las puertas se cierran, las cortesanas claman todas a la vez. Tardo unos pocos segundos en comprender que me están dando las gracias.

—Nuestra más sincera gratitud, noble, amable y generosa *Lady* Jing —dice *Lady* Xi—. Si no fuera por ti, lo más probable es que hubiéramos tenido que viajar con nuestra matriarca. No nos resulta agradable estar tan cerca de ella, sobre todo cuando está de mal humor.

Gritan tanto que temo volver a tener dolor de cabeza.

—*May sherrr* —miento.

Big Wang se muestra aún más preocupado. Inclina la cabeza hacia las cortesanas.

—Si nos disculpáis, tengo que tratar algunos asuntos con *Lady* Jing.

6

TÉ YUNNAN

En cuanto estamos a solas, llega una aprendiza que carga con una gran bandeja repleta de parafernalia relacionada con el té y aperitivos. Lo organiza todo en la mesa baja: las conocidas tazas y teteras, la bandeja del té de porcelana negra tallada para que recuerde al oleaje y el habitual despliegue de platillos que contienen mis tentempiés favoritos. Hay bolitas de masa fritas espolvoreadas con azúcar glas, cacahuetes asados a las cinco especias, pipas de melón tostadas, calamar a la brasa, algunas chucherías de barba de dragón, patatas de sésamo y rollitos *tu-si*, que he añadido hace poco a mi lista de favoritos y que traen en especial desde el Shanghái mortal.

En mi infancia, tomar el té con Big Wang una vez a la semana era un regalo. Mientras él preparaba el té, yo hablaba sobre todo y nada. Puesto que de niña yo no tenía filtro y él era un hombre de pocas palabras, era su forma de estar al corriente de mi educación y bienestar. También era una de las pocas veces en las que podía permanecer sentada con tranquilidad. Observar el ritual que consistía en verter el agua hirviendo de una tetera a otra y de una taza a otra, unido a la fragancia que producían los diferentes tés, me producía mucha calma. Aunque estuviera llorando porque algún mocoso hubiera sido cruel conmigo o porque Caballuno me hubiera reprendido por saltarme alguna de las normas del decoro, como

mostrar las rodillas, después de que prepararan el primer té, mi equilibrio siempre se restauraba.

Big Wang juguetea con los recipientes de porcelana blanco huevo y los mueve por la bandeja como si no le satisficiera su posición. Las tazas *wenxiang*, altas y cilíndricas, tienen un ingenioso diseño para que parezcan capullos de loto; mientras que las tazas *pinmin*, anchas y bajas, parecen lotos en flor. La tonalidad de los pétalos de las flores, que suele ser de un blanco azulado, cambia de color dependiendo del té. Maravillarme con aquellas pequeñas obras de arte me resultaba tan placentero como beberme el té.

Sin embargo, a medida que me fui haciendo mayor, el té con Big Wang se fue convirtiendo en sinónimo de una conversación seria. Normalmente, hablábamos de temas incómodos o de malas noticias. La charla en la que me enteré de cómo se hacen los bebés (mientras tomábamos un té azul ahumado de las montañas Wuyi) fue una de las conversaciones más embarazosas que he tenido jamás. Hablamos sobre la muerte de mi madre mientras bebíamos un dulce té de aguja de plata de Yunnan.

Big Wang comienza a calentar los recipientes. Vierte agua en la tetera.

—¿Qué tal está Tony? —pregunta con fingida indiferencia mientras da vueltas al agua.

Luego, vierte el agua caliente sobre la taza *gongdao*; sus movimientos son lentos e intencionados. Tengo un mal presentimiento.

—Bien —digo—. Ocupado. Hace meses que no lo veo. —«Porque soy una idiota y rompí mi perla de dragón», pero eso me lo reservo.

—Ajá —responde, al tiempo que pasa el agua de la copa *gongdao* a las estrechas y largas copas *wenxiang* y el vapor se eleva desde el delicado capullo de loto—. Seguro que la guerra civil consume gran parte de su tiempo.

—¿Por qué me preguntas por Tony de repente?

Big Wang no responde. Se limita a tomar una taza *wenxiang* tras otra y a verter el agua sobre las largas tazas *pinmin*.

—Escoge un té, pequeña Jing.

Desecha el líquido sobre la bandeja, donde fluye en riachuelos a través de las olas hasta los agujeros de drenaje ocultos. Estoy desconcertada, pero hago lo que me pide.

Mi parte favorita de la preparación del té es poder escogerlo. Siempre me resulta emocionante probar los diferentes sabores. A veces, puedo oler dónde se ha cultivado el té; ya sea en una neblinosa montaña o cerca de un lago pantanoso, los olores de la flora, la fauna y el suelo influyen en la fragancia del té. Pero lo que más me gusta de todo son los tarros de té. Todos son obras de arte *cloisonné* en los que aparece representado el arbusto del té, enmarcado por un borde detallado. Algunos tienen diseños florales, con enredaderas retorcidas y floraciones brillantes; otros muestran animales salvajes (ciervos y aves, o, a veces, mariposas). La selección de tarros no se suele repetir.

Incluso en este momento, su belleza me sobrecoge. Escojo uno con un borde de flores moradas. Un *pu-erh* de Yunnan.

—Pero sí que te escribe a menudo —afirma Big Wang.

Asiento, tratando de anticipar a dónde quiere ir a parar.

Big Wang mete una cucharada de hojas en la tetera, las aclara con más agua caliente y después vierte esa misma agua en la taza *gongdao*, luego en las dos estrechas tazas *wenxiang* y, finalmente, en las dos tazas *pinmin* antes de volver a descartar el agua sobre la bandeja.

A continuación, sirve más agua en la tetera hasta que se desborda, coloca la tapa y derrama aún más agua caliente sobre la tetera cerrada. Luego, suspira. Una exhalación larga y cansada.

Se me tensa todo el cuerpo. Cuando me habló de mi madre, dio muchas vueltas hasta que el final fue al grano. No puedo soportar la incertidumbre, así que espeto:

—¿Está muerto?

Big Wang está a punto de dejar caer la tetera.

—No, no, pequeña Jing; Tony Lee está bien.

—¿Entonces qué pasa? Suéltalo de una vez; me estás asustando.

Cierra los ojos y suspira de nuevo antes de asentir. Todas estas señales y aún no sé qué intenta decirme.

—Sirvamos el té y luego te cuento lo que me preocupa.

Ahora soy yo la que resopla mientras vacía la tetera sobre la taza *gongdao* despacio y manera irritante. Desde ahí, reparte el té de forma equitativa entre las dos tazas *wenxiang*. Coloca una taza *pinmin* sobre cada una de las estrechas. Normalmente, me encanta esta parte, detenerme en darle la vuelta y luego hacer rodar la taza *wenxiang* vacía entre las manos para saborear el perfume del té ya preparado.

Pero ahora mismo no tengo paciencia. Le doy la vuelta, levanto la taza y la vuelvo a colocar en la bandeja. El aroma a alcanfor y humo de madera, teñido con un dulzor subyacente a ciruela, inunda la sala.

Espero, pero Big Wang tiene la nariz enterrada en la taza *wenxiang* y los ojos cerrados. Pero sé que en realidad no le está prestando atención al té. Está ganando tiempo.

—Ya has servido el té. Ahora, habla.

Deja la taza sobre la bandeja con suavidad.

—Me gustaría que la división del Viento del Norte te acompañara a París.

No era lo que esperaba.

—¿Los guardias de élite? ¿Por qué?

Big Wang se aclara la garganta como si tuviera una flema atascada.

—Pues porque nunca has salido del Reino Medio. Me preocupa tu seguridad.

Desde los seis años me han permitido corretear sola por la ciudad: luchar y pelearme contra *yaojing* bocazas; trotar alegremente por las calles con la guardia de los Vientos del Norte persiguiéndome; quedarme toda la noche jugando a las cartas,

pasando de una casa de apuestas a otra. Big Wang en ningún momento expresó ninguna preocupación por mi seguridad. Eso lo reservaba para los cerebro de mosquito a los que desplumaba o les daba una paliza o para los guardias a los que atormentaba a menudo por diversión. Ahora me siento un pelín mal al respecto. Ellos solo seguían órdenes e intentaban que esta chiquilla rebelde no anduviera por ahí desnuda.

—¿Por qué no escoltan los guardias de élite a Lord Aengus hasta París? Así no tendré que ir yo.

Big Wang contrae el rostro. Otro largo suspiro.

—Incumplir una promesa hecha como ministra del Infierno es equivalente a admitir que has perdido tu autoridad ministerial. Entonces Niang Niang podría exigirle al Emperador de Jade que te devuelva a la Corte Hulijing como su súbdita. —Niega con la cabeza, con la atención en otro sitio—. Eso no podemos permitirlo.

—Ah. Yo tampoco quiero eso. Pero ¿cincuenta guardias? Anda ya, Big Wang. Es demasiado.

El Rey del Infierno hace rodar la taza *wenxiang* entre los dedos, el ceño fruncido entre sus dos cejas negras pobladas se vuelve más pronunciado.

—¿Y qué tal Lord Nioh y Lord Ma?

—Se los necesita aquí en el Shanghái yin —digo, apelando a su parte racional—. ¡Se encargan de vigilar la ciudad entera! Sería ridículo pedirles que me hicieran de niñera. Y a la división del Viento del Norte tampoco le hará ninguna gracia que los obligues. No tengo un buen historial con ellos. Además, dudo que me hayan perdonado por todas las veces que les he dado un rodillazo en sus virtuosos melocotones.

Big Wang aprieta la mandíbula.

—No vas a ir sola. Puedes escoger si prefieres que te acompañen la división del Viento del Norte o Lord Nioh y Lord Ma.

Esta forma de insistir es poco habitual en él. Mi tutor siempre ha sido un padre poco implicado, más propenso a la negligencia benigna y a confiar en que puedo ocuparme yo sola de mis asuntos

y que sé cuándo pedir ayuda. Solo suele intervenir cuando cometo una infracción de protocolo o le causo daños físicos a alguna persona o propiedad. Incluso cuando las subordinadas de mi abuela intentaban hacerme daño, Big Wang solo me dijo que las evitara. Entrecierro los ojos a medida que se van asentando mis sospechas.

—¿Hay algo peligroso en París?

Big Wang levanta la barbilla.

—Deja de cambiar de tema.

—A Tony y a mí nos permitiste ir al Shanghái mortal solos.

—¡Y mira lo que pasó! —Sus ojos arden enrojecidos. Está nervioso de verdad.

—Gigi y Ah Lang se unieron a nosotros —le recuerdo, lo cual me da una idea—. ¿Y si se lo pido a ellos? Si están dispuestos, ¿podemos olvidarnos de que me acompañen de la división del Viento del Norte y Lord Nioh y Lord Ma?

Big Wang no parece oírme. No deja de dar vueltas a la taza entre las manos mientras se muerde el interior del carrillo, como si estuviera preparándose para decir algo.

—Cuando crías a una niña, a veces se toman decisiones y no siempre tienes claro que sean las correctas. ¿*Dong, ma*? —dice al fin.

«¿Qué?».

—No pretendo tener hijos en el futuro próximo si eso es a lo que te refieres.

—No, no me… —Big Wang se aclara la garganta, con las mejillas enrojecidas—. Me refiero a que, aunque a veces tomas una decisión con la mejor intención posible para proteger a alguien, no siempre está claro si has escogido el camino correcto. Solo puedes esperar que así sea. ¿*Dong, ma*?

—Si estás hablando sobre mis deberes como intermediaria especial, siento mucho no haber vigilado más de cerca a las cortesanas *hulijing*, pero intenté advertir al embajador. Tampoco es como si ellas me escucharan y…

Sacude la cabeza y resopla con frustración.

Estoy muy confusa.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué quieres decir.

Deja la taza *wenxiang* sobre la mesa. La mira con preocupación y la recoge de nuevo.

—Verás, sé que…, bueno, sabía que… —Big Wang parpadea con los ojos puestos en la mano, como si le sorprendiera encontrar una taza. La vuelve a dejar en la mesa—. A ver… —Su voz se apaga.

Se me encoge el corazón al ver a Big Wang, siempre seguro de sí mismo y despreocupado, tan decaído. Pero no puedo pronunciar por él las palabras; no me queda otra que esperar. Decide verter agua caliente en la tetera y empezar de nuevo con el ritual completo. Pero sé que lo está haciendo sin ganas. Contempla el té que nada en la taza *gongdao* como si estuviera perdido.

Le quito la taza con delicadeza y completo los siguientes pasos: sirvo el té en las tazas *wenxiang*, las cubro con las tazas *pinmin* y les doy la vuelta. Me tranquiliza seguir los pasos que tan bien conozco y me sirven para encontrar un punto de apoyo entre todo el caos. Así es como debió de sentirse Big Wang todas las veces que esperaba a que yo dijera entre tartamudeos lo que me preocupaba en el momento. Le ofrezco la taza *pinmin*. El té tiene un brillo dorado ambarino.

—Verás, me preocupaba que…, o sea, los vampiros…, yo. —Mantenemos contacto visual por un instante (lo suficiente para que se me pongan los pelos de la nuca de punta) antes de volver a centrarme en la humeante taza de la mesa. Él se bebe el té de un trago como si fuera un chupito de *baijiu*.

Ha pasado casi un siglo desde que Big Wang me adoptó. En todo este tiempo he visto muchas emociones atravesar su rostro. Sobre todo, exasperación, seguida de frustración y enfado. Las que odio: decepción, reproche. Las que me gustan en secreto aunque diga lo contrario: diversión, deleite. Pero, ahora mismo, hay algo en sus ojos que no había visto nunca antes: miedo.

Le doy un golpecito en la mano tratando de animarlo.

—¿Querías decirme algo sobre los vampiros?

Traga saliva, cuadra los hombros, levanta el mentón, pero tarda un poco más en devolverme la mirada. Cuando lo hace, se aferra con fuerza a su cara de *mahjong*. La única emoción que percibo es ansiedad.

—Sí. —Me fulmina con la mirada—. No. Es decir, ¿nunca has querido saber más sobre tu legado vampírico?

Nunca me he parado a pensar demasiado sobre mi legado; obcecarme con cosas que están fuera de mi control o que no puedo cambiar me parece un desperdicio de energía. Rara vez sí que pienso en el padre que me abandonó. Pero, como hago siempre que un tema me resulta incómodo, opto por la frivolidad.

—Me he leído *Varney el vampiro* y *Drácula*, pero no parecen más que un puñado de pedos de perro imaginarios.

—Los libros tienen razón sobre el ajo y la plata —afirma Big Wang—. Ambas cosas pueden herirte. Me parece lógico que también tengan razón sobre otras cosas.

Sopeso la posibilidad y luego la descarto con una mofa.

—Los libros también dicen que los vampiros no pueden salir al sol, no se reflejan en los espejos y convierten a la gente al morderla. Y yo no echo a arder con la luz del sol, sí que tengo reflejo y si al morder a alguien lo convirtiera, la mitad de tus guardias de la división del Viento Norte ya serían vampiros. He peleado con muchos de ellos de pequeña. Antes de aprender a usar la espada, solía atacar mordiendo. Además, también está el hecho evidente de que yo soy vampiro y no me convirtieron; nací así.

—Todas las historias contienen alguna semilla de verdad —insiste—. Piensa en las leyendas sobre los *yaojing*.

Le doy vueltas a la conversación y trato de averiguar qué está omitiendo Big Wang. Sabe algo sobre los vampiros… Ha mencionado las leyendas y las semillas de la verdad justo después de que sacara el tema de cómo se crean los vampiros. Cómo se crean los vampiros… Abro más los ojos.

—¿Has dicho que sabías algo sobre los vampiros?

Big Wang manipula con torpeza la taza que tiene en la mano.

¡He acertado!

—Sabes…

Me interrumpe con la voz aguda.

—¿Se plantearía Tony convertirse en vampiro? ¿Volverse inmortal?

—Espera…, ¿qué?

Esta conversación me está mareando con tantos giros inesperados. Sé tan poco sobre los vampiros que cualquier información concreta me parece emocionante. Pero mi curiosidad sobre cómo se crean los vampiros es retórica. ¿Tony como vampiro? Me río.

—Eso es absurdo. Él jamás querría ser una criatura sobrenatural. ¿Tener que beber sangre? ¿Que le sobresalgan unos horribles colmillos de las encías? ¿Apestar a muerto? Muchas gracias, pero no. Lo prefiero tal y como está.

Mi tutor me contempla largo rato con los ojos rojos resplandecientes. Si no me equivoco al leer su expresión, está conmocionado.

—¿Eso es lo que piensas sobre ti? —dice al fin—. ¿Que eres antinatural y horrible? Para ser alguien con un sentido del olfato tan desarrollado, deberías saber de sobra que no hueles en absoluto a muerto. Beber sangre no es diferente del *yang qi* que beben muchos *yaojing*. Cualquiera que te juzgue es un hipócrita. Pero, pequeña Jing, pregúntate a ti misma por qué tu primera reacción al pensar en Tony como vampiro ha sido repetir insultos que otros te han dicho. Tú no eres así.

Dicho de ese modo, me siento avergonzada por la facilidad con la que he soltado todos esos viejos insultos. Ahora es mi turno para suspirar con pesadez.

—Es solo que no quiero que sufra como lo hice yo.

Big Wang pone una mueca de dolor, lo cual me hace sentir como un mojón de mierda.

—Me has cuidado bien —digo, pero él desestima mi afirmación.

—Si tus amigos aceptan acompañarte, no insistiré en que lleves a los demás guardias. —Vuelve a tener la vista perdida. Se lleva la taza *pinmin* a los labios y da un sorbito, sin percatarse de que está vacía—. A lo mejor te sorprende lo mucho que te gusta París. —El brillo rojizo habitual de sus ojos se ha apagado de forma extraña y me contempla con una expresión muy peculiar—. No te lo pases tan bien que luego se te olvide volver a casa —dice, y me echa de su despacho.

7

ENTREGA EN MANO

Me meto las manos en los bolsillos y le doy una patada a un guijarro de la acera mientras reflexiono sobre mi extraña conversación con Big Wang. Es la primera vez que se muestra así de sobreprotector, pero tratar de adivinar el objetivo de aquella confusa maraña de preguntas solo me está provocando dolor de cabeza. Decido dejarlo por ahora. Me dirijo hacia el edificio de la Aduana para ver si me ha llegado algo.

Big Wang modificó el diseño del edificio de la Aduana cuando lo construyó. Y a mí, que he estado en el Shanghái mortal y he visto el original, me gusta más el nuestro. Tenemos las mismas columnas majestuosas en la fachada, pero en el interior de nuestra versión se encuentra la caseta de entrada original de una sola planta con las baldosas grises ondeadas y los aleros sonrientes. La mezcla entre lo nuevo y lo conocido resulta reconfortante.

El vestíbulo lo ocupa casi en su totalidad un largo mostrador que se extiende a lo ancho de la sala. Tras él hay una pared llena de cubículos que van del suelo al techo y de la que cuelgan escaleras rodantes, cada una de las cuales cubre aproximadamente una sección de veinte columnas de cubículos. Los trabajadores, que llevan cestas amarradas a la cintura, suben y bajan por las escaleras, que a su vez se deslizan hacia los lados, al tiempo que ellos ordenan fajos de dinero de incienso y otros artículos de incienso en las cajitas. Las escaleras emiten un ruidoso chasquido cada vez que

llegan al final de la sección. Con un empujón, los trabajadores mandan las escaleras en la dirección opuesta. Ida y vuelta, arriba y abajo, clonc, clonc, clonc, como un ábaco gigante. A primera hora de la tarde este sitio ya estará repleto de fantasmas que acuden a recoger el dinero y las provisiones que les envían sus amigos y familiares vivos, pero de momento está tranquilo. La mayoría de los visitantes del Shanghái yin salen tarde.

Paso de largo el mostrador de las recogidas y me encamino hacia la mesa de envíos extraordinarios donde está sentado un viejo fantasma marchito leyendo un *manhua*. Lleva el *changpao* gris estándar que se entrega a todos los fantasmas contratados que trabajan para pagar su deuda kármica. Cuando me ve, su rostro se contrae para formar una sonrisa sin dientes.

—¡Buenos días, *Lady* Jing! —dice. Pero con su pronunciado acento de Beijing suena más parecido a «¡Zao-er, Lady Jing-er!». Se le borra la sonrisa—. ¿Hay algún problema? No tienes buen aspecto.

—Solo estoy cansada —respondo—. El Consejo Mahjong me tiene ocupada. —Miro esperanzada los cubículos que tiene detrás—. ¿Me ha llegado alguna carta, Da Ye?

Ha pasado casi una semana desde que recibí la última carta de Tony.

Me sonríe con amabilidad.

—Quizá mañana.

Se me encoge el corazón, pero trato de no dejar entrever la decepción.

Da Ye no se lo traga.

—No estés triste —dice—. Seguro que la próxima carta del señor Lee llegará pronto. Tengo algo que alegrará esa carita enfadada. —Extrae un fardo de *manhua* de su escritorio: una gruesa pila de cómics protagonizados por Sanmao, un peculiar huérfano de Shanghái sin dinero—. Los he recibido esta misma mañana.

Abro mucho los ojos. Cuando descubrí el *manhua* de Zhang Leping el verano pasado, me cautivó al momento. Puesto que sus tiras cómicas se publican en varios periódicos y revistas, es difícil

localizarlas todas. Pero aquí está Da Ye, blandiendo una pila de papeles repleta de tiras de Sanmao.

Examina mi rostro y esboza una sonrisa triunfal.

—Eso está mejor —dice y me entrega los cómics—. Mi hijo es muy filial —continúa, en respuesta a mi pregunta tácita—. Sabe lo mucho que adoro el *manhua* y les hizo una petición especial a sus amigos artistas, y resulta que uno de ellos es el señor Zhang. Estas son todas sus tiras recopiladas en un solo sitio. Algunas ni siquiera se han publicado aún.

Da Ye saca un segundo fardo de revistas.

—Es mi colección de cómics del señor Wang sobre un hombre rico y estúpido. Son tan buenos como los recordaba.

—Gracias, Da Ye —susurro—. *Ming tian jian*.

Da Ye se despide alegremente con la mano.

—Hasta mañana —dice, que con su acento norteño suena más como «Ming-er tian-er jian-er».

Me dirijo a ver a las *pixiu* aferrada a mi botín. El Tesoro en el que viven es mi sitio favorito para leer y pensar.

Me escondo detrás del edificio de la Aduana y me dirijo hacia Hankow Road: una calle más pequeña en la que cuelgan carteles publicitarios de seda de las fachadas de piedra y madera. Bajo por Henan Road en dirección a la Puerta Norte de la amurallada Ciudad Vieja. La calle es una cacofonía de color, con los carteles de tela colgados junto a los deslumbrantes rótulos de neón. Los anuncios de las tiendas y las bendiciones para los fantasmas en su viaje a través del puente Naihe compiten por llamar la atención. «Lazos Shunshin, ¡visítanos, por favor!», «Rebajas en Douda», «Buena suerte en tu próxima vida», «Grandes precios» y «Regalos conmemorativos de prereencarnación incluidos».

Otro serpenteo más y el Tesoro de Big Wang aparece a la vuelta de la esquina. Sobre un bonito pedazo de césped se encuentra una imponente torre de piedra rodeada por topiaria con forma de, por supuesto, tortugas. Qué puedo decir, a Big Wang le apasionan las tortugas.

Las paredes lisas y sin ventanas del Tesoro se elevan diez pisos, pero solo están ahí para impresionar. El verdadero tesoro está en la planta baja, dispuesto al estilo tradicional *siheyuan* con cuatro largos pabellones que rodean un patio abierto donde juegan y duermen mis dos *pixiu*. La torre se construyó para que tuvieran un espacio donde volar y ejercitar las alas.

Uno de los guardias perimetrales me ve y hace una reverencia.

—*Lady* Jing —me saluda.

Su tono no llega a ser del todo frío, pero tampoco es cordial; él y yo nos conocemos desde hace tiempo. Cuando se unió a los guardias, pensó que se ganaría el favor de Cabeza de Toro si me ponía en mi sitio. Me clavaba el dedo en la llaga: en que era una sirvienta de Big Wang, huérfana, con un linaje mezclado, que carecía de autocontrol; vamos, más o menos todas las cosas que odiaba de mí misma. Ver su estúpida cara me enfadaba. Siempre estábamos peleando. Los dos tuvimos los ojos morados durante meses y él tuvo los brazos llenos de mordiscos de mis colmillos.

Vuelvo a pensar en las palabras de Big Wang: «¿Se plantearía Tony convertirse en vampiro?»… Nunca me he creído las novelas sobre vampiros que convierten a los mortales mordiéndolos. Si esas historias fueran ciertas, este capullo se habría transformado en vampiro mil veces. Lo observo con atención en busca de algún indicio de vampirismo. Él se pone rígido al percibir mi repentina atención.

—Enséñame los dientes —le digo.

El guardia no se mueve.

—No te voy a hacer nada. Solo abre la boca. —Le ofrezco una sonrisa desagradable que dice «Soy la zorra de la hija del jefazo, así que más te vale obedecerme».

Me mira como si yo fuera una serpiente de cascabel adormilada a la que no desea despertar y abre la boca despacio. Resoplo, asombrada. Sí que me ha obedecido. Antes de que pueda cambiar de opinión, le reviso las encías en busca de alguna señal de colmillos. Nada.

—¿Comes mucha sangre de cerdo? —preguntó.

Mueve la cabeza de la izquierda a la derecha dos veces.

—¿Y otro tipo de sangre?

—Me mareo con la sangre —dice.

Lo sabía. Esas historias no son más que eso. No tienen nada de verídico.

Me cuelo en el Tesoro a través de las puertas de doble altura lacadas en rojo y me dirijo al patio. Un canturreo hace que levante la mirada. Cutie desciende creando unos elegantes círculos con las alas nevadas extendidas. Su melena, antaño rubia y ahora blanca por el paso de los años, se agita con el viento. Aterriza con torpeza y levanta una nube de polvo amarillo a nuestro alrededor.

Cutie contonea todo el cuerpo y le cuelga la lengua de la boca abierta. Resopla como si tuviera hipo; los chillidos se entremezclan con silbidos agudos. Se apoya contra mí con fuerza y me tira al suelo.

—Yo también te he echado de menos —digo, y presiono el rostro contra su suave pelaje y aspiro su olor seco y polvoriento. Su cola rematada con pelo se bate de delante hacia atrás y golpea el suelo.

Poco después, se oyen unos pasos atronadores que provienen de las profundidades del pabellón oeste y una enorme bola de pelo negra aparece en el patio. En la boca carga con lo que parece un puñado de ramas de árbol.

Puffy se lanza a por Cutie, que grazna irritada. Deja caer las ramas a mis pies y veo lo que son. O más bien, lo que eran antes.

—¿Esto es lo que queda de tu nueva pelota?

Puffy agita la cola, como si estuviera orgullosa de haber destrozado la bola de mimbre. No deja de azotar a Cutie con la cola y ella, molesta, la golpea con las patas traseras. Puffy, a su vez, intenta sentarse sobre la cabeza de Cutie. Se chillan mutuamente y me hacen reír.

—Siéntate, Puffy —digo—. Pero no sobre Cutie, ¿vale?

Puffy deposita su enorme trasero a regañadientes sobre el suelo sucio. Cutie sigue tumbada y empuja a Puffy a escondidas con la pata.

—Cutie, no hagas eso. Siéntate tú también.

Cutie me obedece con un resoplido. Ahora que se han calmado, las dos olfatean el aire y huelen los premios que les he traído.

Puffy me da un golpecito con su cabezón negro y olisquea el calamar deshidratado que llevo en los bolsillos. Cutie la imita, pero también intentan empujarse entre ellas. Cuando me interpongo entre las dos, la primera decide pasarme la lengua pegajosa por toda la cara, como si me estuviera acicalando. Me hace cosquillas y apesta. Cutie no quiere quedarse fuera, así que decide que la parte trasera de mi cabeza también necesita un lametón. Levanto las manos en señal de rendición.

—¡Vale! ¡Vale! Parad y os doy algunos premios.

Las dos se sientan sobre sus cuartos traseros y aparentan ser las dignificadas guardianas del Tesoro que se supone que deben ser.

—Al menos vosotras me hacéis caso —digo.

Relinchan, como si me compadecieran. Me acomodo contra sus patas y les ofrezco puñados de calamar deshidratado mientras les relato los eventos de la mañana, terminando por el extraño comportamiento de Big Wang y su pregunta sobre Tony convirtiéndose en vampiro.

Big Wang ha afirmado que todas las historias contienen una parte de verdad. Que los libros captan la idea general: la sangre como sustento, los colmillos, las habilidades sobrenaturales. Los *yaojing* son increíblemente fuertes, pero yo soy más rápida que todos los que he conocido y mi sentido olfativo es mejor que el de los *hulijing*, que son célebres por sus finos olfatos. Puesto que las fortalezas de mi madre no eran nada fuera de lo común, tiene sentido que atribuya estas cualidades a mi parte vampírica.

Cutie ronca suavemente a mi lado. Puffy también se ha quedado dormida y emite alegres chillidos en sueños. Apoyo la cabeza contra

la mejilla de Puffy y reflexiono sobre los libros y cómo las verdades pueden quedar ocultas tras los detalles contradictorios. Varney el vampiro no tenía problemas ni con el ajo ni con la plata, pero Drácula era aún más alérgico que yo.

Mi ascendencia mestiza también provoca aún más confusión. Puede que una estaca en el corazón mate a un vampiro, pero ni a los *yaojing* ni a mí nos haría ningún daño permanente por muy sagrada que sea la madera. Me han apuñalado las veces suficientes durante las peleas de espadas como para saberlo. Y lo mismo con las decapitaciones, aunque escocería de la hostia y serían un absoluto grano en el *pigu*. Regenerar una cabeza lleva su tiempo. Solo una espada azul de Infierno puede extraernos el *qi* primordial, la fuente de nuestros poderes de regeneración, y otorgarnos la muerte eterna.

Volviendo a la pregunta de convertir a los mortales en vampiros: ¿y si los libros aciertan con la esencia general, pero se equivocan con los detalles? Quizá debería leer más novelas de vampiros y ver qué más puedo aprender.

Tras pasar varias horas leyendo cómics de Sanmao, me dirijo a casa a través del puente zigzag y el Pabellón del Lago Corazón. Cabeza de Toro está en la cocina charlando con el viejo Zao. Cabeza de Toro, Caballuno y el viejo Zao llevan siendo un trío muy unido desde mi infancia. Caballuno era el que imponía la disciplina; Cabeza de Toro, el protector; y el viejo Zao, el que nos alimenta. Caballuno era el que siempre cotilleaba con Zao, pero últimamente Cabeza de Toro viene cada vez más a menudo. Levantan la vista cuando entro y detienen la conversación de forma abrupta, como si ocultaran algo.

—¿Qué tal están las *pixiu*? —pregunta Cabeza de Toro.

—Tan adorables como siempre —respondo—. ¿Qué hacéis vosotros dos?

El viejo Zao, el Dios de la Cocina, sacude la mano restándole importancia.

—Hablar.

Tiene reputación de cotilla, pero también de mantener bajo llave la información que no desea compartir. Lo dejo estar.

—¿Me puedes preparar *xiao long bao*? —digo.

—¿No acabas de tomar el té con Big Wang? —pregunta el viejo Zao.

—¿Sabes lo que cuesta conseguir que las *pixiu* se comporten como es debido? ¡He tenido que luchar contra Puffy porque no dejaba de intentar sentarse sobre la cabeza de Cutie! Además, con Big Wang solo he tomado un aperitivo. Estoy hambrienta. —Mi estómago escoge ese momento para rugir audiblemente.

El viejo Zao ríe y su larga barba de dragón se crispa. Incluso Cabeza de Toro sonríe y deja a la vista el agujero entre sus dientes.

Me detengo. Las sonrisas de Cabeza de Toro son algo especial y poco habitual.

—¿Por qué estáis los dos de tan buen humor? —pregunto.

El viejo Zao tiene una mirada engreída y reservada, la que suele aparecer cuando ha obtenido un cotilleo antes que nadie.

Cabeza de Toro tiene una cara de *mahjong* más convincente.

—He oído que has estado haciendo un trabajo excelente en el Consejo Mahjong —dice.

Me arden las mejillas.

—Gracias —musito. Los halagos siempre me ponen nerviosa.

—Te prepararé unos *xiao long bao* al vapor —anuncia el viejo Zao—. Ve a esperar en el salón de té. Te los llevaré cuando estén listos.

Me llevo las manos a la cintura y realizo una leve reverencia al estilo antiguo.

—Mi más sincero agradecimiento a los sabios y amables Lord Noh y Zao Shen —clamo, con voz muy dulce.

Se producen unos segundos de silencio; luego, los dos responden a mis sandeces con algo que es mitad tos, mitad carcajada.

—Vete, melón tonto —dice el viejo Zao—. Jamás me acostumbraré a esas pedorretas que sueltas por la boca.

Abro la puerta enrejada que desemboca en la sala contigua. Hay un hombre sentado a la mesa junto a la ventana leyendo un libro. Estoy a punto de darme la vuelta y preguntarle al viejo Zao quién es su invitado cuando percibo su olor.

A sandía y nieve.

—¡Tony! —grito, con más volumen y la voz más aguda de lo que pretendía.

Camina hasta mí y se detiene a un par de pasos de distancia. Se me queda la mente en blanco y lo único que puedo hacer es contemplarlo felizmente, con los labios sellados y una extraña vergüenza.

—Me alegro muchísimo de verte, Jing —murmura con voz grave.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral. De pronto, soy superconsciente de su cercanía.

Hay tantas cosas que podría decirle y que me pasan a toda velocidad por la cabeza... «¿Por qué no me dijiste que venías? ¿Cómo has estado? Yo también me alegro mucho de verte».

Pero lo que sale de mi boca es brusco y torpe.

—¿Por qué no respondiste a mi última carta?

Tony se encoge solo un segundo antes de ocultar lo que le ha sorprendido mi tono de voz.

Abro la boca para decir algo que arregle mi metedura de pata, pero tengo la lengua congelada.

Me sonríe con amabilidad y me toma de las manos.

—Yo también te he echado de menos, Jing.

Me dibuja círculos con el pulgar en el dorso de las manos. Se me desbloquea la boca.

—Ha sonado como una acusación —digo, avergonzada—. No lo era. Es que te he echado mucho de menos.

Me acoge entre sus brazos. Aspiro su aroma; se me hace la boca agua y me escuece la garganta. Desprende un olor delicioso. Lo aparto para que vuelva a estar a un brazo de distancia. Se muestra confuso ante mi reacción. No quiero que lo malinterprete,

así que le tomo de las manos y las sujeto con fuerza. Parece que eso lo tranquiliza.

—Te echaba de menos y quería sorprenderte con una visita. —Me mira de reojo—. ¿Quién es Lord Aengus? Lo has mencionado varias veces…

—Ah, él —digo con sorna—. Es un incordio. Tengo que escoltarlo hasta París.

Se queda inmóvil.

—¿Vosotros dos solos? —pregunta con un tono brusco.

Aparta la mirada de mí con una expresión intensa. Caigo en la cuenta de que Tony está de mal humor.

Pienso en qué podría provocar este comportamiento y comprendo que probablemente está cansado y hambriento. Yo también me enfado cuando se me queja el estómago.

—*Aiya*, disculpa mi falta de consideración, Tony. Estoy aquí quejándome mientras tú debes de estar muerto de hambre —digo—. El viejo Zao nos está preparando unos *bao*. Te sentirás mejor con el estómago lleno.

Fija en mí una mirada ardiente y penetrante. Las rodillas se me vuelven de gelatina. Este Tony pasional es muy atractivo.

Me suelta las manos y se aleja unos pasos.

—¿Por qué no respondes a mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Vas a ir a París con Lord Aengus? —dice con tono chillón.

—Sí. —Lo miro con detenimiento—. ¿Estás enfadado conmigo?

Unas manchas rosadas motean sus mejillas. Se le enrojecen las puntas de las orejas. Se queda mirando el suelo.

—A *Lady* Jing también le parecí molesto al principio.

Sonrío y recuerdo la vez que nos conocimos.

—Es que eras muy irritante.

Se le descompone el rostro y su aflicción es como un puñetazo en el estómago. Repito mentalmente la conversación. «¿Vosotros dos solos? A *Lady* Jing también le parecí molesto al principio». Oh. Oh.

Le levanto con cuidado la barbilla para que sus ojos se encuentren con los míos.

—Me gustaste desde el momento en el que sorbí una bola de flema para escupírsela a Caballuno y tú te reíste.

Presiono mis labios contra los suyos. Su aroma me envuelve y todas las preocupaciones del mundo desaparecen en cuanto él me devuelve el beso.

—Eso fue durante mi primera mañana en el Shanghái yin —murmura.

—Ajá —digo, y sigo besándolo. Cuando ya se ha relajado un poco, me aparto para dejar espacio entre nosotros, pero no dejo de rodearle el cuello con los brazos.

—En cuanto a lo de París…, iba a preguntarte si querías venir conmigo. Big Wang no quiere que vaya sola, así que sugerí que Gigi, Ah Lang y tú deberíais venir también.

Se le relaja la expresión.

—¿Big Wang quiere que vayamos contigo?

—O venís vosotros tres o me va a mandar a la división del Viento del Norte. Lo siento, seguramente no es lo que habías planeado para la visita.

Niega con la cabeza, ahora en calma.

—París es una de mis ciudades favoritas. Me encantaría enseñártela.

Nos dirigimos a la mesa que hay junto a la ventana. Coloco mi silla al lado de la suya. Su sonrisa se ensancha hasta que aparecen dos hoyuelos en sus mejillas.

Extrae un sobre del interior de su chaqueta.

—Toma, mi preciosa flor —dice lo último con un tono burlón.

—¡Mi carta! —Le arranco el sobre de las manos y recibo con un gritito de asombro y alegría el denso fajo de hojas en su interior. Lo abro y empiezo a leer de inmediato.

—Eh, que estoy aquí. ¿No prefieres leerlo luego?

—¡Pero quiero saber qué ha sido de ese confabulador de Li Ren de tu oficina! ¿Al final lo pillaron por apropiarse del informe de otra

persona?

Él ríe.

—Te lo puedo contar yo.

—No es lo mismo. —No puedo evitar hacer un puchero. Su forma de expresarse, la belleza de su caligrafía (hay una fuerza osada en la elegante precisión de cada pincelada) cuando leo sus cartas es como si me honrara al dejarme echar un vistazo a su alma. Es una intimidad que no se asemeja a cuando solo hablamos.

—Qué impaciente —dice, divertido—. Voy a tener que ir a ver a Big Wang dentro de nada, así que guárdala para ese momento, ¿vale? Háblame de tu semana. ¿Qué ha ocurrido para que Lord Aengus tenga que regresar tan pronto?

Gruño.

—Tenemos que encontrar comida y *baijiu*. Es una larga historia.

Me coloca un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y tira de mí para abrazarme.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

Aspiro su reconfortante aroma y escucho el tranquilizador ritmo de su corazón al tiempo que baila con el mío.

8

LA REINA COTILLA

Tony y yo nos acabamos de terminar una cesta de *xiao long bao* cuando Gigi entra en el salón de té del Pabellón del Lago Corazón.

Él se pone en pie de inmediato, se golpea la palma de la mano con el puño y hace una profunda reverencia.

—Diez mil años de buena salud para la noble *Lady* Gi.

—¡Eh, te has olvidado de mis diez mil años de buena salud! —me quejo, mosqueada porque a ella le haya ofrecido de inmediato una bendición.

Él sonríe con suficiencia y me regala un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Hace otra reverencia y adopta un tono de voz seductor.

—Diez mil años de buena salud para mi corazón, *Lady* Jing. —Cuando se levanta, me dirige una mirada que hace que se me funda el cerebro y que ya no pueda oír mis propios pensamientos.

Lady Gi ríe, un sonido brillante como un tintineo.

—Tu cara, Jing. ¡Estás roja como un tomate! Cierra la boca antes de que se te meta una mosca. —Se vuelve hacia Tony y se inclina con recato—. Este ser del Reino Celestial se presenta ilesa ante el señor Lee. —Se deja caer en una de las dos sillas libres de alrededor de la mesa—. Pff, me muero de hambre. Me encanta visitar las Montañas Celestiales, pero nadie prepara los *xiao long bao* como el viejo Zao. Jing, ¿qué es todo eso de Lord Yang? Big Wang le ha mandado un mensaje a mi padre. Dijo que se trataba de una

especie de emergencia y que Ah Lang y yo debíamos venir a casa para ayudarte.

Aparto los ojos de Tony.

—Es una larga historia, pero la cuestión es que tengo que escoltar a Lord Aengus a París y Big Wang no me deja ir sola. ¿Me acompañaríais Ah Long, Tony y tú? Podríamos pasar unos días en París antes de volver.

—Le preguntaré a Ah Lang, pero no veo por qué no. Será divertido —afirma Gigi.

El viejo Zao irrumpe con otra pila de vaporeras de bambú.

—Pequeña Gi, ¿qué tal la visita a los Reinos Celestiales?

Ella inclina la cabeza.

—Diez mil años de buena salud, viejo Zao. Me alegra estar en casa.

Zao levanta las cejas al oírlo.

—Así que los rumores son ciertos. ¿Has decidido instalarte aquí de forma permanente?

Gigi lleva los últimos siglos viviendo en el Shanghái yin; su padre, el Emperador de Jade, la exilió como castigo por descuidar sus deberes. Tras el reciente incidente con mi abuela, cuando Ah Lang y ella resultaron cruciales a la hora de salvarnos a Tony Lee y a mí de sus planes asesinos, Big Wang convenció al Emperador de Jade para que le levantara el castigo.

Me vuelvo hacia Gigi con los ojos calientes de repente.

—¿De verdad? ¿No vas a volver?

Me da un golpecito en la mejilla.

—Echaría de menos esta cara feúcha, Jing. Ah Lang dijo que quería vivir en el Shanghái yin durante un tiempo. Así que ha conseguido un cargo ministerial aquí.

Esboza una sonrisa tan radiante que no puedo evitar imitarla. Mis pensamientos van a parar a Tony, al hecho de que los mortales no pueden vivir en el Shanghái yin. Mi sonrisa se quiebra.

Gigi ladea la cabeza. Conozco esa mirada. Está a punto de meter las narices en mis asuntos.

Sin darle tiempo a que pueda comenzar, el viejo Zao dice:

—Comed antes de que se enfríe.

Me lleno la boca de *bao*.

—¿No decías que echabas de menos la comida del viejo Zao? ¡Come! —Aunque lo que sale es algo más parecido a «ho-desiaquexaba-e-meno-acomía-evejoao. ¡Ome!».

—Qué ordinaria eres, Jing —dice Gigi—. Deja de hablar con la boca llena. No quiero ver tu comida a medio masticar.

Abro bien la boca.

—Ahhhh.

El viejo Zao me chista y me da un tortazo en la cabeza con la manga de la túnica.

—Pequeña Jing, compórtate.

Gigi pone los ojos en blanco y Tony oculta una tos-carcajada tras el puño.

—Ya vale de irse por las ramas. Cuéntanos lo de Lord Yang y por qué, de repente, necesita que lo escolten a París —declara Tony.

—Suena jugoso —dice el viejo Zao y saca una silla.

Cabeza de Toro, que hasta entonces ha estado merodeando por la cocina, se une a nosotros con su propio cuenco y unos palillos.

Su lema de vida, «es lo que hay», forma la base de un estoicismo que lo mantiene a cierta distancia de los demás. También es supertímido.

—El viejo Zao ha preparado los *bao* con mucho esfuerzo —dice, al percatarse de mi sorpresa—. Sería una grosería no comerlos y disfrutar de esta noble reunión.

Asiento con aprobación. Incluso el viejo Zao sonríe como una mamá gallina orgullosa.

Después de rellenarles a todos el té y engullir otros pocos *xiao long bao*, apoyo el codo en la mesa y le relato a mi cautivado público las últimas dieciocho horas que provocaron que Aengus terminara metido dentro de un jarrón Ming.

Hay momentos como este en los que mi vida me parece irreal. Hace un año jamás me habría imaginado sentada a una mesa

rodeada de amigos, amigos que me hacen sentir que lo que digo importa, que ríen y se asquean ante las mismas cosas que yo. Es suficiente para hacer que de repente se me llenen los ojos de lágrimas.

Por supuesto, Tony se percata.

—Jing, ¿qué ocurre?

Me tiro de las pestañas deprisa, avergonzada ante la muestra de emoción.

—Se me ha metido algo en el ojo.

Él se inclina hacia mí, su aliento me acaricia cálidamente la mejilla y me observa los ojos con atención. Tengo que contenerme para no echarme hacia delante y tomar su labio inferior entre los míos. Trago saliva y me quedo muy muy quieta.

—Ay, cómo han caído los poderosos —dice Gigi—. Si la Jing del pasado pudiera verte ahora, seguro que le entraría una arcada y luego os diría que os buscarais una habitación.

Tony se aparta, farfullando y alternando la mirada entre el viejo Zao y Cabeza de Toro.

—Solo estaba comprobando si tenía algo en el ojo. No pretendía hacer nada indecoroso.

Ver a Tony nervioso me provoca una sensación caliente y blandita por dentro. Una risita intenta escapar, pero aprieto los labios. No quiero darle más motivos a Gigi para tomarme el pelo.

Cabeza de Toro dice:

—*Aiya*, ya casi es la hora de la cena. ¿Cómo puede ser ya *riru*? Tengo que volver; Lord Ma me estará esperando.

—Jing —interviene Gigi—, ¿dices que la Reina Madre de Occidente está aquí?

—Sí, lo estaba esta mañana. No sé si seguirá en el hotel.

Gigi también se levanta y se coloca el pelo y la ropa.

—Hace años que no la veo; nunca sale de monte Kunlun. Baba se enfadaría si perdiera la oportunidad de presentarle mis respetos. Lord Nioh, iré contigo.

Tony es el siguiente en ponerse en pie.

—Yo también debería volver al Hotel Cathay. Tengo que hablar con Yan Luo Wang sobre un tema relacionado con el Banco Central del Infierno. Te veré mañana por la mañana bien temprano, Jing. —Le hace una reverencia al viejo Zao—. Mi más abundante gratitud por la comida, Zao Shen. Detened vuestros nobles pasos.

Cabeza de Toro y Gigi salen de la estancia, pero Tony permanece a la zaga. El viejo Zao se entretiene en la cocina y nos deja a solas en la estancia. Tony se inclina hacia delante y me besa.

Cuando se aparta, es como si me hubiera robado todo el aire de los pulmones.

—Que duermas bien, mi corazón —dice antes de marcharse.

En la tranquilidad del salón de té y apoyada contra la ventana, observo cómo mi Tony atraviesa a grandes zancadas el puente en zigzag con la elegancia de una pantera y se sitúa a la altura de los demás sin dificultad. Tiempo después de que desaparezcan de mi vista, sigo sonriendo y riéndome para mis adentros, emocionada por nuestro viaje a París y por la posibilidad de pasar todos los días, y quizá incluso las noches, con mi persona favorita del mundo.

9

BUEN VIAJE

A la mañana siguiente, uno de los Packard de Big Wang, una bestia enorme de cromo negro, se encuentra parado en Fang Pang Road, una de las calles más anchas cerca del Pabellón del Lago Corazón. El Packard se quedaría atascado en las calles estrechas si tratara de acercarse más.

Cabeza de Toro abre la puerta trasera. Estoy a punto de subirme, pero me percato de que tanto el asiento de atrás como la parte de los pies están llenos de maletas.

—Puedes sentarte delante —dice, y mete mi maleta en un pequeño hueco cerca del techo.

—¿Y qué hay de Gigi y Ah Lang?

—Van en otro coche porque *Lady* Gi necesitaba más espacio para su equipaje. Lord Ma y Big Wang acompañan a Tony y Lord Aengus. Nos reuniremos con ellos allí.

Serpenteamos a través de las estrechas carreteras de la Ciudad Vieja, más allá de las ornamentadas casas adosadas de madera de tres plantas, tan apreciadas por los ministros de alto rango. De vez en cuando una fachada enjoyada reluce entre las sombras azuladas de primera hora de la mañana. Los farolillos que alumbran la elegante casa de Gigi están apagados y difuminan el blanco meloso del árbol de seda. Finalmente, atravesamos la Puerta Norte de la Ciudad Vieja, un momento de tranquilidad en el que parece que el

tiempo se detiene justo antes de adentrarnos en Henan Road y el frenesí de carteles y luces de neón.

Cabeza de Toro no es un gran conversador, así que nos hacemos compañía en silencio. Los grandes edificios de piedra que flanquean el Bund emiten destellos dorados por las luces eléctricas.

El Expreso Inmortal ya se encuentra en la plataforma y desprende un ligero vapor en la penumbra de la madrugada. Big Wang se halla junto al tren conversando con Gigi y Tony. Ah Lang y Lord Aengus están inmersos en una conversación. Caballuno se encuentra a su lado con aspecto, para mi sorpresa, de estar muy relajado. Cabeza de Toro les entrega mi equipaje a los botones que hacen desfilar los baúles de Gigi hasta el tren.

El cabello rubio de Lord Aengus ha recuperado su lustre. Inclina la cabeza casi completamente restaurada.

—Hermosa *Lady* Jing, este ser humilde se deleita ante vuestra noble gloria.

Sonrío satisfecha al ver que tiene mucho mejor aspecto.

—¡Ya puedes mover la cabeza! El tratamiento de la Reina Madre de Occidente ha sido muy efectivo.

—¡Este ser humilde se siente increíblemente honrado al haber podido disfrutar de la gloria de la venerable gran diosa, la mismísima Reina Madre de Occidente! —Los ojos azules de Lord Aengus adoptan una mirada soñadora—. Ella encarna el equilibrio de las cinco virtudes con perfecta armonía.

Caballuno y yo intercambiamos una mirada. Intervengo a toda prisa para evitar que Lord Aengus recite otro largo poema épico. Si eso ocurre, jamás nos subiremos al tren.

—Lord Aengus, ya veo que has conocido a Tony y Ah Lang. —Saludo a Ah Lang golpeando un puño contra una palma—. Noble Ah Lang, me alegra volver a verte.

Ah Lang me devuelve el saludo y añade una reverencia caballerosa.

—*Lady* Jing, siento no haber podido ir a visitarte ayer. Le prometí al hermano Zhu que primero le llevaría sus regalos a Lord

Yang. Nos pusimos a hablar y perdimos la noción del tiempo. Mis disculpas. —Me entrega una pequeña caja con brocados de seda—. El hermano Zhu me pidió que te trajera este símbolo de amistad.

No suelo tener regalos, así que el pequeño gesto del hermano Zhu me conmueve más de lo que deseo admitir. Recibo la caja con las dos manos. El brocado está tejido con cuidado, un suave tono morado glicinia con detalles en plata. Tengo un nudo en la garganta y me cuesta pronunciar las siguientes palabras.

—Mi más sincera gratitud por la atención del hermano Zhu.

—Ábrela —dice Ah Lang—. Le prometí al hermano que le contaría tu reacción.

Le echo un vistazo a Big Wang. Normalmente, se considera grosero abrir un regalo al momento de recibirlo, pero mi tutor asiente.

—Si insistes —digo, deseosa de ver qué hay en el interior.

Descansando sobre una cama de seda morada se encuentra un brazalete de jade. Reluce incluso en la penumbra, como si la luz proviniera del interior de la joya. Los colores recuerdan al *da bai cai*, el modesto repollo: el blanco luminoso de las nervaduras de las hojas y el verde brillante y fresco del final. El brazalete también tiene unas coloridas vetas moradas, del mismo tono delicado del brocado.

—Es precioso —susurro.

—El hermano Zhu se alegrará mucho de que te haya gustado —afirma Ah Lang.

Gigi se desliza hasta nuestro grupo.

—Creo que es la primera vez que te veo con esa expresión tan adorable, Jing —dice—. Tenemos que hacerte más regalos. En un principio, el hermano Zhu escogió un broche feísimo, pero yo sabía que esto te gustaría más. Deja que te ayude a ponértelo.

Cuesta un poco ponerlo, pero en cuanto me pasa por la mano, el brazalete se deposita sobre mi muñeca de manera agradable. No puedo dejar de admirarlo.

Gigi se vuelve hacia Tony.

—Me alegra verte de nuevo, señor Lee.

Tony no responde, está mirando fijamente mi brazalete.

—Señor Lee —repite Gigi, con una sonrisa de entendimiento asomando en la comisura de sus labios.

Él se sobresalta y luego le ofrece un saludo con el puño sobre la palma antes de hacer una reverencia.

—Mil perdones, disculpad la falta de buenos modales de este ser indigno.

—*Aiya*, señor Lee, no hace falta que seas tan formal. *Zijiren*. Te considero familia.

El señor Lee vuelve a hacer una reverencia.

—Este ser indigno toma prestada tu noble luz; diez mil años de gratitud por tu amistad y amabilidad.

Pongo los ojos en blanco. A Gigi le encantan esas florituras disparatadas. Suelta una risita, que suena como unas campanillas. Durante un momento, siento celos del encanto y la elegancia que desprende con tanta naturalidad.

—Venid —dice Big Wang—. Os enseñaré el tren.

Seguimos a Big Wang por las escaleras de metal que conducen a lo que solo puedo describir como el interior de una ostra. Las paredes son de un rosa claro lacadas con un acabado brillante espejo, tienen incrustadas piedras preciosas para crear escenas del Reino Celestial donde las montañas de jade se alzan entre las nubes de nácar mientras las aves de coral y esmeralda anidan en pinos de lapislázuli y zafiro. Unos sillones de terciopelo dorado rodean las mesas de mármol. En la parte posterior del vagón hay un piano de cola y un bar bien surtido.

—Deja de babear, Jing —susurra Gigi. Respondo poniendo mala cara, pero ella está demasiado ocupada contemplando boquiabierta la opulencia.

—Esa es la sala de estar —declara Big Wang mientras nos conduce hasta el siguiente vagón—. En París —continúa— lo hemos dispuesto todo para que os quedéis en nuestro puesto diplomático de avanzada, donde Lord Aengus podrá reunirse con su sanadora. La Emisaria Especial Ahn os recibirá en la estación.

El vagón restaurante es igual de impresionante que los demás. De las paredes lacadas en rojo cuelgan paneles de madera del árbol de la seda tallados con bordes dorados. La mesa circular que se halla en el centro de la estancia brilla como ámbar meloso. Por el lustre y el color, debe de tratarse también de madera del árbol de la seda.

—Por aquí se accede a vuestros coches cama —dice Big Wang, y nos adentramos en un pasillo de madera que me recuerda a la casa de Gigi en la Ciudad Vieja. A mitad del corredor, cuelgan dos farolillos a ambos lados de las puertas paneladas, cuyas celosías están forradas con seda para garantizar la intimidad. Big Wang las abre.

—Esta es la habitación de *Lady* Gi y Ah Lang.

La parte superior de las paredes está forrada de seda amarillo claro y paneles de madera tallada, pero no puedo ver nada más porque las enormes montañas de baúles de madera obstruyen el resto de la estancia.

—Parece que te has traído todas las prendas que tenías en el armario y otras cuantas más —digo. Cuento sus baúles—. ¿DIECISÉIS? ¿Acaso te mudas a París?

—No digas tonterías, Jing. Tardé una eternidad en reducir al mínimo la ropa que traería para el viaje. He tenido que dejarme muchísimas cosas.

—Ay, pétalo mío, tú eres mucho más bella que cualquier prenda de vestir —dice Ah Lang.

Los dos intercambian una mirada pastelosa y yo finjo una arcada para que se detengan, pero no funciona.

—Ya me estarás agradecida cuando te quedes sin cosas que ponerte y vengas a suplicarme que te preste algo espectacular. —Ladea la cabeza—. La verdad, Jing. Creo que me mudaría a París si tuviera la oportunidad. Al fin y al cabo es la ciudad del amor. ¿Y tú?

—¿Irme del Shanghái yin? —Intento imaginármelo, pero no puedo. Mis días los moldean las personas a las que aprecio: me despierto al oír los cánticos del viejo Zao en la cocina y el olor de los

xiao long bao al vapor. Por las mañanas, Caballuno me hace practicar los Clásicos, aunque a menudo se pasa las lecciones sermoneándome por alguna infracción. Por las tardes, cotilleo con *Madame* Meng mientras tomamos el té y visito a mis *pixiu*. De noche, ceno con Big Wang y Cabeza de Toro me hace compañía mientras me tomo mi picoteo de medianoche y mi vaso diario de sangre y, luego, juego al *kanhoo* con Gigi hasta la madrugada. Si me quitan eso… Solo de pensarlo me duele el pecho.

—¿De verdad te lo estás planteando? —El tono burlón de Gigi me saca de mi ensimismamiento.

Los demás esperan pacientes mi respuesta, pero a Big Wang se le forman unas arrugas en las comisuras de los ojos en una expresión que desconozco; parece nervioso o preocupado.

—¿Te encuentras bien, Big Wang? —pregunto.

—Ajá —dice, y su rostro vuelve a adoptar su habitual insondable cara de *mahjong*.

A lo mejor me lo he imaginado.

Me vuelvo hacia Gigi y niego con la cabeza.

—¿Y estar dispuesta a abandonar la posibilidad de comer *xiao long bao* cuando me plazca? Ni en diez mil años.

Big Wang nos dirige a través del pasillo hacia las puertas que se encuentran a continuación. Dos puertas lunares de caoba dividen la habitación larga y rectangular en tres áreas; en el centro hay una mesa con sillas y, a ambos lados, dos estancias para dormir. Deduzco que Big Wang ha escogido los muebles: armarios cónicos, sillas con respaldos curvados, una sencilla mesa cuadrada con patas que se curvan ligeramente hacia dentro en la parte inferior; las líneas marcadas de la dinastía Ming.

Big Wang señala a Tony con la cabeza.

—Gracias por ofrecerte a compartir estancia con Lord Aengus. Me deja más tranquilo.

Frunzo el ceño desconcertada. No es la distribución que esperaba. Intento mirar a Tony a los ojos, pero él me evita a propósito.

—Pequeña Jing —dice Big Wang—, ven a que te enseñe tu cuarto.

Mi habitación es similar a la de Gigi, pero en vez de paredes de seda amarilla, las mías son azul claro. En la esquina junto a la cama se encuentra mi maleta.

Cuando ya hemos terminado la visita de los vagones, regresamos a la sala de estar.

—Deberíais sentiros muy cómodos durante el viaje —afirma Big Wang—. Si necesitáis cualquier cosa, pedídselo al personal de cocina del último vagón. El tren llegará a París dentro de una semana.

Un silbido largo y fuerte señala nuestra partida. Desde las ventanas de la sala de estar nos despedimos de Cabeza de Toro, Caballuno y Big Wang hasta que cruzamos el velo y una tupida capa grisácea engulle todo lo que se encuentra en el exterior.

Gigi se pone en pie.

—Voy a deshacer el equipaje. Odio que se me arrugue la ropa.

—Pétalo mío, ¿necesitas ayuda o compañía? —pregunta Ah Lang.

Finjo una arcada, pero es más bien para aparentar. Ya me he acostumbrado a estos dos tortolitos y sus cursilerías. A veces, cuando están en las Tierras Celestiales, incluso lo echo un poquito de menos.

Gigi pone los ojos en blanco.

—Le dijo la sartén al cazo. Tony y tú sois iguales cuando os ponéis ojitos.

Al oírlo, Tony me sonríe y su mirada es tierna y cursi. Le tapo los ojos con la mano para que su gesto no le dé la razón a Gigi.

—Hmmm —afirma ella con los labios cerrados y una expresión de júbilo bailando sobre su rostro. Se echa el pelo hacia atrás y se vuelve hacia Ah Lang—. Me gusta organizar las cosas a mi manera, cariño. A ti te resultaría tedioso. El vagón tiene un bar bien surtido.

¿Por qué no nos preparas unos cócteles para brindar por el comienzo de nuestro viaje? Ya sabes cuáles me gustan.

—Buena idea, pétalo.

—Yo también voy a deshacer el equipaje —digo— y me reuniré con vosotros cuando termine.

—Yo haré los preparativos para Lord Aengus y para mí, luego iré a buscarte, Jing —afirma Tony.

Le dirijo una mirada de reproche, puesto que me ha mosqueado que haya decidido compartir habitación con Lord Aengus sin hablarlo conmigo. Pero no le digo que no.

No tardo mucho en deshacer el equipaje. Coloco la ropa en el armario, las horquillas en la cómoda y deslizo la maleta debajo de la cama. Extraigo el cuaderno de dibujo y las acuarelas para luego. Alguien llama suavemente a la puerta.

Tony entra en la sala con las manos detrás de la espalda. Parece desanimado.

—*Lady* Jing —dice—, debería haberte entregado esto ayer.

Parece dubitativo cuando me ofrece una caja. Se parece mucho a la que me ha dado Ah Lang, pero es más sencilla y la seda menos fina.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —La cojo con avidez y alegría. Pero luego recuerdo los buenos modales—. Eh, abundante gratitud —digo *a posteriori*.

Teniendo en cuenta mis frecuentes faltas de decoro, a veces me preocupa que piense que soy demasiado ordinaria, pero él ríe y advierto un breve destello de sus hoyuelos antes de que la sonrisa se desvanezca.

—Ábrela —dice sin demasiado entusiasmo.

Dentro hay un colgante de jade. Es un disco redondo y sencillo con una cadera de oro. El jade es de un brillante *feicui* imperial: un verde esmeralda intenso, casi azulado.

—Es precioso, Tony.

—Siento que no sea tan lujoso como el brazalete de jade del hermano Zhu.

Lo dice de tal forma que tengo que volverme a mirarlo. Tardo unos segundos en identificar la emoción.

—¿Estás celoso?

—El regalo del hermano Zhu parece haberte gustado tanto… —dice con voz queda y desolada. Siento una punzada en el corazón como respuesta.

—Puedo contar todos los regalos que he recibido con los dedos de una mano, así que no los doy por sentado. Aprecio todos y cada uno de ellos. Pero un regalo jamás hará que me guste alguien más que tú. —Le doy un apretón en la mano—. ¿Sabes que tú me hiciste el primer regalo de mi vida? —Extraigo un saquito con cuentas lleno hasta arriba de rollitos *tu-si* y caramelos salados del bolsillo—. Siempre lo llevo encima porque me recuerda a ti.

Al ver el saquito repleto de dulces, su expresión se suaviza.

—¿Me permites? —Señala el collar.

Asiento. Me aparta el pelo hacia atrás y me lo pone.

El disco de jade se me posa sobre el hueco de la clavícula y me produce un frescor agradable al tocar la piel. Me gusta incluso más al saber que ha escogido un collar de menor longitud para que no se enrede con el diamante de color amarillo canario de mi madre que cuelga junto a mi corazón.

—Gracias. Es precioso.

—Sí que lo es —afirma.

—¿Sabías que estaba enfadada contigo?

—¿Porque me hospedo con Lord Aengus?

—Sí —digo, sin importarme mi tono de queja—. ¿Por qué has escogido al embajador en vez de a mí?

Se sienta en la cama a mi lado.

—Porque no es decoroso. No estamos casados, no deberíamos compartir habitación.

—Pero Gigi y Ah Lang…

—Llevan saliendo más de un milenio —aclara con cariño—. No hay prisa, Jing.

Me envuelve el rostro entre las manos y presiona sus labios contra los míos. Me vuelco en el beso y disfruto de él, pero se aparta casi de inmediato.

—Más besos —exijo.

Tony finge mirar el reloj.

—Deberíamos volver con los demás —dice con tono solemne—. Nos estarán esperando.

Me cruzo de brazos, irritada.

Se le crispan las comisuras de los labios hasta que no puede contener su cara de *mahjong* durante más tiempo y deja escapar una sonrisa atrevida.

—¿Cómo podría resistirme cuando haces esos pucheritos?

Me tira de los brazos con cariño, pero yo solo los aprieto con más fuerza. Y, para asegurarme, giro la cara.

—Supongo que al final no quieres que te bese —afirma con un suspiro dramático.

Lo empujo contra la cama e intento besarlo, pero se está riendo, así que no consigo acertar y solo le provoco más carcajadas.

—¡Ahora sí que vas a tener motivos para reírte, zurullo repugnante!

Terminamos rodando por la cama y haciéndonos cosquillas, aullando y chillando hasta que acabamos tumbados uno al lado del otro sin aliento y entre risas. Tony se incorpora apoyándose en el codo y le brillan los ojos mientras me examina.

—Eres monísima cuando haces pucheros. —Me recorre el labio inferior con el pulgar y luego acorta la distancia que nos separa.

Se toma su tiempo y me besa con devoción y precisión. Sabe a luz del sol, a felicidad y a una promesa por cumplir. Me besa con tanta intensidad que el mundo a nuestro alrededor desaparece y olvido dónde termina él y empiezo yo.

Nos perdemos la comida.

Y la cena.

Alguien llama a la puerta de mi camarote, haciendo que el tiempo retome su curso y, con él, la realidad.

Oigo a Gigi que dice desde el pasillo:

—Si dejo que mueras de hambre, Big Wang se lo chivará a mi padre. Venid con nosotros.

Gruño.

—¿No podemos quedarnos un poco más? —susurro.

Tony tiene los labios hinchados y el rostro sonrojado. Sé que le atrae la idea, pero mi estómago escoge ese momento exacto para protestar con fuerza.

Él sonríe, mostrando sus hoyuelos, y niega con la cabeza.

—Ay, diablilla avariciosa. Tenemos que darte algo de comer. Nadie quiere a una Jing hambrienta y enfadada.

—Qué grosero —digo, pero permito que me tome de la mano y me conduzca hasta la sala principal.

Ah Lang se encuentra tras la barra del bar sacando varias botellas de esto y aquello, dándoles vueltas y lanzándolas al aire mientras también consigue de alguna forma colocar los vasos de cristal en fila. Sé que solo tiene dos manos, pero hace malabares con las botellas y los vasos a tal velocidad que parece que tenga muchas más.

Lord Aengus está sentado en un extremo de la barra.

—¡*Lady* Jing! Qué maravilla. El viaje hasta aquí fue estupendo, por supuesto, pero también un poco solitario. ¡Miles de gracias por acompañarme y traer a vuestros honorabilísimos amigos! Ah Lang me ha estado contando la historia de cómo se conocieron y enamoraron *Lady* Gi y él. Qué tortolitos. Noble *Lady* Jing. —Lord Aengus ondea las cejas—. ¿Debería tratar de seduciros? Me encantaría tener una historia de amor semejante: dos amantes desafortunados cuya devoción se gana la bendición del Cielo.

Lord Aengus está tan ensimismado con su teatrillo que no se percata del rostro contraído de Tony.

—No está disponible —dice, y su comportamiento pasa de ser el de un académico educado a un peligroso depredador. No me desagradaría ver a este Tony más a menudo.

Por desgracia, Lord Aengus está demasiado ocupado mirándose en el espejo para percatarse.

—¿Ah, sí? Dios mío, desde luego, si *Lady* Jing fuera mi amada, no abandonaría tal tesoro durante tantos meses. —Separa la vista del espejo y se vuelve hacia Tony—. En donde yo vivo, si descuidas a tu querida, otros pueden interponerse y ocupar tu lugar.

Tony nos mira a Lord Aengus y a mí de hito en hito con incertidumbre.

—Dejad de atormentar a Tony —digo—. Está ocupado en el mundo mortal; allí las cosas están muy revueltas ahora mismo.

—Una guerra civil asola el país —confirma Tony en voz baja—. Ha sido difícil salir de allí. —Le lanza una mirada cargada de significado a Lord Aengus y reduce el tono de voz a un murmullo—: Preferiría que aquí hubiera menos gente.

—Te estamos oyendo todos, señor Lee —dice Gigi, y aparece con un vestido rosa y espumoso—. Hermano Yang, espero que estés siendo amable con Tony. Él es el que debería velar por ti por la noche. No le des ningún motivo para tirarte por el váter.

Abre bien sus ojos azules y adopta una expresión inocente.

—Levantad vuestra honorable mano, señor Lee, y disculpad a este ser humilde que se muestra ante vos.

—Menudas chorradas dices.

—¿Que yo qué? —dice Lord Aengus fingiéndose horrorizado—. ¿Así es como tratáis a vuestros amigos, *Lady* Jing?

Estoy a punto de responder que los amigos no les roban los novios a sus amigas para que sean sus compañeros de cuarto cuando Ah Lang deposita un cóctel sobre mi mano. Le entrega uno a Gigi, otro a Tony y sostiene un tercero frente a Lord Aengus con una pajita.

—Por los amigos, los viejos y los nuevos —brinda Ah Lang.

Hago una pedorreta, pero levanto la copa de todas formas para que brindemos y bebamos.

10

ARRAIGADO

Los días transcurren en un borrón feliz de juegos, risas y besos, muchos besos. Ah Lang incluso consigue refrenar los cotorreos de Lord Aengus compartiendo historias sobre su infancia con el hermano Zhu, el único tema con el que a Lord Aengus no le importa escuchar en vez de hablar.

El último día antes de llegar a París, Tony y yo estamos sentados juntos en mi habitación. Yo estoy pintando un cuadro en el que aparecen Gigi, Ah Lang y Tony sentados en una cafetería riendo. Tony está sentado en mi cama leyendo, como de costumbre.

—¿Alguna vez te has planteado el futuro? —pregunto—. Nuestro futuro, me refiero.

Levanta la vista de sus papeles.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes…, yo soy *yaojing*. Tú eres mortal.

Unos dedos suaves me levantan el mentón. Tony me contempla desde arriba.

—¿A qué viene eso ahora?

Me pongo a manipular mis brochas y pinturas.

—Tuve una conversación extraña con Big Wang sobre la inmortalidad y mi legado vampírico. Me hizo pensar en nosotros y en nuestras diferencias.

Tony entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí para que me siente a su lado en la cama.

—No voy a negar que vamos a tener que sortear varios obstáculos. Provenimos de dos mundos muy diferentes. Pero también siento que nos conocemos desde hace muchas vidas. —Me recorre la muñeca, pero tiene cuidado de evitar el brazalete de jade —. Nos conectan los hilos del Destino. El *qi* de la Reina Madre de Occidente me protege. Gracias a esas dos cosas, tengo la esperanza de que encontraremos la manera. Y somos afortunados de contar con muchos ancianos a los que les podemos preguntar qué opciones tendremos cuando llegue el momento: Big Wang, Lord Black e incluso la Reina Madre de Occidente.

Asiento. Tiene razón.

—Pero, comparado conmigo, tu tiempo en este mundo es escaso.

La mirada que me lanza es muy típica de Cabeza de Toro. «Es lo que hay».

—Soy mortal.

—Pero ¿y si pudieras ser inmortal?

—No sé si te entiendo.

—Hay varias formas de alcanzar la inmortalidad. —Las enumero con los dedos—. Está el elixir de la inmortalidad, los melocotones de la inmortalidad de la Reina Madre, puedes cultivar tu *qi* a través de la meditación…

Le brota una carcajada.

—En esos elixires se utilizaba mucho el mercurio. Morir envenenado por un metal pesado es una forma muy desagradable de morir. Y en cuanto a los melocotones de la Reina Madre de Occidente, la última persona que los comió sin permiso terminó encarcelada bajo una montaña. Y tampoco quiero pasarme cientos de años meditando en una cueva. Te extrañaría demasiado. Sería incapaz de concentrarme. Me consuela saber que cuando mi vida termine, un transbordador fantasma me llevará hasta el Shanghái yin... —Se le suaviza la mirada—. Donde me recibirás tú.

Se me encoge el corazón al pensarlo.

—No, eso… no. —Me estremezco.

Suena maravilloso, pero no es la realidad. Cuando pase a la siguiente vida, seré yo quien se quedará atrás, con el corazón roto y lamentando su pérdida durante el resto de la eternidad.

Niego con la cabeza. Ese no puede ser nuestro futuro. Mi futuro.

—¿Y si pudiera convertirme en vampiro?

«Jamás tendría que verte cruzar el puente Naihe preguntándome si volvería a verte algún día».

—¿Sabes hacerlo? —lo dice con tono de alarma, pero estoy demasiado ocupada en convencerlo como para prestarle atención.

—No, pero podemos buscar las respuestas juntos. Todos los libros dicen que…

—Las historias presentan a los vampiros como seductores crueles y pervertidos que pretenden destruir todo lo que es bueno y puro. ¿Por qué les darías credibilidad?

—Todas las historias tienen parte de verdad —digo, repitiendo las palabras de Big Wang—. Como las que dicen que los *hulijing* son seductores *chupaqi*, por ejemplo.

Tony recibe mi ocurrencia con una carcajada poco entusiasta.

—Es posible. —Me envuelve la mejilla con la mano. El calor me resulta reconfortante—. He leído mucho sobre vampiros y no puedo conciliar el saber popular con la *Lady* Jing que conozco.

La ternura que siento por este mortal me provoca un aguijonazo en el corazón.

—¿Has estado leyendo sobre vampiros?

—Sí. No solo novelas, también informes y tratados históricos. —Hace un mohín—. Muy desagradables y arraigados en el miedo y la ignorancia. Si hay una parte de verdad, espero que sea insustancial.

—Pero…

—Un dragón sabio me dijo una vez que debo abrazar el Cosmos para que me muestre el camino. —Sonríe, como si debiera divertirme lo que ha dicho. Cuando es evidente que no es así, exhala y sacude la cabeza—. Jing, quiero vivir mi vida al máximo. Me gustas mucho y quiero pasar tiempo conociéndote, descubriendo qué clase de futuro podríamos tener juntos. Tenemos tiempo.

Pero yo me pregunto si es cierto.

—Solo digo que deberíamos hablarlo y comprender nuestras opciones. Tu percepción del transbordador fantasma no es…

—Soy mortal, Jing —dice con un toque de impaciencia—. No es una opción, es la realidad.

—¿Y por qué no te planteas siquiera la inmortalidad?

Su mirada se enfría y aparta la mano.

—Yo jamás te pediría que fueras algo que no eres. Tu herencia vampírica y *hulijing* es una parte de ti. Te hace ser quien eres. Mi mortalidad es parte de quien soy. Es el orden natural de las cosas y morir forma parte de ello. Creo que en este caso tendremos que conformarnos con aceptar nuestras diferencias. —Se levanta y se alisa las arrugas de los pantalones, pero no me mira—. Deberíamos ir con los demás.

Me deja de piedra lo arraigadas que están sus creencias. Para ser uno de los poquísimos mortales con acceso a otros reinos, ¿cómo puede no resultarle obvio que las realidades de mi reino son tan naturales como las del suyo?

De momento, le dejo hacer a su antojo.

Debe de estar más alterado de lo que deja entrever, porque no intenta sentarse conmigo durante la cena y permite que Lord Aengus monopolice mi tiempo. Me siento mal por haber sacado el tema e intento mantener contacto visual con él para disculparme, pero ni siquiera me concede esa oportunidad.

Sin embargo, cuanto más pienso en sus respuestas y razonamientos, más me enfado yo. ¿Qué clase de futuro podríamos tener juntos? Pero lo peor de todo es que me diga que para él será un gran consuelo verme cuando efectúe su viaje final al Shanghái yin. ¿Y qué hay de mí? ¿Qué consuelo tendré yo? Pasarme el resto de la eternidad lamentando la pérdida de un hombre para el que, incluso aunque volviéramos a encontrarnos, no sería más que una desconocida.

Después de la cena pretendo dirigirme hacia mi cuarto, pero Gigi entrelaza su brazo con el mío antes de que consiga escapar.

—Es la hora del *kanhoo* —canturrea.

Me lleva del brazo hasta la estancia principal. Ah Lang ya está en la barra vertiendo un brebaje rosa melocotón sobre una fila de delicadas copas de champán. Me entran náuseas solo de verlas.

—¡No más Gloriosa Gi, por el amor de Tian! —digo—. Por favor, prepara otra cosa, Ah Lang. Es el único cóctel que hemos bebido durante todo el viaje.

Gigi se aparta el pelo con la mano.

—Bueno, supongo que, puesto que es nuestra última noche, podemos beber otra cosa. El hermano Zhu también le puso tu nombre a un cóctel. Cariño, prepáranos unos *Lady* Jing.

Gigi se termina tomando la mayoría de los Gloriosa Gi, mientras que yo me bebo los *Lady* Jing. Ah Lang hace el valiente intento de proporcionarnos un flujo constante de cócteles, pero no es capaz de seguir el ritmo. Al cabo de un rato, Gigi viene cargada de las distintivas botellas de *maotai* de color blanco y rojo y las suelta en la silla que tiene al lado. Abre una y nos sirve a todos una copa antes de rebuscar en su manga la baraja de cartas de *kanhoo*.

—¡Vamos, fea, es hora de que tu derrota contra la diosa del *kanhoo* te deje con el *pigu* torcido! —dice.

Me bebo el *baijiu* de un trago y levanto la copa para que me sirva más.

—Deja de decir memeces —clamo, aunque empiezo a arrastrar las palabras.

La quinta, o quizá la sexta, botella al fin adormece mi enfado con el señorito Tony «quiero ser mortal» Lee.

Hay botellas vacías de *baijiu* tiradas por toda la mesa y el suelo que nos rodea. Examino mis cartas con los ojos entrecerrados. Primero veo doble y luego borroso; los malditos números no dejan de moverse.

—*Aiya*, dejad de moveros —les susurro a mis cartas—. Le vamos a dar una paliza a *Lady* Gi que se va a caer de *pigu* y nos vamos a llevar hasta la última baratija de la mesa. —Me río sola y me descarto.

El rostro de Gigi está tan rosa como una peonía.

—Puedo oírte, borrachuza. —Se tambalea y roba una carta. Las comisuras de sus delicados labios se tensan.

Chisto en voz alta.

—Deberías mejorar tu cara de *mahjong*. No te ha salido la carta que querías, ¿verdad?

—Shh. Piensas que lo sabes todo. —Pone sobre la mesa un trío de cartas.

—Te crees muy lista.

—No lo creo, lo sé.

Le hago un gesto para que me rellene la copa. En algún momento, Ah Lang y Lord Aengus nos deleitan con un dueto formado por la pipa pulsada del primero y el canturreo de cursis baladas de amor del segundo. La voz cantada de Lord Aengus resulta sorprendentemente agradable: es ronca y gutural, como si estuviera haciendo gárgaras con gravilla. Pensaba que el señorito Tony «quiero ser mortal» se había escabullido a su habitación, pero, por algún motivo, está sentado en la esquina con esa cara suya tan besable y finge estar absorto en sus papeles. Bah.

Gigi suelta un hipido, intenta rellenar mi copa y después la suya, pero derrama la mayoría del líquido sobre la mesa.

—Céntrate, Gigi. No desperdicies *jiu* del bueno.

Se inclina hacia delante y lame la mesa.

—No desperdicio nada, ¿ves? —Me mira y estalla en carcajadas —. ¡Qué cara has puesto, Jing! —Resuella, incapaz de seguir hablando por la intensidad de la risa.

—*May s*herrr —farfullo. Agarro una carta de la pila y pongo dos parejas sobre la mesa.

Se serena al ver mi jugada; sus carcajadas remiten, pero no pierde la sonrisa.

—Deja de hacer el tonto y juega tu mano, Gigi —exijo.

Gigi se descarta y yo le arrebato la carta. Descarto la mía y revelo mi mano.

—¡Chúpate esa, perdedora! ¡Admite que yo soy la diosa del *kanhoo*! —cacareo mientras hago un bailecito triunfante.

Gigi pone los ojos en blanco.

—Declaro a *Lady* Hu Xian Jing la diosa del *kanhoo*. ¿Ya estás satisfecha, Jing? Eres una inmadura.

Arraso con las ganancias de la mesa y me las meto en la manga. Gigi ha apostado una de las horquillas a la que le tenía echado el ojo desde hacía tiempo. ¡Y lingotes de oro! Voy a… Me quedo paralizada. Olisqueo el aire. Percibo algo extraño.

—¿Hueles eso?

Gigi levanta la nariz.

—¿El qué?

Me pongo en pie y rastreo el olor. Es raro, seco y enfermizo. Como a rosas disecadas y alcanfor. Y luego oigo una voz desconocida, tan suave como la brisa.

—*Ah-teng*.

Proviene de la esquina del techo. La contemplo fijamente y percibo un cambio en el aire, como el titileo de una ola de calor.

—No estamos solos —digo, al mismo tiempo que una explosión ensordecedora sacude el vagón.

En un momento estoy de pie con la mano de Gigi en el brazo; al siguiente, me he vuelto ingrávida. Un pitido me perfora los oídos, pero es lo único que oigo.

Las sillas, las botellas y las cartas de *kanhoo* están suspendidas en el aire y Gigi también, con el vestido amarillo abierto en abanico a su alrededor como si fueran rayos de sol. Aquella escena surrealista podría haber tenido un aire apacible de no ser por la expresión de Gigi: con los ojos bien abiertos por el miedo y la alerta.

Parpadeo y la gravedad se acuerda de nosotras. El suelo se abalanza hacia arriba y me golpea de costado. Las botellas y copas explotan a nuestro alrededor, provocando que el aire reluzca como si

lo hubieran rociado con polvo de diamantes. Un jarrón enorme me golpea en la mejilla. Veo las estrellas y, después, nada.

11

CASA DURAND

—¡*Lady* Jing! ¡*Lady* Jing!

La persona que pronuncia mi nombre consigue atravesar la niebla. Abro los ojos con mucho esfuerzo y me encuentro cara a cara con un aterrado Lord Aengus.

El silencio amortiguado estalla en un estruendo ensordecedor: Ah Lang llama a Gigi a gritos; Tony, a mí; se oye el chirrido sobrenatural de metal contra metal.

—¡*Lady* Jing! —dice de nuevo Lord Aengus; cada sílaba está impregnada de un sentimiento de urgencia—. Debes reunir a los demás. Deprisa.

No confío en ser capaz de levantarme, así que repto hacia delante y arrastro el jarrón de Lord Aengus conmigo.

—Por ahí —indica Lord Aengus mientras señala con la barbilla.

Tony, Ah Lang y Gigi están apiñados junto a los restos destrozados de la barra del bar. Cuando llego hasta ellos, Ah Lang me quita a Lord Aengus de las manos. Tony me atrae hacia sí con la respiración entrecortada y me abraza con fuerza. Entierro la cara en su pecho. Está sangrando, pero sé que no es una herida grave. Aunque el aroma es atractivo y me asoman los colmillos, por una vez no me siento tentada en absoluto porque solo estoy agradecida de que esté vivo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ah Lang.

Nadie tiene ninguna respuesta.

—Mantengámonos alerta —susurra Lord Aengus—. Tengo un mal presentimiento.

Justo en ese momento, una neblina se adentra en el vagón. La luz se refracta a través de ella y provoca que el aire brille. El leve olor a rosa y alcanfor se intensifica a medida que una docena de intrusos ataviados de negro se materializan frente a nosotros. *Yaoguai* en forma humana.

Ah Lang se pone en pie de un salto y Gigi se sitúa a su lado.

—MARCHAOS —ordena con su voz celestial. Sus palabras se deslizan como susurros resonantes; todos los portadores del poder de Tian exigen sumisión.

Un escalofrío recorre a los intrusos, pero la compulsión no los afecta. Por otra parte, Tony se sacude con violencia a causa de la orden celestial. Le murmuro unas palabras en la oreja para hacer desaparecer el temor. Tiro de Gigi y me cambio de sitio con ella. Allí, de pie junto a Tony, me mira a los ojos y asiente con entendimiento.

—¿Qué queréis? —Ah Lang los fulmina con la mirada.

Los hombres y las mujeres nos observan impasibles.

—¿Conoces las formas de la espada? —le pregunto en un susurro a Ah Lang.

—Por supuesto —responde.

No me hace falta más.

Ah Lang y yo nos lanzamos contra los *yaoguai*. Mi primer golpe da en el blanco y tumba a un hombre calvo. Lo pierdo de vista en el momento en que una mujer rubia ocupa su lugar. Abre los ojos azules de par en par cuando su nariz cruje bajo mi puño. Otros dos la reemplazan.

Ah Lang y yo los superamos en fuerza, pero es como enfrentarse a un enjambre de abejas. Cada vez que derribo a uno, otro lo sustituye.

La rubia vuelve, la agarro del pelo y estoy a punto de darle otro puñetazo, pero me percato de que su nariz aplastada se recompone

ante mis ojos.

—¡Se autorregeneran! —grito—. ¡Tenemos que matarlos!

Le doy la vuelta a la mujer para poder hacerle una llave de cabeza y partirle el cuello; de pronto, desaparece y me quedo sujetando aire.

Los intrusos se multiplican y nos sobrepasan. Me atacan cinco a la vez; dos me agarran cada brazo y el quinto me hace una llave de cabeza. Me obligan a ponerme de rodillas con la cabeza inclinada mientras me retienen las manos a la espalda con unas pesadas cadenas.

El vestido amarillo de Gigi está a mi derecha, la túnica marrón de Ah Lang a mi izquierda.

—Tony y Lord Aengus están aquí también —susurra Gigi.

El olor a rosa y alcanfor se intensifica al tiempo que más niebla se cuela en el vagón.

Otros tres desconocidos se materializan tras el brillo. Una mujer mayor (de piel lisa y cristalina, con el pelo cano recogido en un *chignon*) se sitúa entre un hombre de cabello oscuro y ojos del color de las nubes durante una tormenta y otra mujer que me contempla con unos relucientes ojos color esmeralda.

Aunque todos parecen oler de la misma manera, mi instinto me indica que los primeros a los que he percibido han sido la mujer de ojos esmeralda y el hombre moreno.

Un escalofrío de reconocimiento me baja por la columna vertebral al observar la postura de la mujer de cabello cano (con la espalda erecta como los majestuosos pinos del monte Kunlun), su belleza severa e imponente y su presencia majestuosa. Aunque lleva un vestido negro de lana con un cuello de encaje blanco (no deja tanta piel ni tetas a la vista para que sea del gusto de mi abuela), al igual que Niang Niang, apesta a poder.

El hombre le ofrece el brazo a la mujer de pelo cano. Ella le da un golpecito cariñoso y los enormes rubíes y diamantes que adornan sus dedos titilan con la luz. Vuelve a centrarse en nosotros y sus

labios se curvan en algo que no llega a ser una sonrisa. Quizá una muestra de reconocimiento.

La anciana habla con una voz áspera y melodiosa, aunque no comprendo nada de lo que dice a excepción de la palabra «París».

Pero no importa, porque la de ojos esmeralda dice despacio con un cuidado mandarín:

—Bienvenidos a París. Ahora la Casa Durand está a vuestro cargo.

12

IGUAL QUE TÚ

Me tapan la cabeza con un saco y una sensación fría y burbujeante me recorre. La cabeza me da vueltas y se me adormecen los sentidos. Ya no percibo las cadenas que me rodean las muñecas, ni el duro suelo de madera bajo las rodillas o la lengua contra los dientes. Una ligereza insoportable elimina toda parte de mi ser hasta que no queda nada.

Recobro la conciencia y me estremezco. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? La cadena repiquetea cuando contraigo los dedos de las manos y los pies. Sigo teniendo la cabeza cubierta por el saco, pero unos leves destellos de luz se cuelan a través del tejido. Inhalo hondo y despacio por la nariz para hacer inventario de la sala.

Tony está cerca. El aroma de su sangre me reseca la garganta, pero el alivio se sobrepone a todo lo demás. Gigi y Ah Lang se encuentran a mi derecha en algún lugar y tengo a Lord Aengus detrás. Los olores familiares de mis amigos se intercalan con el tufo a alcanfor y rosa de los secuestradores, pero solo hay unos cuantos con nosotros en la estancia. Cinco o seis.

Con un solo movimiento, ruedo hasta situarme de costado mientras forcejeo contra las cadenas. Se rompen con un chasquido. Oigo un grito cuando me quito el saco de la cabeza.

Me agacho con los puños preparados.

Unas ventanas de techo a suelo enmarcan dos figuras contra un cielo rosado. El hombre moreno y la mujer de ojos esmeralda. No

hay nadie más. ¿Dónde está Tony? ¿Y Ah Lang, Gigi, Lord Aengus?

La pareja se aproxima hasta mí, pero se mantiene a una distancia de seguridad mientras me observa. Él ladra algo ininteligible. Ella responde; los sonidos y la entonación me resultan desconocidos. La mujer se acerca más a mí y se agacha para mirarme a la cara con curiosidad. Me lanzo hacia delante mostrando los dientes, pero el espacio donde se encontraba está vacío.

El hombre ríe y yo lo contemplo fijamente porque la mujer ahora se encuentra en la otra punta de la habitación. ¿Cómo?

—Hola —dice en un mandarín torpe—. Soy Marianne. ¿Cómo te llamas?

Ignoro su pregunta y me precipito sobre el hueco que hay entre los dos, en dirección a la ventana. Por un momento, me pregunto dónde habrá aprendido a hablar chino, pero aparto el pensamiento enseguida. No importa. Ahora mismo, lo más importante es que me libere y encuentre a mis amigos.

Ya casi he llegado hasta la ventana, pero, aunque parece imposible, el hombre me agarra desde atrás. Peleo, me retuerzo, pataleo, muerdo, cualquier cosa para soltarme. Él grita y Marianne reaparece a mi lado casi con aburrimiento.

—Si sigues así, matamos al mortal.

Me detengo de inmediato. Marianne sonríe con satisfacción y le dice algo a su compañero. Mi mente es un nudo de rabia y preocupación, pero me obligo a contar y a respirar despacio. Practico todos los trucos de control de la ira para mantener a raya mi temperamento.

«Piensa, Jing». El nudo de mis pensamientos se desenreda poco a poco. Recuerdo que Big Wang dijo que la gente de nuestro puesto de avanzada se reuniría con nosotros en la estación. A estas alturas ya sabrán que ha ocurrido algo y nos estarán buscando. Tengo que descubrir quiénes son estas criaturas y qué quieren.

—¿Dónde estoy? ¿Qué habéis hecho con mis amigos?

Marianne señala al hombre con la cabeza. Él me arrastra lejos de la ventana y me tira al suelo.

—Este es Maximilien, mi hermano. ¿Cómo te llamas? —repite.

—¿Qué sois? ¿Qué queréis? —pregunto.

Marianne aprieta los labios y las comisuras tironean hacia abajo. Le dice algo a Maximilien, que desaparece con un destello. Un segundo después, otro destello y reaparece sujetando a Tony del cuello.

Lo miro a los ojos, en los que veo temor, pero también resistencia y preocupación. En el momento en que avanzo hacia él, Maximilien lo agarra con más fuerza y Tony ahoga un grito. Me detengo.

—¿Cómo te llamas? —Marianne entona cada palabra despacio, con suavidad y dulzura. De ella emanan oleadas de violencia.

Aunque me consuela que Tony esté cerca e ileso de momento, no me atrevo a mirarlo. Me yergo, alzo el mentón y digo:

—Soy la Gran Princesa Rebosante de Sagacidad, Noble *Lady* Hu Xian Jing de las Colinas Turquesa, *Lady* Jing del Monte Kunlun. Y exijo en nombre del Ministerio del Infierno, la noble Corte Hulijing y el Panteón de Tian que me deis una explicación.

La expresión de Marianne se transforma en tantas emociones de forma momentánea que no soy capaz de analizarlas todas. Sorpresa, satisfacción, enfado, ¿duda? Maximilien y ella mantienen una conversación animada. El hermano desaparece con Tony. No. Trato de alcanzarlo, pero en cuanto me lanzo hacia delante, el brazo de Marianne me rodea la cintura. Aquel conocido burbujeo frío que me recorre las venas capta mi atención. El aire a mi alrededor destella con motas doradas, como el *qi yang* bajo la luz del sol. Igual que antes, mi cuerpo parece desaparecer y pierdo la consciencia.

Cuando vuelvo en mí, estoy desplomada contra otra ventana de techo a suelo. Teniendo en cuenta que el cielo sigue rosado, parece que esta vez no he perdido el conocimiento durante mucho rato. La sala apesta al alcanfor y rosa disecada, característicos de estos

yaoguai. Antes de que tenga la oportunidad de examinar mi entorno, Marianne tira de mí para levantarme. Me zafo de su agarre.

Nos encontramos cara a cara. Yo respiro con dificultad mientras que Marianne me contempla con cierta irritación. Ella tiene ventaja y ambas lo sabemos.

—Pórtate bien —dice—, acuérdate…

Una voz que es mitad ronroneo, mitad chisporroteo nos interrumpe.

—*Bonjour, ma bichette*.

Me vuelvo hacia la voz y me reciben dos pechos muy desnudos y voluptuosos. Las tetas no son un elemento extraño para mí: al fin y al cabo, crecí rodeada de cortesanas *hulijing* y les apasiona llevarlas a la vista. No obstante, al igual que todos los demás *yaojing* de Tian, las *hulijing* son mucho más conservadoras en lo que respecta a exponer el resto de su cuerpo.

Pero esta mujer, cuyo olor me indica que es de la misma clase de *yaoguai* que Marianne, no tiene el mismo reparo. Intento no quedarme mirando, pero no puedo evitarlo. A excepción de la gruesa cadena de oro que reluce sobre su cuello y sus labios rojo escarlata, toda ella es una extensión de piel suave y cremosa, pálida como el tofu sedoso. Incluso sus pezones son muy poco más oscuros que el resto de su piel. Jamás había visto un cabello como el suyo: sus rizos no son de un rubio pálido como los de Lord Aengus, sino de un tono naranja dorado y luminoso, como la carne de un caqui maduro. Unos bucles le cuelgan a la altura del submaxilar, mientras que un estrecho triángulo de rizos más pálidos le adorna el pubis.

Marianne no se muestra sorprendida ni inquieta ante la mujer desnuda. Se saludan con calidez con un beso en cada mejilla. Con la mano en la cadera, la mujer me examina de arriba abajo y le da una larga calada a su cigarro aún más largo.

El interminable escrutinio me traslada de vuelta a mi infancia en la Corte Hulijing: estoy deseando escupirle o retorcerle el pezón para

que se detenga. Pero mantengo mis impulsos bajo control por el bien de Tony y solo la miro con desdén.

Abre los ojos como platos y da una palmada como si yo fuera un animal de circo que acabara de realizar un truco adorable. Aquello hace que odie aún más la seguridad que tiene en sí misma.

El humo de su cigarrillo forma espirales alrededor de sus palabras cuando dice:

—*Qui est ta petite amie? Comme elle est drôle*.

Marianne y la mujer intercambian varias palabras más. La mujer me guiña el ojo y se aleja con la cabeza bien alta.

Solo en ese momento me percato de que estamos rodeadas de otros *yaoguai* como Marianne. Ocupan los sofás y divanes de la habitación lujosamente decorada. Casi todos están desnudos igual que la mujer. No puedo evitar estar impresionada. Deberíamos tener menos complejos con nuestros cuerpos.

Marianne parte hacia el centro de la sala. Hago el amago de seguirla, pero un trío de hombres se separa de uno de los grupos y no consigo dejar de mirarlos. Ahí abajo. El pene del primer hombre está plegado por el medio, casi como si lo hubieran doblado. Los de los otros dos hombres son diferentes: uno es ancho y achaparrado, mientras que el otro es largo y delgado. Vuelvo a escanear la sala y me percato de la variedad de forma, longitud, circunferencia y color. Me recuerdan a los gusanos marinos estofados, muy populares en invierno entre los *yaojing* más ancianos del Shanghái yin. Jamás volveré a mirarlos con los mismos ojos.

Sí que hace que me pare a pensar un momento, ¿cómo será el de Tony? Nos hemos besado e incluso hemos dormido en la misma cama (él se quedó dormido sin querer), pero en ese aspecto mantiene el decoro como un general curtido y elude todos mis acercamientos.

A medida que me desplazo hacia el centro de la sala, más cerca de los *yaojing*, veo, por primera vez en mi vida, el cambio de forma y textura de un pene excitado. Se me encienden las mejillas. Un movimiento vigoroso al otro lado de la habitación me llama la

atención: dos piernas rodean la cintura de un hombre cuyas nalgas se tensan y destensan con cada empujón.

—¡*Lady* Hu Xian Jing! —El tono brusco de Marianne interrumpe mi trance—. Deja de mirar embobada y acompáñame.

La sigo con sumisión. Varias preguntas me bailan en la punta de la lengua. ¿Qué ha sido esa sensación burbujeante? ¿Qué clase de *yaojing* son? ¿Cómo desaparecen y reaparecen de esa forma? Todas importantes y relevantes.

Pero la que suelto de forma abrupta es:

—¿Por qué están todos desnudos?

Marianne encoge un hombro.

—¿Por qué no?

No es una respuesta en condiciones; no obstante, esa es exactamente la misma pregunta que me he hecho muchas veces a mí misma respecto a las cosas que me dicen que no debería hacer. Cuánta libertad.

—Pero tú no lo estás —señalo.

Baja la vista a sus ropajes y se alisa la falda.

—La ausencia de vestimenta indica que estamos abiertos a recibir una invitación. Como miembro de la Casa Durand, yo no disfruto de tales libertades.

—¿Una invitación? ¿Y eso qué quiere decir?

—Que uno puede entregarse a los placeres sensoriales.

La anciana del tren está sentada en el centro de la sala sobre un sillón rosa claro y sostiene una taza de té tan fina como una cáscara de huevo frente a los labios. A diferencia del mar de cuerpos desnudos que se retuercen a su alrededor, va cubierta casi de pies a cabeza por un vestido negro de lana y unas botas negras de cuero.

Marianne le dice algo y la mujer frunce el ceño y luego me lanza una mirada afilada. Estoy harta de que me examinen. La anciana deja la taza sobre una mesa y da dos palmadas. Todas las personas

de la estancia desaparecen con un destello y justo en ese momento Maximilien aparece en la sala recién desocupada.

Puedo percibir el olor de Tony en él, pero sigo sin saber dónde tienen a los demás. Estoy atrapada e impotente hasta que consiga descubrir qué quieren. Inspiro y cuento; me insto a mantener la calma para poder pensar con claridad.

Les vibra la voz cuando hablan. La forma que tiene la mujer mayor de mirar a Maximilien (con aprobación, confianza, afecto y alivio) me confirma que es el favorito. Y cómo contempla a Marianne y cómo le habla (o más bien cómo no se dirige a ella e incluso ignora sus palabras) indica claramente que la otra mujer no lo es. Sé perfectamente lo que se siente.

La anciana asiente en respuesta a algo que le ha dicho Maximilien y le da un traguito a su taza de té. Se me dilatan las fosas nasales. No me había percatado con anterioridad a causa del sobrecogedor aroma de los *yaoguai*, pero, ahora que es más débil, puedo percibir el olor de la sangre en la taza. Inspiro hondo. La sangre es fresca: fragante y llena de yang. Se me asoman los colmillos y de pronto tengo la garganta más seca que el Gobi. Los tres se vuelven hacia mí y me contemplan.

Marianne esboza una sonrisa petulante. La anciana murmura algo y Maximilien se acerca a mí dando grandes zancadas. Se detiene a unos pocos pasos y se gira hacia Marianne.

—Pórtate bien para que no tengamos que hacer daño a tu amigo. —Marianne asiente en dirección a su hermano.

Maximilien se mantiene a la mayor distancia posible desde la que poder alargar el brazo y levantarme el labio para dejar a la vista mis colmillos. Se queda ojiplático.

—*Sangue sacré, elle est vampire* —dice.

Se produce otra discusión ajetreada. La mujer se levanta. Maximilien me suelta y regresa de inmediato junto a la mujer para acompañarla como un hijo atento. El bastón de ella enfatiza todos sus pasos por el parqué. Clac, clac, clac.

Se detiene frente a mí.

—*Montre-moi tes crocs*.

Su tono es arrogante, como si esperara que obedezca de inmediato. Pero le sale el tiro por la culata, porque no tengo ni idea de lo que ha dicho y tampoco tengo ninguna intención de ponerle las cosas fáciles.

—¿Dónde están mis amigos? —pregunto.

Marianne murmura algo. La mujer me sopesa, luego levanta una mano y le hace una seña a Marianne para que se acerque como si estuviera llamando a un perro.

Le dice algo y después se da la vuelta y regresa a su sillón. Clac, clac, clac.

—Somos la Casa Durand —declara Marianne. Apunta a la anciana—. Mi abuela Aliénor de Durand. La llamamos Mémère. —Señala al hombre con el mentón—. Maximilien es mi hermano. Tú, *Lady* Hu Xian Jing, parece que eres un vampiro. Y, sin embargo, viajas con celestiales de Tian y afirmas estar conectada con la Corte Hulijing. Mémère exige que le expliques cómo es posible.

La señora a la que llaman Mémère toma asiento con elegancia en el sillón y deposita el bastón en su soporte. Señala la silla que se halla a su lado de forma casi imperceptible.

—Mémère te invita a sentarte, *Lady* Hu Xian Jing —indica Marianne.

—Prefiero quedarme de pie.

—No malinterpretes las intenciones de Mémère. No era una petición.

Mémère le dice algo a Maximilien, que se opone, pero que al ver a su abuela levantar una sola ceja, se dirige hasta el aparador y sirve una taza de la sangre empalagosamente fragante de la tetera de porcelana fina. Trago saliva. Maximilien coloca la taza en la mesa que está junto al sillón indicado. El olor resulta embriagador. No puedo contener los rugidos de mi estómago, pero permanezco en el sitio.

Mémère habla de nuevo y su nieta traduce.

—Mémère dice que debes de estar cansada y asustada. No sabíamos que eras de las nuestras. Explícanoslo. Quizá así podamos ayudarnos mutuamente.

—Debes de tener el cerebro podrido de mierda, porque ni de coña pienso ayudar a alguien que hace daño a mis amigos —sentencio.

—*Qu'est-ce qu'elle a dit*? —pregunta Mémère.

Mientras Marianne responde, la anciana va levantando cada vez más una elegante ceja. Nos contemplamos con recelo. En el exterior grazna un cuervo. Luego, Mémère se ríe. El sonido es áspero y profundo. Cuando me mira, le brillan los ojos. Aunque sigo teniendo el vello de la nuca erizado, llevo toda la vida analizando cuándo alguien desea hacerme daño. Sí que era su voluntad cuando me desperté en la sala e incluso cuando me trajeron aquí. Pero ahora, como un repentino rayo de sol en un día nublado, las intenciones de la mujer han cambiado: está perpleja.

—*Montre-lui* —dice.

Los tres vuelven la cabeza al mismo tiempo, como si formaran parte de una coreografía. Y sonríen. Con unas sonrisas muy amplias.

¿Pero qué huevos podridos? Parecen un trío de muñecas de porcelana siniestras. Retrocedo un paso. Y eso solo provoca que ensanchen aún más la sonrisa. Me estoy planteando seriamente si están en sus cabales. ¿Su plan es sonreír hasta que ceda? Pero en ese momento oigo un sonido conocido. Un chasquido suave y ligeramente húmedo. En cada una de sus sonrisas aparecen dos pequeños colmillos blancos que brotan de las encías superiores e inferiores.

Justo igual que los míos.

El descubrimiento me golpea con la fuerza de un rayo. Vampiros. Son vampiros.

No estoy sola en el mundo. El corazón me da un vuelco. Casi soy incapaz de respirar.

No recuerdo haberme acercado a ellos. Tan solo me descubro con un dedo apoyado en el colmillo superior derecho de Mémère.

Maximilien hace el amago de agarrarme, pero su abuela levanta la mano. Él obedece, aunque percibo que está en desacuerdo. Desde su sillón rosa de terciopelo (que bien podría ser un trono), Mémère me contempla con una indulgencia que me recuerda a *Madame* Meng.

¿Y si conocen a mi padre? Mi entusiasmo se agría. Él no me quería, ¿por qué habrían estos vampiros de ser diferentes? Pero no puedo ignorar la curiosidad que tira de mí. Me siento mal por tener tantas ganas de saberlo mientras mis amigos están en peligro, pero la compulsión es sobrecogedora.

—¿Sois vampiros? —digo; la pregunta suena más similar a una acusación a causa de mis sentimientos confusos.

Marianne traduce. Mémère dice algo que suena como «vangpi-rrr».

—Igual que tú —apunta Marianne.

Mémère señala la taza de sangre con la cabeza.

—*Assieds-toi*.

Dudo. Le da un golpecito a la silla que está a su lado. Es como si hubiera usado su voz celestial para obligarme. Al menos eso es lo que me digo a mí misma porque me descubro, inexplicablemente, dejándome caer sobre el mullido sillón de terciopelo. Me entrega la taza y el platillo. En vez de arrojársela encima o rechazarla, acepto la taza. Me encuentro tan patéticamente hechizada por su interés que ni siquiera trato de resistirme al impulso.

Los hermanos toman asiento en el sofá que está frente a nosotras. Formaríamos un grupo de lo más amigable de no ser por la malicia de Maximilien y la desconfianza de Marianne.

Mémère habla de nuevo y su nieta la traduce.

—Háblanos de ti, pequeña.

13

PROMESAS

Mezo la taza entre las manos y caigo en la cuenta de que puedo aprovecharme de su interés para proteger a mis amigos. La taza me recuerda al juego de té de Big Wang, aunque esta posee un diseño más sencillo y un pie elegante. El oscuro tono granate de la sangre convierte la porcelana blanca en un rosa oscuro a juego con los sillones de Mémère.

Recuerdo la extraña conversación que mantuve con Big Wang: «A veces se toman decisiones y no siempre tienes claro que sean las correctas», «sabía que… me preocupaba que… los vampiros». ¿Estaba intentando hablarme de estos vampiros?

La sangre de la taza está caliente, lo cual acentúa el aroma: a melocotones al sol, casi demasiado maduros y con un toque picante. Los colmillos me presionan las encías. La sangre no huele a veneno; de hecho, la fragancia que rezuma está provocando que me dé vueltas la cabeza de deseo.

Sucumbo y doy un sorbo.

En casa, los *yaojing* siempre susurraban de mí a mis espaldas. Pocos se atrevían a hablar conmigo por miedo a mancillar su reputación por asociación. Los que sí se dirigían a mí me hacían preguntas mordaces que ocultaban el veneno tras sus despiadados modales. «¿Cómo está tu madre? Debe de ser muy duro ser una huérfana sin nadie que te quiera. ¿Te sientes sola porque te hayan desterrado de tu hogar?».

Pero la pregunta de Mémère no parece tener segundas intenciones, es directa, sin trampa ni cartón. No dejan de asolarme pensamientos sobre mi padre, pero yo los recluyo a las sombras, donde él se merece estar.

—La sangre… —digo, y me centro en mis amigos—. ¿Siempre la bebéis así?

Marianne traduce a Mémère y luego responde:

—La sangre sabe mejor caliente, como salida de la fuente. También la bebemos helada; sobre todo, en los días más calurosos.

Ahora que he recobrado fuerzas gracias a la sangre, juego mi única carta:

—Quiero que soltéis a mis amigos sanos y salvos. Luego os diré todo lo que queráis saber sobre mí.

En cuanto Marianne lo traduce, Mémère cierra la mano alrededor del pomo de jade lavanda de su bastón, por cuyo cuerpo descienden en cascada peonías talladas en varias etapas de floración, pintadas en suaves tonos de rosa y morado. Sopesa mi respuesta.

Los ojos de Mémère son de un tono castaño claro, como los míos, pero sus iris tienen un reborde dorado. Mantengo contacto visual con ella, impasible. No soy la campeona del Infierno del *kanhoo* por nada; puedo sostener la mirada durante días. Las cortinas se hinchan. El reloj sobre la cornisa de mármol hace tic-tac.

Igual que los otros, Mémère huele a alcanfor y rosas disecadas, pero esas notas las suaviza una fragancia cítrica y amaderada, parecida al aroma verde y penetrante de la savia fresca. Me resulta extrañamente reconfortante.

Nos miramos durante unos instantes más; hay un leve cambio en sus ojos castaños, que ahora muestran indulgencia. Sé que he ganado, solo es cuestión de que Mémère también se percate de ello.

Le murmura algo a Marianne sin apartar la vista de mí.

—Si le cuentas a Mémère lo que quiere saber y se da por satisfecha, liberará a tus amigos y los dejará a tu cargo —dice.

La desesperación en la mirada de Mémère me indica que su deseo de saber más sobre mí supera al deseo de herir a mis amigos.

—Primero quiero verlos —digo—. Y quiero que me aseguréis que están, y permanecerán, sanos y salvos. En cuanto se cumpla mi petición, os hablaré de mí y después liberaréis a mis amigos; trato hecho.

Marianne traduce. Mémère mantiene el contacto visual y sus ojos se endurecen levemente, pero no pierden la nota de indulgencia. Advierto el momento exacto en el que acepta mis términos. Pasan otros dieciocho tictacs del reloj antes de que al fin responda.

—La Casa Durand acepta tus términos, pero debes permanecer aquí, sentada con nosotros, cuando saquemos a tus amigos —traduce Marianne.

Le hace una señal a Maximilien y este desaparece. Vuelve a aparecer con una multitud de guardias que rodean a mis amigos.

Solo Lord Aengus está sentado impoluto en el interior del jarrón. Tony y Ah Lang están de rodillas. Tony no presenta buen aspecto, tiene la tez cerosa. Ah Lang está en peores condiciones aún. Dos guardias lo sujetan de los lados con dificultad, a pesar de que está encadenado. Lleva la ropa raída y manchada de sangre. Tiene las manos hechas un desastre entre ronchas sangrientas, cortes y moratones.

Gigi es la que tiene peor aspecto de todos. Está despeinada, lleva una sola horquilla que cuelga en un ángulo extraño. Muestra los ojos bien abiertos con rabia. Tres guardias luchan por controlarla. Uno de ellos, dos cabezas más alto que Gigi, luce un largo arañazo rojizo que le atraviesa la mejilla, comienza bajo el ojo y se extiende hasta la comisura de los labios.

—¿Qué ha pasado? —digo con voz entrecortada.

Mémère les vocifera algo a los guardias. Me pongo en pie y Marianne dice algo, pero solo oigo un zumbido en la cabeza. Estoy a punto de cruzar la sala y, en ese momento, Tony emite un quejido ahogado cuando su captor lo agarra con más fuerza del cuello.

Me quedo congelada y comprendo lo que quieren decirme. «Conocemos tu debilidad».

Mémère fulmina con la mirada a Ah Lang y Gigi. Levanta el mentón, pero no le doy la oportunidad de hablar.

Frunzo los labios.

—Deberías avergonzarte. ¿Me has dado tu palabra? —Señalo a Ah Lang—. ¿A esto lo llamáis sanos y salvos? ¿Amenazas, agresión y coerción? Espero que la Casa Durand responda por las lesiones de mis amigos.

Mientras Marianne traduce, Mémère agarra con tanta fuerza el pomo de jade de su bastón que se le ponen los nudillos blancos. Su mirada adquiere un aura despiadada que hace que me pregunte si he ido demasiado lejos.

Mémère da la orden y los guardias aflojan el agarre de inmediato.

Ah Lang se lanza a por los guardias de Gigi y sujeta a uno del cuello. El otro trata de apartar a Ah Lang, pero es inamovible. Aunque no supone ninguna diferencia, porque el guardia al que tiene agarrado desaparece con un destello y otro aparece tras Tony. Vislumbro el resplandor de una daga.

De pronto vuelvo a revivir el horrible momento en el que los secuaces de mi abuela apuñalaron a Tony Lee; su leve grito, el gorgojeo húmedo cuando intentó decir mi nombre, cómo se desplomó hacia delante indefenso y se le relajaron los músculos como si solo se hubiera quedado dormido.

—¡No! —grito y sale a caballo entre la voz celestial y un chillido agudo y tembloroso, un sonido que desconocía que pudiera producir.

—*Ça suffit.* —Mémère hace un gesto con la cabeza hacia arriba y la derecha.

Todos los guardias desaparecen con un destello.

Ahora que está libre de amenazas, Gigi corre hasta Ah Lang y lo acuna como si él estuviera hecho de gasa, aunque los moratones y arañazos ya se están desvaneciendo.

Tony permanece inmóvil un instante antes de que todo su cuerpo se doble hacia delante y caiga de rodillas. Me precipito por la sala para llegar hasta él ignorando a Mémère, cuyas afiladas palabras en *staccato* están, sin duda, dirigidas a mí. Reviso sus lesiones. Aparte de la palidez y algunos roces y cortes, no parece herido. Está jadeando, pero respira y el corazón le palpita con fuerza y firmeza.

—¿Estás bien?

Lo ayudo a levantarse

Él se sacude.

—Estoy bien. —Le echa un vistazo a Ah Lang—. Intentaron llevarse a Gigi, pero se negó a abandonarnos y Ah Lang tampoco permitió que se la llevaran. —Fulmina con la mirada a los vampiros —. ¿Quiénes son y qué quieren?

Lord Aengus nos contempla mientras Tony y yo nos revisamos con preocupación. Emite un suspiro dramático.

—Estoy bien, de verdad. No os preocupéis por mí.

Maximilien farfulla, pero Mémère le lanza una mirada helada. Y cuando ni aun así consigue propiciar la reacción que desea, golpea el suelo con el bastón. Él desaparece como un cachorro con la cola entre las patas y vuelve a aparecer poco después con Gigi y tres guardias, incluido el caracortada. El arañazo se ha difuminado y sigue desvaneciéndose mientras lo observo. Los cinco nos apiñamos lo más lejos posible de los vampiros y sostenemos el jarrón de Lord Aengus, apretados contra las paredes de seda verde azulado.

Se produce una breve discusión entre los guardias. Caracortada da un paso al frente y le hace una profunda reverencia a Mémère. Hablan en murmullos. Ella parece compungida, pero asiente con los labios apretados.

—El honor y el deber definen a la Casa Durand. Corregimos nuestros errores —susurra Marianne. Su tono sombrío hace que se me ericen los pelos de la nuca.

Mémère alza el rostro y el hombre se inclina para besarla en las dos mejillas: una, dos y tres veces. Los ojos de Mémère muestran

una sombría determinación cuando habla, aunque su voz es suave. El hombre vuelve a asentir con una expresión de anhelo y resignación. Con unos movimientos lentos y comedidos, se arrodilla frente a ella con la espalda erguida y el mentón alzado.

Ella le coloca las manos a ambos lados de la mandíbula, le gira la cabeza con cuidado y lo besa en las mejillas: izquierda, derecha e izquierda de nuevo.

El guardia sonríe y cierra los ojos. Emite un profundo suspiro y parece que se le relaja todo el cuerpo.

Mémère se mueve tan deprisa que se convierte en un borrón. Al principio, estoy confusa. La anciana se encuentra en el mismo lugar y rodea con las manos el rostro del vampiro. Él parece en calma. Pero se mece hacia delante y en ese momento me percato de que ya no tiene la cabeza unida al cuerpo.

La carne del cuello cercenado es oscura, seca y hecha jirones. Mémère coloca la cabeza en el suelo junto a las rodillas del hombre, lo sujeta del hombro con una mano y zambulle la otra en el interior de su pecho. Se oye el crujir de los huesos a medida que la introduce a más profundidad. Quiero apartar la vista, vomitar, gritarle que se detenga, pero soy incapaz de hacer nada que no sea contemplarla completamente inmóvil y horrorizada en silencio.

Mémère extrae la mano que agarra un corazón ennegrecido y marchito que aún sigue latiendo.

Me sube bilis a la garganta. Tony inspira hondo, Gigi exhala «Tian», mientras Lord Aengus maldice en un idioma que no comprendo.

Mémère abre bien la boca, más de lo que debería ser posible, lo suficiente para meterse el corazón entero. Cierra los ojos mientras mastica. Y el cuerpo se desploma hacia delante con un golpe sordo.

La anciana inclina la cabeza y murmura:

—*Béni soit le coeur qui revient à la chair, dotée par la paix éternelle*. —Se gira y dice con los dientes bañados de un líquido negro como el alquitrán—. *Mon vassal vous offre ses plus profonds regrets et présente son coeur éternel comme expiation*.

Marianne lo traduce, pero no oigo las palabras. Tengo los ojos clavados en la cabeza y el cuerpo que yacen en el suelo. Jamás he matado a nadie, ni he sido el motivo del fin de la existencia de otro ser.

—¿Jing? —La voz de Gigi suena lejana.

Sigo sin poder apartar la vista de los restos decapitados del guardia. Para mi desgracia, siento los ojos calientes y desenfocados.

—No sabía que ella…

Ha sido culpa mía. Le pedí garantías. Esa muerte recae sobre mí. Me doblo por la mitad entre arcadas.

Gigi me aprieta la mano con tanta fuerza que me duele y me saca de mi espiral de oscuridad. Cuando ya está segura de que no me voy a vomitar en los zapatos, se vuelve hacia Mémère sin soltarme.

—Somos representantes del Panteón de Tian —dice Gigi, su tono y modales son tan regios como los de Mémère; es la hija del Emperador de Jade de pies a cabeza—. Exijo una explicación.

Marianne y Mémère deliberan entre ellas. Maximilien camina de un lado a otro junto a ellas, alternando los pasos con arrebatos de rabia hasta que, al fin, se deja caer derrotado en un sillón cercano. Mémère se dirige hasta un aparador en el que descansan una garrafa y una urna de plata y se sirve un vaso de agua. Se llena la boca de agua y, con una precisión impresionante, escupe un arco perfecto que aterriza en el recipiente de plata.

—Vaya, tiene mejor puntería que yo.

—Por Tian, Jing, céntrate, eso ahora es irrelevante —murmura Gigi.

—No pretendía decirlo en voz alta —respondo en voz baja.

Marianne señala los asientos que están junto al de su abuela.

—Mémère os invita a todos a sentaros. —Cuando ninguno de nosotros se mueve, su voz se endurece—. *Lady* Hu Xian Jing, ¿no teníamos un acuerdo?

—¿Qué trato has hecho con estos *yaoguai*, Jing? —susurra Gigi con urgencia.

—Son vampiros, como yo. Quieren conocer mi historia —digo—. Me prometieron que nos liberarían si respondía a sus preguntas.

Marianne asiente.

—Cuando hayamos cumplido nuestro acuerdo con *Lady* Hu Xian Jing, nos gustaría parlamentar con vos, divina diosa de la Paz Celestial, Princesa Imperial de Jade, *Lady* Gi del Río Plateado.

La cara de *mahjong* de Gigi es casi tan buena como la mía y hay pocos gestos que la traicionen, pero la quietud que se apodera de ella la delata por completo. Está tan conmocionada como yo de que hayan usado su título: saben exactamente quién es.

Marianne le echa un vistazo al cuerpo del suelo que ahora está recubierto por una neblina plateada.

—La Casa Durante cumple sus promesas.

14

SOBRE MÍ

Me hundo en mi asiento con Tony a mi lado. Me da vueltas la cabeza con tanta información. Quiero contarle a Tony que no estoy sola en el mundo, quiero hablarle de los *yaoguai* desnudos que fornican; necesito saber por qué estos vampiros tienen a Gigi en el punto de mira, por qué nos han secuestrado, por qué quieren saber sobre mí… Pero todo a la vez es demasiado y hace que me duela la cabeza.

Ah Lang conduce a Gigi hasta el asiento contiguo al mío. Incluso con el cabello así de enmarañado y el vestido hecho jirones y manchado de sangre, Gigi mantiene la gracia y el aplomo. Desciende con elegancia hasta el sillón y alisa una arruga inexistente de su vestido raído. Ah Lang se sienta junto a ella y la observa con afán protector mientras Gigi manipula las mangas de su ropaje y las sube para que le caigan sobre los antebrazos y después las suelta para que se depositen sobre el parqué. Algo que solo hace cuando está muy preocupada.

Una extraña niebla plateada envuelve ahora por completo el cadáver a los pies de Mémère. Lord Aengus está apoyado en el suelo entre Ah Lang y Tony, callado de manera inusual. Caigo en la cuenta de que quizá Lord Aengus posee información útil, puesto que, sin duda, está familiarizado con París y sus *yaojing*. Pero, lo primero es lo primero, debo cumplir el acuerdo y ponerlos a todos a salvo.

Una criada nos trae una tetera dorada, alta y más semejante en forma a los frascos de cuello largo que se usan para el *baijiu*. De la boca del recipiente brota vapor. Si no me equivoco, se trata de *pu-erh* de Yunnan. Cargado de más. Las tazas, que tienen forma de pequeñas urnas con una sola asa y los bordes dorados, están colocadas sobre unos platitos a juego con el mismo aspecto ornamentado.

Mémère le indica a Marianne que me sirva otra taza de sangre para calmar mis nervios, según dice ella.

La criada les ofrece tazas de té a Ah Lang, Gigi y Tony, pero al ver a Lord Aengus se encoge de hombros y se da la vuelta.

—Qué grosera —musita él.

Aunque los otros aceptan el té, no se lo beben. A mí me duelen los colmillos, que ansían probar la sangre caliente y aromática de mi taza, pero, para mostrar solidaridad con los demás, me abstengo.

Mémère me señala con la cabeza y de nuevo percibo indulgencia en su mirada.

—*Dis-moi*.

—Adelante —dice Marianne de forma innecesaria. Aunque no comprendo las palabras de Mémère, el tono no me resulta difícil de entender.

Me muerdo el labio. Me habría gustado que Gigi, Ah Lang, Tony y, desde luego, Lord Aengus descubrieran de otra manera los detalles de mi infancia poco idílica.

Me sube una sensación de calor por el cuello y me arden las puntas de las orejas. De pronto, el ambiente de la habitación me parece cargado y seco. Se me atascan las palabras en la garganta; incluso en los mejores momentos odio hablar de la época que pasé en las Colinas Turquesa. Contemplo la taza que tengo en la mano. Quizá el subidón de la sangre propiciará que las palabras fluyan. Exhalo un profundo suspiro.

—Nací en las Colinas Turquesa… —Mi voz se astilla como la fajina seca. Lo intento de nuevo—. Yo… —Me falla la voz y, para mi consternación, me arden los ojos.

Mierda. No puedo llorar delante de toda esta gente. La desesperación eclipsa la prudencia y me termino toda la taza de una vez.

No es mucho, quizá dos tragos de sangre, pero es suficiente para que las púas de mi garganta se ablanden.

A pesar de que somos rehenes y de que mi cabeza me indica con toda seguridad que estos vampiros son enemigos, a pesar de la horrible visión del cadáver recubierto de niebla que se halla a nuestros pies, siento que la tirantez de mi garganta se reduce. Quizá es por el subidón de la sangre, por lo maravillada que me encuentro al haber conocido a otros vampiros o por lo novedoso que me resulta beber sangre de una taza como si fuera lo más normal del mundo. O quizá lo que hace que mis palabras fluyan es el verdadero interés que parece mostrar por mí la anciana.

Con monotonía y los ojos fijos en las manchas escarlata del fondo de la taza, comienzo por el principio:

—Nací en la Corte Hulijing en las Colinas Turquesa…

Los recuerdos que normalmente mantengo apartados en los rincones más oscuros de mi mente brotan ahora como un torrente. Le hablo de la crueldad sin miramientos de Niang Niang, de su odio por mi herencia vampírica. Sobre cómo mi padre nos abandonó y cómo yo pensaba (igual que todos los demás) que mi madre me había vendido a Big Wang, el Rey del Infierno, a cambio de un diamante amarillo canario del tamaño de un huevo de codorniz. Por suerte, en mi historia de autocompasión, el último detalle solo fue una farsa que ideó Big Wang para mantenerme a salvo de las tendencias infanticidas de mi abuela. Me sacó a escondidas del territorio *hulijing*, me adoptó y me crio en el Infierno bajo la atenta mirada de Caballuno, Cabeza de Toro y el Dios de la Cocina, el viejo Zao. No menciono que heredé una valiosísima perla de dragón de parte de *Lady* Longnu, la prima de Lord Black.

Hago una pausa y levanto la vista. Tony aprieta la mandíbula con tanta fuerza que le tiembla el músculo. Conoce la mayor parte de la historia. Pero los demás no. Gigi me mira ojiplática y parece a

punto de llorar. Las expresiones compungidas de Ah Lang y Lord Aengus son tan similares que podría haberme reído, pero la mezcla de estupor, tristeza y pena (lo que más odio de todo) hace que vuelva la cara hacia otro lado.

Mémère me contempla con los ojos castaños bien abiertos, se mantiene tan inmóvil que parece tallada en piedra.

—¿Eres la hija de un vampiro y una *hulijing*?

Asiento.

—Mi padre nos abandonó y jamás volvió. —La pregunta que más deseo y temo formular se me clava en la garganta. Tengo que tragar varias veces antes de conseguir soltar las palabras—. Es francés. ¿Sabes quién es?

Mémère se aferra al colgante de jade que lleva al cuello.

—*En quelle année es-tu née*?

—¿En qué año naciste? —traduce Marianne.

—En 1835 —afirmo.

—*Qu'est-ce qu'elle a dit*? —pregunta Mémère con la voz tensa, al tiempo que se le forma una arruga entre sus oscuras cejas.

Hay un rápido intercambio entre los tres.

—*Non, ce n'est pas possible* —dice Maximilien y su rostro se contrae con un gruñido—. *C'est une chinoise*. —Sus palabras poseen un tono afilado y desagradable.

Me encojo en la silla; no comprendo las palabras, pero las emociones que hay tras ellas resultan evidentes. Reprimo las ganas de salir huyendo.

Tony se tensa a mi lado, igual que Gigi y Ah Lang. Lord Aengus resopla con mofa. Pero, antes de que nadie más pueda reaccionar, Mémère sisea a Maximilien y ahora es él quien se encoge en su asiento. La anciana se inclina hacia mí, toma mis manos entre las suyas y les da toquecitos cariñosos como si estuviera tratando de apaciguar a un gatito asustado. Y me sorprendo al descubrir que, de hecho, sí que me calma.

Le brillan los ojos; la esclerótica se ha tornado del rosa de su sillón. Maximilien la mira boquiabierto y horrorizado con

incredulidad.

—*Benesangue, coeur des coeurs, chair de la chair. C'était toi qui était notre surprise. C'était toi, ma chère petite fille, que mon Romain voulait nous présenter* —murmura Mémère—. *Que tu es jolie, ma petite fille*.

Una lágrima escarlata desciende por su cara de alabastro. No parece percatarse de ello. Examina mi rostro, como si escondiera alguna respuesta en los contornos de las mejillas, la pendiente de mi nariz o la forma de mis ojos. No me parezco en nada a ellos, y, no obstante, sus colmillos son iguales que los míos.

—*Ma tendre petite fille* —musita una y otra vez.

—¿Qué está diciendo? —le pregunto a Marianne.

Pero no responde, solo observa fijamente las manos de Mémère, que sostienen las mías.

Tony frunce el ceño. Cruzo una mirada con él y recuerdo que es políglota, lo cual me aporta esperanza y alivio. Los comprende. Me debe de haber fallado la cara de *mahjong*, porque él sacude la cabeza con mesura. No quiere que los vampiros lo sepan. No obstante, Lord Aengus no resulta igual de discreto. Sus redondos ojos azules se alternan entre Mémère y yo.

Aunque es indiferente, porque los vampiros están sumidos en una acalorada discusión.

Al fin, Marianne asiente sombría.

—Nuestro padre, Romain de Durand —su voz es suave y las palabras lentas, como extraídas de un sueño—, viajó a China en 1834 y nunca regresó.

—¿Qué quieres decir con que nunca regresó?

Cuando no añade nada más, Mémère se inclina hacia delante con impaciencia.

—*Racontes-lui*.

Marianne asiente y respira hondo.

—Para que comprendas la importancia de este momento, debemos confiarte información que normalmente jamás compartiríamos con personas ajenas a la familia. —Hace una pausa

y nos mira a todos a los ojos antes de proceder—. El destino ha hecho que nos crucemos y debemos confiar en vuestra discreción. —Le echa un breve vistazo a Mémère—. Al principio, pensábamos que eras de nuestra *sangue*, como llamamos a nuestros parientes vampiros, y deseábamos saber quién te había bendecido con la *benesangue*. Es decir, quién te había convertido.

Tengo el corazón desbocado por toda la información. Así que las historias eran ciertas. Trago saliva y me obligo a no mirar a Tony, a pesar de que lo estoy deseando.

—Como somos pocos vampiros, hemos estado buscando a otros de nuestra clase sin mucho éxito —continúa Marianne—. Pero tú no eres de los nuestros solo en *sangue*, sino también en carne: una vampira de nacimiento, algo muy poco habitual, e hija carnal de Romain de Durand. Eres carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos, eres de la Casa Durand.

No comprendo todo eso que dice sobre la carne y los huesos. Pero ¿«hija carnal de Romain de Durand»? ¿Significa eso…?

—¿Me estás diciendo que vuestro padre desaparecido, Romain de Durand, es también mi padre?

Marianne asiente.

La revelación de que se puede transformar a alguien en vampiro palidece en comparación con la última bomba. Si no fuera porque ya estoy sentada, habría caído al suelo de rodillas.

Frunzo el ceño, no estoy segura de qué siento al respecto. Max me fulmina con la mirada y su hostilidad aumenta con cada segundo que pasa. Lo cual contrasta en gran medida con Mémère, que no deja de apretarme las manos, como si quisiera comprobar que soy real.

Me pregunto cómo sería tener una familia que me quisiera de verdad. Se me encoge el corazón y la punzada de dolor aleja todo sentimentalismo.

—¿Cómo podéis estar seguros?

—Como he dicho, somos pocos. Es fácil conocer los movimientos de todos —dice Marianne—. Mi padre fue el único

vampiro que visitó China entre 1834 y 1835. También es el único vampiro francés capaz de haber engendrado a un vampiro de carne y hueso. No nos cabe duda de que formas parte de la Casa Durand en carne y hueso.

Me vuelvo hacia Tony para comprobar si lo que están diciendo concuerda con lo que ha oído. Lord Aengus y él cruzan miradas y ambos bajan el mentón, asintiendo una sola vez.

Mi cara de *mahjong* está hecha pedazos. ¿Cómo puede ser real? Jamás, ni en un millón de años, pensé que me encontraría cara a cara con mi familia vampírica. Un anhelo terrible y melancólico crece en mi interior, al tiempo que veo a Mémère sostenerme la mano con tanta ternura... Anhelo la infancia que nunca tuve, una en la que mi padre no me hubiera abandonado, en la que habría tenido una abuela y un hermano que me quisieran y donde no me habría avergonzado de la sangre que necesito para sobrevivir. Relego esos pensamientos traicioneros a los rincones más oscuros de mi mente.

—Pero si eso es cierto, ¿qué le ocurrió a Rom…, o sea, a mi padre?

Marianne extiende las manos sobre su regazo y se toquetea la uña del pulgar.

—Hacía tiempo que papá no era él mismo. Solía reírse con facilidad, pero había perdido la alegría. Dejó de hablar, pasaba más tiempo solo, se volvió reservado, paranoico y malhumorado. Una mañana, anunció que se marchaba a China. Cuando regresó, parecía haber recuperado su verdadero ser. Insistió en que todos debíamos acompañarlo y que tenía una sorpresa maravillosa para nosotros.

Mémère solloza con suavidad y sigue acariciándome con su fría mano.

Marianne parece percatarse.

—No fuimos. París se encontraba en medio de una gran revuelta; Mémère consideró que no era seguro dejar a nuestra gente desprotegida. Además, la abuela odia los viajes marítimos. Discutieron. Papá se marchó enfadado. Pensamos que nos había abandonado.

—Igual que nos abandonó a mi madre y a mí —susurro, sin saber a dónde quería ir a parar.

Cuando Marianne traduce mis palabras, Mémère me da un apretón en la mano y sacude la cabeza con vehemencia.

—*Non, non* —dice. Habla deprisa y en voz baja.

Marianne la traduce; el trino de su voz, similar al de los pájaros, es el contrapunto melódico del timbre ronco y tenor de Mémère, como el chisporroteo de un puro.

—No te abandonó, *ma chère*.

Aquel anhelo traicionero me provoca un zumbido en los oídos. Quiero creerles, pero… me ha llevado mucho tiempo deshacerme del dolor y la ira. Trago saliva, temo hablar.

Mémère me acaricia la mejilla y unas lágrimas sangrientas le recorren el rostro:

—Yo tengo la culpa. Por mi orgullo y mis temores. Estaba tan enfadada que jamás me percaté de que mi Romain, incluso en su peor momento, jamás nos haría daño de forma intencionada. Cinco años después de que se fuera, recibimos la mitad de uno de sus diarios por servicio postal. No venía acompañado de una carta, pero yo sabía lo que significaban esos diarios para él. También era consciente de que los había escrito cuando pasaba por una mala época y que hacía años que no los usaba. Al ver su diario, repleto de sus pensamientos, observaciones, bocetos y dibujos, el corazón no me cabía en el pecho del gozo. Significaba que estaba bien y era feliz. Que Romain nos hubiera enviado su preciado diario solo podía significar una cosa: volvía a casa. O eso pensé.

»Pero pasaron otros cinco años sin noticias. Y comprendí que había sido una necia al regodearme en el enfado en vez de tratar de comprender la situación sin prejuicios. Mi Romain jamás habría roto la relación con nosotros, sin importar lo decepcionado o enfadado que hubiera estado conmigo. Jamás me haría daño a propósito. Maximilien y Marianne viajaron a China de inmediato. Pero el Panteón de Tian se ofendió inexplicablemente por su presencia. —Al decir eso último, Marianne pone una mueca de dolor antes de

continuar con la traducción—. Lo cual dio como resultado el edicto del Emperador de Jade que prohibía la presencia de los vampiros en las tierras de Tian.

»El año pasado, nos entregaron en mano una carta que provenía de La Poste. Imagina nuestra sorpresa al descubrir que era de Romain y que la había escrito en agosto de 1835. Había estado perdida durante casi cien años. En la carta, se disculpaba por haberse marchado enfadado y decía que comprendía y respetaba mi decisión. Prometió que traería a la alegría de su vida a Francia. Pero jamás explicó de qué se trataba. No hemos sabido lo que quería decir hasta hoy. No nos abandonó. Pretendía traer aquí a su familia, pero algo impidió que pudiera volver a casa.

La revelación es como una bomba en mi corazón, acribillando todo rastro de temor o duda. Agosto de 1835, un mes antes de mi nacimiento. No nos abandonó. ¿Pero qué le ocurrió? Vuelvo a centrarme en Marianne, que sigue traduciendo a su abuela.

—Mi hijo se encuentra en algún lugar de las Tierras Celestiales, pero ya no podemos entrar en China y mucho menos buscarlo sin el permiso del Emperador de Jade. Por eso hemos estado buscando la manera de presentarle una solicitud.

Marianne se vuelve hacia Gigi.

—Su Alteza Imperial es nuestra única esperanza. Nos gustaría presentaros una petición para que el Emperador de Jade reconsidere nuestro caso.

Ah Lang mira a Maximilien con los ojos entrecerrados.

—Ya decía yo que me sonabas. —El tono de desprecio en la voz de Ah Lang se aleja mucho del hombre amable que conozco—. El Emperador de Jade no se ofendió de forma inexplicable. Cuéntale a tu abuela lo que hiciste en Shanghái.

Marianne abre los ojos de par en par. Lo traduce todo del tirón y alterna la mirada entre Ah Lang y su hermano.

Los tres vampiros hablan deprisa. Las intervenciones de Marianne son breves e inexpresivas; las de Maximilien, más largas y lastimeras. Al principio, Mémère arquea las cejas (creo que

sorprendida), pero a medida que habla Maximilien con un tono grave y urgente, ella frunce el ceño y aprieta los labios. Sus últimas palabras hacen que Maximilien haga rechinar los dientes.

Mémère levanta el mentón y señala a Marianne, que parece que ahora está más erguida en la silla. Se cruza de piernas, entrelaza los dedos sobre la rodilla y aguarda.

Maximilien se pone en pie como si deseara marcharse, pero una sola palabra de su abuela lo deja clavado en el asiento.

Se mira los pies con aire taciturno y habla con monotonía mientras Marianne traduce sus palabras.

—Durante el largo viaje en barco, escuché una historia interesante sobre las deidades y los demonios que frecuentaban la Ciudad Vieja de Shanghái. Cuando desviaron el clíper de Hong Kong a Shanghái, pensé que quizá las deidades y los demonios podrían ayudarme.

—Pregúntale qué ocurrió después —insiste Ah Lang y Marianne lo repite en francés en un susurro.

El rostro de Maximilien adopta un tono amoratado poco favorecedor. Se remueve en el asiento.

—No encontré nada y volví a Francia.

Ah Lang esboza una sonrisa lobuna.

—Qué raro. Yo recuerdo un incidente que ocurrió en Shanghái alrededor de 1845. Y que dio como resultado la expulsión de todos los vampiros de Tian. Un incidente bastante grave que justifica tan extremo edicto.

Al oír la traducción, Mémère gira la cabeza hacia Maximilien y lo mira con desaprobación.

—*Comment ça? Tu m'as dit qu'ils étaient obtus et qu'ils avaient refusé de te rencontrer*.

Maximilien se lame los labios con nerviosismo. Empieza a hablar, pero Mémère lo interrumpe.

Marianne traduce el breve intercambio.

—Por favor, Mémère, hablémoslo en privado.

—No, lo vamos a hablar aquí y ahora. Si en algún momento has querido a tu padre o has albergado una pizca de honor en la *sangue*, entonces me dirás la verdad.

Maximilien le lanza una mirada de desdén a su hermana, pero Mémère da un golpe con el bastón y el vampiro baja la vista al suelo. Juraría que Marianne se está divirtiendo. Su melódica voz adquiere cierto ritmo y dramatiza levemente las palabras de su hermano, sobre todo los lamentos.

—Marianne y yo planeábamos seguir la misma ruta que papá: de Cantón a Kunming y luego por tierra hasta Yunnan. Había una cama disponible en el clíper más veloz, así que aproveché la oportunidad mientras Marianne permanecía en el barco más viejo y lento. Íbamos a reunirnos en Lijiang. Pero mi viaje estuvo plagado de mala fortuna. Malas condiciones meteorológicas y problemas con el motor que dieron como resultado varios retrasos. Desviaron el clíper de Hong Kong a Shanghái. Además, a causa de un grupo de pasajeros paranoicos, el viaje fue difícil y agotador. Cuando al fin desembarcamos en Shanghái, estaba hambriento e irritable. No conseguía encontrar un alojamiento decente ni un establecimiento donde alimentarme con discreción. —Maximilien deja caer la cabeza y añade en un susurro—: Terminé por seguir a un joven que parecía demasiado débil como para resistirse. —Traga saliva. Marianne imita sus pausas y cambio de tono cuando traduce—. Por desgracia, resultó que se trataba del hijo de un ministro de menor rango de Tian.

La mirada de Mémère podría haber cortado el cristal.

Ah Lang rompe el silencio.

—Intentaste alimentarte de Lord Yun, el hijo de Lord Lei, una de las deidades más importantes y poderosas de Tian, que también resulta que es un gran amigo del Emperador de Jade.

Marianne detiene la traducción, cierra los ojos y niega con la cabeza ante el último dato antes de seguir cotorreando en francés.

—¿Cómo iba a saberlo? —espeta Maximilien—. No desprendía ningún aura de autoridad ni vestía como cabe esperar de un

celestial. Parecía un mendigo harapiento.

Un destello de vergüenza atraviesa el rostro de Marianne mientras alterna entre el francés y el mandarín para asegurarse de que todos conozcamos la verdad.

—¡Maximilien! —El tono de la anciana es como un látigo—. ¿Cómo pudiste mancillar la Casa Durand con un comportamiento tan despreciable?

—Reaccionaron desproporcionadamente —musita.

—Ese es el motivo —prosigue Ah Lang, cuando Marianne termina de traducir— por el que el Panteón de Tian prohibió la entrada a los vampiros.

Mémère se vuelve hacia Marianne y le espeta una pregunta. Marianne frunce el ceño. Su respuesta disipa toda la ira del rostro de su abuela. La anciana permanece aturdida unos instantes; con una leve exhalación, vuelve a recostarse en el asiento y su espalda, normalmente erecta, se suaviza hasta curvarse.

Cuando mira a Maximilien, es como si estuviera viendo a un desconocido.

—¿Llegaste a tener la oportunidad de preguntar por tu padre?

—No habrían hablado conmigo de todos modos. Montaron todo un escándalo.

—¿Cómo has podido mentirme todos estos años? Te he formado, he confiado en ti y aceptado tus consejos. Nosotros… —Mémère traga saliva y su mirada se posa en Gigi, luego en mí y después la aparta.

Los otros escuchan con atención el acalorado intercambio trasladado por las palabras de Marianne, pero yo tengo la atención dividida; en parte no dejo de pensar en que es posible que mi padre siga vivo y que quizá tenga la oportunidad de conocerlo.

—En realidad —dice Ah Lang—, a todos los ministros que acudimos a hablar contigo nos dijiste que éramos inferiores a ti y que debíamos «aprender a distinguir la verdadera superioridad y elegancia» tal y como las encarnas tú.

Marianne ahoga un grito al oírlo y se queda mirando a su hermano. No lo traduce hasta que su abuela da unos golpes en el brazo del sillón.

—Yo nunca…

—Recuerdo perfectamente que me dijiste que era un *bridé chinetoque mangeur de chien*.

No sabía que Ah Lang hablaba francés y por cómo exhala Marianne, con el rostro contraído por la incredulidad, parece que comprende lo que ha dicho. Pero no lo traduce.

Mémère también lo entiende a la perfección porque contempla a su nieto horrorizada y con la boca abierta.

—*Dis-moi que ce n'est pas vrai* —dice, y sus palabras son poco más que un graznido.

Las únicas que no sabemos qué ha dicho somos Gigi y yo, pero por las reacciones de todos los demás, no parece algo bueno.

Maximilien recorre rápidamente los rostros de unos y otros con la mirada y, por un instante, permanece en silencio y avergonzado.

—Está mintiendo —clama al fin. Marianne lo traduce y se aparta de su hermano como si fuera un ser vil y repugnante.

Ah Lang ríe, pero el sonido carece de humor.

—Según tengo entendido, los vampiros poseen sentidos sobrenaturales. Si miento, podréis olerlo, ¿no es así? —Espera a que Mémère lo confirme antes de continuar—. Recuerdo con claridad que trataste de morderme cuando salimos en defensa de Lord Yun. Te atamos, te metimos dentro de un fardo y te subimos a bordo de un clíper para devolverte al lugar del que provenías. —Inclina la cabeza dirigiéndose a Mémère—. Mis más sinceras disculpas, venerable Mémère, por hacerte oír tan desagradable relato. Pero para que tengáis alguna oportunidad de presentar una petición con éxito al Emperador de Jade, debéis saber toda la verdad.

Cuando Marianne termina de traducir, se produce un largo silencio. Mémère tiene los ojos cerrados y su pecho sube y baja como si tratara de recobrar el aliento. Cuando vuelve a abrirlos, están manchados de sangre.

Rodea el bulto plateado formado por el vampiro muerto, acompañada por el chasquido de su bastón al golpear el suelo, se detiene frente a nosotros y se arrodilla despacio y con elegancia.

El grito de sorpresa de Maximilien no se me pasa por alto, igual que el asco en su voz.

—¡Mémère! —Y continúa con una oleada de quejas. No me hace falta comprenderlas para percibir el tono de reprimenda. Ella se gira hacia él y lo contempla, no con desazón, sino con frialdad e indiferencia. Él niega con la cabeza y lloriquea como un niño suplicante hasta que parece aceptar que su abuela no se va a mover de ahí. Se deja caer y guarda silencio con los ojos enrojecidos. Resulta bastante patético.

Casi me compadezco de él. Casi.

Ella habla y todas y cada una de las palabras resuenan como una orden inexorable. Maximilien retrocede como si le hubieran dado una bofetada y luego corre a su lado a trompicones antes de dejarse caer de rodillas con un golpe sordo. Marianne se une a ellos sin mediar palabra.

Mémère se postra con la frente en el suelo. Permanece en esa postura hasta que sus nietos la imitan. Maximilien espera hasta el último momento; le tiemblan los hombros. Pero, al fin, se desploma derrotado y coloca la frente sobre el suelo. Solo entonces se yergue Mémère. Y le hace un gesto imperioso a Marianne.

—La Casa Durand les suplica a las nobles deidades celestiales que acepten nuestras disculpas —dice Marianne—. Hemos estado actuando conforme a un terrible malentendido. Hemos tenido la culpa todo este tiempo. Os ofrecemos humildemente diez mil perdones por cualquier agravio ocasionado a vuestras venerables personas. —Los vampiros vuelven a postrarse.

Les echo un vistazo a mis amigos, que muestran expresiones férreas, pero en ese momento se produce un cambio en mi interior, unas ganas de proteger a esta gente, sobre todo a Mémère. Es mi familia. Mi abuela y superior. No puedo permitir que permanezca en

el suelo, así que acudo a su lado aprisa e intento levantarla con cuidado, pero no consigo moverla.

—Por favor, levántate —digo—. No es necesaria tanta formalidad.

—Jing, atacaron nuestro tren y nos secuestraron. Casi nos matan de un susto —dice Gigi—. La disculpa es correcta y apropiada.

Los vampiros se postran por tercera vez.

—La Casa Durand se arrepiente sobremanera de las lesiones que han sufrido Su Alteza Imperial y sus amigos. Para corregir tal deshonor, mi *chevalier* solicitó *La Grande Morte* y ofreció su vida inmortal como recompensa. Si Su Alteza Imperial no considera que nuestra oferta haya sido suficiente, todos mis *chevaliers* presentes en el tren se someterán a *La Grande Morte*.

¿Todos? Le echo una ojeada al cadáver o, al menos, a lo que queda de él: un charquito de niebla plateada.

—Gigi, por favor —consigo decir antes de que vuelva a subirme bilis por la garganta; me cubro la boca para contener las náuseas.

—No será necesario —señala Gigi, con una impresionante serenidad, aunque sé por la arruga que se ha formado en su preciosa nariz que la violencia de este castigo le parece de mal gusto —. Por favor, levantaos. Es suficiente.

Marianne asiente y Mémère se levanta con una expresión de satisfacción. Maximilien también se pone en pie con el rostro contraído. Cuando me mira, sus ojos grises arden de odio.

—No me gusta vuestra forma de llamar nuestra atención —sigue Gigi—. Pero sí que me conmueven vuestra historia y parentesco con *Lady* Jing. Sopesaré la petición y hablaré con mi padre, pero no prometo nada. Él toma sus propias decisiones.

15

EL HEREDERO

Maximilien conduce al mortal Tony Lee por la escalera de mármol hasta el recién instalado teléfono de disco del vestíbulo. El mortal no le quita los ojos de encima a Maximilien desde lo que él considera una distancia «prudente». Se coloca de espaldas a la pared de la alcoba y no aparta la vista de Maximilien incluso cuando se acerca el auricular a la oreja. Necio.

El mortal marca el 1-1 y murmura «Maison Loo» a la operadora. Maximilien se pregunta por un instante qué relación hay entre los celestiales y los residentes de Maison Loo, aquel horroroso edificio conocido por los habitantes de la zona como la Pagoda de París. El mortal habla deprisa y en voz baja en chino, cuyos sonidos agrían aún más el mal humor del vampiro. Se da la vuelta y dobla una esquina, quedando fuera de la vista del mortal.

Él, Maximilien, fue el escogido por Mémère de entre un grupo de prometedores nobles de alta alcurnia. Es a quien ella crio y formó en política y negocios. Al que nombró heredero de la Casa Durand. Al menos Marianne jamás supuso una amenaza para su puesto de heredero. Su abuela apenas le presta atención a ella. La aprobación y la tierna mirada de cariño de Mémère solían estar reservadas solo para Maximilien.

Pero ahora… Recuerda la mirada de decepción y aversión en los ojos de su abuela mientras Marianne exponía sus desafortunados errores. El vampiro admite que fue una falta de juicio por su parte,

pero que se encontraba débil por la fatiga y el hambre. Mémère se había negado a escucharlo y él suplicó e imploró en vano. La indiferencia con la que lo contempló le indicó que no era el adecuado para liderar la Casa Durand y lo obligó a arrodillarse… Hierve de ira al recordarlo. La amargura lo consume por dentro.

Solo es cuestión de tiempo antes de que Mémère anuncie formalmente a su hermanastra (palabra que le produce repulsión) como la heredera de la Casa Durand.

Para distraerse, Maximilien respira profundamente y saborea el aroma fresco y dulce de la *sangue* del mortal. En la lengua, la dulzura es aún más intensa. Sus labios se curvan en una sonrisa cruel mientras anticipa su próximo bocado.

Relaja todos los músculos, permite que su cuerpo se convierta en niebla y regresa sin ser visto hasta el mortal, que vigila con cuidado el vestíbulo, sin ser consciente del peligro que se cierne sobre él.

La primera vez que Maximilien se alimentó del mortal fue en el tren, mientras los celestiales estaban ocupados enfrentándose a los *chevaliers* de la Casa Durand. Le irritó la actitud de Marianne y necesitó un tentempié para sentirse mejor. Para su deleite, la sangre del mortal resultó ser sustanciosa y compleja, mucho más deliciosa que la de sus *pursuivants* habituales.

Mientras observa cómo el mortal se pasa el auricular de una oreja a la otra, una voz fastidiosa le recuerda las reglas de la Casa Durand sobre beber de los mortales; alimentarse de más pone en peligro su seguridad.

Pero Maximilien está demasiado sumido en sus sentimientos de rabia e injusticia, demasiado confiado por sus privilegios, deseoso de obtener venganza y seguro de las extensas medidas de seguridad de la Casa Durand, así que decide ignorar los riesgos. El olor de la sangre del mortal, concentrada en la pequeña alcoba medio cerrada, lo atrae.

Se mueve tan deprisa que es imposible seguirle la pista cuando ataca. Si alguien fuera capaz de hacerlo, vería dos marcas del

tamaño de una aguja en la garganta que se convierten en pinchazos rojizos, y un destello casi indetectable de color blanco en el centro: colmillos mejorados que se disipan casi de inmediato y se convierten en niebla. La degustación por parte de un experto es indetectable para los mortales y Maximilien lo es. Toma varios sorbos pausados antes de volver a desaparecer.

Se limpia una gota de sangre de la comisura de la boca con el pulgar y vuelve a entrar andando en el vestíbulo. Se apoya contra el pasamanos y espera a que el mortal finalice la llamada.

16

COEUR ET SANGUE

Max regresa al salón para entregar a Tony (que vuelve a colocarse junto a Jing con la tez pálida y quejándose de dolor de cabeza) y luego se marcha de inmediato. Marianne se pregunta qué está tramando.

Mémère se sintió aliviada al ver el repentino cambio de actitud en su nieto, pero Marianne sabe que su hermano nunca hace nada que no sea en su propio beneficio. Espera que no sea lo suficientemente estúpido como para poner en peligro su relación con *Lady* Jing.

Está a punto de levantarse para seguir a Max, pero se detiene justo a tiempo. Lo único que conseguiría sería provocarlo más. «Más tarde», piensa. Descubrirá cómo lidiar con su hermano más tarde; mientras tanto, vuelve a centrarse en la cabeza rubia del jarrón. Pregunta en mandarín:

—¿Podríais decirme tu honorable nombre?

—Me llamo Rune.

Ah Lang le echa un vistazo algo desconcertado, pero enseguida pierde el interés.

—¿Y de dónde vienes, Rune?

—De las Tierras Celestiales —afirma él. Debe de percatarse de la confusión de Marianne con respecto a sus ojos azules, cabello rubio y rasgos inequívocamente europeos—. Ah, te refieres a de dónde soy. No soy de Tian. Una deidad celestial menor me encontró

de bebé mientras bajaba flotando por un río dentro de una cesta de bambú. Me presentó ante el Emperador de Jade, que buscó a mis padres sin éxito. Puesto que nadie me reclamó, la sobrina de un vecino de *Lady* Gi alertó a mi bondadoso padre, que me acogió y me crio como si fuera hijo suyo.

Marianne asiente, un tanto desconcertada por lo enrevesado de la historia.

—Vaya, menuda anécdota —dice al fin—. No me extraña que hables tan bien mandarín.

—Soy un apasionado de los idiomas —responde Rune en un perfecto francés—. Dado que mi mejor amigo y yo viajamos mucho, he tenido la oportunidad de perfeccionar mis habilidades lingüísticas en varios idiomas. Para poder apreciar de verdad la poesía, se debe leer en la lengua original.

—Impresionante —dice Marianne. Aprender mandarín ya resultaba bastante difícil, pero dominar varios idiomas era todo un logro—. Espero que no te importe que te lo pregunte, pero ¿siempre resides en un jarrón?

Rune se sonroja.

—Por desgracia, padezco de *qugu*. Se me disuelven los huesos cuando no tengo las energías equilibradas. Pero no te preocupes. Dentro de unos pocos días, recuperaré mi encantador estado natural.

En la atestada calle soleada que se halla tras las puertas verdes de metal del *hôtel particulier* de Mémère, hay un Delage azul oscuro aparcado. Una joven delgadísima de cabello engominado y ojos de búho está apoyada contra el elegante capó. Marianne examina la vestimenta de la mujer con admiración: una camisa blanca recién planchada, un chaleco verde azulado oscuro y unos pantalones a juego.

La joven se inclina de inmediato al divisar el grupo.

—Soy Ahn, Emisaria Especial de Tian. *Lady* Gi… —dice, pero Ah Lang se adelanta cargado con Rune y hace una reverencia.

—Emisaria Especial Ahn, encantado de conocerte. Soy Ah Lang. —Señala a los demás con la barbilla—. Estos son Rune, *Lady* Gi, Tony Lee y *Lady* Jing. Todos te ofrecemos nuestra abundante gratitud por acudir a recogernos tan deprisa.

La Emisaria Especial parpadea despacio y se vuelve a inclinar.

—Es un honor. —Abre la puerta del coche—. Entrad, por favor —indica antes de volverse hacia Mémère y Marianne con una mirada gélida.

Marianne le echa un vistazo a su abuela para recordarle que deben hacer una reverencia, pero la anciana ya está en posición. Marianne la imita, agradecida de que Max no esté allí para causar más problemas.

—Emisaria Especial Ahn, acepte las más profundas disculpas de la Casa Durand por las circunstancias de nuestro encuentro. Nuestra desesperación era extrema, aunque no justifique nuestras transgresiones. —Marianne levanta las dos palmas y le ofrece a la emisaria una carta redactada con cuidado en la que se detalla su petición de ayuda—. Hemos expuesto con honestidad la causa de nuestra triste situación y esperamos que el venerable Emperador de Jade encuentre compasión en su corazón.

La emisaria acepta el sobre, ofrece una reverencia superficial y después se da la vuelta sin mediar palabra, entra en el Delage y se aleja conduciendo.

Mientras Marianne observa el coche recorriendo la calle, medita sobre la expresión inescrutable de la emisaria.

—Que el Emperador de Jade sea compasivo.

Mémère suspira.

—Hemos hecho todo lo posible. Ahora toca esperar. —Se vuelve para regresar a su jardín, pero se detiene al ver la expresión de Marianne—. ¿Qué ocurre?

Marianne duda. Max siempre había sido el nieto ejemplar, el elegido, el que jamás se equivocaba. Mémère siempre se ponía de

su parte. Marianne siente la tentación de dejar pasar el tema por fuerza de una costumbre nacida del deseo de protegerse a sí misma.

Un rato antes, Mémère le había preguntado por qué había asumido la culpa de la prohibición y no había intentado defenderse durante tantos años cuando ella había estado en Yunnan y ni siquiera había llegado a poner un pie en Shanghái. Quizá se debía a la presencia de los celestiales, cuya versión de los hechos su abuela no podía refutar, o quizá a que ser testigo de Mémère riñendo a Max por primera vez le había aportado el valor necesario para responder con sinceridad. «No eres capaz de ver los errores de Max», había dicho. «Jamás dudas de su palabra, mientras que nunca confías en la mía. Lo único que ves son mis defectos. Si te hubiera contado en ese momento que Max mentía y que yo no había hecho nada para provocar la ira del Emperador de Jade, ¿me habrías creído?».

Marianne respira hondo y comparte sus preocupaciones.

17

LA MANSIÓN
DE LA ELEGANCIA REUNIDA

Las calles de París pasan a nuestro lado en un borrón. Han ocurrido tantas cosas en las últimas veinticuatro horas que estoy completamente desubicada. Muchas revelaciones. Demasiadas. Todos estamos en estado de *shock*.

He evitado hablar sobre mi padre durante toda mi vida. Mi madre solía tener «malas rachas», noches en las que lloraba hasta quedarse dormida y días en los que desaparecía; y cuando regresaba, no conseguía que me prestara atención, independientemente de lo que hiciera o dijera. Su mente viajaba a un lugar al que yo no podía acceder. Sabía que se ponía así por mi padre y lo odiaba por ello. Además, terminé odiándola a ella porque pensaba que también me había abandonado.

Qué equivocada estaba.

Gigi me aprieta la mano con cariño. Solo en ese momento me percato de que tengo la cara húmeda por las lágrimas. Me las seco deprisa con la manga. Tony está sentado a mi lado con la cabeza apoyada en la ventana, tiene el rostro pálido y contraído y los ojos cerrados. Dijo que tenía migrañas. Así que le permito descansar.

Viajamos por amplias avenidas arboladas que podrían haber salido de la Concesión Francesa del Shanghái mortal. Grandes edificios pasan deprisa a nuestro lado y cada entrada tallada en piedra es más hermosa que la anterior: algunas están adornadas

con ornamentadas esculturas; en otras, la belleza reside en su simpleza y suaves curvas.

Mientras nos acercamos a un puente gigantesco que se extiende a lo ancho de un reluciente río marrón, Ah Lang rompe el silencio:

—Rune, si no te importa, ¿podrías decirnos exactamente cómo es que la nieta del vecino de Gigi conoce a tu padre?

—¿Quién narices es Rune? —pregunta Gigi.

—En persona —dice Lord Aengus desde el asiento delantero. Ah Lang gira amablemente el jarrón para que se encuentre de cara a los asientos de atrás—. El Tuatha Dé y la Casa Durand se conocen; he ocultado mi identidad para evitar que mi padre, el Dagda, se entere de mi enfermedad.

—¿Se conocen? —pregunto.

Lord Aengus suspira.

—Su relación se remonta a la época mortal de Aliénor de Durand cuando se hospedó en territorio del Tuatha Dé. Después de que se transformara en vampiro le perdimos la pista, hasta hace pocos siglos, cuando la Casa Durand empezó a causar problemas a la élite francesa.

—¿Así que es cierto? ¿Se puede transformar a los mortales en vampiros? —Soy incapaz de ocultar la emoción.

—Sí —afirma Lord Aengus—. Pero desconocemos cómo. La Casa Durand no se junta con extraños y sus vasallos les son muy leales; que hayamos sido testigos de *La Grande Morte* es extraordinario. —Me mira de reojo—. Descubrir a la familia que habías perdido hace tiempo de esta forma te ha debido de dejar conmocionada.

—No me puedo creer que pensaran que querríamos ayudarlos si nos secuestraban —dice Gigi.

—No estás siendo justa, Gigi. Estaban desesperados. —Intento evitar que mi tono suene a la defensiva.

—Ellos se lo buscaron —musita Gigi y se inspecciona una de las uñas—. Caray, me he roto una.

—¿Cómo se van a haber buscado que Maximilien les mintiera?

Gigi se vuelve despacio para encararme.

—Jing, ha sido un día lleno de emociones para todos, sobre todo para ti. No me puedo ni imaginar lo que debe de ser encontrar a la familia que pensabas que habías perdido para siempre. No estoy subestimando la preocupación y el dolor que han experimentado, pero no justifica su comportamiento indecente.

—Pero…

—¿Por qué me llevas la contraria, Jing? Incluso los vampiros admitieron que se habían equivocado y se postraron para disculparse.

Me irrita que tenga razón. Me cruzo de brazos y miro por la ventana. Pero Gigi no lo deja estar.

—El instinto de proteger a tu familia es natural —continúa—, pero la necesidad que sientes de formar parte de ella te está nublando el juicio.

Cuando no respondo, suspira con una mezcla de decepción y frustración, como si yo fuera una necia sin remedio.

Me giro para decirle que se equivoca, pero en sus ojos veo lo único que soy incapaz de soportar: pena.

—Tú… —espeto.

Antes de que pueda decir nada más, Ah Lang dice:

—*Lady* Jing tiene razón.

Espera. ¿Qué? Repito sus palabras mentalmente para asegurarme de que no lo he oído mal.

—La Casa Durand es la familia de *Lady* Jing, pétalo mío —afirma con calma—. Por supuesto que va a querer saber más sobre ellos y sobre sí misma. —Posa en mí su mirada clara—. *Lady* Jing, es tu legado. Que no te avergüence reclamarlo.

Nos detenemos poco a poco frente a un edificio de la misma altura y anchura que todos los que lo rodean. Tiene cinco plantas y se alza en solitario en la esquina que forman dos calles contiguas. Pero ahí terminan las similitudes. Los otros edificios son de un armonioso gris claro o beis. Sin embargo, este es de un brillante rojo

fuego. Las palabras «Mansión de la Elegancia Reunida» están talladas en la señal que se halla sobre la entrada de igual color.

A lo largo del tejado se extienden aleros curvados y tejas esmaltadas en verde; todas las esquinas están custodiadas por un par de *qilin* dorados. Los balcones con celosías de madera se despliegan a lo largo de cada planta, y las ventanas están cubiertas con celosías del mismo tipo. Aunque la altura y las proporciones son indiscutiblemente francesas, los colores y adornos me recuerdan a mi hogar.

Ahn abre dos enormes puertas de bronce y cruzamos el elevado umbral para adentrarnos en la fresca penumbra del vestíbulo de recepción. Las puertas se cierran con un chasquido al tiempo que mis ojos se ajustan al interior poco iluminado.

Nos recibe una mujer ataviada con un vestido blanco de vuelo. Una melena de rizos pelirrojos le baja en cascada hasta la cintura. Tiene una mandíbula bien definida y unos luminosos ojos verde jade.

—Gracias por tu paciencia —le dice Ahn a la desconocida. Después, se vuelve hacia nosotros y nos indica—: Esperad aquí, por favor. No abráis la puerta delantera. —Atraviesa el vestíbulo aprisa y desaparece tras una puerta oculta.

La mirada de la pelirroja se detiene en Ah Lang y luego se desliza hasta la cabeza rubia que sobresale del jarrón que lleva en las manos. Contrae el rostro exasperada.

—*A dhearthair, an bhfoghlaimeoidh tú riamh*? —pregunta.

La entonación de sus palabras me recuerda un poco al shanghainés, con un toque del *er* de Beijing. Me pregunto qué…

—Irlandés —me susurra Tony al oído, respondiendo a mi pregunta tácita.

Lord Aengus le ofrece una sonrisa incómoda.

—Os presento a mi sanadora, mi hermana *Lady* Brigid Iníon Dagda del Tuatha Dé.

Lady Brigid nos saluda con una sonrisa. Toma a Lord Aengus de las manos de Ah Lang, lo coloca en el suelo y, de inmediato, irrumpe

en lo que parece una regañina muy seria y hastiada.

Los dejamos a solas y nos dirigimos hacia el otro extremo del vestíbulo, donde las paredes lacadas están adornadas con retratos de ministros de más antigüedad. La luz de un farolillo titila sobre la superficie resplandeciente y provoca que los cuadros parezcan estar en movimiento.

Tony se frota las sienes con el ceño fruncido.

No me gusta lo pálido que está.

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —pregunto con suavidad.

Él asiente.

—Estoy exhausto —dice—. Mañana se me habrá pasado, estoy seguro.

—¿Ese no es Big Wang? —Ah Lang señala el conjunto de retratos.

—Un retrato excelente —afirma Gigi—. Pero la vestimenta es incorrecta.

Big Wang porta una túnica ceremonial y un sombrero *futou* alto y negro con dos lazos rígidos que se extienden a ambos lados. Me río con disimulo.

—Nunca lo he visto llevar un sombrero *futou* —dice Gigi.

—Los odia —señalo—. Tu padre le envió uno una vez. Big Wang lo quemó para no tener que ponérselo. También odia esas vestimentas tan formales. Ya sabes que a él le gusta que sus partes estén aireadas.

—¿Hace falta que seas así de vulgar, Jing?

—No son mis partes las que necesitan estar aireadas —digo; ya de por sí tengo los nervios de punta, pero las críticas constantes consiguen irritarme aún más.

—Ese debe de ser Lord Black. —Tony apoya su brazo contra el mío con una agradable calidez. Asiente hacia el retrato que está junto al de Big Wang.

Por el ángulo de su cabeza y la sombra de una sonrisa pícara, no hay duda de que se trata de Lord Black. Los cuatro tíos dragón están retratados en el mismo cuadro con ropajes finos idénticos,

pero se los puede diferenciar con facilidad gracias a las expresiones de sus rostros y el lenguaje no verbal. La postura de Lord Bai es pomposa, mientras que Lord Vermilion observa a sus hermanos con diversión. Al cuarto tío dragón, Lord Chun, aún no lo he conocido. Está un tanto separado de los demás y contempla las estrellas con ojos soñadores. Tiene un rostro amable, paciente y sereno.

Junto a ellos se encuentra el retrato de una deidad que me resulta familiar, pero que soy incapaz de identificar. La postura de su cuerpo muestra una elegancia agradable. Una quietud que transmite tranquilidad. Siento un poco de envidia; Caballuno dice que me muevo más que un mono pulgoso. Aunque no estoy resentida con la deidad. Ella también parece bondadosa y mira al espectador de una forma, con júbilo en la mirada, que me recuerda mucho a Lord Black.

—Gigi, ¿quién…?

—La conoces. Es *Lady* Longnu.

Solo la he conocido en su apariencia de dragón, pero su forma humana captura bien su esencia.

Gigi contempla el retrato de forma crítica.

—El artista tiene mucho talento, pero, desde luego, se toma muchas licencias artísticas con los ropajes. Conozco a Lord Black desde hace tiempo y jamás lo veréis portando una vestimenta tan elegante. Y *Lady* Longnu solo lleva túnicas masculinas. Prefiere las prendas anchas y sueltas de las montañas Yulong donde creció.

—¿Y nadie la critica? —pregunto.

Gigi resopla.

—¿Te atreverías tú a criticar a un rey dragón por los ropajes que escoge?

Puede que *Lady* Longnu tenga un aspecto elegante y sobrio, pero recuerdo la ira y violencia de su mirada cuando Niang Niang intentó contradecirla.

—Ni de broma —sentencio.

Ahn regresa al vestíbulo.

—Ayudadme —dice, y nos entrega a cada uno varios fajos gruesos de papel amarillo—. Pegadlos en el medio de todas las ventanas y en las esquinas de la sala. A esta altura. —Señala el pecho de Tony Lee.

El papel está pintado con lo que parece una escritura talismánica antidemonios en tinta roja. *Fulu*. Un talismán antidemonios que usan los mortales para protegerse de los *yaojing*. Retrocedo un paso y me preparo para el dolor.

Cuando las verrugas y ampollas no aparecen, presiono los dedos contra el papel. La tinta roja se corre por la superficie rasposa y, cuando aparto la mano, parece que haya metido los dedos en sangre. No siento quemazón alguna. Los ojos tampoco me escuecen ni me lloran.

—Ahn, ¿qué…? —digo.

—Deprisa, por favor. Responderemos a todas vuestras preguntas más tarde, pero ahora tenemos que completar la protección. —La leve nota de pánico en su voz hace que me ponga en marcha.

No tardamos mucho en completar la tarea. Yo presiono mis *fulu* contra las ventanas y la esquina más cercanas y ya hemos terminado. Ahn inspecciona nuestro trabajo y asiente satisfecha.

Una de las puertas interiores de madera se abre y por ella sale contoneándose alguien que juraría que huele exactamente igual que Willie, el hombre mortal de Big Wang en Shanghái. Pero esta persona posee las suntuosas curvas y la gran belleza de Yang Yuhuan. Hasta ahora jamás había pensado que el simple hecho de andar podía resultar tan sensual.

—No eres Willie —digo, desconcertada por la batalla que libran mi vista y mi olfato.

Ella levanta un dedo rollizo, adornado con anillos en espiral, y lo sacude en mi dirección.

—¡Desde luego que no soy Willie! Soy su hermana melliza, Yue Gui. Tú debes de ser *Lady* Jing.

Al examinarla más de cerca, sí que se parece a Willie: el mismo rostro redondeado como la luna y unas cejas marcadas y elegantes que se arquean sobre unos ojos brillantes y perspicaces. Nos hace una reverencia a todos de uno en uno.

—Lord Aengus *mac* Dagda del Tuatha Dé, o debería decir Rune, *Lady* Brigid Iníon Dagda del Tuatha Dé, *Lady* Gi, Ah Lang, *Lady* Jing y Tony Lee, es un honor daros la bienvenida a la Mansión de la Elegancia Reunida. —Se toma un momento para inspeccionar la estancia—. Esa era la última parte de la protección. Bien hecho. Ahn, amor mío, por favor, acompaña a *Lady* Brigid hasta la biblioteca, donde podrá esperar a que terminemos la reunión. Los demás, venid conmigo.

18

FRUSTRADO

Maximilien se despide del taxista con la mano y entra a grandes zancadas en una *alleé* cerca de Parc Monceau. Momentos más tarde, reaparece en forma de niebla y flota sin ser detectado por la calle desocupada que conduce hasta un edificio inconfundible: Maison Loo. Justo después de que se construyera, los vecinos organizaron, sin éxito, una recogida de firmas para que lo demolieran. Igual que sigue en pie el disparate de hierro que construyó Gustave Eiffel, lo mismo ocurre con la estridente monstruosidad de tejas cilíndricas esmaltadas de color verde y ventanas con celosías amarillas.

Al menos, todas las ventanas le ofrecen una entrada acogedora a la casa. Maximilien asciende en forma de niebla hasta la primera planta y encuentra una habitación vacía. Cuando se halla a pocos centímetros de la ventana, un dolor penetrante lo atraviesa y provoca que su niebla se contraiga. Está a punto de desplomarse en su forma corpórea y caer en el jardín delantero, a plena vista de toda la calle. Expande su niebla a la fuerza y busca un refugio seguro con desesperación.

La puerta del edificio adyacente se abre y una mujer con sombrero sale con paso enérgico a la acera. Maximilien se cuela a través de la puerta que ya se está cerrando y se adentra en un pequeño vestíbulo. *Benesangue*. El vestíbulo y el pasillo están vacíos. Cuando la puerta se abre de nuevo, Maximilien, a salvo de vuelta en su cuerpo y con la mirada perdida, abandona la residencia.

Salta por encima de la verja de hierro y se agacha tras un alto bosque de bambú a un lado de la casa, que lo oculta de los viandantes. Arranca un trozo de bambú y lo clava en la pared roja. No ocurre nada. Desecha el bambú, le da un golpecito al aire con la mano y se acerca más hasta que siente una leve resistencia, similar a un zumbido eléctrico. Ejerce presión contra la resistencia; empieza a sentir calambres en las entrañas al momento, pero no permite que el dolor lo detenga. Desde los diez años hasta que le otorgaron el regalo de la *benesangue* a los veinte, lo instruyeron con el lema de los Durand, *perfer et obdura*, aguanta y persiste, durante cada lección y examen. Presiona con más fuerza. La rabia incinera la lógica. ¿Cómo se atreven los celestiales a impedirle entrar? Golpea la pared con la mano.

Un dolor candente explota en su interior y lo lanza hacia atrás.

Está aovillado en el suelo, la cabeza le da vueltas y le cuesta respirar. No se percata del sutil brillo que se refleja en las tejas de zinc de uno de los lados de la torreta vecina. Está demasiado dolorido. Le molesta todo el cuerpo, como si le hubieran prendido fuego. Intenta desabotonar el puño de su camisa para mirarse el brazo, pero hace acopio de todas sus fuerzas para evitar gritar cuando la manga de algodón le roza y es como si una lija le arañara la piel quemada. Sale a trompicones del jardín principal humillado, colérico y herido, y detiene a un taxi para que le lleve a casa. Un sutil destello lo sigue por el aire a una distancia prudencial.

19

LA REUNIÓN

Nos adentramos más en la residencia precedidos por Yue Gui. Se mueve de una forma que resulta hipnotizante; sus caderas se contonean como si estuviera medio danzando, medio flotando, y hago un esfuerzo por no quedarme mirándola. Nos conduce a través de un pequeño patio con un nudoso ciruelo, cuya copa dorada se extiende hasta las ventanas del tercer piso. Bajo el árbol, hay un altar de madera de seda con una urna de incienso desde donde seguramente mandan sus misivas a Tian. Cuando volvemos a entrar en los aposentos privados de la casa, unas paredes sencillas y acogedoras de madera encerada sustituyen las paredes lacadas con cuadros dorados. Aquí también hay *fulu* amarillos por todas partes.

—¿Contra qué nos protegen exactamente los *fulu*? —pregunto.

—Siento haberos hecho trabajar —dice avergonzada—, pero esta mañana nos faltaba personal y teníamos que asegurarnos de que la casa estuviera debidamente protegida contra los vampiros. Os lo explicaré más en detalle cuando nos sentemos.

Ascendemos por unas escaleras estrechas y rechinantes, rebasamos otro largo pasillo y al fin nos adentramos en una habitación grande y amplia. Ocho sillas de *huali* con respaldo en forma de herradura rodean una mesa baja con las marcadas líneas que a Big Wang le gustan de los muebles Ming. Las ventanas son proporcionales a los altos techos; son largas y rectangulares y, al igual que las de la entrada, todas están protegidas con un *fulu*

cuadrado de color amarillo. Ah Lang coloca a Lord Aengus en una de las sillas mientras Yue Gui cierra las ventanas y después camina por la sala para encender los farolillos.

Yue Gui nos ve dubitativos junto a la puerta y señala las sillas.

—Sentaos, por favor.

En ese momento, comprendo lo que significa que el puesto diplomático de avanzada de Tian contenga *fulu* para protegerse contra los vampiros.

—¿Vosotros también conocéis a la Casa Durand? —le pregunto a Yue Gui—. ¿Big Wang sabe que aquí hay vampiros?

Yue Gui examina mi rostro antes de asentir.

—Sí, lo sabe. En cuanto a Aliénor de Durand, es una mujer formidable, muy conocida entre la élite francesa.

Me dejo caer en una silla. Parece que soy la única que no sabía nada sobre los vampiros.

—Formidable, sí. Pero no esperaba que fuera tan despiadada. *La Grande Morte*. —A Lord Aengus le tiembla la cabeza—. El nombre da pie a pensar que se trata de algo divertido y travieso. —Cierra los ojos con aversión—. No hay jabón en el mundo para limpiarme esa imagen de los ojos.

Cuando pienso en el cariño y la ternura con los que Mémère habló al *chevalier*, referirse a ella como «despiadada» no me parece adecuado.

—Al final, el *chevalier* parecía sosegado. No parecía tener miedo.

—Que te decapiten y te arranquen el corazón, que sigue latiendo, de un agujero en el pecho no es exactamente apacible, Jing.

Recuerdo los dientes negros como el tizón de Mémère y no puedo negar que Gigi tiene parte de razón, así que cambio de tema.

—¿Qué hacen los *fulu*?

—Evitan que los vampiros se cuelen y escuchen a escondidas —dice Ahn mientras entra en la sala.

—Yo soy vampiro y a mí no me afectan —digo.

—Eso es porque se crearon específicamente contigo en mente —afirma Yue Gui.

—¿Conmigo?

Yue Gui asiente.

—Cuando un vampiro francés se presentó en Shanghái exigiendo una audiencia con el Emperador de Jade, Yan Luo Wang pensó que había acudido para secuestrarte. Por supuesto, en realidad desconocía si el vampiro tenía alguna relación contigo, pero el solo hecho de que fuera francés bastó para que Yan Luo Wang se asustara y se pusiera en acción. Le encargó a Zhong Kui, el ministro de Ritos, que creara un talismán que te protegiera contra los vampiros. Hizo que los colocaran con discreción en tu hogar y en otros lugares que frecuentabas. Y cuando descubrió que el vampiro residía en París, estableció este puesto de avanzada para descubrir más sobre ellos y determinar si eran una amenaza para ti, *Lady* Jing.

Big Wang lo ha sabido todo este tiempo. Estoy enfadada porque no me lo haya contado y, no obstante, me duele el corazón al recordar cómo se mostraba cuando quiso hablarme de ello y le aterró hacerlo.

—La lealtad que suscita la Casa Durand es impresionante —continúa Yue Gui—. Nadie habla de más, así que la información que poseemos es escasa. Sabemos que hay un núcleo familiar: Aliénor, Romain, Maximilien y Marianne. La familia tiene muy buenos contactos y aliados en los escalones más altos del poder. El resto de sus integrantes son vasallos cuya identidad se mantiene en secreto a través de una amplia y complicada red de compañías y créditos en paraísos fiscales. Finalmente, los sirve una gran comunidad de *pursuivants*, que presuponemos que son donantes de sangre. Aún no hemos conseguido que ninguno de ellos nos hable con franqueza sobre la familia. Por favor, contadnos lo que ocurrió mientras estuvisteis con la Casa Durand.

Gigi empieza a relatar los eventos acontecidos desde el abordaje del tren. Tony, Ah Lang y Lord Aengus intervienen de vez en cuando para añadir algún detalle u observación.

Lord Aengus y Yue Gui siguen afirmando que saben muy poco sobre los vampiros, pero ya conocen cien veces más que yo, y eso que se trata de mi maldita familia. Puede que Big Wang sea un demonio de pocas palabras, pero debería haberme dicho que hay vampiros en París.

Los retazos de nuestra extraña conversación vuelven flotando hasta mí: «¿Nunca has querido saber más sobre tu legado vampírico?». Si me hubiera esforzado en comprender por qué se estaba comportando de una forma tan impropia, quizá podría haber sumado dos más dos. Decir cosas como «A lo mejor te sorprende lo mucho que te gusta París» y «No te lo pases tan bien que luego se te olvide volver a casa» no es habitual en Big Wang, ni tampoco que se mostrara tan inseguro. Pero, como de costumbre, estaba tan centrada en mí misma que no pensé más allá.

¿Por qué soy así?

—¿*Lady* Jing?

Me sobresalto y caigo en la cuenta de que los demás están esperando que hable.

—¿Podrías contarnos qué ocurrió después de que te separaran de tus amigos? —repite Yue Gui.

—Por supuesto. —Cuento mi parte de la historia, cómo nuestros captores repararon en mis colmillos y descubrimos que somos familia, y les hablo de la sala llena de vampiros desnudos.

—Dime que apartaste la vista de inmediato —dice Tony con voz ronca.

Me alegro de haber omitido lo de la fornicación y los gusanos marinos. Me encojo de hombros.

—No es más que piel. Todos la tenemos.

—¿Viste muchos…? —Gigi sacude el dedo con una sonrisa descarada.

—¡Pétalo mío!

—Luego me lo cuentas —murmura Gigi en voz baja.

No puedo evitar reírme ante la expresión horrorizada de Ah Lang. Solo un miembro de nuestro grupo no parece interesarse ni

escandalizarse por mi relato.

—No pareces sorprendido, Lord Aengus —digo.

Su expresión (con los labios fruncidos y las cejas arqueadas) es el equivalente facial a un encogimiento de hombros.

—En Tuatha Dé tenemos una postura similar con respecto a la desnudez. La ropa no es más que algo conveniente; a menudo, nos paseamos desnudos cuando hace buen tiempo. Pensamos que nos acerca más a la naturaleza. No sé si esas mismas creencias se aplican a los vampiros, pero, por lo que hemos observado, están cómodos en su propia piel, expresando sus deseos y actuando conforme a ellos.

—Qué interesante —afirma Yue Gui—. Habíamos oído hablar de las fiestas, pero las atribuíamos a un exceso de indulgencia, no a una preferencia cultural. Gracias por iluminarnos, Lord Aengus. —Yue Gui se aclara la garganta—. En cuanto a que estés emparentada con la Casa Durand… —Yue Gui y Ahn niegan con la cabeza—, nunca supimos la verdad sobre su relación contigo. Siempre han guardado esa información con mucho recelo.

Me entristece que durante todo este tiempo el orgullo y el miedo hayan impedido que Big Wang y Mémère se relacionen. ¿Qué habría ocurrido si Marianne hubiera encontrado a los celestiales antes que su hermano?

—¿Cuál es vuestra opinión sobre los vampiros? —Yue Gui recorre a los presentes con la mirada, dando a entender que la pregunta es para todos—. ¿Suponen un peligro para *Lady* Jing? ¿Y para nosotros?

—Como testigo que conoce un poco tanto la Casa Durand como Tian —dice Lord Aengus—, no creo que Mémère suponga una amenaza para *Lady* Jing o Tian. Es obvio lo mucho que adora a Jing. No obstante, no estoy tan seguro de Marianne. Y en cuanto a Maximilien…, creo que deberíamos tomar precauciones para proteger a *Lady* Jing. Está claro que la detesta.

Tony tiene los labios apretados en una mueca severa.

—No me fío un pelo de Maximilien. Parece que Marianne tolera a Jing por el bien de encontrar a su padre. Mientras que en cuanto Mémère comprendió que *Lady* Jing era su nieta, su comportamiento cambió por completo. —Su expresión se suaviza cuando me mira—. Tu abuela no dejaba de decir lo preciosa y querida que eres, Jing. Cuando Maximilien se negó a postrarse a modo de disculpa, Mémère le dijo que la Casa Durand está en deuda con el Emperador de Jade y Yan Luo Wang por mantener a *Lady* Jing a salvo y criarla para que se convirtiera en una vampiresa intrépida, leal y compasiva. Le dijo que no era apto para liderar la Casa Durand y que lo expulsaría si no se arrodillaba y hacía lo correcto.

—¿Eso dijo? —Recuerdo la expresión de estupefacción de Maximilien mientras se tambaleaba hasta situarse junto a Mémère—. ¿A qué se refiere con lo de que no es apto para liderar la Casa Durand?

Yue Gui se inclina hacia delante.

—Esto sí que es un gran progreso. Maximilien fue escogido específicamente como heredero de la Casa Durand. Pero parece que lo van a sustituir. —Todos clavan sus miradas en mí.

Frunzo el ceño y siento un picor ansioso en la espalda.

—No, no. Yo solo quiero conocerlos. No me interesa ser su heredera.

Yue Gui asiente.

—Jamás permitiremos que te obliguen a hacer algo que no quieras. Deberíamos buscar una escapatoria en caso de que te lo propongan.

—No creo que el exilio sea peor que *La Grande Morte* —señala Gigi.

Ahn sacude la cabeza.

—Para un vampiro, *La Grande Morte* es como un descanso bien merecido. Lo llaman «el sueño eterno». Pero perder tu hogar… —Niega con la cabeza—. Para los vampiros, su familia lo es todo. Perder a los de tu casa no solo supone perder tu identidad, sino también el alma.

—Ya decía yo que se lo veía muy afectado —declara Ah Lang, con una nota de satisfacción—. Seguro que era la primera vez que alguien amonestaba a ese niñato pretencioso, y encima en público. Aliénor de Durand no es alguien a quien querría enfadar.

—¿Qué pasa con tus abuelas? —Gigi sacude la cabeza—. ¿Por qué siempre son tan arpías?

—Pétalo mío, no debemos hablar mal de los parientes de *Lady* Jing —dice Ah Lang, y le da un golpecito en la mano.

Gigi lo ignora.

—Te fías de los Durand —afirma.

Me tomo un momento para sopesar si, en efecto, confío en ellos. Lord Aengus tiene calado a Maximilien y la opinión de Tony sobre Marianne me parece acertada. En cuanto a Mémère, me recuerda a Niang Niang en muchos aspectos, pero su estilo de violencia tiene otro foco. Niang Niang toma represalias, mientras que Mémère parece que protege.

—No sé si me atrevería a afirmar eso, pero sí que creo que al menos Mémère se merece mi confianza.

Gigi hace un mohín.

—Jing, ¿cómo puedes decir eso? Abordaron nuestro tren y nos tomaron como rehenes. Atacaron e hirieron a Ah Lang. Yo a eso no lo llamaría un comportamiento digno de mi confianza.

No se equivoca en nada de lo que ha dicho y tampoco hablaba sobre mí, pero aun así me siento difamada. Trato de controlar mi irritación y explicarme.

—Todo lo que ha hecho ha sido para encontrar a su hijo. Si alguien a quien amas estuviera herido, desaparecido o quizá a las puertas de la muerte, ¿no querrías hacer cualquier cosa en tu poder para traerlo de vuelta a casa? —No me hace falta mirar a Ah Lang para que Gigi comprenda a quién me refiero. Desde luego, yo sé que haría cualquier cosa para evitar que hirieran a Tony. Rompería cualquier regla, por mucho que no le gustara a él o a los demás.

Gigi no responde.

Yue Gui interrumpe la creciente tensión.

—Creo que ya tenemos información suficiente para escribir nuestro informe para el Ministerio de Ritos, el cual también enviaremos a Yan Luo Wang y al Emperador de Jade. Mientras aguardamos su respuesta, llamad a vuestras familias. Os traeremos ropa y artículos de higiene para que podáis bañaros y adecentaros. Lord Aengus, gracias por tu paciencia; te llevaremos de vuelta con tu sanadora.

20

MENUDO PAR

Tengo el cerebro hecho un lío con todas las preguntas que quiero hacerle a Big Wang, pero no tengo claro cómo sacarlas a colación. A ninguno de los dos se nos da demasiado bien expresar nuestros sentimientos y pensamientos; yo suelo reprimir mis emociones y luego soltarlas de forma impulsiva en el peor momento; Big Wang es igual, a excepción de los estallidos inoportunos.

No hay una respuesta fácil. Me acomodo en una silla en el ordenado despacho de Yue Gui y contemplo el árbol que está al otro lado de la ventana mientras espero a que mi llamada conecte. Un pequeño periquito verde con el pico rojo cereza aparece en el alféizar de la ventana y luego se posa en una de las ramas. Bajo la mirada y reparo en que se trata del ciruelo que vimos antes cuando Yue Gui nos condujo a través del patio. La urna de bronce con incienso arde con un fuego vivaz del color del crepúsculo, ese azul brillante que aparece cuando el sol se asoma por debajo del horizonte: reluciente e intenso, con un toque violeta. Como he pasado bastante tiempo con Da Ye en el edificio de la Aduana, sé que el color indica una comunicación con el Infierno. Es probable que algún trabajador de la Aduana ya le esté enviando el informe de Yue Gui a Big Wang.

—¿Wei? ¿Pequeña Jing? —La línea telefónica distorsiona la voz de Big Wang; suena minúsculo y carece de su habitual tono grave y reconfortante—. ¿Estás herida? ¿Qué ha ocurrido?

Tengo la ropa manchada y desgarrada. Menos mal que no puede verme.

—Estoy bien, aunque creo que estamos todos un poco alterados.

Me muerdo el labio; quiero preguntarle por la Casa Durand, el *fulu*, el puesto de avanzada. Todas las cosas que Big Wang me ha ocultado. Al final, escojo el camino de los cobardes.

—He dejado a Lord Aengus en manos de su sanadora, *Lady* Brigid. Parece agradable, aunque le montó una buena cuando lo vio.

Big Wang suelta una carcajada.

—Espero que se recupere pronto.

La conversación se estanca y escuchamos la estática que baja por el cable. Un segundo periquito se posa en el árbol de fuera. Los observo a los dos revolotear de rama en rama hasta que Big Wang se aclara la garganta.

—Yue Gui nos mandó un mensaje cuando el tren no llegó y otro cuando el señor Lee llamó para indicar dónde os debían recoger. Solo me dijo que el tren se había desviado y que estabais con los vampiros. Estoy a la espera de… —Se produce una pausa—. Ah, aquí está. Leeré el informe tras nuestra llamada. Me alegra que no estés herida, pero, por favor, dime qué ha ocurrido. ¿Cuál ha sido el papel de los vampiros en todo esto?

Inspiro hondo con la intención de contarle lo del abordaje del tren. Pero en lugar de eso, digo:

—¿Por qué no me contaste que hay vampiros en París?

Solo oigo la estática durante un buen rato y me pregunto si se habrá cortado la línea.

—¿Big Wang?

—Yo… —dice, sin decir nada.

Ahora, las palabras emanan de mí en cascada.

—Estableciste un puesto de avanzada en París para reunir información sobre los vampiros. Creaste *fulu* hechos específicamente para protegernos de ellos. Uno incluso acudió al Shanghái yin. ¿Nunca pensaste que querría saber todas estas cosas?

El otro lado de la línea permanece en silencio.

Advierto el destello de unas alas verdes cuando los periquitos empiezan a perseguirse entre sí a través de las hojas. No sé si quieren estar en la misma rama, si uno está ahuyentando al otro o si son unos pajaritos muy indecisos.

—Tenía miedo —dice al fin.

Lo dice con una vocecilla. Se me encoge el pecho al saber que es culpa mía que suene así. Una parte de mí quiere disculparse, pero otra parte se niega a hacerlo. Debería habérmelo contado. Aun así, contengo la impaciencia y le imprimo más amabilidad a mi voz.

—¿De qué tenías miedo?

Habla en una voz tan baja que tengo que concentrarme para discernir todas sus palabras a través de la estática.

—Disculpa mi egoísmo, pequeña Jing. Acababas de perder a tu madre cuando el vampiro francés vino al Shanghái yin. Era engreído y arrogante; y tú eres muy joven y habías sufrido mucho. ¿Y si hubiera venido para secuestrarte? No quería exponerte a más crueldad aún. Así que, para protegerte y mantenerte a salvo, necesitaba saber más sobre el lado paterno de tu familia. Necesitaba información.

—Así que creaste el puesto de avanzada.

—Sí. Y los *fulu*. En esa época tú eras adolescente y tu temperamento, extraordinario.

—Eso es quedarse corto.

Aquello le provoca una suave carcajada.

—Para entonces ya sabía que había toda una comunidad en París, pero tú eras impredecible y testaruda, solo escuchabas lo que querías y hacías lo primero que se te pasaba por la cabeza sin importarte las consecuencias. Siempre estábamos en desacuerdo; me preocupaba que, si te hablaba de ellos, la próxima vez que tuvieras un berrinche, te fugaras. No soportaba esa idea; así que lo fui atrasando. Me dije a mí mismo: «Cuando sea mayor. Aún no está preparada».

»Te mandé a clases de control de la ira para prepararte para ese día, porque estaba convencido de que me odiarías por no haberte contado la verdad. Los días se convirtieron en décadas; y, antes de que fuera consciente, eras mayor de edad. Entonces, ya no tenía ningún motivo para ocultártelo, pero lo seguí postergando. Mis excusas me sonaban pobres incluso a mí. Se me asentaba un nudo en la garganta que bloqueaba las palabras cada vez que intentaba hablarte de los vampiros. —Se le rompe la voz—. Si te hubiera hablado de ellos, no habrían abordado vuestro tren. Si hubiera mandado a la división del Viento del Norte como había planeado. Si no hubiera sido un cobarde. ¿Qué querían de ti? ¿Fueron…? —Hace una pausa y su voz apenas se escucha—. ¿Fueron amables contigo?

Exhalo un largo suspiro. Tenía razón al no contármelo cuando era adolescente; al menos ahora sé identificar cuándo tomo malas decisiones; en aquellos momentos no era consciente y me limitaba a seguir mis impulsos pasara lo que pasase. Vuelvo a recordar sus palabras: «A veces tomas una decisión con la mejor intención posible para proteger a alguien y no siempre está claro si has escogido el camino correcto. Solo puedes esperar que así sea».

Big Wang lo hizo lo mejor que supo; no puedo pedirle más.

—No te culpes. No era a mí a quien buscaban. Te lo explicaré, pero me tienes que prometer que me escucharás con calma hasta que termine.

Big Wang no responde.

—Interpretaré el silencio como tu consentimiento, ¿vale? Hay dos cosas que debes saber. Lo primero de todo es que el tren no se desvió… Los vampiros lo secuestraron, ¡RECUERDA QUE LO HAS PROMETIDO! —grito al oír ruidos al otro lado de la línea. Cuando regresa el silencio, continúo—: Iban tras Gigi, querían solicitar su ayuda para anular el decreto de expulsión de los vampiros del Emperador de Jade. La Casa Durand cree que uno de los suyos desapareció en el Reino Medio hace unos cien años.

—Hmmm —dice él.

—Lo segundo que debes saber es que el vampiro desaparecido es mi padre.

Otra larga pausa mientras Big Wang va encajando todas las piezas de mi pasado.

—Los vampiros de París, los Durand… ¿son tu familia?

—Sí.

Oigo más ruido a su lado de la línea, un papel arrugándose.

—Estoy leyendo el informe de Yue Gui —dice con voz ronca.

—Es una historia muy emocionante. Avísame cuando llegues a la parte en la que la matriarca le arranca la cabeza al *chevalier* —broTU—. Debería escribir mis memorias. Sería una buena respuesta a ese relato tan malintencionado de Bram Stoker.

—¡No salgas de la Mansión! —vocifera Big Wang.

Es atronador y repentino; estoy a punto de caerme del taburete. Menuda mierda pinchada en un palo. Claramente no soy tan graciosa como pensaba. Se escucha un ensordecedor «iras, ras, bang, ras!» a su lado de la línea. Suena como si estuviera arañando el micrófono con un trozo de cartón y lanzándole piedras al mismo tiempo. Tras unos gritos de fondo, se oyen los bramidos amortiguados de Big Wang: «¡Lord Ma! ¡Lord Nioh! ¡Venid inmediatamente!».

—¡Big Wang! ¡Era broma! —Intentó llamar su atención, pero está demasiado ocupado gritando.

Se oyen más arañazos y golpes. Luego Big Wang dice, con la voz nítida:

—No te muevas de ahí hasta que lleguen Lord Nioh y Lord Ma. Contactaré con mis compañeros de la Convención de Inmortales para que organicen unas fuerzas de seguridad…

—¡Para! ¡Big Wang, para, por favor! ¡Estaba de broma! ¡DE BROMA! No pretendía asustarte. Mémère no tiene intención de hacerme daño. Deberías haberla visto: lo único que hacía era sollozar y acariciarme la mano.

El ruido de fondo se acalla.

—Pequeña Jing, ¿cómo puedes estar tan segura de que no te encuentras en peligro? ¡Dices que esa mujer le arrancó la cabeza a uno de los suyos!

—Porque yo se lo pedí —digo con voz temblorosa a causa de la vergüenza.

—¿Qué quieres decir?

—No… no sabía que mis palabras le costarían la vida. Exigí una compensación por las lesiones de Gigi y Ah Lang. —El silencio de Big Wang me indica que no está convencido, así que lo intento de nuevo —. Si no fuera quien soy para ella, tendrías razón. Pero tienes que entender lo mucho que quiere a su hijo, mi padre, y lo culpable que se siente por su desaparición. Su última conexión con él soy yo. Estoy segura de que los demás se mostrarán de acuerdo con mi evaluación de que preferiría morir antes que verme herida.

La exhalación de Big Wang provoca mi propio suspiro de alivio. Otra ronda de arañazos y golpes seguidos por un grito: «Descansad. Volved a vuestros puestos». Creo que el sonido lo producen los anillos de Big Wang al chocar con el auricular.

—Confío en tu buen juicio, pequeña Jing. —La voz suena entrecortada—. Me alegro por ti. Disculpa mi egoísmo; debería haber ido a conocerlos cuando descubrí que había vampiros en París. Debería haberles preguntado por qué acudieron al Reino Medio en vez de dar por sentado que venían para hacerte daño. Podrías haber crecido rodeada de una familia que te quisiera.

Su voz es tan pesada que me duele el pecho.

—Big Wang, yo ya tengo una familia que me quiere.

—Oh.

Solo es un sonido, ni siquiera llega a ser una palabra, pero contiene muchos significados: sorpresa, deleite, incluso una pizca de inseguridad. Sonrío y sigo hablando para que no se avergüence.

—Sí que me gustaría descubrir más sobre mi herencia y es como si el Cosmos me estuviera mostrando la forma de hacerlo. Soy afortunada de tener esta oportunidad.

—Veo que te has tomado los consejos de Lord Black a pies juntillas. —Se produce una pausa y después pregunta con cuidado —: ¿Cómo reaccionó Tony a los vampiros?

A pesar de que sé que Tony y los demás han subido al piso de arriba, compruebo que la puerta está cerrada y bajo el volumen.

—La verdad es que no lo sé. Él no suele quejarse, pero seguro que le resultó aterrador. Al fin y al cabo, es mortal. Más tarde podré hablar con él en privado. —Me animo—. He descubierto algo importante: la matriarca de los Durand no siempre fue un vampiro. Existe una manera de volver a Tony inmortal.

—¿Y es lo que él desea?

Se me cae el corazón a los pies al recordar nuestra pelea.

—Dice que quiere seguir siendo mortal. Que forma parte de él, igual que ser vampiro y *hulijing* forma parte de mí.

—Tony es un hombre de principios, Jing. Le gustan el orden y la predictibilidad. En parte por eso los *hulijing* lo ponen nervioso: porque actúan a su antojo. No creo que tenga una buena opinión de los vampiros después de la decapitación.

—Dice que… le produce tranquilidad saber que cuando muera yo estaré esperándolo en los muelles. —Me rueda una lágrima por la mejilla—. Big Wang, no puedo. No lo haré. Me destruirá.

El suspiro de Big Wang resuena en la línea.

—No pasa nada, pequeña Jing. No tendrás que hacerlo. —Usa el mismo tono amable que empleó cuando llegué al Shanghái yin y era una mocosa asustada—. No permitiré que ocurra. Pero debes prometerme que lo hablarás largo y tendido con Tony para que ambos comprendáis lo que está en juego. Sé honesta y paciente y confía en él. Tony jamás te haría daño.

Sorbo en silencio y asiento, luego recuerdo que no puede verme.

—Lo prometo. ¿Big Wang?

Una pausa.

—¿Sí?

—¿Me ayudarías a buscar a mi padre?

Esta vez, la respuesta es inmediata.

—Por supuesto, pequeña Jing.

Más tarde, Yue Gui me muestra mi habitación, donde han preparado túnicas y todo lo necesario para que me asee y cambie de ropa mientras esperemos la respuesta del Emperador de Jade. Estoy observando cómo se marcha Yue Gui, con las caderas contoneándose al son de una música silenciosa, cuando Tony emerge de la puerta adyacente a la mía.

Deberíamos hablar sobre la discusión que tuvimos, sobre el secuestro y su vulnerabilidad, sobre que los vampiros pueden crearse y que mi recién encontrada familia puede decirme cómo hacerlo. Pero estoy agotada en el plano físico y drenada en el emocional. No quiero pelear. Lo que deseo es tener su piel contra la mía, mis labios contra los suyos, para olvidar dónde termina él y empiezo yo, y que entre nosotros no quede espacio para los agobios y las preocupaciones.

—¿Te quedas conmigo en mi cuarto?

—No sería decoroso que compartiéramos habitación —dice Tony —. ¿Qué pensaría Big Wang?

—No pensará nada si no se lo contamos. —Agito las cejas e intento seducirlo para cometer una travesura, a pesar de que sé que es una batalla que no puedo ganar.

Tony detesta mentir y, en lo que respecta al decoro, tiene un palo metido en el culo. No hace falta que lo mire para saber la expresión que se habrá asentado sobre su rostro: horror al pensar en la idea de mentir a Big Wang, indignación al pensar que mancillaría su integridad con solo sugerirlo y decepción por el hecho de que yo me plantee mentir para salirme con la mía.

Aun así, se me da genial encontrar formas de eludir las normas. Así que retrocedo despacio hasta mi cuarto sin apartar los ojos de él.

—Que nos visitemos no va en contra de ninguna norma, ¿verdad? —Deslizo la mirada de sus ojos a su boca y me muerdo el

labio inferior al tiempo que el deseo crece en mi interior.

Se le ensanchan las pupilas. Es toda la confirmación que necesito, así que lo agarro del cuello de la camisa y tiro de él hacia mi cuarto. Pero, de pronto, no soy yo quien toma las riendas de la situación, sino él. Con un giro, me empuja contra la puerta y presiona su cuerpo largo y esbelto contra el mío. Hace que se me entrecorte la respiración y me ponga a temblar. Sus largas pestañas le rozan las mejillas mientras su mirada se dirige hacia mis labios. Se inclina hacia delante, con unos movimientos dolorosamente lentos, y espera a que yo asienta.

Le rodeo el cuello con las manos y acorto la distancia entre nosotros.

—Sí —murmuro—. Sí, sí, sí.

21

TRASPASANDO LAS DEFENSAS DEL GENERAL

Siempre que beso a Tony es como si me sumergiera en una piscina de luz solar. Me acuna con cariño entre sus brazos y me siento cálida y segura. La punzada de deseo siempre está presente, pero él tiene cuidado de no permitir que ese deseo traspase los límites del decoro, por mucho que yo lo intente.

Su boca se mueve contra la mía, suave y cálida. Sus labios y sus manos están por todas partes. En algún momento, su camisa termina tirada por el suelo. Mis dedos trazan un siete sobre su cuerpo. Me presiona contra él con un gruñido y nos aleja de la puerta, me besa y me empuja hacia delante para que avance de espaldas hasta que los dos caemos sobre la cama.

Normalmente, es en este momento cuando, obligado por las normas del decoro, establece un maldito límite y me abandona a solas con mi hambre. Pero esta vez no se desenreda de inmediato como de costumbre. Esta vez, no se aparta en absoluto.

Me yergo en la cama, le recorro la mandíbula con los labios y le beso el pulso en la garganta.

Unos largos dedos me acarician el vientre y desabotonan poco a poco mi camisa. ¿He sido yo o él? La pregunta desaparece con un grito ahogado cuando sus manos merodeadoras alcanzan el borde de mi sujetador de seda y sus sagaces dedos encuentran los dos

botones que lo mantienen cerrado. Con un tirón, me libera de mis ataduras. El aire fresco me roza la piel.

—Tony —exhalo, es una súplica, una entrega, una promesa.

Me recorre el cuello a besos y después pasa hasta mi hombro desnudo. Tengo la piel tan sensible que con cada roce parece que me estén marcando con un hierro candente. Quiero esto, siempre.

Las palabras no son premeditadas, simplemente se me escapan:

—Si te transformaras en vampiro, podríamos hacer esto para siempre —susurro.

Tony se encoge y se aparta.

—¿Qué has dicho?

—Es solo que, ¿no te gustaría que hiciéramos esto para siempre? —nos señalo.

Él baja la vista, me cierra la camisa con cuidado y cambia de postura para sentarse en la cama; una ráfaga de aire frío se cuela entre nosotros.

Me toma de la mano con una expresión sombría pero determinada.

—Me alegra mucho que hayas encontrado a tu familia, de verdad que sí. Después del trato que recibiste durante tu infancia, me imagino lo mucho que significa para ti. —Bajo la mirada hasta nuestras manos, que ahora son el único punto de contacto entre los dos—. Mientras los Durand te traten bien, los aceptaré tal y como son. Los honraré y les ofreceré el respeto que se merecen como tus mayores y tu familia; todo porque a ti te importa. Pero, por lo que he visto, su forma de vivir es caótica y cruel. Se dejan llevar por la lujuria y el hambre. Les da igual mentir si es para conseguir sus objetivos. Me conoces lo suficientemente bien como para saber que estos rasgos me resultan aborrecibles a más no poder. Jing, necesito que me escuches cuando te digo que jamás querré ser uno de ellos.

«Caóticos, crueles, aborrecibles». Tardo unos momentos en poder hablar.

Cuando lo hago, soy incapaz de ocultar lo dolida que me siento.

—Y yo ¿en qué me diferencio de ellos? Bebo sangre impulsada por el hambre, siento lujuria hacia ti. Miento. Manipulo a los demás. No pienso que sea cruel, pero seguro que otros sí. Y no cabe duda de que soy caótica. ¿También te resulto aborrecible?

—Por supuesto que no. Adoro tu parte vampírica y tu parte *hulijing*. Lo único que digo es que yo no deseo ser un vampiro. Yo nunca escogería su estilo de vida.

—Pero…

Alguien llama a la puerta e interrumpe nuestra conversación.

—¿Jing? ¿Tony? ¿Estáis ahí? —canturrea Gigi al otro lado de la puerta—. Mi padre y Big Wang han respondido. Yue Gui quiere que estemos abajo en diez minutos para hablar de los siguientes pasos. —Hace traquetear el pomo con una risilla.

Tony me hace un gesto para que responda y que Gigi piense que estoy sola. ¿Acaso no es esto mentir? ¿Manipular? Me pongo en pie y me vuelvo despacio hacia Tony, dejo que la camisa se me deslice por los hombros y caiga al suelo. Él traga saliva deprisa antes de girar la cabeza y cerrar los ojos con fuerza para asegurarse.

Es ese último gesto, la forma que tiene de cerrar los ojos, como si así fuera a evitar que yo estuviera desnuda, el que hace que pierda el control. Pero ¿qué le pasa? Le cojo la mano y la coloco sobre mi pecho desnudo.

Él emite un sonido ahogado y aparta la mano de golpe.

Los vampiros no piden perdón por sus cuerpos ni por sus deseos. ¿Por qué nos torturamos nosotros así?

—Señor Lee —lo llama Gigi al otro lado de la puerta—. ¡Confiamos en ti! Asegúrate de que Jing esté presentable y en el piso de abajo en diez, no, espera, nueve minutos.

Él se aclara la garganta y responde entre tartamudeos.

—S-Sí, p-por supuesto.

La risa de Gigi se va alejando a medida que el sonido de sus pisadas desaparece.

—Por favor, vístete, Jing —dice con la voz tensa—. Tenemos que asearnos y cambiarnos para no hacer esperar a los demás.

—No les importará.

Su respuesta es justo lo que esperaba y la vocalizo con los labios a la vez que él la entona:

—Pero a mí sí.

Sale de la habitación evitando mirar mi cuerpo desnudo y sin echar la vista atrás.

Después de un lavado muy necesario, me pongo la túnica azul aciano que me dijeron y llamo a la puerta de Tony para que podamos bajar juntos. No hay respuesta. El maldito cobarde no me ha esperado. Pero decido ser magnánima y descender al piso inferior sin montar un berrinche.

Todos están sentados alrededor de la mesa baja de madera esperándome. Tony está sentado con rigidez y mira fijamente la tetera de celadón de doble cuerpo. No se mueve ni muestra haberse percatado de mi llegada mientras los demás me reciben. Mi brevísimo momento zen estalla a arder.

Si piensa hacerme el vacío por haber sobrepasado sus límites, yo también puedo jugar a lo mismo. Mi mal genio está a punto de tomar el control para que me siente al otro lado de la mesa cuando me percato de que tiene las orejas rojas como un tomate. Lo miro con más atención y advierto que tiene todo el rostro sonrojado.

Me acerco despacio y tomo asiento a su lado, curiosa. Sigue sin mirarme, pero reparo en que ahora está completamente colorado, como si hubiera metido la cabeza en un brasero. Jamás lo he visto tan nervioso; de pronto, ya no estoy tan molesta.

Cojo una bolita de masa frita crujiente espolvoreada con azúcar de la mesa y la mastico alegremente mientras Yue Gui nos sirve a todos una taza de té.

—Que lo disfrutéis.

El vapor del té flota hacia mí. El aroma me resulta familiar: una pizca de nuez tostada, un toque de melocotón, la fragancia fresca y

dulce del agua montañosa. Estoy segura de que ya he probado este té antes.

Tomo una de las delicadas tazas verde esmeralda e inhalo. El recuerdo asciende burbujeante a la superficie: mi cumpleaños de mayoría de edad hace más de diez años. Big Wang sacó una jarra negra *cloisonné* decorada con dragones escarlata a juego con sus tatuajes: una preciosa pieza de artesanía que no había visto antes y que tampoco he vuelto a ver. Apartó la tapa con mucho cuidado y me mostró el té del interior. Con hojas que se asemejaban a agujas de pino doradas. Cuando se empaparon, se desenrollaron hasta formar unas relucientes hojas doradas. El propio té brillaba cuando la luz lo rozaba de una forma concreta.

Abro los ojos de par en par ante las tazas que yacen ignoradas sobre la mesa.

—Es Kunlun Lang Gan, ¿verdad?

Yue Gui asiente.

—Posees un olfato excelente, *Lady* Jing.

Gigi baja la vista sorprendida antes de llevarse la taza humeante a los labios con mucho respeto.

—Solo he tomado este té dos veces, ambas en la fiesta de verano de la Reina Madre de Occidente. Se cosecha cada quinientos años de su vetusto árbol Lang Gan. Papá atesora este Kunlun Lang Gan como un niño avaricioso y jamás lo comparte. —Inhala el delicado aroma—. Me siento honrada por tu generosidad, Emisaria Especial.

Ah Lang silba e inclina la cabeza en una reverencia.

—Miles de gracias por tu generosidad, Emisaria Especial Yue Gui.

Tony también inclina la cabeza.

—Es todo un honor. Mi abundante gratitud por tu generosa hospitalidad.

Yue Gui se sonroja y hace un gesto con la mano.

—*May sherrr*. El té es una bebida que debe compartirse. Big Wang insistió en que debíamos trataros como a los más distinguidos

de los invitados, y yo estoy encantada de hacerlo. —Toma dos cartas dobladas de la mesa frente a ella y su actitud se vuelve más seria—. Ahora que ya hemos recargado fuerzas, pasemos al tema que nos ocupa. Hemos recibido instrucciones tanto del Emperador de Jade como de Yan Luo Wang respecto a la petición de ayuda de los vampiros.

La primera carta luce el Sello Celestial del Reino y el inconfundible sello del Emperador de Jade; los caracteres en ambos se han estilizado para que parezcan aves con picos, ojos y colas. La desdobla y lee:

DECRETO IMPERIAL

Acuso recibo del informe de la Emisaria Especial Yue Gui en el que se detalla:

- *El abordaje del tren y secuestro de mi hija* Lady *Gi, así como de Qian Lang,* Lady *Hu Xian Jing, Tony Lee y Lord Aengus;*
- *la subsiguiente agresión de mi hija* Lady *Gi y de Qian Lang;*
- *el descubrimiento de la familia paterna que se creía perdida de* Lady *Hu Xian Jing; y, finalmente,*
- *la petición de los vampiros de la Casa Durand para que los reinos de Tian los ayuden en su búsqueda del desaparecido vampiro Romain de Durand*.

Las transgresiones de la casa Durand son graves y cuantiosas. Entre las que se encuentra el deshonroso comportamiento que dio como resultado su expulsión y subsecuente prohibición en todo Tian y las tierras mortales bajo nuestro alcance.

En circunstancias corrientes, su petición sería rechazada. No obstante, debemos tener en cuenta que Romain de Durand es el noble padre de Lady *Hu Xian Jing y que lleva el último siglo desaparecido. En el fortuito encuentro entre* Lady *Hu Xian Jing y sus parientes se discierne la voluntad de Tian.*

También tomamos en consideración la respetuosa sumisión de la Casa Durand a la hora de hacerse cargo de sus transgresiones.

Por lo tanto, damos nuestro consentimiento para asistirlos en la búsqueda de Romain de Durand. El venerable Yan Luo Wang coordinará el cometido y se pondrá en contacto con vosotros para haceros llegar más indicaciones.

La prohibición también se retirará con las siguientes condiciones:

- *Se debe obtener la aprobación para entrar en Tian y las tierras mortales bajo nuestro alcance del Ministerio de Ritos con anterioridad al viaje. Las autorizaciones se concederán de forma individual y podrán ser revocadas a nuestra entera discreción.*
- *Solo Aliénor de Durand y Marianne de Durand pueden hacer dichas peticiones en su nombre o en nombre de otros miembros o vasallos de la Casa Durand. Además, deberán actuar como aval de cualquier otro vampiro que se incluya en dichas solicitudes.*
- *Cualquier vampiro que visite Tian y las tierras mortales bajo nuestro alcance deberá comportarse de acuerdo con los principios de Tian o podrá recibir una expulsión inmediata*.

Al aceptar conceder su petición, estamos mostrando suma deferencia e indulgencia. Fin del decreto.

Yue Gui dobla la carta y coge la segunda. Esta tiene el sello personal de Big Wang. Le da un sorbo a su té y lee:

Un millón de gracias por tu incansable esfuerzo para localizar a mi querida hija, Lady Jing, y sus amigos. He leído tu informe. Nos uniremos a la búsqueda del padre de Lady Jing. No obstante, solo compartiremos nuestros hallazgos con la Casa Durand si se hacen cargo de la reparación íntegra de cualquier daño sufrido por el Expreso Inmortal y todos sus elementos fijos, accesorios y mobiliario, así como la devolución del equipaje de los pasajeros, además de jurar no volver a interferir con nuestras personas o posesiones.

Si el equipaje y las posesiones de los pasajeros han quedado dañados o inservibles, por favor, proporciónales una prestación de dinero a Lady Jing, Tony Lee y Lord Aengus para que reemplacen lo que necesiten. El Emperador de Jade también proporciona una prestación para Lady Gi y Ah Lang, aunque indica que Lady Gi no deberá reemplazar nada más que los dieciséis baúles que llevaba consigo.

Para poder dar comienzo a las investigaciones, por favor, mándanos las fechas de la llegada y partida de Romain de Durand del Reino Medio, a dónde viajó y cualquier otra información valiosa. Sería preferible si Ahn y tú permitierais que Lady Jing y sus amigos trabajaran con los vampiros. Me gustaría manteneros a vosotras al margen para que no sepan de vuestra existencia.

Me quedo a la espera de tu próximo informe.

—Los vampiros se alegrarán —dice Ah Lang—. Llevan mucho tiempo esperando poder buscar a su familiar desaparecido.

Yue Gui extrae un pequeño cuadrado de papel doblado, lo presiona contra las manos de Tony.

—Señor Lee, esto es para ti.

Tiene el sello de Big Wang. Observo a Tony mientras lo lee con la esperanza de que Big Wang no lo esté riñendo o esté diciendo algo vergonzoso.

—¿Qué quiere? —pregunto, tratando de sonar despreocupada.

Esta vez no aparta la mirada, así que mantengo el contacto visual y recuerdo la agradable sensación de sus dedos sobre mi piel. O bien puede leerme la mente o está pensando en lo mismo, porque se ruboriza.

Gigi me cubre los ojos con la mano.

—Es evidente que Tony y tú necesitáis más tiempo a solas.

Yue Gui se levanta.

—Los próximos pasos están claros. Le enviaremos un mensaje a la Casa Durand en el que estipularemos las condiciones de nuestra asistencia. Podéis explorar la casa y los jardines con libertad, pero,

por favor, de momento, no salgáis de la zona protegida. Serviremos el almuerzo dentro de una hora.

22

MENSAJES

Marianne regresa a casa tras seguir a Max y se encuentra a un repartidor que cambia con nerviosismo el peso de un pie a otro y observa con mucha atención las verjas verde oscuro del *hôtel particulier* de Mémère.

Marianne se detiene junto a él.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Ah, *oui*, *mademoiselle* —dice el chico—. Tengo un mensaje urgente para la Casa Durand. Pero no hay timbre y ya llevo cinco minutos llamando a la puerta.

—Me lo puedes entregar a mí —dice ella.

El joven alterna la mirada entre ella y la verja cerrada.

—Pero solo debo entregárselo a la Casa Durand. ¿Cómo puedo estar seguro de que usted reside aquí?

Marianne se traga su irritación. La sangre del chico la llama. Necesita entrar enseguida y servirse una copa de *sangue*. Intenta no emitir un suspiro mientras extrae una pesada llave de hierro del bolsillo y abre las verjas con un fuerte chasquido.

—¿Te sirve con eso?

—*Merci, mademoiselle*. —El repartidor rebusca en su bolsa y le entrega un sobre azul claro para después dirigirse a la motocicleta que tiene aparcada al otro lado de la calle.

Mémère está sentada donde siempre junto a la ventana; hay una taza de té en una mesita a su derecha y una mesa grande a su izquierda, cubierta de jarras de agua, papeles de desecho, un trapo multicolor moteado y una gran paleta de cerámica en forma de flor tan moteada y colorida como el trapo. Tiempo atrás, había dos caballetes uno al lado del otro, pero el de papá lo retiraron hace mucho.

Marianne no es capaz de ver el lienzo desde la puerta, pero no importa. El sujeto de los retratos de Mémère siempre es el mismo: papá.

Las acuarelas de su abuela capturan los detalles y las emociones tan bien como una fotografía. Los cuadros en los que aparece su padre riendo son sus favoritos, pero la verosimilitud hacía que cada retrato fuera una hiriente bofetada de pena. Al cabo del tiempo, Marianne dejó de poder mirarlos.

Mémère mezcla con cuidado los colores y alza el pincel hacia el lienzo para pintar con trazos diestros. Marianne se acerca y está a punto de dejar el sobre encima de la mesa cuando entrevé el lienzo.

Por primera vez en casi un siglo, el sujeto de Mémère no es su padre. La forma del rostro, la tonalidad, el cabello…; está pintando a Jing.

—¿Encontraste a Maximilien? —pregunta Mémère, sin interrumpir su labor.

Antes, Marianne no habría cabido en sí de gozo al escuchar el tono amable de su abuela. Un tono desprovisto de reproche por haber llegado tarde, con la notable ausencia de comentarios fulminantes sobre lo dañino que resulta caminar bajo el sol. Por una vez, el tono no es brusco, impaciente o sumamente crítico. Y aun así…

—Sí, lo seguí hasta Maison Loo, pero Max no fue capaz de traspasar su protección. Está en el Bar 228 bebiendo de sus *pursuivants*.

Marianne está satisfecha y decepcionada a partes iguales. Satisfecha por que su hermano esté frustrado. Y decepcionada por

sus actos imprudentes. Podría haber echado por la borda la poca benevolencia que habían conseguido obtener.

Mémère tensa los labios un instante.

—Voy a tener que hablar largo y tendido con Maximilien.

Marianne asiente, aunque no está tan segura como su abuela de que Max vaya a escucharla. ¿Y si esta expósita es como otro Maximilien, igual de consentida y mezquina? La mera idea le resulta agotadora. Decide que no le dará más vueltas. El carácter que tenga su hermana es algo que está fuera de su control. *On fait ce qu'on doit, advienne que pourra*.

Mémère señala el sobre que cuelga de los dedos de Marianne.

—Léemelo.

Marianne dobla las rodillas y se deja caer sobre una silla desde la que puede ver a su abuela, pero no el cuadro.

—Hemos estado a punto de perder la carta. El chico ha dicho que llevaba un buen rato esperando.

El pincel de Mémère se detiene un instante.

—Percibí el olor del chico mucho antes de que llamara a la puerta. Y sabía que tú ibas justo detrás. Si tuviéramos un timbre, los de fuera sentirían que tienen derecho a hacernos llamar. Y yo sentiría que tengo derecho a probar su sangre.

Marianne sabe que su abuela jamás se dignaría a beber de alguien que no fuera uno de sus leales *pursuivants*, pero le sigue el juego.

—*Oui*, Mémère.

Su abuela coge otro pincel. Examina la punta antes de mezclar un nuevo color en la paleta. Sostiene el pincel sobre el papel y las delicadas cerdas se ciernen a unos milímetros del lienzo.

—La carta —señala Mémère con cierta impaciencia.

Marianne la desdobla y se siente aliviada al ver que está escrita en francés. Aunque habla mandarín con fluidez, todavía no domina la lectura y la escritura. Tardó casi dos semanas en escribirle la carta al Emperador de Jade.

Lee la breve misiva y se le expande el corazón con cada línea.

—¡Mémère, nos van a ayudar! ¡Nos van a ayudar a encontrar a papá!

Un levísimo gritito de asombro es lo único que deja entrever el alivio de Mémère.

—Tienen tres condiciones: debemos reparar el tren que hemos dañado, devolverles a los celestiales su equipaje y, por último, jurar que jamás…

—Diles que las aceptamos.

—¡Ni siquiera has oído la tercera condición!

—No importa. Les ofrecería todo lo que tengo, cada gota de *sangue* de mi cuerpo, hasta mi propio corazón, si eso significa que tendremos la oportunidad de encontrar a mi Romain. —Tras un momento, añade con un leve temblor en la voz—: ¿Cuál es el tercer requisito?

Marianne siente la tentación de decir que los celestiales quieren el corazón de Mémère, solo para ver su reacción. Pero hoy no tiene energía para soportar una regañina.

—Que la Casa Durand jamás ataque o interfiera de forma alguna con las posesiones o personas de Tian.

Mémère se relaja.

—¿Eso es todo? Manda nuestra respuesta a los celestiales: aceptamos sus condiciones y los invitamos a nuestra casa mañana a las diez de la mañana para hablar de los siguientes pasos que seguir. —Tras una breve pausa, añade—: En cuanto al tren, no escatimes en gastos. Debemos asegurarnos de que no tienen nada que reprocharnos.

Marianne mira a su abuela.

—¿No quieres consultarlo con Maximilien antes de enviar el mensaje?

Un brillo severo reluce en los ojos de su abuela.

—*Non*.

23

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

A las diez en punto del día siguiente, Aliénor aguarda en el jardín delantero con las dos manos posadas sobre el pomo de jade lavanda de su bastón, flanqueada a ambos lados por sus nietos: Marianne, un gorrión elegante, serena y alerta; Maximilien…

Pone una mueca al recordar la arrogancia de su nieto al insistir en que no tenía la culpa y cómo se había indignado por el hecho de que lo reprobara por intentar colarse en Maison Loo y que incluso lo hubiera hecho seguir. Volvió a casa borracho de sangre. A veces la anciana se equivocaba al juzgar a las personas, pero jamás tanto como con Maximilien, que había resultado ser arrogante, caprichoso y egocéntrico. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Mémère, acaban de llegar. —La voz amable de Marianne le recuerda sus deberes.

Aliénor cierra los ojos un momento para apartar toda distracción posible. Cuando vuelve a abrirlos, es de nuevo la formidable y valiente matriarca de los Durand.

Asiente con la cabeza y dos criados abren de par en par las verjas del jardín.

El elegante Delage del día anterior está aparcado en la calle.

Los celestiales se apean uno a uno del coche. Su Jing es la última en salir. Aliénor observa a la joven que mantiene una conversación con *Lady* Gi.

Luego, contempla fijamente a su nieta y su visión se duplica de pronto: la imagen de Romain superpuesta a la de Jing. El parecido es tan insólito que se le encoge el corazón. Es de su carne y hueso; no cabe duda. Qué extraño giro del destino haberles hecho llegar a Jing. Una especie de aleteo le provoca un hormigueo en los dedos de los pies y después asciende a través de su cuerpo como las delicadas burbujas de su *blanc de noir* favorito, borbotean en su garganta y emergen como una risa profunda y ronca.

No recuerda la última vez que rio con tanta libertad. El sonido le resulta desconocido. Otro sonido igual de inédito hace que Maximilien dé un traspié y Marianne ahogue un grito.

Pum-pum. Su corazón.

Cuando Romain desapareció, Aliénor pensó que su corazón se había roto sin remedio. Apenas había producido sonido alguno durante el último siglo. Parecía que su Jing era capaz de hacer milagros.

Aliénor se adelanta, su bastón emite un clac, clac, clac contra el camino de guijarros y no se percata de que los celestiales se sobresaltan por su acercamiento. Ella solo tiene ojos para su *petite fille*.

Aliénor se guarda el bastón bajo el brazo y toma las manos de Jing entre las suyas.

—*Huanyin, huanyin* —dice, dándoles la bienvenida con las palabras que le enseñó Marianne la noche anterior.

La sonrisa de Jing se ensancha y un hoyuelo asimétrico asoma en una de sus mejillas.

Aliénor le da un toquecito en la mejilla y contiene las lágrimas.

—Tienes incluso el mismo hoyuelo que mi Romain. —Aunque sabe que Jing no la comprende, espera que el gesto y la voz transmitan su mensaje.

Le echa un vistazo al mortal, *Monsieur* Lee, que Marianne afirma que habla francés con fluidez. No deja entrever ninguna emoción, pero parece que ahora se muestra menos hostil hacia ellos. Percibe un leve tono azulado en los labios del joven: parece

enfermo. ¿Quizá la *grippe*? Le echará un ojo al mortal y hablará con su nieta sobre los protocolos de alimentación para evitar el riesgo de intoxicación por *sangue*.

Entonces, recuerda sus obligaciones como cabeza de la Casa Durand y apoya el bastón en el suelo, con las dos manos sobre el pomo, no sea que los celestiales malinterpreten sus intenciones.

Aliénor se inclina hacia delante y besa a Jing tres veces en las mejillas, luego hace la profunda reverencia que le enseñó Marianne.

—Bienvenidos a la Casa Durand, distinguidos invitados. Por favor, seguidme —dice; Marianne repite sus palabras en mandarín con una vocecilla similar a los trinos de un pájaro.

Toma la mano de Jing y juntas conducen a los celestiales al interior de su hogar.

24

UN ENCUENTRO DE CORAZONES

Mémère me toma de la mano mientras nos conduce por la curvada escalera de roble y pasamos de largo la sala de estar de ayer para llegar a un pasillo de paredes azul pastel con bordes dorados. El bastón marca el tempo de nuestros pasos.

Se detiene en medio del pasillo y se gira para encarar una de las secciones paneladas de la pared. Dos de los paneles se abren hacia dentro y muestran a la vista una amplia sala con vistas al jardín.

Las ventanas están abiertas y dejan entrar el cántico de los pájaros y la brisa. En medio de la estancia hay una mesa ovalada color verde pistacho, lo suficientemente grande para que se sienten veinte personas. Tiene dibujos de peonías en tonos lavanda y rosa pálido, como las que lleva talladas el bastón de Mémère. Cada una de las patas de la mesa se curva hacia fuera como la pierna de una mujer, y luego vuelve a inclinarse ligeramente hacia dentro.

Sobre la mesa hay una caja de madera lacada con incrustaciones de nácar.

—Sentaos, por favor. —Marianne señala las sillas que comparten las mismas suaves curvas de la mesa y cuyos cojines de seda son de un tono pistacho a juego. Mémère se sitúa a la cabeza y tira de mí para que tome asiento a su lado.

Desde que recibió la nota de Big Wang, Tony hace hincapié en permanecer a mi lado. Incluso ha pasado la noche en mi habitación, lo cual habría disfrutado mucho más si él no hubiera insistido en

dormir en el suelo. Ahora, tiene mucho más cuidado conmigo, se mantiene a mayor distancia y no permite que nos dejemos llevar. No consiente que vea la nota y solo me repite algo que ya sé: que Big Wang le ha encomendado la tarea de cuidarme.

Se desliza hasta el asiento que está a mi lado. Marianne se sitúa al otro lado de Mémère. Maximilien da vueltas alrededor de la mesa y al final se deja caer sobre la silla que está junto a Marianne mientras fulmina con la mirada las flores pintadas.

Gigi se coloca frente a mi abuela y deja un hueco ridículo de seis sillas entre ella y todos los demás. Ah Lang, tan leal como siempre, permanece a su lado.

—Divina diosa de la Paz Celestial, Princesa Imperial de Jade, *Lady* Gi del Río Plateado, gracias —dice Marianne—. Por favor, ofreced a vuestro noble padre, el Emperador de Jade, nuestra más profunda gratitud. No olvidaremos la bondad del Panteón de Tian.

—No ha sido solo cosa mía —dice Gigi con un tono regio—. *Lady* Jing también habló a favor de darle una segunda oportunidad a la Casa Durand. Al fin y al cabo, ahora somos familia a través de *Lady* Jing.

¿Gigi me considera familia? Le echo un vistazo, pero ha adoptado su faceta de ministra oficial y está centrada en los vampiros. Marianne traduce sus palabras.

—Inclinado padre bambú del polvo dispara a la mujer —dice Mémère; su marcado acento francés hace que entone mal la frase. Me mira de forma expectante.

Tardo unos instantes en comprender lo que pretende decir en realidad: Gracias, querida nieta.

Le doy un apretón en la mano y ella me sonríe con un regocijo pícaro.

—¿Dónde está vuestro amigo Rune? —pregunta Marianne.

Gigi le ofrece la excusa que habíamos acordado.

—Está descansando para recuperarse antes de su enfermedad.

Mémère asiente y Marianne le sitúa la caja enfrente y levanta la tapa.

—Son cosas relacionadas con los viajes de papá por China.

Lo primero que extrae es un cuadernito negro lleno de fechas escritas con pulcritud en tinta azul.

—Todas las fechas que habéis solicitado están aquí recogidas. —Se lo entrega a Gigi.

El siguiente objeto de la caja es un sobre amarillo con unas pocas frases escritas en el frontal, y nada más.

—Esta es la carta que recibimos el año pasado. —Se la pasa también a Gigi, que le echa un vistazo al francés y la desliza hasta Tony.

—¿Por qué el señor Durand escogió el Reino Medio entre todos los lugares posibles? —pregunta Ah Lang—. La gente de *Lady* Jing reside en Yunnan, en lo más profundo de la zona, pero el imperio Qing prohibía la entrada de los extranjeros en el Reino Medio, así que debió de contar con algún tipo de ayuda para llegar hasta allí.

—Una amiga de padre lo invitó a Yunnan —dice Marianne mientras extrae un *jinzhe zhuang* forrado en brocados verdes y plateados de la caja y lo coloca en la mesa. La etiqueta reza 陸羅門, que supongo que se trata del nombre de cortesía de mi padre en chino, escrito con una letra viva y fluida, y un sello rojo ornamentado. Los caracteres tallados están estilizados con ojos y líneas sinuosas que le otorgan el aspecto de dragones retozando.

Gigi, Ah Lang y yo miramos ojipláticos el sello de la firma. Solo existen cinco sellos semejantes en todo Tian: uno para cada rey dragón.

—¿*Lady* Longu se correspondía con mi padre? —Hago memoria de la primera y única vez que la conocí; me hizo un gran favor cuando se puso de mi parte frente a Niang Niang. Mencionó que mi padre le había hecho un favor hacía mucho, pero ¿por qué no me contó que eran amigos?

Gigi resopla.

—*Lady* Longu ha estado ocultando cosas.

Mémère se inclina hacia delante para hablar y Marianne la traduce.

—¿Conocéis a esta persona?

—*Lady* Longu es una sabia y compasiva rey dragón —afirma Gigi—. Una de las criaturas más venerables y ancianas que existen, quizá incluso más que el propio Cosmos.

Durante toda mi vida he creído que mi padre era una persona cobarde y carente de honor por habernos abandonado a mi madre y a mí, y aunque ahora han cambiado muchas cosas, me sigue costando pensar en él de otra forma, al menos como el buen amigo de un rey dragón.

—¿Mi padre conocía a un rey dragón? —susurra Marianne asombrada.

—No era consciente de que fueran tan buenos amigos —señala Gigi. Sus palabras tienen cierto matiz severo, pero no parece enfadada, más bien perpleja.

Al fin, Marianne saca con cuidado un cuaderno maltrecho; tiene el lomo partido y le faltan la mitad de las páginas.

—El diario de papá —dice—. Recibimos solo esta mitad cinco años después de que se marchara. Normalmente, papá escribía los diarios en clave, pero este lo escribió en chino. Hicimos que nos lo tradujeran: relata sus viajes a Yunnan y el encuentro con tu madre… —Marianne agarra el diario con un poco más de fuerza. Resulta evidente que no quiere soltarlo, pero tras una exhalación lenta, desliza el diario a través de la mesa para entregármelo a mí.

Maximilien le sigue la pista con los ojos entrecerrados.

Tengo recuerdos de mi madre: el sonido de su voz, su calidez cuando me abrazaba. Su personalidad, las cosas que le gustaban y las que no. Pero mi padre siempre ha sido un espacio negativo: una ausencia. No sé nada sobre su personalidad, sus pensamientos o su forma de ver el mundo. Pero en estas páginas, escritas de su propia mano, se esconde la posibilidad de conocerlo, al menos un poco. El diario parece extrañamente ligero, teniendo en cuenta que carga con todo el peso de mis expectativas. No lo abro, sino que me lo guardo con cuidado en el bolsillo para poder leerlo cuando me sienta más valiente.

Maximilien golpea la mesa con la mano y hace que todos peguemos un bote.

—*Elle n'a pas le droit*!

Mémère habla, de forma lenta y pausada. Maximilien se echa hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada. Tiene las mejillas sonrojadas y llenas de manchas y sus ojos destellan sanguinolentos. Aparta la silla de la mesa con un chirrido de la madera arañando la madera y abandona la sala en forma de niebla.

Mémère inclina la cabeza y cierra los ojos un momento. Sus palabras son un grave murmullo antes de que desaparezca en un destello brumoso.

—Disculpad el mal genio de Maximilien —traduce Marianne con los dientes apretados—. Por favor, disculpad a mi abuela; tiene asuntos que tratar con mi hermano.

25

陳酒 醇，老友情深

Con Maximilien fuera de la sala, la atmósfera se vuelve menos opresiva. Desdoblamos las páginas en acordeón de la carta de *Lady* Longu y las colocamos planas sobre la mesa. La carta está fechada a 24 del mes del *osmanthus* cuando Júpiter se encontraba en el Viento de la Luna Brillante y el Sol Luminoso. Cuento los años con los dedos.

—1834 —dice Gigi, que confirma mis cálculos.

—El año antes de que mi padre conociera a mi madre —digo y rodeo el cuaderno que llevo en el bolsillo con la mano en afán posesivo.

La caligrafía de *Lady* Longnu posee una vivacidad atrevida, con florituras seguras y trazos nítidos y precisos. Se expresa de forma poética pero directa. Lo cual me resulta sorprendente, pues pensaba que ella también disfrutaría de los enrevesados acertijos de su primo Lord Black. El afecto que siente hacia mi padre se evidencia en la calidez de su tono y en cómo le pregunta por su salud y su familia.

En la carta, le recuerda a mi padre el juramento que hizo tiempo atrás de visitar su hogar ancestral, Lijiang, e insiste en que debe cumplir sus promesas. Así que *Lady* Longnu fue la causante de que mi padre acudiera a la Montaña Nevada del Dragón de Jade. No es lo que esperaba.

Una vez, Lord Black me dijo que *Lady* Longnu tiene una vista muy amplia. ¿Mandó a mi padre a Lijiang a sabiendas de que

conocería a mi madre? Ojalá mi maldita perla de dragón funcionara para poder acudir de un parpadeo a casa de Lord Black y exigirle que le pregunte a *Lady* Longnu lo que sabe. No me extraña que mi padre pudiera viajar al interior del territorio y llegar hasta Yunnan sin que los oficiales Qing lo molestaran. Nadie se atrevería a interferir cuando lo respaldaba un rey dragón.

Hay una lista detallada de la ropa y documentos requeridos para su viaje. Le doy la vuelta a la carta, pero no hay más papeles guardados en ningún sitio.

En la última página, me río de la exhortación de *Lady* Longnu en la que le indica a mi padre que abrace el Cosmos y así se le revelará el camino. A los reyes dragón les apasionan sus galimatías esotéricos.

Pero las siguientes frases ahogan la risa que está a punto de brotar de mi garganta.

> *En honor a este regio vino que es nuestra amistad, no me des la espalda sin piedad, permite que este humilde dragón te acompañe en tu procesión: pasa un mes en Lijiang. Después, si tu corazón aún anhela el sueño eterno, concederé tu petición y permaneceré a tu lado para desearte un último adiós*.

26

LA CARTA

Marianne observa a su hermanastra mientras esta lee la carta del rey dragón. Cuando no intenta ocultar sus emociones, es una mujer superexpresiva. La sorpresa, el júbilo y la exasperación bailan en los ojos de Jing a medida que lee la carta que yace sobre la mesa. Incluso su risa le recuerda a la de su padre.

Pero Jing se detiene en medio de una carcajada, palidece y sus ojos adquieren una mirada perdida y vidriosa. A Marianne se le encoge el pecho. Maximilien no quería que los celestiales lo supieran, pero Mémère denegó su petición y decidió honrar la confianza que habían depositado en ellos.

Con los ojos brillantes a causa de las lágrimas, Jing levanta la vista hacia Marianne.

—¿Padre deseaba *La Grande Morte*? —susurra y en sus ojos oscuros la confusión se mezcla con una nota acusatoria.

Marianne piensa en aquel padre irascible, paranoico y solitario que se marchó a China y regresó como si fuera un hombre nuevo. Asiente.

—Llevaba bastante tiempo sufriendo *l'ennuie*. Un caso grave puede conducir a un vampiro a solicitar el sueño eterno, la única salida para escapar del insoportable peso de la inmortalidad. A veces un cambio de aires y de rutina puede ayudar, y por eso Mémère permitió que viajara tan lejos de casa. Como la cabeza de la Casa

Durand, Mémère tiene la obligación de concederle *La Grande Morte* a cualquiera que la solicite, incluso a papá.

—Puede que lo deseara antes de partir hacia el Reino Medio, pero la carta que escribió un año después muestra que ya no tenía el mismo estado mental —dice Gigi con suavidad.

Jing permanece en silencio unos segundos.

—Deberíamos volver para enviarle la información actualizada a Big Wang.

Cuando ya se hallan en la puerta, Marianne le dice:

—Mémère organiza una fiesta esta noche para celebrar tu regreso a la Casa Durand. —Mira a Jing esperanzada—. El Bar 288 es uno de los lugares de reunión predilectos para aquellos que son leales a la Casa Durand. Sería un honor que tus amigos y tú nos acompañarais.

Jing le echa un vistazo a Tony.

—¿Habrá gente desnuda? —pregunta.

—Casi todos —dice Marianne. Ante las expresiones conmocionadas de los celestiales, se apresura a añadir—: Por favor, no os asustéis. Nadie se os acercará si no le invitáis a hacerlo. El nivel de desnudez indica si estamos dispuestos y somos capaces de entregarnos al acto.

Pero sus palabras no tranquilizan a los celestiales, que solo aceptan acudir cuando Marianne les cuenta que tocará la mejor banda de *jazz* de París. En el momento de su partida, una criada le entrega a Jing una cesta de alambre que contiene seis frascos de metal.

Ante la mirada interrogante de Jing, Marianne aclara:

—Nuestros *pursuivants* más leales desean honrarte con una muestra de su sangre para asegurarse de que estás bien alimentada durante tu estancia en París.

27

EL DIARIO

Gigi y Ah Lang se dirigen hacia el patio con Ahn y Yue Gui con el fin de redactar un mensaje para Big Wang y el Emperador de Jade. Tony vuelve a tener migrañas, así que regresa a su cuarto para que se le pase con una siesta.

El diario de mi padre que llevo en el bolsillo es una carga pesada. Lo extraigo y recorro con dedos temblorosos la desgastada tapa de cuero. Mi padre se encuentra en el interior de estas páginas: sus pensamientos y su forma de ver la vida están presentes en lo que dice, en lo que calla y en los trazos de su pluma. ¿Y si no me resulta una persona agradable? ¿Y si es engreído y arrogante como Maximilien? No. No me dejaré llevar por las suposiciones. La verdad se encuentra en mis manos; tan solo tengo que abrir las páginas y leer.

Me acurruco en el sillón que se encuentra junto a la ventana, abro por la primera página y hago un mohín al momento. Los trazos de los caracteres están deformados a causa de la impaciencia y despreocupación. Cada frase está plagada de tachones furiosos. No se trataba de un hombre feliz.

Inspiro hondo y me preparo para leer.

28 de julio de 1834. Forêt de Tronçais: ~~he llegado~~ he partido de París temprano esta mañana. ~~Mémère He sido incapaz~~ Pretendo viajar hasta Lyon

como niebla, ~~pero~~ la fatiga se ha apoderado de mí. Volveré a partir por la mañana.

29 de julio. Lyon: ~~Marsella~~. ~~Mañan~~ ~~Marianne~~ He descansado en el cómodo recodo de una gran rama a media altura de un viejo roble. ~~El Cuando Yo~~

30 de julio. Marsella

~~31 de julio. Marsella.~~ Parto. Mis palabras no son más que frivolidades sin sentido.

Un dolor amargo florece en mi pecho al ser testigo de su frustración y desesperación. Dejaría de leer si no fuera porque sé que conoce a mi madre y sana. Pero, muy pronto, su tono cambia. Pasa de la angustia al mal humor, y de ahí a ser sumamente gracioso; sobre todo, en las entradas sobre el inglés Crispin, un soñador que ve bondad y belleza en todo, incluso en los camellos más apestosos, mientras que mi padre interpreta el papel de un cascarrabias que finge no disfrutar de su compañía. Le echo un vistazo por encima a las páginas y paso hasta el viaje marítimo y terrestre hasta Lijiang. Comienzo a leer de nuevo cuando conoce a mi madre.

27 de septiembre. Templo del Dragón de Jade, Lijiang: a mitad de camino alrededor del lago, había un viejo puente de piedra que conducía a un edificio ruinoso. En la placa de madera de la entrada estaban inscritas las palabras «Templo del Dragón de Jade». Me encontraba a punto de cruzar el puente cuando una melodía, como una risa traída por el viento, me llamó la atención. Me pregunté qué habría opinado Crispin de ella. Puesto que ya había localizado una estancia para esa noche, seguí la música hasta un pabellón cercano que se extendía a ambos lados del lago y la orilla.

De los aleros colgaban unos farolillos que iluminaban con luz tenue a una joven arrodillada frente a un largo instrumento de cuerda. Una cítara, si la

memoria no me falla. Su cabello relucía bajo la luz de los farolillos y le caía en cascada por los hombros como si fuera de seda, semirrecogido en un moño ornamentado. Su vestido era del amarillo de un membrillo maduro, se cruzaba en la parte frontal y lo llevaba amarrado a la cintura con una faja. Sus dedos sobrevolaban las cuerdas, punteando y rasgueando.

Me río ante la descripción porque conozco la escena de sobra. «La solitaria doncella del lago» es una de las tretas favoritas de las *hulijing* para cazar hombres. Tocan su música favorita, portan sus vestidos aprisionatetas preferidos y, sin casi esfuerzo alguno, se ven rodeadas por mortales que demandan su atención y que acuden a la trampa como las moscas a un zurullo de mierda.

Aquella mujer era quien irradiaba el aroma que advertí al adentrarme en el bosque. La observé un tiempo sin ser detectado. Cuando el viento cambió, la mujer alzó la cabeza de golpe y la música se detuvo. Sus pupilas eran dos puntos. Ningún ojo mortal podría divisarme tal y como estaba envuelto en sombras, pero ella me detectó.

En vez de salir corriendo o atacarme, la mujer apartó la mirada de mí y pareció volver a examinar el bosque. Su expresión se tornó tímida, casi nerviosa. Asintió para sí. Levantó las manos temblorosas hacia su instrumento y comenzó a tocar.

Al principio de forma más dubitativa, pero, poco a poco, se entregó a la música y pareció olvidar la angustia que la había asolado momentos antes.

Puedo percibir el olor del miedo a kilómetros de distancia. Esta mujer no tenía el menor temor. Estaba actuando. ¿Por qué? Rodeé el lago, manteniéndome oculto tras las sombras hasta que me hallé a menos de diez pasos del pabellón. A pesar de que la mujer fingía ignorar mi presencia, movía las orejas cada vez que me desplazaba. Me estaba siguiendo el rastro tanto como yo a ella. Un escalofrío predatorio, que creía muerto hacía tiempo, me recorrió. Me adentré en la zona iluminada por el farolillo.

Me alegró saber que mi padre no era ningún necio y que supo de inmediato que mi madre fingía.

Una repentina nota discordante vibró en el aire nocturno.

La mujer alzó un brazo y se resguardó tras una cascada de seda. No era una gran actriz, pues podía ver cómo me ojeaba a través de la fina tela.

—Disculpad mi interrupción —dije—. Este humilde servidor se deleita ante vuestra gloria.

Ella bajó el brazo y dejó a la vista la elegante extensión de sus cejas sobre una mirada penetrante.

—Estáis lejos del pueblo, mi señor. Y yo estoy completamente sola. —Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. ¿Qué pretendéis al entrometeros en la privacidad de una doncella indefensa a estas horas de la noche?

Apenas eran las nueve.

—No tengo malas intenciones, señora mía. Tan solo oí vuestra música y deseé presentaros mis respetos. —Me recorrió con la mirada de pies a cabeza, dos veces. Con una muestra de resignación, suspiró y le dio un golpecito a los cojines de seda que se hallaban junto a ella.

—Ya que me habéis interrumpido, también podéis tomaros una copa de jiu *conmigo*.

Debería haberme marchado, pero la idea de que aquello podría ser un relato entretenido que contarle a Crispin me cautivó, así que acepté la invitación y me uní a ella. La doncella me entregó una copa que contenía un licor transparente. Bajo el aroma a madreselva se encontraba el inconfundible hedor acre del acónito, una neurotoxina.

Envenenar a los de mi especie no es tarea sencilla. La sangre nos corre despacio por las venas y es resistente a muchas cosas; como mucho, el veneno haría que se me hincharan las articulaciones y me provocaría un leve dolor de cabeza. Nada que no pudiera curar un trago de sangue *fresca*.

Levanté la copa.

—Soy Romain de Durand. Señor Du, si os resulta demasiado largo. ¿Y cuál es vuestro noble nombre? —Le serví a aquella potencial asesina parte de su propio veneno. Ella contempló su copa y luego la sostuvo en alto.

—Romain de Durand. —Entrechocó su copa con la mía. Su acento francés era muy bueno—. Soy Lady *Rey de las Colinas Turquesa. —Para mi sorpresa, se bebió la copa de un trago. La imité. Ella sonrió y yo también*.

Rellené de nuevo nuestras copas. Ella me observó expectante, así que incliné mi copa hacia la suya. Volvió a entrechocarlas sin apartar su mirada de mí. Me bebí despacio el licor. Y volví a rellenarlas. Lady *Rey ladeó la cabeza y me examinó durante unos minutos. Al fin, dijo*:

—¿Qué sois?

—¿Siempre sois así de directa?

—¿Y vos siempre sois así de inmune al veneno?

Taimada pero honesta. Los eventos de la noche estaban resultando bastante inesperados.

—¿Siempre sois así de homicida? Aquí me hallo yo, un viajante inocente que tan solo desea apreciar vuestra música. —Le di vueltas a la copa bajo la nariz y la olisqueé con delicadeza—. Acónito negro, si no me equivoco.

Una rama se quebró en el bosque. La mujer se quedó paralizada y escuchó con atención. Tras un momento, volvió a centrar su atención en mí.

—¿Estáis solo? —preguntó.

—Así es.

—No tengo nada en vuestra contra —dijo, con un tono amenazante—. Dejadme en paz.

En mis recuerdos, mi madre era una criatura dulce y encantadora. Jamás la vi como una seductora *chupaqi*. Vaya tontería, la verdad. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una *hulijing*. Las descripciones de mi padre me hacen reír. Y hacen que mi madre me recuerde a Gigi: fuerte, segura y valiente. Muy diferente de la madre a la que conocí. Y también bastante descarada a la hora de intentar asesinar a mi padre. Su historia de amor tuvo un comienzo emocionante.

El diario me da que pensar. ¿Y si de verdad consigo conocerlo? ¿Me mirará con ojos amables, me acariciará el pelo y dirá que me ha echado de menos? ¿O me dará la espalda con indiferencia? La incertidumbre me provoca una ansiedad que se expande en el

interior de mis entrañas con tal presión que podría partirme por la mitad. Quizá es mejor que no piense en ello.

28

FÁBULAS Y LEYENDAS

La respuesta de Big Wang al último informe de Gigi es rápida y llega tan solo tres horas después. Es corta y concisa:

Zhong Kui, el ministro de Ritos, fue un renombrado cazador de demonios de las inmediaciones de Lijiang, el último paradero conocido de Romain de Durand. Muchos de los descendientes del ministro Zhong también se convirtieron en célebres cazadores de demonios. Hay una historia interesante que ha pasado de generación en generación hasta sus descendientes sobre un altar que brillaba con una neblina dorada. A menudo se divisaba a un zorrito blanco en la cueva. El ministro Zhong siempre asumió que el relato no era más que una fantasía poética; *no obstante, la constante mención del zorro, unida a la descripción que concuerda con la habilidad de los vampiros de transformarse en niebla, lo lleva a sospechar que aquel altar puede ser donde estaba, quizá aún sigue, cautivo el padre de* Lady *Jing. Por desgracia, se ha perdido la ubicación. Los descendientes que poseían tal información hace tiempo que cruzaron el puente Naihe*.

Hemos hablado con Willy, que residía en Kunming, más al sur, durante esa época. Confirma que los cazadores de demonios tuvieron más actividad de la habitual durante los meses en los que Romain de Durand se hospedó allí, pero no tiene conocimiento de primera mano sobre los movimientos de los cazadores. De la misma forma, Lady *Longnu tampoco estuvo presente durante esos meses. Sugiere que hablemos con la venerable abuela de* Lady

Jing, Niang Niang, que sí que es posible que tenga información directa sobre los cazadores de demonios de la zona.

Se han expedido pases para la abuela de Lady *Jing, su hermanastra y otra persona seleccionada por* Lady *Jing, lo cual incluye, si* Lady *Jing lo desea, al inútil de su hermanastro. Es hora de volver a casa*.

Acabamos de llegar y ya nos convocan de vuelta a casa. Imagino que, dado que hemos dejado a Lord Aengus a salvo en manos de su hermana *Lady* Brigid, ya he cumplido con mis obligaciones para con el Panteón del Tuatha Dé y mi puesto como intermediaria de la Corte Hulijing. Es hora de centrarme en mi familia y encontrar a mi padre.

29

BAR 228

Gigi parece estar de mejor humor. Da vueltas por mi cuarto con su nuevo y elegante vestido de lentejuelas, con la espalda al aire. Brilla como una bengala humana, lista para la fiesta de esta noche.

—Te toca a ti, Jing. No permitiré que aparezcas con el aspecto de una periodista de mala fama.

—No parezco una periodista —musito y bajo la vista a mi ropa. Gigi tiene razón, pero no me importa. Mi combinación favorita consiste en una vieja camisa de Tony, suave al tacto tras muchos lavados, conjuntada con unos pantalones de estilo occidental. Aun así, cedo para mantener la paz y la sigo con obediencia hasta su cuarto.

Rebusca en uno de los baúles y extrae media docena de vestidos.

—Pruébate estos.

Ninguno de los vestidos es escotado. De hecho, cubren tanta piel que sé que Gigi jamás se los pondría. Intenta evitar que le eche un vistazo al baúl, pero soy más rápida que ella. Saco un vestido tras otro. En el interior hay al menos treinta vestidos con sus zapatos a juego. Los zapatos son de mi talla y los vestidos…, todos y cada uno de ellos son para mí.

—Gigi —digo abrumada.

—¡No te atrevas! —Me seca los ojos con un pañuelo—. Se te hinchará la nariz y se te pondrá roja. Te pondrás feísima y eso no

puede ser.

—No hacía falta que me trajeras todo esto.

—Claro que sí. Tú también eres mi familia. Mi hermana pequeña. Por supuesto que voy a cuidar de ti.

Hago el amago de abrazarla, pero ella me aparta.

—*Aiya*, si me das un abrazo, me pondré a llorar y entonces se me arruinará el maquillaje y a ti se te hincharán los ojos y todos mis esfuerzos serán en vano.

Me entrega un vestido de seda de un intenso color carmesí y me lo pongo sin protestar. Aunque el escote me queda justo a la altura de la clavícula, es elegante, largo y despampanante. No obstante, cuando recuerdo el salón de Mémère, me pregunto si tiene sentido que nos arreglemos. Puede que los vampiros ni siquiera estén vestidos. Gigi parece satisfecha con su vestimenta y al fin hemos dejado de pelear, así que no digo nada.

Bajamos hasta el vestíbulo y nos encontramos con Ah Lang y Tony, que charlan con un hombre rubio dolorosamente delgado. Lleva un esmoquin violeta eléctrico hecho con un terciopelo exuberante con pantalones y chaleco a juego; la complexión de Tony parece casi cerosa en comparación con el lustre del rubio. Me pregunto si Tony debería quedarse en casa. No tiene buen aspecto.

—*Lady* Jing —dice el hombre con un mandarín impecable, y luego realiza una profunda reverencia.

La voz resulta inconfundible.

—¡Lord Aengus! —exclamo—. ¡Qué rápido te has recuperado!

El recién recuperado embajador del Tuatha Dé se pasa una mano huesuda por la solapa de la chaqueta.

—Aún no estoy igual que antes, pero es mucho mejor que cuando estaba en esa cosa. —Señala con el mentón el jarrón que se encuentra junto a la puerta.

—¿*Lady* Brigid no está aquí? —pregunta Gigi—. Pensaba que querría acompañarnos esta noche.

—Muy amable por tu parte, pero no le agradan demasiado las multitudes —afirma Lord Aengus.

—¿Y no pasa nada por que vengas? —pregunta Tony Lee—. ¿No sería mejor que te quedaras aquí en esta ocasión?

—¡No me gusta perderme ningún plan! —dice Lord Aengus—. Además, ¿qué podría salir mal?

Resulta que el Bar 228 se halla en el interior de un hotel señorial con columnatas arqueadas que se extienden por todo el piso inferior. Las puertas se abren de par en par a nuestra llegada. Dentro, el ambiente está cargado del intenso olor a rosas secas y alcanfor. La cacofonía aromática la completan zarcillos de pino, nueces verdes frescas y caquis un poco pasados. El sitio desprende un hedor a vampiros y humanos.

Entrelazo mi brazo con el de Tony.

—Hay muchos vampiros.

—¿Y mortales también?

Asiento. Como respuesta, me entrega un puñado de caramelos.

—Toma unos pocos por si acaso.

Gigi y Ah Lang también deben de haber percibido el olor, porque Gigi se sitúa al otro lado de Tony, y Ah Lang se coloca detrás de nosotros, con Lord Aengus cerca.

—Te dije que no deberíamos confiar en ellos —sisea Gigi.

—Tony está a salvo, no le harán nada —digo, usando un tono monótono—. ¿Recuerdas lo que le hicieron al vampiro que te hirió?

Eso acalla a Gigi.

Uno de los encargados del hotel se mueve afanoso hasta nosotros. Tony lo saluda en francés y yo oigo la palabra «Durand».

El hombre sonríe con zalamería y nos escolta a través del hotel hasta unas puertas discretas.

—Bienvenidos —dice.

Las puertas se abren y dan paso a una amplia estancia con ventanas de techo a suelo con vistas a un jardín cuidado. Me recuerda mucho al bar Horse and Hound del Hotel Cathay en el Shanghái mortal, con todas las sillas de madera pulida y cuero color

caoba. La zona de la barra está iluminada por una luz roja apacible y hay toda una pared de estantes con espejos repletos de botellas relucientes.

El bar está lleno de mortales y vampiros en diferentes estados de desnudez. Examino la sala rápidamente y me siento aliviada al percatarme de que aún no hay nadie fornicando.

—¡Por Tian! Jing, no te lo estabas inventando —exhala Gigi.

Tony irradia un aura de desaprobación; no me atrevo ni a mirarlo. Los ojos de Lord Aengus se iluminan mientras contempla la estancia con avidez.

Atravesamos varios grupos de personas; el olor de los vampiros y la sangre con toques salados y almizcleños resulta sobrecogedor.

Pasamos junto a dos mujeres que se besan y acarician; luego, junto a un hombre que se toca perezosamente mientras observa a un vampiro alimentándose de un *pursuivant*. Me empieza a arder el cuello y Tony me tapa los ojos con la mano.

—¡Jing, esto es indecoroso! ¿Cómo…?

—Mémère está allí —interrumpe Lord Aengus con júbilo.

Mémère, Marianne y el arisco Maximilien están sentados en una mesa junto a la ventana. Son los únicos del bar, aparte de nosotros, que van completamente vestidos.

Mémère y Marianne se ponen en pie para saludarnos y se alegran al ver que Lord Aengus ya no está en un jarrón. Maximilien hace el mínimo amago de levantarse antes de volver a sentarse.

Hago una reverencia.

—Gracias por invitarnos, Mémère.

Marianne traduce.

—Bienvenida, nieta. Todos los presentes son vasallos leales de la Casa Durand. Han acudido invitados por mí para celebrar tu regreso a la *sangue*.

Echo un vistazo a mis amigos.

—Venerabilísima Mémère, disculpa mi mala educación. Por tu gracia, esta humilde servidora te suplica que hagas saber a mis

amigos que están a salvo aquí, sobre todo a Tony Lee, que es mortal. Su vida es frágil y, por lo tanto, mucho más valiosa.

Marianne habla deprisa. Maximilien sonríe con suficiencia, pero Mémère me ofrece una sonrisa tranquilizadora. Me saluda con *bisous*, luego se sitúa de cara a la sala.

Cuando habla, su voz es poco más que un susurro, pero reverbera a través de la sala y me hace cosquillas en los oídos.

Marianne traduce y su trino agudo acompaña el murmullo gutural de su abuela.

—Se hace saber que *Lady* Gi, Lord Lang, Lord Rune y *Monsieur* Tony Lee son mis invitados personales esta noche. Están bajo la completa protección de la Casa Durand, ahora y siempre. Nadie debe herirlos ni interferir con su bienestar de manera alguna.

Todos los presentes inclinan la cabeza a la par y murmuran:

—*Oui*, *aïeule* Durand.

—Hoy celebramos el regreso de mi querida y extrañada nieta —continúa Mémère—. Tesoro de mi corazón, *sangue* de mi *sangue*, hueso de mis huesos, *Lady* Jing, la heredera de la Casa Durand.

Maximilien se hunde aún más en la silla y fulmina con la mirada la mesa. Deseo protestar, pero tengo todos los ojos clavados en mí; ya lo hablaré con ella más tarde.

Mémère se coloca una mano sobre el corazón, luego sobre los labios y de nuevo sobre el corazón.

—Bendecida sea la sangre, carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos, quien concede la vida eterna. Bendito sea el corazón que regresa a la carne, a quien se le concede el descanso eterno. *Benesangue*.

Toda la sala repite las palabras al unísono de una forma que me produce escalofríos; todos terminan la letanía con el mismo gesto: se colocan las manos sobre el pecho desnudo, luego sobre los labios y de nuevo sobre el corazón.

¿Lo habrán practicado? Me vuelvo hacia Marianne, pero ya está sentada, igual que Mémère, que le da un golpecito al asiento que

tiene al lado. Paso entre Marianne y ella mientras los demás también toman asiento. Ah Lang deja un espacio vacío entre él y Maximilien.

—Sobre lo de que sea la heredera…, no lo hemos hablado —digo, mientras Marianne traduce—. No puedo aceptar; es demasiada responsabilidad. Además, no sé casi nada sobre ser vampiro.

Mémère chasquea la lengua con una sonrisa, como si estuviera soltando una serie de sinsentidos graciosísimos.

—Eres la hija de Romain y, por lo tanto, la heredera. No te preocupes; te enseñaremos todo lo que debes saber.

Mierda.

—Ya lo hablaremos más tarde, ¿de acuerdo? Hay un tema más urgente: Big Wang tiene una pista. —Cuando Marianne traduce, Mémère se queda ojiplática—. Nos ha pedido que volvamos a Shanghái para que investiguemos.

—¿Cuándo? —pregunta Mémère.

—Podremos marcharnos en cuanto el Expreso Inmortal esté reparado.

Los ojos de Mémère se llenan de lágrimas rosadas. Marianne traduce con su voz cantarina.

—No podemos agradecértelo lo suficiente. ¡Esta noche es una doble celebración que requiere de nuestra mejor *fée verte*!

Cuando alza el mentón, un desfile de camareros se presenta ante ella. Nos ofrecen a cada uno una copa de cristal con una peculiar cavidad con forma de burbuja debajo de la copa. Los recipientes contienen un licor verde brillante y una cuchara de plata ranurada apoyada en el borde. Unos cuencos con terrones de azúcar acompañan las copas. En medio de la mesa hay una urna de agua, pero no se parece a nada que haya visto antes. La parte inferior es la estatuilla de plata de una mujer con alas (un hada, según dice Marianne) con los brazos extendidos, como si sostuviera la urna en alto. De la base de la urna sobresalen seis grifos metálicos.

—La llamamos la *fée verte* —explica Marianne—. Es la bebida favorita de Mémère. Colocad un terrón de azúcar sobre la cuchara, añadid agua y esperad a que suceda la magia. —Coloca su copa

bajo un grifo y lo abre para que el agua gotee sobre el terrón. El agua azucarada atraviesa la cuchara y cae sobre el líquido verde, que tiene un fuerte olor a anís.

—¿Y ahora qué ocurre? —pregunto.

Marianne sonríe.

—Sigue mirando.

Cuando el vaso está casi lleno, el líquido verde se transforma en un tono blanco cremoso.

—¡Hala! —exclamo.

Marianne asiente.

—*La louche*. Ahora, asid la cuchara azucarada, removed y bebed.

Alzamos las copas y las entrechocamos con delicadeza.

Doy un trago.

—*Bon*? —pregunta Mémère.

—*Bon* —repito con una sonrisa.

—Me gusta —declara Gigi.

La mayoría de las mesas del bar también tienen las fuentes de agua.

Tony Lee inspecciona su copa y le da un traguito, pensativo.

—¿La absenta no está prohibida en Francia?

—Quizá en Francia sí —dice Marianne—, pero para la Casa Durand no.

30

DE MAL GUSTO

El bar está hasta arriba de mortales y vampiros. El olor que desprenden permanece tan concentrado que una sensación de mareo y aturdimiento se apodera de mí. La absenta incrementa el sentimiento de euforia. Incluso Tony parece oponerse menos a la situación. Charla en francés con Marianne y Lord Aengus. Cuando una banda de *jazz* empieza a montar los instrumentos en una esquina del bar, el rostro de Ah Lang se ilumina.

Mantengo contacto visual con Marianne y señalo a Ah Lang con la barbilla.

—El grupo debería pedirle que toque con ellos. Toca el contrabajo de miedo y también canta, aunque creo que solo en inglés.

—Los músicos no hablan mucho francés, así que perfecto. —Marianne le grita algo al saxofonista, que ríe y responde apresuradamente—. Ah Lang —dice—, resulta que les falta el contrabajista. ¿Podrías echarles una mano?

A Ah Lang le brillan los ojos.

—Sería un honor. —Prácticamente salta por encima de la mesa para unirse a ellos.

—Espero que cante mi canción. —Gigi sigue a su hombre con la mirada, pero su expresión pastelosa se endurece cuando repara en un trío de mujeres, completamente desnudas, que están reunidas junto a la barra, justo enfrente de la banda. Todas recorren a Ah

Lang con miradas elogiosas—. Creo que me voy a sentar más cerca para oírlos mejor. —Gigi atraviesa la sala a grandes zancadas y se sitúa justo delante del trío, tan cerca que si estira el brazo podría tocar a Ah Lang.

Las mujeres ponen muecas y refunfuñan. Gigi se vuelve, despacio y con hostilidad, y les lanza una mirada fulminante, como si fueran ellas quienes la estuvieran molestando. Luego, vuelve a centrarse en Ah Lang. El trío farfulla, pero cuando ven que Gigi no se mueve un ápice, se colocan más al fondo. No puedo evitar reírme. Típico de Gigi.

Las luces se atenúan y la sala oscurecida se acalla. En medio del silencio, un saxofón toca suavemente una melodía lastimera y termina con una sola nota temblorosa que resuena en el aire lleno de humo. Parece que todas las personas de la estancia contienen la respiración. Luego, se produce una explosión de luz y sonido cuando la banda entra en acción y la multitud se mueve al ritmo de la música.

—*Viens*. —Mémère se levanta y me hace un gesto para que la siga.

Les echo un vistazo a Tony y a Lord Aengus; no quiero dejarlos solos con Maximilien, por muchas promesas que haya hecho Mémère. De él no me fío nada.

Cuando advierte mis dudas, Lord Aengus interviene:

—Tony y yo iremos a ver si Gigi necesita algo de beber. —Ojea la mueca del mortal—. Tony, la desnudez es natural. Aceptan sus cuerpos, es muy liberador.

Pero Tony no está convencido. Alterno la mirada entre Mémère y él, que suspira derrotado y sigue a Lord Aengus para colocarse junto a Gigi. Lord Aengus se entretiene saludando a todo el mundo, pero Tony no aparta la vista de sus pies.

Ahora que sé que está a salvo, o todo lo posible dentro de una sala llena de vampiros, me uno a Mémère.

—Es un buen tipo —dice Marianne y entrelaza su brazo con el mío mientras seguimos a nuestra abuela por la estancia—. Mémère

quiere saber el olor de quién te gusta.

Inspiro profundamente; la absenta potencia los efectos del *yang qi* y de la sangre y termino flotando con una sensación rosada de euforia. Me río.

—El de todos. —Miro a mi alrededor—. ¿Alguna vez desearías estar desnuda como ellos?

Marianne ignora mi pregunta.

—Mémère quiere que practiques. Esta noche nuestros *pursuivants* están dispuestos a ser tus alfileteros. No los asusta un poco de dolor si no consigues obtener el sabor a la perfección.

La idea de alimentarme aquí, frente a todo el mundo, consigue que recobre la sobriedad. Le echo un vistazo a mis amigos. Ah Lang está en su propio mundo, con los ojos cerrados, moviéndose al son de la música, con los dedos danzando sobre las cuerdas, impasible ante la imperante desnudez. Lord Aengus rodea con los brazos a las tres mujeres a las que espantó Gigi. Tony está apoyado contra la barra, tiene la cabeza un tanto inclinada, como si contemplara la bebida que tiene en la mano, pero me sigue con la mirada según me muevo por el bar. Gigi tampoco me quita el ojo de encima, aunque ella no es sutil al respecto. Pone una mueca de asco cuando dos personas que tiene al lado comienzan a copular.

Una punzada de amargura me retuerce las entrañas y me recuerda cómo reaccionaron los demás al descubrir que bebo sangre en vez de *yang qi*.

Mémère, Marianne e incluso Maximilien beben sangre de sus tazas de té como si fuera lo más normal del mundo. Y para los vampiros lo es. Me deshago de la vergüenza. Es ridículo que me sienta mal. Ah Lang tiene razón. Es mi herencia. No debería sentirme avergonzada por algo que es natural y necesario.

—¿Puedo beber de cualquier *pursuivant*? —pregunto, con un poco de timidez.

Marianne asiente.

—Tenemos un protocolo estricto: no debemos beber de ningún *pursuivant* más de tres veces a la semana. La sobreexposición a los

patógenos en la saliva vampírica puede provocar envenenamiento sanguíneo a los mortales, una enfermedad terrible que devora los recuerdos de una persona antes de que muera.

—¿Y no hay cura?

Marianne niega con la cabeza, entristecida.

—No. También es muy contagioso entre mortales. Antes de que descubriéramos cómo evitar el contagio, perdimos pueblos enteros. Ahora, sacrificamos de inmediato a cualquier mortal que muestre síntomas.

Me estremezco al pensarlo.

—¿Y cómo sé a quién puedo morder?

—Los propios *pursuivants* te lo dirán. También dejamos un ligero rastro de olor en la piel cuando los mordemos, así que sabrás que no puedes beber de ese mortal hasta que el rastro desaparezca. —Marianne ríe al ver mi expresión—. Pero no tienes por qué preocuparte por nada de esto. Mémère elegirá por ti.

Mémère se detiene frente a un joven vanidoso y lo saluda con calidez. Me echa un vistazo, pero niego con la cabeza.

—George es un joven artista muy prometedor —me dice Marianne mientras Mémère le ofrece al hombre las mejillas para que se las bese.

Cuando el joven se inclina hacia delante, la matriarca parece volverse borrosa por un instante. Al principio creo que es por la absenta, pero luego me percato del leve rubor en sus mejillas, que no estaba ahí pocos segundos antes. Le da las gracias con una sonrisa encantadora que desprende dulzura y luz y se marcha para que él pueda saludar a otras personas que acuden hasta él. Cuando el hombre se gira, dos leves pinchazos bajo la mandíbula, que apenas son perceptibles con esta luz, confirman mis sospechas. Acaba de alimentarse de él, aquí frente a todos y pasando casi inadvertida. Me quedo anonadada ante sus habilidades.

Mémère se dirige hacia el siguiente mortal.

—Jacques, *je te présente ma petite fille*, *Lady* Jing.

El pecho del susodicho está cubierto por un vello oscuro y rizado. Siento curiosidad por saber si los rizos continúan bajando, pero mantengo la mirada a la altura de sus ojos. Intenta tomarme de la mano y yo la oculto tras la espalda de manera instintiva. Está tan ebrio que no se percata y se inclina hacia delante para darme un beso. Tiene el aliento caliente y apesta a tabaco.

—*Bonjour* —espeto y retrocedo tres pasos. Él se tambalea un poco hacia delante, pero Mémère lo sujeta del brazo y evita que se caiga al suelo de boca. Hago una profunda reverencia y susurro—: Este no, por favor. Huele fatal y ¡es muy velludo!

Marianne suelta una carcajada y se apresura a toser. Le susurra algo a Mémère. Cuando me yergo, los ojos de la matriarca se arrugan con una risa silenciosa.

Luego, me presenta a diez *pursuivants* más. Los rechazo todos, así que ella los prueba por mí. Con cada bocado, sus pálidas mejillas adquieren un tono rosado.

Debe de percibir mi creciente sensación de pánico, porque Marianne me susurra al oído, traduciendo sus palabras:

—No hay prisa. Encuentra a alguien cuyo olor te guste. Ya verás que es sencillo y divertido. —Hace un gesto elegante con la mano hacia la sala—. Me encantan estos que son artistas. Su sangre es muy dulce.

—Pero todos están muy desnudos. No estoy acostumbrada.

Los *pursuivants* borrachos cuelgan de los brazos de vampiros aún más ebrios. Todos los vampiros parecen alimentarse de diferentes formas. Algunos están entrelazados como amantes y se acurrucan en los cuellos de los mortales. Otros mantienen conversaciones animadas, susurran alguna broma o secreto y se retiran hacia atrás con un leve rubor en las mejillas. Y los hay que ya se encuentran sumidos en las ruidosas convulsiones de la fornicación.

—La absenta provoca una sensación de euforia en los mortales, por lo que la degustación es más placentera para ambas partes —dice Marianne.

Los mortales avanzan dando tumbos, se detienen a saludar a diferentes vampiros e intercambian *bisous* y mordisquitos. Dos encargados del hotel arrastran a un vampiro de los brazos, que tiene el cuerpo casi tan rojo como una langosta hervida. Me pregunto cuánta sangre habrá bebido. El vampiro farfulla animadamente hacia su pecho y su mano se alza de golpe en algunos momentos, como si quisiera demostrar algo.

Marianne lo manda callar.

—Siempre olvidan que la absenta de la casa es muy fuerte. No es el primero al que tienen que sacar a la fuerza, y desde luego que no será el último.

La bonhomía se va contagiando por la sala: estamos rodeadas de risas y hombros rodeados de brazos, tanto de mortales como de vampiros. Un aroma tentador flota en mi dirección: un olor mantequilloso y dulce, con un toque a quemado. Se me despliegan los colmillos al momento. No puedo pensar en nada que no sea encontrar el origen de la fragancia.

Mémère ríe.

—Así que te gustan los caballeros oscuros —me susurra Marianne al oído.

Me sobresalto. ¿Cuándo se ha acercado tanto? Marianne sigue hablando, pero me olvido de escucharla. Tengo toda la atención puesta en localizar ese aroma tan apetecible. Aquí hay demasiados mortales y sus olores se entremezclan, haciendo que mi búsqueda resulte confusa. Me muerdo el labio con frustración, olvidándome de los colmillos, y me hago sangre.

—Jing. —Marianne me clava el dedo, pero no respondo porque el mortal de sangre deliciosa camina directamente hacia nosotras.

Lo primero en lo que reparo (bueno, lo segundo después del olor de su sangre) es en sus ojos: un tono ambarino claro, casi dorado y rodeado de un matiz negro carbón. Lleva la camisa blanca abierta hasta el ombligo y deja a la vista una extensión de músculos dorados y bien definidos.

—Mémère —dice el mortal. La toma de la mano y presiona los labios contra sus dedos.

Mémère inclina la cabeza con una sonrisa. Está a punto de presentármelo, pero la interrumpe un hombre rubio recién llegado. Durante un momento, lo confundo con Lord Aengus, en una versión más robusta. Pero a este hombre le falta el traje de terciopelo tan violentamente violeta.

Además, le saca una cabeza a Lord Aengus y en vez de rizos dorados, los suyos tienen un lustre cobrizo. Va descamisado, con todo el pecho manchado de pintalabios rojo y lleva, como la mayoría de los hombres, unos pantalones negros bien planchados. Se inclina hacia delante para darle a Mémère los tres *bisous* habituales. La matriarca se sonroja y la miro fijamente. Estoy segura de que no se ha alimentado de él. Mémère ríe con nerviosismo y se excusa, pero no antes de guiñarme el ojo con picardía.

Marianne observa a su abuela mientras se marcha con una expresión extraña. No llega a ser desaprobatoria, pero tampoco lo opuesto. Se vuelve hacia mí.

—*Lady* Jing, este es Oliver.

—Es un placer conocer a tan fragante flor —dice Oliver en mandarín.

Se inclina en una reverencia, pero no rompe el contacto visual. A esta distancia, su aroma es sobrecogedor y hace que me resulte difícil pensar. ¿De verdad ha hablado en mandarín o estoy tan borracha que lo he imaginado?

Oliver ladea la cabeza y me contempla con una sonrisa expectante. Me sonrojo de pronto. Él ríe. El sonido es un gruñido grave que siento en la boca del estómago. Y me hace cosquillas.

—¿Tan oxidado tengo el mandarín, Marianne?

—Oh —digo, una respuesta completamente deficiente. Me aclaro la garganta—. ¿Cómo es que lo hablas tan bien?

—He viajado por aquí y por allá —dice; su sonrisa se ensancha tanto que solo quedan a la vista los dientes.

Él es mortal y yo soy un vampiro, y aun así me comporto como un cordero agitado. Tengo la cabeza hecha un lío. Solo puedo centrarme en su aroma. Me inclino hacia delante hasta que toco su pecho con la nariz. Inspiro hondo.

Una parte de mí es consciente de que estoy presionando la cabeza contra el pecho desnudo de un desconocido y tengo la fastidiosa sensación de que debería recordar algo, pero mis pensamientos no llegan a formarse del todo y salen volando como gorriones asustados. El subidón de la sangre, la euforia inducida por la absenta, el ritmo de la música, los latidos del corazón del mortal y su apetecible olor; todo se entremezcla y forma un cóctel potente.

Un escalofrío de emoción me recorre el cuerpo.

—¡Quiero bailaaaaaar! —exclamo.

Alguien ríe. ¿He sido yo?

Unas manchas en movimiento del color de la piel me rodean. Si me quedo muy quieta y me concentro con fuerza, advierto destellos de parejas de cuerpos: curvas y líneas y piel reluciente, dedos tensados apretados contra la carne, rostros que surgen de un mar de extremidades, expresiones cambiantes de dolor, éxtasis y rendición. Más carcajadas. Me toco la boca. La tengo cerrada. Contenta al saber que no he sido yo, me río. Siento el aliento cálido contra la mano; el sonido es agudo y extraño.

El embeleso de la música y el aroma acaramelado de la *sangue*. Me toca la cintura y me aprieta los dedos. Unos ojos dorados flotan en el aire. He conocido a una persona que tenía los ojos así. ¿Oscar? ¿Orlando?

La sala da vueltas y el suelo se inclina, pero no dejo de bailar. El pecho desnudo de alguien me sujeta la cara. Inhalo profundamente, deleitándome del profundo aroma a caramelo. Una risa estridente interrumpe mi inhalación. Estoy a punto de decirle al causante que reconsidere su risa porque suena demente, pero, al parecer, no soy capaz de mover la boca o la cabeza. No pasa nada, porque tengo la cara contra un caramelo gigante. Le doy un lametón furtivo y pongo una mueca. Está salado.

Le doy la espalda al caramelo. Una sucesión de rostros me pasa de largo. Veo a Ah Lang encorvado sobre su contrabajo, con los ojos cerrados y los labios fruncidos mientras puntea las cuerdas. Intento saludarlo con la mano, pero de nuevo me siento atraída y rodeada por el dulce caramelo de *sangue*.

Marianne me susurra algo al oído desde algún sitio, no estoy segura desde dónde.

—Intenta probarlo.

Me encojo de hombros y me pregunto por qué en algún momento me he sentido cohibida a la hora de alimentarme. Entorno los ojos nublados hacia el señor Caramelo. Con el pecho liso, aunque un poco salado, un aroma excelente y una sonrisa sexi. Le doy un diez de diez. Y un punto extra por tener los labios bonitos.

Le clavo los dientes en la carne sin más preámbulos. Apenas advierto su grito ahogado y la sangre que fluye caliente y densa sobre mi lengua. Sí que sabe a caramelo salado, pero tostado y ahumado. Es delicioso.

—Jing, ya es suficiente. —La voz de Marianne, junto con el dolor intenso que siento cuando alguien me retuerce la oreja, disipa la confusión.

Escucho un leve chasquido cuando extraigo los colmillos y levanto la vista.

El mortal, Oliver, me sonríe desde arriba con las mejillas levemente arreboladas. Le echo un vistazo a su pecho: la sangre brota de dos agujeros justo encima de su corazón.

Se me escapa una risa de sorpresa.

—Lo he conseguido —susurro—. ¡Me he alimentado de un mortal por primera vez!

Oigo el estruendo de unos cristales rompiéndose a mis espaldas. Tony me mira fijamente a través de un hueco en la maraña de cuerpos; a sus pies se encuentran unas esquirlas brillantes, lo que queda de su copa. Antes de que pueda decir nada, gira sobre sus talones y se larga.

Se me encoge el estómago. Al fin me he alimentado sin avergonzarme de ello. ¿Cómo puede juzgarme?

Gigi aparece de la nada, me sujeta de la muñeca y tira de mí, arrastrándome lejos de la multitud de cuerpos desnudos y sudorosos que bailan y hasta una esquina en penumbra.

—¿En qué estabas pensando? —sisea.

Intento zafarme de su agarre, pero no me suelta. Me retuerzo y veo a Marianne con Tony; le habla con suavidad y urgencia. Sé por la postura de sus hombros que está furioso y eso solo aviva mi propia ira. ¿Cómo se atreve?

—Jing, te estoy hablando. —La boca de Gigi se retuerce con repulsión—. Por Tian, ¿en qué estabas pensando?

—Estaba practicando. Me estaban enseñando a alimentarme…

—Sí, eso ya lo veo —clama—. ¿Te has parado a sopesar tus acciones? ¿De verdad era este el mejor lugar?

—¿No te puedes alegrar por mí? No ha sido fácil. Ha sido mi primera vez.

Da unas palmadas despacio y con sorna.

—¿Mejor?

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Creo que la pregunta es qué te pasa a ti. ¿Es que no tienes sentimientos?

—¡Están aquí por voluntad propia!

Gigi me fulmina con la mirada como si ya no estuviera hablando mandarín, sino alguna especie de galimatías.

—Tian, sí que estás ciega.

Me giro para marcharme, pero me agarra de la muñeca de nuevo y me da la vuelta para encararme sin mucha delicadeza.

—Me da igual lo que comas. Nos da igual a todos. Pero sí que me gustaría que nos avisaras. Podrías habérnoslo dicho de antemano para que supiéramos qué esperar.

¿Qué?

—¿Por qué debería advertiros? Si os da igual, ¿por qué os tengo que poner sobre aviso?

Cierra los ojos y exhala un suspiro largo y profundo. Cuando los abre de nuevo, me habla despacio, como si fuera una niña.

—¿Cómo crees que se ha sentido Tony al verte…?

—¡Es una parte de mí! Tiene que acepta… —Gigi me tapa la boca de una bofetada y repite:

—¿Cómo crees que se ha sentido Tony al verte…? —Intento protestar, pero me tapa la boca con más fuerza para evitar que hable—. ¿Al verte frente a él riendo como si fuera el mejor momento de tu vida, bailando y acurrucándote en los brazos de un hombre semidesnudo?

Sus palabras atraviesan la neblina de mi ira. Cuando de pronto entiendo la situación es como si me hubieran echado un cubo de agua helada por encima. Ahora soy yo quien cierra los ojos y desea poder volver atrás para deshacer mis acciones desconsideradas.

—Veo que ahora lo has entendido. —Gigi deja caer la mano—. Todo el alboroto y la desnudez no ayudan. Tienes que explicarle lo que ha ocurrido de verdad.

Asiento. Pero tengo los pies paralizados. ¿Y si no me perdona?

—Jing, no llores. Te llevaré con él.

Gigi me toma de la mano y me conduce a través del bar hasta una mesita junto a la pared en la que está sentada Marianne frente a un Tony impertérrito. Marianne se pone en pie y se aleja con Gigi; yo tomo su asiento y bajo la cabeza avergonzada.

—Siento no haberte contado lo que estaba haciendo —digo hacia la mesa, incapaz de mirarlo a los ojos—. He sido desconsiderada y egoísta. ¿Me perdonas, por favor?

Durante un buen rato no me contesta. Levanto la vista y veo que está mirando por encima de mi hombro. Entonces advierto el embriagador aroma a caramelo y mi cabeza me grita que salga corriendo. Antes de que pueda escapar, Oliver se coloca a mi lado en ademán protector y me bloquea el paso. Quiero decirle que se

marche, pero mi mirada se posa en los dos pinchazos del pecho. Me arde la cara y bajo la vista. Tian, me he alimentado de él.

—¿Estás bien? ¿Te está molestando este hombre? —pregunta Oliver.

—Está perfectamente —responde Tony con los dientes apretados.

Oliver lo ignora.

—*Lady* Jing, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien —musito contra la mesa.

—¿Estás segura? Por favor, mírame y dime que estás bien. —Intenta levantarme la barbilla.

Tony le agarra la muñeca y tira de Oliver de forma que estén cara a cara.

—No la toques.

No me atrevo a decir nada por si Tony malinterpreta mis intenciones, así que susurro hacia la mesa, con la esperanza de que me oiga:

—¡Marianne, te necesito!

Marianne aparece tras Tony casi de inmediato.

—¡Oliver! Mémère está deseando que le hables de tus últimos viajes.

—Pero… *Lady* Jing —insiste él.

—Solo estoy un poco mareada, nada más —musito—. Muchísimas gracias por preocuparte. —Luego, dejo caer la frente sobre la mesa y la mantengo ahí hasta que se va.

—Ya se ha ido. —La voz de Tony es inexpresiva.

Examino su rostro en busca de una pizca de entendimiento, pero no encuentro nada. Las manchas moradas bajo sus ojos se han convertido en moratones.

Solo he sido testigo de la ira de Tony en una ocasión. Cuando le mentí. Sus palabras fueron bruscas, pero seguía habiendo ternura en su mirada. Me perdonó deprisa. Esta vez, su mirada es fría y distante.

El temor me provoca un nudo en la garganta y me hace hablar con torpeza:

—No es lo que crees. —Temiendo que se marche, me apresuro a explicarlo—: Mémère dijo que debería intentar alimentarme de uno de sus *pursuivants* y encontró a Oliver para mí.

—Alimentarse es una cosa, pero estabas… —Sus labios forman una línea. La ira descompone su hermoso rostro hasta quedar irreconocible—. Estabas ahí frotándote contra otro hombre. Quieres a alguien nuevo, ¿es eso?

Me estremezco ante el tono áspero y la acusación, muy poco típicos de Tony.

—No es cierto —digo con lo que es poco más que un graznido.

Aunque su expresión sigue resultando aterradora, no dice nada más; así que yo sigo hablando. Tengo que conseguir que lo comprenda.

—Admito que su sangre me resulta embriagadora, pero solo su sangre. Es como cuando estás borracho y hueles tu comida favorita que hace tiempo que no pruebas. Ya sabes cómo me afecta el subidón de la sangre. Al añadir la embriaguez de la absenta, he perdido el control.

—Querías acostarte con él. —Lanza las palabras como si fueran dagas envenenadas. Estoy demasiado estupefacta para responder.

Marianne se encamina hacia nosotros.

—言既出，駟馬難追 —Una vez que has dicho algo, ya no puedes retirarlo.

Tony se sonroja ante su reprimenda. Hace una breve y enérgica inclinación de cabeza.

—Disculpad mi arrebato. Retiro lo que he dicho.

Marianne me da un apretón en el hombro antes de volver a marcharse.

—Quería sangre, nada más. Por favor, Tony, créeme.

Me examina con el rostro impasible. Lo único que nos separa es una mesita, pero ahora mismo la distancia parece un gran abismo.

—¿De verdad existe alguna diferencia entre el hambre y el deseo?

—La sangre me produce hambre, toda la sangre, porque soy un vampiro. La sangre me sustenta. No negaré que alguna sabe mejor que otra. ¿Pero deseo? Eso solo lo siento por ti. No quiero besar a nadie que no seas tú. —Busco en su rostro la mínima señal de que ya no está tan enfadado, de que me comprende o me perdona, pero no encuentro nada—. ¿La persona con la que quiero acostarme? Ese eres tú. Lo único que ocurre es que tú no te permites a ti mismo desearme. Por lo que sé, piensas que el deseo, la lujuria y el sexo son algo malo. Algo negativo. Que debería avergonzarme por sentir esas cosas por ti. Que… que tú no sientes lo mismo por mí.

Un destello de arrepentimiento atraviesa su rostro, pero él mantiene la expresión inmutable.

—Lamento haberte hecho sentir de esa manera. No deberías avergonzarte. Y sí que siento esas cosas por ti. —Se levanta de forma abrupta—. Creo que necesito tomar el aire.

—Por supuesto. —Me coloco a toda prisa junto a él y le tomo de la mano, como he hecho cientos de veces.

Él se encoge. Y a mí se me cae el alma a los pies porque pienso que sigue enfadado. Pero cuando lo miro a los ojos, un escalofrío amenazante me recorre la columna vertebral. Me mira como si fuera una desconocida.

—¿Tony?

Me devuelve la mirada. Poco a poco parece reconocerme. Cierra los dedos con fuerza alrededor de mi mano.

—Lo siento, no me encuentro bien. Vayamos a casa.

31

SUSURROS

Ya casi hemos llegado hasta la puerta cuando alguien profiere un grito de ira a nuestra derecha y mi instinto me dice que salga por patas, así que sigo caminando. La tregua con Tony aún es muy frágil; nos hace falta tiempo para mitigar el daño que nos hemos hecho el uno al otro y lo último que quiero es que Tony termine atrapado en medio de una pelea de vampiros.

Pero, siendo como es, Tony se detiene.

—¿Ese no es Lord Aengus?

Sigo su mirada hasta donde se encuentra Lord Aengus, con los puños apretados a los costados, echando chispas por los ojos hacia una pareja que está entrelazada en un diván. Cuando caigo en la cuenta de a quién estoy mirando, se me revuelve la tripa. El hombre alto de antes (ahora sin pantalones ni camiseta) y Mémère, que gracias a los Cielos Celestiales está completamente vestida, a excepción de un pie desnudo que el hombre acaricia entre sus manos. Por las mejillas enrojecidas de Mémère, los mordiscos que salpican el cuello del hombre y (casi me ahogo de la sorpresa) su pene, es evidente qué han estado haciendo.

La atención de Mémère pasa de Lord Aengus a mí. Frunce el ceño al ver a Tony. Está incluso más demacrado que hace diez minutos. La matriarca no me quita los ojos de encima mientras el hombre rubio se levanta, con los ojos verdes entrecerrados por el disgusto. Le saca una cabeza a Lord Aengus y es el doble de ancho.

Antes, lo confundí con él y al verlos así, uno al lado del otro, entiendo por qué. El parecido resulta asombroso. Casi como si fueran… familia.

—Lord Aengus, ¿quién es ese hombre? —pregunto.

—*Lady* Jing —dice, sin apartar la vista del hombre rubio—, te presento al Dagda, dios jefe del Tuatha Dé.

El padre y el hijo se miran con odio.

Mémère murmura algo y varios *chevaliers* aparecen a nuestro alrededor. Durante un momento, me preocupa que hayan venido a por Lord Aengus, pero ni siquiera lo miran.

Con una voz como las olas cuando chocan entre ellas, el Dagda dice:

—*Cómh neamhfhreagrach is atá tú! Breathnaigh ort féin. Seo é toradh na faillí a rinne tú i do chuid dualgais agus ní bhíonn an chiall agat a rá «ní dhéan- faidh mé».*

Lord Aengus enrojece como si le hubieran dado una bofetada y frunce el ceño de manera aún más pronunciada.

—*Dualgais? Freagrachtaí? An bhfuil tú dáiríre?* —Recorre a su padre con la mirada y sus labios se curvan en una mueca de desdén —. *Ní mise an duine atá ag téaltú timpeall na háite le gasta liopasta a fháil*.

El Dagda no se mueve ni habla, pero el aire vibra con una carga eléctrica que hace que se me erice la piel de los brazos. Su presencia crece, emerge, se traga el aire de la sala hasta que se cierne sobre nosotros. De su mano se despliega una sombra con la forma de un bastón enorme de madera. El temor al fin alcanza a Lord Aengus, que retrocede a trompicones con el rostro pálido al tiempo que otra sombra, con la forma de una mano gigante, se asienta sobre sus hombros.

Todo el cuerpo de Lord Aengus tiembla mientras intenta mantenerse de pie y en sus ojos azules se desata una tormenta de ira. Le caen gotas de sudor por la cara que se mezclan con sus lágrimas. Su rostro ha adquirido un tono amoratado por el esfuerzo. Aún no ha recobrado toda su fuerza, sigue recuperándose de su

reciente enfermedad y no es rival para el Dagda, cuyo poder podría aplastarlo como una mosca. Me recuerda demasiado a mi infancia, cuando Niang Niang o sus cortesanas *hulijing* me atormentaban por diversión. Se me revuelve el estómago, con una sensación agria y ardiente, llena de indignación, cuando una de sus rodillas golpea el suelo.

—Jing. —Tony me toca el brazo y me habla con un tono urgente —. No est…

—Lo sé —respondo.

Interferir con los asuntos internos de un panteón es una infracción del Tratado Internacional de Armonía Inmortal, pero en teoría Lord Aengus sigue bajo la protección de Tian, puesto que aún no ha cruzado la barrera hasta Inis Fáil. Yo tengo autoridad como ministra del Infierno e intermediaria de la Corte Hulijing. Me centro en mi *qi*, me envuelvo con él como si fuera un escudo y me adentro en el espacio personal del Dagda.

Una vez, de niña en las Colinas Turquesa, atravesé el hielo y caí en un lago. El agua helada me provocó un dolor penetrante que me recorrió el cuerpo y me arrebató el aire de los pulmones. Sentí cientos de agujas apuñalándome la piel, haciendo que me resultara difícil moverme y que las extremidades me colgaran como pesos muertos. Ahora mismo, me recorre esa misma oleada de dolor, un frío ardiente que me entumece los músculos hasta casi dejarlos paralizados.

Mémère abre más los ojos, pero no estoy preocupada. Caballuno me ha entrenado bien. Alzo el mentón y le devuelvo la mirada al Dagda. Con una sonrisa recatada y ligeramente alegre, cruzo las manos a la altura de la cadera y hago una delicada reverencia.

—Esta servidora indigna se une a vuestra procesión y le ofrece a vuestra fragante gloria diez mil años de abundante gratitud por tomar prestada vuestra luz. El venerable Lord Aengus aún sigue bajo la protección del Ministerio del Infierno de acuerdo con el artículo 52 sección 3 del Tratado Internacional de Armonía Inmortal. Le ruego

humildemente al honorabilísimo y exaltado Dagda del Tuatha Dé que alce su honorable mano.

El Dadga ladea la cabeza y la vibración del aire se disipa. Aprovecho ese momento de descanso para ayudar a Lord Aengus a levantarse.

—Por favor, tradúceme —le digo.

Lord Aengus fulmina con la mirada a su padre y habla con un tono cortante y *staccato*. Le echo un vistazo a Tony. Le ocurre algo, pero no sé de qué se trata. Tiene la mirada un poco perdida. Al principio creo que me ha perdonado, pero cuanto más lo miro, más crece en mí la sensación de desazón.

Al fin consigo localizar de qué se trata: no debería oler así. Su habitual aroma a nieve y cáscara de sandía está teñido por un olor extraño, como a basura podrida en un día de verano.

«Jing». Sus labios forman mi nombre, pero no se produce ningún sonido. Pone los ojos en blanco y se desmaya.

—¡Tony! —Me lanzo hacia él, pero una de los *chevaliers* vestidos de negro de Mémère lo sujeta.

El alivio se convierte en confusión cuando la *chevalier* grita:

—¡*Le douleur*!

Luego, desaparece con Tony.

Se produce un torbellino de movimiento; el aire destella y se vuelve borroso al tiempo que todas las personas a la vista desaparecen sin más.

Me doy la vuelta. Todo el bar está vacío, a excepción de Gigi, Ah Lang, Lord Aengus, el Dagda y yo. Nos miramos los unos a los otros con incredulidad y luego contemplamos el bar.

Olisqueo el aire. Mémère, Marianne, Max. La banda. Los *pursuivants*, los otros vampiros. Incluso el camarero. Han desaparecido todos. Estamos solos.

—Muy gracioso —digo—. Ya podéis salir.

No hay respuesta. Gigi y Ah Lang intercambian una mirada de preocupación.

—Ja, ja. En serio, es suficiente. Traed a Tony de vuelta ahora mismo. —Intento sonar segura de mí misma, pero mi voz ha adquirido un tono agudo.

No regresa ni un solo mortal o vampiro.

Antes, cuando Tony me dijo «No est…», ¿y si no hablaba de Lord Aengus y de su padre, sino de otra cosa? No le estaba prestando la atención suficiente, estaba distraída por el Dagda. ¿Y si no es una broma? Tony murió la última vez que lo perdí a manos de los *yaojing*. El pánico me rodea con sus zarcillos, ahoga mis pensamientos y aturulla mis sentidos.

—¡Tenemos que irnos! —Me dirijo hacia la puerta, pero Gigi me coge del brazo.

—Espera, Jing, más despacio —dice.

Me zafo de su agarre y aprieto los dientes. Un instinto primario toma el control de mi cuerpo: tengo que encontrar a Tony.

Se queda inmóvil y su voz se suaviza.

—Jing, estamos aquí para ayudarte.

Pero lo único que veo es que me está bloqueando la salida. Un gruñido violento brota de mi garganta cuando me agacho, lista para atacar.

Una extraña melodía me detiene a mitad del movimiento. La música se cuela en mi cabeza, me habla a susurros de la luz del sol sobre el agua ondeante, del olor terroso e intenso del suelo fértil, de la lluvia llevándose consigo todas las preocupaciones y los miedos.

Me susurra: «Tranquila, tranquila, tranquila».

Sí, pienso para mis adentros. «Tranquila». Claro que sí, muy razonable. Asiento y sonrío. Caigo tarde en la cuenta de que la música no debería hablar.

Sacudo la cabeza y reparo en que la música proviene del Dagda; sus dedos bailan sobre un instrumento que se asemeja a un *konghou*, un marco de madera curvado con cuerdas verticales incrustadas.

«Arpa», canta el instrumento. «No *konghou*». La canción accede por mi nariz y mi boca y me ahoga con su serenidad.

«Tranquila», canturrea.

Miro con desdén al Dagda. El zurullo de mierda me está manipulando con su música. Me tapo los oídos, pero la maldita música resuena en mi cabeza sin impedimentos.

—Para —digo.

—¿Te sientes mejor? —El Dagda me ofrece una sonrisa con los labios apretados.

Estoy a punto de asentir de nuevo; el tamborileo de la lluvia apacigua mi confusión. Pero hay algo que me perturba, así que rememoro lo que acaba de ocurrir. Los labios del Dagda se han movido, ha hablado. Lo he comprendido, pero las palabras que ha pronunciado no eran en mandarín.

El rítmico silbido de una tormenta de verano ahoga mis preocupaciones y me centro en el susurro de las plantas en crecimiento y el suspiro de la tierra reseca que absorbe un aguacero que esperaba hacía tiempo. Soy vagamente consciente de que Gigi me llama, de la mirada tempestuosa y verde del Dagda, del leve perfume a rosa y alcanfor. Pero la lluvia lo opaca todo tras un velo diáfano y elimina sus sombras.

Me encuentro en el claro de un bosque. Las hojas de un helecho me envuelven los pies mientras un chispeo constante susurra una canción sin letra. Unas gotas me salpican los párpados y me descienden por las mejillas. Me contemplo las manos, río al ver las gotas de lluvia cayendo de las puntas de mis dedos.

—¿Qué le ha hecho? —Gigi no parece contenta.

El padre y el hijo se alzan la voz. Quiero decirles que no discutan, pero para poder hablar tendría que dejar de escuchar la lluvia y ¿por qué querría hacerlo? Cierro los ojos y me dejo llevar de nuevo hacia el claro.

El susurro de la lluvia se desvanece poco a poco y lo reemplazan unas voces estridentes.

—¡Jing! —me grita Gigi al oído.

Me aparto con una mueca.

—¿Qué coño haces, Gigi? —Estoy a punto de reprenderla cuando me percato de que el Dagda me está observando. Sus ojos verdes me recuerdan a las hojas… y a la lluvia.

Parpadeo. La lluvia. La música. El Dagda mueve la mandíbula, pero no puedo permitir que vuelva a eviscerar mis pensamientos.

—Detente —digo con voz celestial al tiempo que Gigi y Ah Lang hacen lo mismo.

La orden reverbera a través de la sala con la fuerza de un cañón, el eco rebota en las paredes y las mesas como un enjambre de insectos. El efecto en Lord Aengus es inmediato: se desploma, empieza a tener espasmos y arcadas. Ah Lang se agacha a su lado y lo sujeta con firmeza del hombro mientras le murmura palabras tranquilizadoras.

No obstante, el Dagda se mantiene estable, con los hombros cuadrados y los pies anclados al suelo, como si fuera inmune a la voz celestial. Lo único que delata que la ha percibido es la arruga entre sus cejas rubias. Se balancea ligeramente, luego se inclina hacia delante y se derrumba como un gran roble.

Vaya mierda pinchada en un palo. Me lanzo hacia delante y consigo evitar que aterrice de bruces.

Hay un destello en el aire y aparecen Marianne, Mémère y una *chevalier*.

Ah Lang se sitúa frente a Lord Aengus y Gigi en ademán protector. Me uno a él.

—¿Dónde está Tony? —exijo. Recuerdo el grito de la *chevalier* —. ¿Qué es *le douleur*?

Mémère trata con todas sus fuerzas de no reaccionar, pero se encoge levemente al oír mis palabras. La *chevalier* no tiene una cara de *mahjong* tan convincente y palidece de forma visible.

—Tus amigos deberían regresar a la Maison Loo —dice Marianne, con voz monótona y carente de emoción.

—¿Por qué?

Me dirige una mirada cargada de arrepentimiento y pena que me provoca un escalofrío en la columna vertebral.

—Tony está muy enfermo. Te llevaré con él.

32

EL TRATO

La *chevalier* se carga al Dagda sobre el hombro y desaparece en forma de niebla con Mémère. Los otros se dirigen hacia la Maison Loo con los ojos llenos de preguntas.

Marianne nos transporta con la niebla hasta una cámara de piedra de techos bajos, tan pequeña que basta con la luz de un solo farolillo débil para iluminarla. Tony se encuentra sobre una gruesa losa de piedra en el centro de la habitación. Está descamisado, tirita con violencia y la piel le brilla del sudor. Su respiración entrecortada resuena en la sala, que se asemeja a una tumba.

Caigo de rodillas y presiono una mano contra su mejilla pegajosa.

—Está ardiendo. Tenemos que llevarlo al hospital.

Marianne no se mueve.

—Tiene envenenamiento sanguíneo, Jing.

Envenenamiento sanguíneo. Recuerdo que Marianne me dijo que lo producía la sobreexposición a los patógenos en la saliva vampírica. Pero no tiene sentido.

—Debe de haber un error. Nunca me he alimentado de Tony. Hoy ha sido la primera vez que me he alimentado de un mortal.

—Lo siento muchísimo, Jing. No lo sabía…, jamás pensé que caería tan bajo…

¿Quién?

—¿Qué estás diciendo?

Exhala titubeante.

—Siempre estamos muy pendientes de la salud de nuestros *pursuivants*. Cuando Mémère vio lo indispuesto que se había ido poniendo Tony a lo largo de la noche, llamó a su *chevalier* para que fuera a echarle un vistazo, siguiendo los protocolos de seguridad. Los síntomas son similares a los de la gripe y aparecen deprisa: cefalea, fatiga, fiebre. Pero también hay un olor revelador, un hedor dulce a putrefacción, que es único del *doleur*. Tony los tenía todos. No nos quedó más remedio que poner en marcha nuestros protocolos de cuarentena. No había tiempo para dar explicaciones. Nuestros médicos volvieron a examinar a Tony de nuevo para asegurarnos, lo cual retrasó nuestro regreso. Identificaron el rastro del olor del vampiro responsable. Max se ha estado alimentando en secreto de Tony sin que lo supiéramos.

—¿Max? ¿Pero por qué? Tony no le ha hecho nada.

—No lo sabemos. Los *chevaliers* lo están buscando para interrogarlo. Conozco a Max desde hace mucho tiempo. Es mezquino y egoísta. Lo que supongo es que estaba enfadado contigo y decidió herir a alguien que te importara.

La admisión de Marianne me oprime el pecho con el peso de una montaña y extrae de mi memoria el resto de la descripción sobre la afección: «Es muy contagioso […] sacrificamos de inmediato a cualquier mortal que muestre síntomas».

Me sitúo frente a Tony en ademán protector.

—Mémère juró que mis amigos estarían sanos y salvos.

Tony gruñe bajo mi cuerpo. Pestañea y luego abre los ojos. Le envuelvo el rostro con mis manos, pero al sentir mi tacto retrocede y se golpea con la losa de piedra.

—¡Ten cuidado! —Extiendo la mano para ayudarlo, pero su mirada de terror me deja congelada en el sitio—. ¿Tony? —pregunto con incertidumbre.

Él sacude la cabeza como si intentara hacer desaparecer la confusión. Igual que antes, tarda unos segundos en reconocerme.

—¿Jing? —Me toma de la mano—. ¿Dónde estamos?

—En las catacumbas —responde Marianne.

Tony vuelve la cabeza hacia su voz como un animal ciego.

—¿Qué me has hecho? —gruñe.

Me agarra la mano con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—No me sueltes, Jing —dice con desesperación. Gira la cabeza en mi dirección, pero tiene la mirada nublada y perdida—. No veo nada.

—¿Qué le ocurre en los ojos? —pregunto.

—Le están fallando los órganos. Primero será la vista, luego la mente. No estará lúcido durante mucho más tiempo. —Su voz adquiere un tono más dulce—. Tenemos un deber para con todos los mortales que viven bajo nuestra protección. Debemos dejar marchar a Tony; no hay ninguna alternativa.

Hay un destello de niebla en la habitación poco iluminada; Mémère aparece junto a Marianne. Las fulmino a las dos con la mirada. Tony necesita un hospital, no esta celda oscura de piedra. Pero estamos atrapados; la única forma de salir de aquí es en forma de niebla. Lo único que puedo hacer es movernos a los dos para que estemos de espaldas a la pared.

Tony se inclina hacia mí y levanta una mano hasta mi rostro. Los dedos le arden cuando me toca la mejilla.

—Jing, no llores. —Se le ponen los ojos en blanco y se desploma entre mis brazos.

—¡Tony! —Lo sacudo—. Por favor, despierta.

Parpadea y abre los ojos despacio.

Una oleada de alivio me recorre.

—Quédate conmigo, ¿vale?

Pero esta vez Tony se encoge de miedo al oír mi voz.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién eres?

El miedo y la confusión en su voz me parten el pecho en dos y me hacen pedazos el corazón.

—No, no, no. Tony, soy yo, Jing.

Me aparta de un empujón e intenta huir, empieza a ponerse cada vez más histérico hasta que termina hecho un ovillo sobre sí mismo, sollozando.

Me lleno de ira.

—No lo vais a tocar. —Las palabras son un gruñido grave.

—No hay otra alternativa, Jing —dice Marianne—. No podemos dejar que la enfermedad se extienda.

Mémère le pone una mano en el brazo a Marianne y murmura algo en voz baja.

—Mémère se encargará de liberar su alma —dice Marianne—. Es rápida y certera. No sentirá ningún dolor.

—No permitiré que lo matéis.

Marianne traduce. Advierto el momento en el que Mémère lo comprende porque su mirada se endurece con determinación y el aire a su alrededor reluce.

—¡Esperad! —bramo—. Si le quitáis la vida, estaréis renunciando a la mía. —Sujeto a Tony con más fuerza. Cada sollozo que profiere me rompe el corazón.

Marianne traduce. La niebla se disipa; Mémère permanece en su sitio de momento. Mi mente se acelera en busca de opciones, pero solo encuentro una. La pregunta es si funcionará.

—¿Comprendes cuántas personas sufrirán si le perdonamos la vida? —dice Marianne—. ¡Es demasiado peligroso!

—La enfermedad solo afecta a los mortales, ¿verdad?

Marianne frunce el ceño ante la pregunta, pero asiente de todas formas.

—Si se convirtiera en vampiro, ¿recobraría la salud?

Marianne me contempla ojiplática como si comprendiera el porqué de mis preguntas. Su expresión se endurece.

—Existe la posibilidad de que así sea. Pero, de todas formas, no podemos permitirlo.

Una oportunidad. Es lo único que deseo.

—Pues otorgadle la *benesangue*. Convertidlo en vampiro.

Cuando Mémère oye mi petición, responde sin dudar.

—*Non*.

Su tono es tan definitivo, como si el tema estuviera zanjado, que solo consigue que mi determinación aumente. Cabeza de Toro me enseñó que en las batallas, igual que en la vida, para superar a nuestros adversarios debemos conocerlos tan bien como a nosotros mismos: una lección de «Los métodos militares» del maestro Sun que me ha servido en más de una partida de *kanhoo*.

Mi objetivo y debilidad es salvar a Tony de la muerte. Los objetivos de la Casa Durand son muchos: quieren mantener a su gente a salvo de *le douleur*; desean encontrar a mi padre; como la última vampira engendrada por la Casa Durand y la única unión viva entre Mémère y su hijo, desean que siga siendo parte de su familia. Formo una parte intrínseca de sus metas tanto como de su mayor debilidad.

Si lo ponemos en una balanza, ellos tienen mucho más que perder.

Levanto la barbilla y juego la única carta que tengo.

—Si me arrebatáis a Tony, jamás os perdonaré. Renegaré de nuestros lazos sanguíneos. La Casa Durand se convertirá en mi enemiga acérrima y dedicaré cada minuto de mi existencia inmortal a destruir a todos y cada uno de los miembros de la Casa Durand, empezando por Maximilien.

Marianne me contempla con la boca abierta.

—¡Traduce! —siseo.

Se encoge pero me obedece. A medida que traduce, la mirada férrea de Mémère se transforma en una de desasosiego y luego de horror. Le tiemblan los labios. Intenta hablar, pero la interrumpo.

—Si no me ayudáis a salvar a Tony, me aseguraré de que ningún vampiro pueda poner jamás un pie en Tian y nunca descubriréis lo que le ocurrió a Romain de Durand.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —susurra Marianne—. También era tu padre.

—Romain es mi padre solo de palabra. Nunca lo conocí. ¿Pero Tony Lee? Él es mi vida. Si me lo arrebatáis, haré arder el mundo,

incluso aunque tenga que arder con él.

Esta vez, cuando Marianne le hace llegar mis palabras, Mémère al fin comprende que están tan atrapadas como yo.

Mémère habla, un murmullo grave que contrasta con el trino de Marianne cuando traduce:

—No todo el mundo se adapta a la *benesangue*. Escogemos a quienes van a recibirla con cuidado. Deben estar sanos y…

—¡ME DA IGUAL!

Marianne ignora mi arrebato.

—Algunos lo ven como una maldición. Otros pierden la cordura. Tony ya está débil y con su mente confusa por la enfermedad. Puede que la *benesangue* no haga efecto.

—Entonces no será peor que ahora.

Por primera vez, que me miren con pena no me molesta. Alzo el mentón con determinación.

—Si hiciera efecto, ¿estás segura de que Tony desearía este don?

Dudo. «Jamás querré ser uno de ellos». Siento una gran opresión en el pecho y me arrodillo a su lado; sé que tengo que dejarlo marchar.

La respiración de Tony es muy superficial. Observo cómo su pecho asciende y desciende. Escucho los latidos entrecortados de su corazón. Inhalo su adorado aroma a nieve y sandía. Un sollozo me desgarra la garganta y comprendo que no puedo hacerlo. No puedo dejarle morir. Prefiero que viva y me odie a que deje de saber quién soy tras beber el té del olvido de *Madame* Meng.

—No importa. Convertidlo en vampiro.

Mémère y Marianne hablan a toda velocidad. Al fin, se quedan en silencio.

—Romain fue el último vampiro que otorgó la *benesangue* en persona. Ahora tú eres la única que puede transformar a Tony en vampiro.

—Pero no sé hacerlo.

—Entre su enfermedad y tu genética, no sabemos cómo le afectará el don. Pero si estás dispuesta a asumir el riesgo, Mémère te guiará, con una condición.

—¿Qué condición?

—Te mudarás a París y vivirás con nosotros para que comprendas lo que es ser vampiro. Lo que supone poseer tal don.

Gigi me preguntó al comienzo del viaje si me mudaría a París. No quiero abandonar a Big Wang, Gigi, el viejo Zao, Cabeza de Toro e incluso a Caballuno. No quiero perderme mis visitas a *Madame* Meng o a mis queridas *pixiu*. De pronto, me sobreviene un brote de egoísmo. Hace muy poco que he empezado a apreciar todas las cosas buenas de mi vida. No quiero renunciar a ellas…

—Le empieza a fallar el corazón, Jing —dice Marianne, sin reprobación alguna en su voz—. Decídete. Ayúdanos a ayudarte.

Unas lágrimas resbalan por mis mejillas mientras escucho el pulso cada vez más tenue de Tony. Incluso sus sollozos se han ido acallando. *Madame* Meng, dame fuerza.

—Decidme qué tengo que hacer.

33

EL DON

Mientras Marianne se transporta en forma de niebla hasta su casa para coger algunos suministros, Mémère me instruye en el ritual de la *benesangue*.

—Cada vez que otorgamos el don es una ocasión sagrada —dice Mémère—; solo pueden estar presentes quien lo otorga y quien lo recibe.

Tendré que hacerlo sola. Y lo que es peor, las indicaciones de Mémère no se basan en su experiencia personal. Ella jamás ha sido testigo del ritual en persona, solo ha deducido el proceso tras las conversaciones con mi padre y su padre antes que él. Quizá hay elementos del ritual que desconoce.

El pánico me deja sin aliento.

Marianne regresa con media docena de botellas de sangre fresca. Me aprieta el brazo.

—Puedes hacerlo, Jing. Tienes que hacerlo si deseas salvarlo. Recuerda, no permitas que él te debilite. Necesitarás estar fuerte para romper su agarre. Bebe mientras lo hace él.

Tras ese último consejo, las dos se desvanecen y me dejan a solas con Tony.

Tomo una gran bocanada de aire para reunir el valor. La angustia de su corazón resuena en el mío: una conexión a la que desearía haberle prestado más atención cuando tuvimos tiempo… Niego con la cabeza, no quiero que el arrepentimiento me distraiga.

Tengo que concentrarme. Mémère dijo que cuento con un margen muy pequeño para conseguirlo. El último latido de su corazón es la clave. Y luego interrumpir la conexión de alimentación cuando la *benesangue* lo despierte.

Uso mis sentidos para encontrarle el pulso. La sangre avanza cada vez más despacio y con más dificultad por sus venas. Y su olor (a caquis demasiado maduros intercalados con rodajas de manzana ácida y cáscara de sandía) está entremezclado con el inconfundible hedor a descomposición. Las dudas me carcomen.

«Jamás querré ser uno de ellos».

Sus palabras me obsesionan. Si no lo convierto, morirá, lo perderé y lloraré su muerte durante toda la eternidad. Si lo convierto, pero me odia por ello, lo perderé y sufriré de todos modos; pero al menos me reconocerá. Al menos sabrá por qué me odia. ¿Es mejor a que no me conozca en absoluto?

Esa es la disyuntiva. Tengo que elegir entre un mundo con Tony o un mundo sin él. Si lo planteo de esa forma, solo existe una decisión posible.

Inhalo hondo y me comprometo con las medidas que voy a tomar. El dulce olor de su sangre me inunda los pulmones. Tony debe de percibir el peligro, porque abre los ojos aterrorizado e intenta alejarse de mí. Pero no es rival para mi fuerza.

Su olor pasa del miedo a otra cosa… ¿Traición?

Dudo.

—Tony —digo—. Soy yo, Jing.

Forcejea con más fuerza.

—¡Aléjate de mí!

—Por favor, Tony, no puedo dejar que mueras.

Él solloza, gime y esconde el rostro como un niño asustado.

—¡Aléjate de mí!

Odio lo asustado que está, así que me obligo a inclinarle la cabeza hacia atrás. Se le acelera el pulso. Mi corazón responde a su vez. El sonido me invade los oídos y hace que me duelan. Presiono un beso contra su garganta y luego le clavo los dientes en la piel.

Hago todo lo posible para que sea indoloro. Mis colmillos le perforan las arterias con facilidad. Es como morder un melocotón tostado al sol. Su sangre brota hasta mi boca, dulce y viscosa. Es lo más delicioso que he probado jamás. Incluso mejor que el señor Caramelo. El pensamiento hace que se me revuelva el estómago, pero no puedo detenerme si quiero que Tony sobreviva. Un sollozo asciende arañándome la garganta, pero me niego a dejarlo salir. Me obligo a seguir bebiendo, a sumergirme en el flujo de su sangre. Su *yang qi*. Su vida. Bebo hasta que estoy más que saciada. Bebo hasta que su pulso se apaga y es poco más que un susurro, hasta que no queda una gota de sangre podrida corriendo por sus venas.

Bebo hasta que no queda una sola gota de sangre en su cuerpo.

34

EL AJUSTE DE CUENTAS

Tony yace flácido entre mis brazos; su corazón aún lucha contra la nueva realidad. Contra su muerte inminente.

Le acaricio el rostro; de momento tiene la frente lisa, y espero hasta oír el último latido de su corazón. Mémère fue muy clara: la *benesangue* debe otorgarse en el momento en el que abandone la mortalidad, pero la muerte aún no lo haya reclamado. Si pierdo el margen de oportunidad, lo habré perdido. Dedico toda mi fuerza y atención a percibir este último suspiro de vida.

Permanezco sentada durante lo que me parecen horas, con el cuerpo de Tony enfriándose entre mis brazos. Marianne y Mémère me esperan en algún lugar fuera de esta tumba de piedra para que las avise cuando haya otorgado el don.

Me dan tirones en las piernas y calambres en los brazos. Lo ignoro todo.

Su pulso se reduce poco a poco. Los segundos entre cada latido se alargan como sombras hasta que ocupan respiraciones completas. Dos exhalaciones. Luego tres. El pulso sigue disminuyendo, luchando contra lo inevitable. Las tres exhalaciones se convierten en ocho, nueve, diez. Cada latido más tenue que el anterior.

Mémère me aseguró que lo sabría. Pero no es así. Cuento trece exhalaciones, pero sigue sin haber un latido. El silencio de la cámara me tapona los oídos como si fuera lana. ¿Y si al final mando a Tony

al transbordador fantasma a pesar de todo? La desesperación recorre los bordes de mi creciente histeria mientras el pánico asfixia mi mente. Me centro en las palabras de Mémère. «No te olvides de respirar, Jing. Confía en tu corazón. Lo sabrás».

Insto a mi mente a calmarse. Solo tengo una oportunidad para conseguir que salga bien. Una sola oportunidad para salvarlo. Y obligarlo a vivir una existencia que no desea.

Los recuerdos de Tony me inundan. La última vez que estuvo en la casa de té de *Madame* Meng. «No quiero morir», dijo. Yo reí. La culpa y la vergüenza amenazan con hacerme perder el poco control que me queda.

Veinte exhalaciones. No. Lo he perdido. La he jodido pero bien.

No me atrevo a sollozar, pero mi cuerpo se contrae de todas formas. He perdido la oportunidad. Ha muerto. Ni siquiera llegaré a tiempo para recibir su transbordador. Tendré que llevarme el cuerpo de Tony de vuelta a Shanghái para que podamos enterrarlo en condiciones. Tendré que contárselo a su padre, a su hermana. Tian…

No sé cuánto tiempo permanezco allí sentada. Mémère y Marianne me están esperando. Tengo que decirles que he fracasado, pero soy incapaz de llamarlas.

De pronto, un suave pero profundo bum-bum rompe el silencio. Me tiembla todo el cuerpo al oírlo.

Su último latido.

Me siento tan agradecida que casi me echo a reír, pero me centro en la tarea que tengo pendiente. Me rasgo la muñeca con un colmillo y dejo que la sangre gotee en la boca de Tony.

Una vez que la herida se cierra, cambio de muñeca. Esta vez, cuando la sangre gotea sobre su boca, él traga y luego bebe débilmente hasta que la piel vuelve a juntarse. Me rajo la otra muñeca y la sangre fluye. Igual que un recién nacido que busca la leche, él acaricia mi brazo con la nariz y se mancha todo el rostro de sangre antes de aferrarse con una fuerza cada vez mayor a mi herida abierta.

Bebe y su tez cenicienta se calienta hasta que un leve rubor tiñe sus mejillas.

La sala se mece; me siento muy pesada, como si estuviera sumergida en un lodazal. En ese momento recuerdo la advertencia de Marianne: «Bebe mientras lo hace él».

Estaba tan agradecida de no haber dejado pasar el último latido que me he olvidado de la sangre. Me bebo una botella tras otra. Después de la tercera, la sensación opresiva se desvanece. Con la cabeza despejada, registro el dolor de la muñeca. Tony tiene la frente arrugada y me está mordiendo. El corte debe de haberse curado. Cambio de lado y vuelvo a hacer una incisión. Antes de que pueda ofrecérsela, Tony ya se ha llevado mi brazo a su boca y me aprieta la muñeca entre los dientes con una fuerza sorprendente. Ahora entiendo por qué Marianne insistió en que trajera la sangre.

Vacío dos botellas más. Los pinchazos de su cuello se han vuelto rojos y brillantes. Están curando. En cuanto desaparezcan, debo romper el agarre.

Tony ya casi tiene la tez rosada. Vacío la última botella y me preparo para el siguiente paso. Tony será fuerte, pero yo debo serlo más. Está relacionado con la dominación y el orden de la jerarquía, aunque a mí me suena a una completa paparrucha. La conclusión es que ellas no pueden venir hasta que sea yo quien interrumpa la conexión.

Los pinchazos pasan del rojo al rosa. Tony frunce el ceño mientras me muerde y extrae la sangre de mis venas. Su piel adquiere un tono dorado al tiempo que mi sangre, mi *qi* y todo el *yang qi* de la sangre donada pasan a Tony.

Las heridas se tornan del mismo color que su cuello y luego desaparecen por completo.

—Tony —digo despacio al principio; la vergüenza me aprisiona la voz—. ¡Tony, despierta!

Sigue bebiendo de mi muñeca y se aferra con fuerza. El sentimiento de pesadez regresa. Debo detenerlo antes de desmayarme. Le pellizco la oreja. Sacude la cabeza como si

espantara a una mosca. Le pellizco con más fuerza; contrae el rostro, pero no se suelta. Al final, la retuerzo con fuerza.

Él me enseña los dientes, irritado. Esa breve distracción es lo único que necesito para liberar el brazo y alejarme de él.

Tony se pone de rodillas. Mira a su alrededor como si viera la estancia por primera vez.

—Tony… —Mi voz está llena de esperanza.

Él se vuelve hacia mí. Estoy a punto de gritar; sus ojos marrones ahora son negros como el Cosmos. Recorre mi cuerpo con los ojos y su mirada se detiene en mis muñecas antes de pasar a las botellas vacías que están tiradas por el suelo. Se lame los labios y luego se lleva los dedos a la boca.

Se contempla las manos. Están manchadas de mi sangre. Retrocede entre tambaleos y me mira, sintiéndose tan traicionado que se me vuelve a romper el corazón de nuevo.

Estoy demasiado aliviada como para advertir el cambio en su expresión (de la confusión a la traición) hasta que es demasiado tarde. Se mueve tan deprisa que soy incapaz de seguir sus movimientos. Me sujeta las dos muñecas por encima de la cabeza con una sola mano. Siento el frío de la piedra a mi espalda y el calor que emana de su pecho desnudo me quema las mejillas.

Le brillan los ojos bajo la luz pálida.

—¿Qué has hecho? —sisea. Su voz se rompe—. ¿Por qué?

No sé si mi corazón podrá soportar mucho más.

—Tenías envenenamiento sanguíneo. Habrías muerto…

—Te dije que no quería esto…

Abro la boca y la cierro. He actuado en contra de sus deseos a sabiendas. Nada de lo que diga podrá justificar mis acciones, así que le ofrezco la verdad.

—No podía dejarte morir.

Su cara se retuerce con repulsión. En su rostro también hay dolor e ira.

—¡Eso es justo lo que deberías haber hecho! —me grita a la cara, tan cerca que podría acariciarle la mejilla si me soltara las

muñecas—. Te dije que quería seguir siendo mortal. Que volveríamos a encontrarnos en el Shanghái yin. ¡Nos habríamos reencontrado en cada ciclo vital!

Pierdo los papeles.

—No tienes ni idea de lo que dices. ¿Crees que volveremos a reencontrarnos en cada ciclo vital? —Río, pero lo que sale se parece más a una carcajada demente.

Me suelta las muñecas y retrocede, alejándose de mí.

—Explícate.

Ahora que he hecho lo necesario para salvar a Tony, es como si alguien hubiera abierto la veda y todas las palabras que me había guardado comienzan a salir. Camino hacia él medio histérica, pero no puedo detenerme.

—No es como si llegaras en un crucero. No hay una lista de pasajeros. Tendría que recibir a los transbordadores fantasma, a todos los que atracan en el Shanghái yin y tendría que revisar pasajero por pasajero hasta encontrarte. Incluso aunque supiera cuándo has muerto, quizá tendría que esperarte unos días. Recibirte esa primera vez es la parte fácil. Lo difícil, al menos en esa ocasión inicial, sería sentarme contigo en casa de *Madame* Meng y ver cómo bebes el té del olvido hasta que desaparecen todos tus recuerdos. Quizá le eches un vistazo a la mujer que llora a tu lado, pero ya no la reconocerás, no te importará, porque lo único en lo que podrás pensar será en la llamada del puente Naihe. Te marcharás sin echar la vista atrás y cruzarás el puente hacia tu nueva vida. Yo me quedaré atrás, aferrada a nuestros recuerdos y llorando tu pérdida durante el resto de mi existencia.

—Estamos unidos por los hilos del Destino, Jing —dice con voz ronca—. Volveríamos a encontrarnos y a enamorarnos.

Mi risa es amarga y burlesca.

—Digamos que tienes razón. Nos encontraremos en cada uno de tus ciclos vitales. Nos volveríamos a conocer diez mil veces, nos enamoraríamos y, luego, morirías, pues ese es el camino de los mortales. ¿Te has parado a pensar en lo que supondría eso para mí?

»Lloraría tu muerte diez mil veces. Te acompañaría a la casa de té de *Madame* Meng diez mil veces solo para ver cómo me olvidas. Y diez mil veces esperaría con incertidumbre, sin saber cuándo te reencarnarías, si lo harías o si me encontrarías de nuevo.

Nos miramos el uno al otro desde extremos opuestos de la sala. Desprende un olor diferente, pero sano. No hay ni un ápice de descomposición. La *benesangue* lo protege de la muerte, quizá para toda la eternidad. No me arrepiento de mi elección. Pero eso no quiere decir que no me avergüence, porque, a fin de cuentas, no lo he hecho por él, sino por mí.

—Lo siento, Tony. No sería capaz de soportarlo.

—Ya veo. —Su voz es suave y, por un momento, la esperanza crece en mi pecho. Pero su expresión es sombría y su voz cortante cuando dice—: Tu egoísmo me ha decepcionado, *Lady* Hu Xian Jing.

35

ATADO

Las vampiras transportan a través de la niebla a Jing y Tony hasta el salón de Mémère. La noche ha transformado las ventanas en espejos de suelo a techo. Jing está despeinada y lleva el vestido lleno de manchas oscuras. Tony no tiene tan mal aspecto, pero la expresión de su rostro basta para mantener a la gente alejada. Está rígido y visiblemente incómodo. Marianne recuerda el cambio; durante los primeros días es como tener un dolor de barriga que no desaparece.

Max está sentado en un sillón, con un *chevalier* a cada lado. A pesar de que parece un poco cansado, está igual de impoluto que siempre. Camisa blanca con una pajarita desatada que le cuelga del cuello y las manos en los bolsillos; no parece mostrar arrepentimiento sino impaciencia, como si deseara estar en otra parte. Su expresión taciturna se vuelve más sombría al ver a Jing.

La reacción de ella es más extrema. Cuando lo ve, le empieza a temblar todo el cuerpo. Se arroja hacia él, pero los *chevaliers* lo transportan hasta la otra punta de la sala, fuera de su alcance. Jing abre la boca y un sonido, que no se parece a nada que Marianne haya oído con anterioridad, reverbera a través del salón: un quejido penetrante que le lastima los oídos y hace que los espejos y las ventanas vibren con una frecuencia peligrosamente aguda. Incluso Max parece perturbado.

Marianne acude junto a Jing a toda prisa y le rodea los hombros con el brazo. Percibe lo cerca que está Jing de perder el control.

—Ahora Tony está a salvo, nadie podrá volver a herirlo —le murmura—. Max responderá por sus acciones. Todo irá bien. —Repite palabras tranquilizadoras hasta que el corazón acelerado de la otra mujer se sosiega.

Marianne la guía hasta el sillón que se halla junto a Mémère y toma asiento en el que está al otro lado para que Jing las tenga a su abuela y a ella a ambos lados. Un criado les entrega a todos un vaso de sangre fresca para calmar los nervios. Tony contempla el vaso que le ofrecen con una expresión sombría antes de rodearlo con los dedos.

—Maximilien, explícate —exige Mémère.

Cuando Max no responde, golpea el suelo con el bastón.

Max se encoge.

—Al principio solo era un juego. Pero cuando comprendí que me lo ibas a quitar todo, me enfurecí. Quería castigar a Jing y quería castigarte a ti por arrebatarme mi herencia.

Mémère exhala un pesado suspiro.

—Yo también debo compartir la culpa. Todos estos años te he consentido, creyendo que mi cariño era una recompensa. Pero en vez de eso, tú has aprendido que no tienes que rendir cuentas como los demás. Te he conducido por el camino equivocado. —Niega con la cabeza—. Has olvidado nuestro deber más sagrado. Antes que nada, la Casa Durand debe proteger a su gente. Mortales y vampiros por igual. Lo que has hecho, jugar con la vida de Tony Lee, es el acto más blasfemo que podías cometer.

Max parece afectado. Por primera vez no está tan seguro de sí mismo.

Marianne traduce y añade:

—Max ha perdido todos sus privilegios: ya no puede alimentarse directamente de los *pursuivants*; solo puede beber sangre de un vaso. No puede transformarse en niebla…

—¿Cómo? —La voz de Tony suena monótona, pero sus ojos dejan entrever la curiosidad.

—Eso es algo que no podemos revelar ahora mismo. Esa información en las manos equivocadas podría ser nuestra perdición. Quizá te lo contemos a su debido tiempo, cuando hayas demostrado tu lealtad a la casa. Reprimir sus habilidades es un castigo severo. Max no recuperará el derecho a transformarse en niebla hasta que seamos capaces de volver a confiar en él.

Tony le da vueltas a su vaso.

—Entonces tengo otra pregunta. Puesto que Jing fue la que me convirtió, ¿me convierte eso en un Durand?

Marianne, que no sabe qué responder, le echa un vistazo a Mémère. Tony se vuelve hacia la anciana y formula la misma pregunta en francés.

—Sí —responde ella—. Normalmente estarías bajo la tutela de Jing. Pero dadas las circunstancias, seré yo quien os enseñe a los dos.

—Ya veo.

Marianne traduce para Jing, que asiente.

—En cuanto a Max —continúa Mémère—, el mayor castigo que puede recibir un vampiro es que lo expulsen de la Casa Durand. Para un vampiro, perder a su familia es un destino peor que la muerte. Los dos tenéis voz y voto en el asunto; Jing, tú como heredera de la Casa Durand y tú, Tony, como víctima de sus ataques.

En cuanto Marianne lo traduce, Jing pregunta:

—¿Qué hay de *La Grande Morte*?

—Eso no es un castigo. Para vampiros con vidas muy largas, *La Grande Morte* es un regalo muy sagrado.

Jing se muestra perpleja, pero no dice nada más.

—¿Qué pensáis entonces? ¿Deberíamos expulsar a Max? —dice Marianne.

—Sí —responde Jing.

—No —dice a su vez Tony.

—¿Cómo que no? —pregunta Jing con incredulidad.

Tony contempla su vaso al hablar.

—Lo hecho hecho está.

—Lo tendremos en cuenta —dice Marianne, un tanto desconcertada—. ¿Y tú qué, Jing?

Jing no oye la pregunta de Marianne, está centrada en Tony.

—¿Eso es todo? ¿Vas a dejar que se vaya de rositas?

Él alza su vaso medio lleno con sorna.

—Ahora somos familia. No quiero cargar con la responsabilidad de alguien que me importa un bledo. Pero aunque fuéramos desconocidos, llevar a cabo un castigo, uno que es «un destino peor que la muerte», no me parece proporcional ni ético. Satisfacer una venganza personal es un placer fugaz; con el tiempo me arrepentiría de mi egoísmo.

Jing parece que se hubiera tragado un nido de avispas. Da la impresión de que lo único que quiere es despedazar a Max de Durand.

—Estoy de acuerdo con Tony —dice al final.

Marianne traslada sus respuestas. Max está sorprendido; alterna la mirada entre Tony y Jing, antes de posarla en el suelo.

—Sé que ahora mismo estáis abrumados —dice Marianne—, pero también tenemos que organizar el viaje al Shanghái yin.

Por cómo ambos se ponen tensos, Marianne deduce que lo habían olvidado entre todo el caos.

—Lo primero de todo, Jing, puesto que vamos a conocer a tu abuela y necesitamos que coopere con nosotros, ¿qué clase de regalos crees que le gustarían? —pregunta Marianne.

Jing frunce el ceño.

—Es muy vanidosa. Le encantan las cosas bonitas o, en concreto, ponerse cosas bonitas que la hagan aún más bella.

—Eso era lo que había deducido Mémère. Sugiere que llevemos lo que podemos denominar como «secretos de belleza franceses». Lencería de encaje, medias, zapatos de tacón y productos de belleza como pintalabios y polvos.

—Le encantarán la lencería y los zapatos sexis. Cualquier cosa que le resalte las tetas. Pero las medias no. Son demasiado constrictivas, no le gustarán. Y nada de maquillaje tampoco; pensará que estáis queriendo decir que lo necesita.

Marianne asiente. Deberían tener un tercer regalo. Algo especial y atrevido. Cree que sabe exactamente qué podría llevar. Se muerde el labio.

—Lo segundo, el Expreso Inmortal estará listo para partir mañana al mediodía. —Sabe que Max no se merece su compasión, pero al mismo tiempo… no sería capaz de vivir consigo misma si no lo preguntara al menos. Así que cuadra los hombros y dice—: Estamos sumamente agradecidos por la ayuda que nos han prestado el Emperador de Jade y Yan Luo Wang. No sabemos si encontraremos a papá; e incluso, aunque lo hagamos, no sabemos en qué condiciones estará o si seguirá vivo. Puede que sea nuestra única oportunidad de despedirnos. Quiero pedirte clemencia, Jing. Por favor, permite que Max nos acompañe.

La expresión de Jing se endurece. Marianne piensa que dirá que no. Pero entonces musita algo sobre «Zijiren» y «familia, nos guste o no».

—¿Qué opinas, Tony? —dice Jing con suavidad—. No quiero que te sientas incómodo. —En cuanto pronuncia las palabras, palidece porque sabe que se ha expresado mal.

—Quizá deberías haberlo pensado antes. —Tony le lanza una mirada gélida, inclina el vaso, como si brindara por ella y luego se lo bebe—. Que venga. Existe una forma de hacer las cosas bien y otra de hacer las cosas mal, y no voy a permitir que alguien que no me importa corrompa mi visión del mundo.

Jing traga saliva.

—Max puede venir, pero si se comporta mal, volverá directo a Francia.

Marianne traduce para Mémère, que asiente y mira a Jing con tristeza.

Max exhala y musita:

—Dale las gracias.

Marianne cierra los ojos un instante, como si estuviera dolorida.

—Mi hermano ofrece su abundante gratitud por tu magnanimidad. —Se pone en pie—. Los dos necesitáis asearos. Venid conmigo.

El lavabo de porcelana no permanece blanco durante mucho tiempo. Aunque mis heridas ya se han cerrado y apenas son visibles, la sangre seca me recubre los brazos, así que me los lavo con agua durante un buen rato hasta que quedan limpios. Me quito el vestido echado a perder y me pongo un jersey de lana suave color avellana y unos pantalones a juego. Agarro la ropa sucia, salgo al pasillo y me encuentro cara a cara con Tony.

Él aparta la vista, como si yo no existiera, y entra en el baño ahora vacío.

—Marianne te espera en el salón —dice dándome la espalda. Y su tono de voz no solo es frío, es algo peor: indiferente.

—Espera, Tony, por favor. ¿Podemos hablar?

Me cierra la puerta en la cara.

Un sollozo asciende por mi garganta y me doblo por la mitad; me duele tanto el pecho que me cuesta respirar.

Cuando al fin se abre la puerta, estoy tranquila. Tony lleva un conjunto de lana igual que el mío, pero el suyo es azul marino. Se detiene de forma abrupta; esta vez no es capaz de evitarme.

—Quiero disculparme, Tony —digo, aguantando mi cara de *mahjong*—. Sé que estás enfadado y dolido. Tienes todo el derecho a estarlo. Pero no te alejes, por favor. Podemos solucionarlo —digo con una seguridad que no siento.

Sus ojos se oscurecen y se inclina hacia mí, toma mi barbilla entre el índice y el pulgar. A esta distancia veo la rabia en cada línea

de su rostro. No me atrevo a moverme.

—Al final no me equivocaba, ¿verdad? —susurra—. Los vampiros son egoístas, crueles y caóticos. Tú incluida. Me quitaste el derecho a elegir y tomaste una decisión por tu propio beneficio.

El odio en su voz me deja atónita; cada palabra es una flecha envenenada.

—Mírame —sisea y empuja mi barbilla hacia arriba. Una sonrisa se extiende sobre su hermoso rostro, dura y burlona—. Estás enfadada con Max, pero tú también has hecho esto. —Me aparta la barbilla de un tirón, gira sobre sus talones y me abandona sin miramientos.

Es como si mi *qi* decidiera seguir a Tony, abandonar mi cuerpo y dejar atrás un cascarón vacío. Caigo de rodillas, con la mente en blanco y el cuerpo entumecido.

—¿Jing? ¡Jing! —Marianne me sacude y me levanta entre sus brazos.

Me limpia las lágrimas.

—No te tomes el enfado de Tony a pecho —dice—. La transición puede resultar abrumadora para los nuevos vampiros. Por una parte, lamentan la pérdida de su vieja vida. Por otra, intentan navegar su nuevo mundo. Se les agudizan los sentidos y las emociones. También tienen un dolor de estómago constante durante el primer mes o así, lo cual puede volverlos gruñones. Dale espacio. He visto lo mucho que le importas. Se le pasará.

—No estoy segura de que vaya a ser así. Es un hombre de principios. Cree en los buenos modales y el decoro, la integridad y la decencia. Todas las virtudes de las que carezco. —Inclino la cabeza al tiempo que mis lágrimas salpican el suelo de parqué.

Marianne me abraza de nuevo.

—No digas eso. Tú eres todas esas cosas y muchas más. Venga, vayamos a casa. Seguro que tus amigos están preocupados por ti.

Le echo un vistazo al salón.

—¿Y Tony?

—Mémère cree que será mejor para todos si Tony se queda con nosotros esta noche. Nuestra *chevalier* lo vigilará.

Cuando regreso a la Mansión de la Elegancia Reunida, Gigi, Ah Lang y Lord Aengus están en mi cuarto esperándome. Avanzo a trompicones hasta los brazos de Gigi y entierro el rostro en su hombro. Me tiembla todo el cuerpo con sollozos silenciosos.

—¿Qué ha ocurrido, *Lady* Jing? —pregunta Ah Lang—. ¿Dónde está el señor Lee?

Poco a poco, les cuento lo del envenenamiento sanguíneo, la pelea con Mémère y Marianne para salvar a Tony, las decisiones que hemos tomado respecto a Max y la reacción de Tony ante todo. La promesa de mudarme a París me la guardo para mis adentros.

Gigi se queda conmigo después de que Lord Aengus y Ah Lang se marchen. Me acaricia el pelo y permite que llore hasta que me quedo dormida.

36

EN CASA

Al día siguiente al mediodía, Ahn detiene el coche junto al andén privado donde el Expreso Inmortal reluce bajo el sol, reparado de forma meticulosa y sin rastro alguno de sus pasados infortunios.

El tren parte en cuanto subimos a bordo. Atravieso el pasillo de madera del árbol de la seda. El equipaje de Gigi ya se encuentra en el camarote de seda amarilla. Sigo caminando hacia las siguientes puertas de entramado. Siento el pecho hueco y mi corazón retumba en medio del vacío.

Las puertas están abiertas.

Veo de reojo a Max de pie y rígido junto a las puertas lunares. Tony está despatarrado en una silla y observa a Max como un gato mira a un ratón. Desvía la mirada y sigue mis movimientos por el rabillo del ojo al tiempo que paso de largo su cuarto. El pánico me desordena los pensamientos y toma el control de mis músculos. Me tropiezo. Sigue andando, Jing. Un paso tras otro, obligo a mis pies a moverse.

La siguiente habitación es la mía. Mi equipaje ya está colocado pulcramente junto a la cama. Cierro las puertas, me dejo caer al suelo y me abrazo las rodillas contra el pecho. Mire a donde mire, hay recuerdos de Tony. Entierro la cabeza entre los brazos, pero aunque tengo los ojos cerrados, él sigue presente.

Poco después, el motor ruge al encenderse y el suelo vibra con el retumbar. Con una sacudida, estamos en marcha, de vuelta al

Shanghái yin. De vuelta a casa.

No sé cómo voy a contarle a Big Wang lo de la promesa. Solo de pensarlo me entra dolor de cabeza, así que lo ignoro. «Más tarde», pienso, «ya lidiaré con ello más tarde». Unas voces resuenan en el pasillo. Cada vez que oigo el nombre de Tony o advierto el timbre de su voz, se me cae el alma a los pies y me produce una desagradable sensación de vértigo. Termino por taparme los oídos para que el sonido de mi respiración pueda ahogar todos los demás.

Alguien llama a mi puerta. No respondo; así que, después de un rato, quien sea se marcha. No sé cuánto tiempo permanezco allí sentada, pero al cabo de un rato me quedo dormida.

Llaman otra vez. Me despierto de golpe, con el corazón desbocado por un mal sueño.

En el sueño, me encuentro en un bosque. Estoy cuidando una zorrita blanca. Amo a la zorra, pero soy tan despistada que me olvido de ella. La dejo sola, me olvido de recogerla, la pierdo. De pronto hay una inundación; hay un barco a la espera para llevarnos a un lugar seguro, pero no puedo irme sin la zorrita. No está conmigo. Estoy histérica porque no recuerdo dónde la he dejado y enfadada conmigo misma por ser tan incompetente.

En mi sueño soy una inútil, igual que en la vida real.

Alguien vuelve a llamar.

—Jing, déjame entrar. —Es Gigi.

—Quiero estar sola —susurro.

Ella suspira y no insiste.

Esa noche, mientras todos duermen, unas pisadas se aproximan a mi habitación, permanecen al otro lado de la puerta y proyectan una sombra a través de las ventanas de entramado de seda.

El aroma familiar a nieve y cáscara de sandía, mezclado con nuevas notas de alcanfor y glicinia, me atrae con una fuerza embriagadora. Antes incluso de que pueda tomar la decisión consciente de moverme, ya estoy de pie junto a la puerta.

Tony me contempla desde arriba, con las comisuras de los labios caídas. Parece perdido y triste. Verlo así hace que se me encoja el estómago de culpabilidad. Odio ser la causa de su dolor. Odio ser lo que él dice: aborrecible. Tan egoísta que ni siquiera puedo fingir que me arrepiento de haberlo salvado.

Solo nos separan unos pocos centímetros, pero él no hace amago de acortar la distancia.

—Tony —digo, y se me rompe la voz al decir su nombre.

Él no contesta. Ni siquiera parece que me oiga, tiene la mirada fija en mi rostro, como si me viera sin verme.

El tono negro azabache de sus ojos se está desvaneciendo y el marrón regresa al borde de sus iris. A ambos lados del labio inferior tiene pequeñas costras circulares que se van curando ante mis ojos. Punciones. De niña, solía tenerlas todo el tiempo hasta que aprendí a controlar mis colmillos. Quiero tocarlas, aliviar el dolor. Pero sé que él no quiere que lo haga, así que mantengo las manos quietas.

—¿Cómo has podido? —Sus palabras son suaves y pesadas por la desazón.

Pensaba que ya no me quedaban más lágrimas, pero me equivocaba.

Se inclina hacia delante despacio hasta que nuestras frentes se tocan. Permanece así durante unos segundos y luego regresa a su cuarto.

37

COMPAÑEROS DE CUARTO

Al día siguiente soy incapaz de salir de la cama y hago caso omiso a todas las personas que llaman a la puerta. Pero, en algún punto de la tarde, el golpeteo se vuelve tan insistente que no puedo ignorarlo.

—Jing, sé que estás ahí. Puedo olerte. Abre la puerta. —Gigi. Solo ella sería tan apremiante.

La ignoro con la esperanza de que se marche como todos los demás.

—Si no me dejas entrar, recitaré *El Gran Saber* del Maestro Kung seguido de todos y cada uno de los nueve capítulos de comentarios del Maestro Zeng en bucle hasta que abras. La propia Reina Madre de Occidente me entregó la placa de jade de Académica Erudita por mi dominio de los Cinco Clásicos. Puedo recitarlos durante días. —Golpea la puerta con la mano una y otra vez.

Aunque tengo la cabeza cubierta con las mantas y me tapo los oídos con los dedos, la sigo oyendo. No me dejará en paz a menos que ceda.

—Vale —gruño y arrastro los pies hasta la puerta.

Ella entra pasándome de largo.

—Me quedo con esta cama —declara Gigi.

Me dejo caer de nuevo bocabajo sobre el colchón.

—¿No te quedas con Ah Lang? —digo contra las mantas. Mi voz suena amortiguada, pero Gigi tiene mejor oído que la mayoría de los celestiales.

—Va a compartir habitación con el señor Lee para que yo pueda quedarme contigo —afirma.

—Pensaba que Tony compartía cuarto con Max.

—Mantuvimos una breve charla durante el desayuno y decidimos que sería mejor que Max se quedara con Mémère y Marianne. Están en el siguiente vagón.

—Más seguro para Tony, supongo.

Gigi se aclara la garganta.

—Más seguro para Max, en realidad. No sé qué lo alteró anoche, pero el señor Lee estuvo a punto de arrancarle la cabeza. Al parecer, es excepcionalmente fuerte para un vampiro. —Abre las cortinas del camarote, aunque no entra demasiada luz por las ventanas.

—¿Desde cuándo tenemos otro vagón?

—Hemos tenido mucha suerte. Big Wang envió una petición de ayuda. Resulta que el Panteón Nórdico estaba en un retiro aquí cerca y nos ha prestado el suyo. —Echa un vistazo por la ventana, como si el paisaje la cautivara.

—Deja de fingir, Gigi, ahí fuera no hay nada más que un manto blanco de niebla.

Mi amiga suspira.

—¿Te encuentras bien?

—Tony vino a mi habitación anoche.

La noticia la sobresalta.

—¿Y qué quería?

—Creo que estaba sonámbulo. Estaba triste y yo también. Luego se marchó. Creo que no estuvo más de cinco minutos. —Me encojo de hombros. Ese era el quid de la cuestión.

Gigi se entretiene alisando las cortinas ya pulcras antes de volverse hacia mí.

—Deberías comer algo, Jing.

—No tengo hambre —musito, aún bocabajo en la cama.

—Te dañarás el estómago si no comes. Te traeré unos fideos.

—Está bien. Gracias, Gigi —murmuro.

—*Zijiren*. No hay de qué.

Durante los dos primeros días, aparte de traerme comida, Gigi permite que me quede hecha un ovillo en la cama contemplando la nada. Al tercer día, Gigi ya se ha hartado y me arranca la manta.

—No has comido casi nada y llevas dos días sin moverte de la cama. Big Wang me echará de una patada del Infierno si te llevo medio muerta de hambre. Vas a levantarte, a comer y a salvarme de Ah Lang.

—¿De Ah Lang? —Desde luego, Gigi sabe cómo captar mi atención.

—Sí. Tienes que jugar a las cartas con él, por favor. Si tengo que echar otra partida al Da Lao Er, voy a perder la cabeza.

No es en absoluto lo que esperaba que dijera. Se me encoge el corazón cuando pienso en salir de mi camarote y exponerme a las miradas de desdén de Tony, pero Gigi no suele pedir favores, así que asiento y me obligo a vestirme.

—No hagas ninguna apuesta con Ah Lang —dice Gigi—. Prométemelo.

Debe de preocuparle mucho que vaya a desplumar a su novio. Como si fuera a caer tan bajo.

—Sí, sí —digo, tratando de no sonar irritada.

Por suerte, Ah Lang se reúne con nosotras en nuestro cuarto y trae las cartas, bebidas y aperitivos. Me ofrece bolitas de masa fritas, pero las rechazo con la mano y me centro en el juego.

—¿Estás listo para que te dé una paliza? —lo provoco.

Ah Lang sonríe con satisfacción.

—¿Qué tal si hacemos una apuesta?

Gigi me lanza una mirada severa que me recuerda mi promesa.

—Lo siento, no lo tengo permitido —digo, como una amiga obediente.

Gracias a Tian que no he roto la promesa, porque Ah Lang barre el suelo conmigo durante las tres partidas siguientes. Qué

humillación.

Gigi se niega a unirse y decide limarse las uñas.

—Deberías sacar tu pipa, cariño. Hace tiempo que no te oigo tocar.

—Por supuesto, pétalo mío —dice Ah Lang y saca una escalera real.

—Paso —digo. No tengo nada que pueda vencer sus cartas, así que me resigno a perder otra vez—. Me impresionó tu dueto con Lord Aengus. —De pronto recuerdo algo—. ¡Oh, no!

—¿Qué ocurre? —Gigi suelta la lima al momento, con toda la atención puesta en mí.

—No llegué a despedirme de Lord Aengus. ¿Volvió a Inis Fáil de inmediato? —pregunto.

—Ni idea —responde Ah Lang mientras le tiembla un ojo.

—¿Tienes algo en el ojo? —pregunto, aunque mi instinto me indica que está ocultando algo.

Gigi ladea la cabeza y lo mira fijamente, lo cual basta para que Ah Lang comience a sudar. Levanta la vista, la baja y parpadea deprisa.

—Qian Lang. —Gigi pronuncia su nombre entero. No se anda con chiquitas.

Le ofrezco una mueca compasiva a Ah Lang.

Él cae de rodillas al momento.

—Pétalo mío, levanta tu honorable mano. Le prometí a Lord Aengus que le guardaría el secreto. No quiero romper mi palabra.

Gigi se inclina y besa a Ah Lang en la nariz.

—Si acierto su secreto, no estarás rompiendo tu palabra, ¿verdad?

Ah Lang pone una expresión compungida.

—Pero aun así lo desvelaría.

—Entonces no digas nada. Solo escúchame.

Ah Lang la contempla con ojos de cachorrillo triste, pero luego deja caer la cabeza en señal de derrota.

—Sí, pétalo mío. —Regresa a su silla.

—Lord Aengus no está en París —comienza ella con voz cantarina—. Se suponía que debía volver a casa. —Le echa un vistazo a Ah Lang, cuyo rostro permanece sosegado. Gigi ladea la cabeza y sonríe de modo travieso—. Pero no volvió a casa.

Al decir las últimas palabras, a Ah Lang le tiemblan los dos ojos. La sonrisa de Gigi se ensancha y adquiere el brillo que siempre adopta cuando huele una victoria. Se da un golpecito en la barbilla y finge perplejidad.

—¡Oh! He reparado en que has traído almohadas y mantas de sobra a tu cuarto —dice Gigi, como si acabara de caer en la cuenta. Agacha la cabeza y aparenta timidez—. ¿Es porque me extrañabas y querías algo blandito que abrazar?

Ah Lang parpadea de forma frenética.

—Después del desayuno, también advertí que te llevaste una porción extra de bollitos de bao a tu cuarto, los favoritos de Lord Aengus —arrulla Gigi con dulzura.

Una lágrima de sudor rueda por la sien de Ah Lang. Gigi es una amante muy cruel, por lo que decido terminar con el sufrimiento del hombre.

—Así que Lord Aengus es un polizón que comparte cuarto con Ah Lang y Tony, ¿no? —Reprimo una risita al ver su expresión de pánico.

—¿Quéééé? —dice Gigi, fingiéndose escandalizada—. ¿Que Lord Aengus ha huido al Reino Medio y tiene que mantenerse oculto de los Durand para que no se lo cuenten al Dagda?

Varias gotas de sudor brotan de Ah Lang y le tiemblan y parpadean los ojos como si se los hubiera frotado los dos con chile ojo de pájaro.

Gigi chasquea la lengua.

—Padre se disgustará mucho si descubre que Lord Aengus se coló sin permiso del Ministerio de Ritos.

Ah Lang cierra los ojos y espeta:

—El ministro lo sabe. Le envié un mensaje antes de partir.

—Tranquilo, cariño. Lo deduje en cuanto sugeriste que nos cambiáramos de cuarto.

Ah Lang la contempla durante un momento antes de que su expresión se vuelva cursi.

—Pétalo mío, me encanta que seas tan lista.

Me aclaro la garganta.

—¿Dónde está ahora?

—Está escondido en el armario de nuestro cuarto.

Esta vez, cuando Gigi se escandaliza, lo hace en serio.

—¡*Aiya*! Ah Lang, ve a buscarlo. Todavía nos quedan cuatro días en el tren; no puede pasarse todo el viaje metido en un armario.

Ah Lang se marcha de inmediato.

—No me puedo creer que se haya fugado —digo.

—Cuando os estuvimos esperando a Tony y a ti esa noche, Lord Aengus nos habló un poco de su familia. Ha perdido tres hermanos en la guerra. Como consecuencia, el Dagda es muy sobreprotector con los hijos que le quedan y prefiere tenerlos cerca. La afición de Lord Aengus por los viajes le ha provocado muchos encontronazos con su padre, que no comprende el atractivo de tal pasatiempo.

Ah Lang regresa con Lord Aengus y Tony. Al verlo se me activa un aleteo nervioso en el estómago. Pánico. Pero en vez de huir, me quedo congelada y se me derriten los pensamientos hasta quedar hechos sopa. Me obligo a mirar a Lord Aengus y hago una lista mental de detalles. Cabello brillante. Dientes blancos. Ojos azules. Poco a poco, vuelvo en mí. Ya ha recobrado su forma y lleva una túnica azul a juego con los ojos. Se percata de que lo estoy mirando y me dirige una sonrisa cegadora.

—Precioso regalo dorado, *Lady* Jing; noble, preciada y fragante *Lady* Gi, este ser humilde ofrece un millón de agradecimientos por vuestra amabilidad al liberarme de los confines de aquel horrible armario. —Hace una profunda reverencia, luego se sienta con una floritura y ojea las cartas de la mesa—. ¿Estáis jugando al Da Lao Er? Llevo sin jugar desde la última vez que vi al hermano Zhu. ¿Os importa si me uno?

—Por supuesto —afirma Ah Lang—. Tony, ¿te apuntas?

—Claro —dice, y su mirada aterriza en mí como si me retara.

Se me olvida respirar y me quedo congelada sin saber qué hacer.

—Jing y yo también nos unimos —anuncia Gigi y me toma del brazo. En cuanto estamos sentadas, me aprieta la mano bajo la mesa.

Ah Lang reparte las cartas.

—Supongo que las cosas no fueron bien con tu padre —dice Gigi mientras echa el tres de diamantes para comenzar la ronda.

Lord Aengus saca un tres de corazones.

—En cuanto me vio, se acabó la fiesta. Tuve que contarle lo de la enfermedad, así que me preguntó cómo la cogí y eso solo lo enfadó más. Está convencido de que no puedo cuidar de mí mismo y, para él, que haya enfermado demuestra que jamás debería volver a viajar. —Niega con la cabeza.

—¿Y fugarte no empeorará las cosas para cuando vuelvas a verlo? —pregunta Gigi.

Lord Aengus asiente.

—Seguramente. En cuanto llegue a casa, me castigará y no podré volver a salir. Así que mejor que no vuelva nunca.

—Esa no es una solución —dice Tony y saca una pareja de ochos—. ¿Has pensado en hablar con Mémère?

Me sorprende que sugiera a los Durand, así que levanto la vista y me encuentro por accidente con su mirada, que se me clava y me golpea con la fuerza de su ira. Se me calienta el rostro y dejo caer la cabeza para interrumpir la conexión y tratar de ocultar las lágrimas que brotan de mis ojos.

La conversación pasa a centrarse en el hermano Zhu, un tema del que Lord Aengus no se harta nunca. Mientras tanto, Ah Lang gana todas y cada una de las partidas. Cuando tira una escalera de color con indiferencia, todos gruñimos.

—Me retiro —digo—. No puedo soportar la humillación. Nueve derrotas seguidas.

—Ah Lang siempre gana al Da Lao Er —apunta Gigi—. Es muy extraño, estoy segura de que hace trampas.

—Pétalo mío, sabes que jamás haría tal cosa —afirma Ah Lang, con aspecto de estar dolido.

—El hermano Zhu y él son los mejores jugadores de Da Lao Er que he conocido nunca —dice Ah Lang—. Aunque no sé cómo a Ah Lang se le puede dar tan bien tirarse un farol cuando es malísimo guardando secretos.

Ah Lang se frota el cuello avergonzado, pero Lord Aengus ríe.

—¿Qué tal una partida de *kanhoo*? —sugiere Ah Lang.

—Más cartas no, Ah Lang —dice Gigi, y él pone una leve mueca —. Llevas jugando al Da Lao Er desde que subimos al tren. Dijiste que sacarías la pipa.

Él le pellizca la mejilla con cariño.

—Es verdad. —Se vuelve hacia Lord Aengus—. ¿Qué te parece un dueto? Podríamos irnos todos al vagón del salón para beber algo.

—Suena muchísimo más apetecible que pasarme otro día escondido en tu cuarto y saltar dentro del armario cada vez que se abre la puerta. —Se vuelve hacia Tony—. ¿De verdad crees que podría hablar con Mémère? ¿Puedo fiarme de ella?

Tony le da una palmada en el hombro a Lord Aengus.

—Puedes fiarte de ella. Estos últimos días me ha estado ayudando a que me acostumbre a… —Exhala un largo suspiro—. En cualquier caso —continúa—, ofrece consejos muy sabios. Y dado que parece tener una relación bastante íntima con el Dagda, quizá tenga alguna recomendación que te resulte útil.

—Excelente. —Lord Aengus se pone en pie y se alisa la túnica —. Iré a buscarla ahora mismo. Os veo en el vagón del salón dentro de un ratito. —Ahora que no tiene que esconderse, está de mucho mejor humor.

—Te acompaño —dice Tony. Se despide de Ah Lang y Gigi con la cabeza y me ignora de forma intencionada. Luego, sale tras Lord Aengus.

Ah Lang frunce el ceño. Sé que se siente mal por mí y que la situación le resulta incómoda, así que sonrío como si no hubiera reparado en la evidente omisión de Tony, a pesar de que escuece que te cagas.

—¿Vienes? —dice Gigi.

—¿Sabes qué? Creo que me voy a ir a leer más fragmentos del diario de mi padre. No lo he abierto desde… —Las palabras parecen inadecuadas para describir todo lo que ha ocurrido, así que no trato de hacerlo—. Pero vosotros divertíos.

38

EL FUNCIONAMIENTO DEL COSMOS

28 de septiembre. Templo del Dragón de Jade, Lijiang: Estaba descansando cuando una vivaz melodía, que sonaba como un riachuelo espumoso, me sacó de la meditación. Antes de que fuera consciente, me hallaba ante otro pabellón, en el extremo más alejado del lago, con una botella de jiu *en una mano y dos copas en la otra*.

Esta noche el vestido de Lady *Rey era color coral. Estaba inclinada sobre las cuerdas y sus dedos danzaban al compás de las perlas que colgaban de sus horquillas*.

—Diez mil años de buena salud —dije a modo de saludo—. Volvemos a encontrarnos, fragante Lady *Rey*.

Punteó la cítara con tanta fuerza que rompió una cuerda. Levanté la botella de yinjiu.

—He traído vino para que lo compartamos, puesto que anoche me bebí toda vuestra botella.

—Si no vas a morir, entonces piérdete. Estoy ocupada —dijo.

Me río en alto ante la respuesta directa de mi madre. Se parece mucho a algo que podría decir yo. Siento un hormigueo al saber que es evidente que soy hija de mi madre.

Sospechaba que estaba intentando atraer mortales; sin duda, alguien como Crispin aceptaría una copa con ingenuidad pensando que había entablado una nueva amistad.

Pobre Crispin; seguramente habría intentado ayudarla y a cambio le habría chupado todo el *qi* hasta dejarlo seco. Me alegra que mi padre tenga más sentido común.

Lady *Rey intentó tocar la cítara, pero no dejaba de detenerse y volver a empezar, tocando las notas incorrectas. Yo ya estaba bastante ebrio cuando la dama bajó los escalones del pabellón dando pisotones. Se puso frente a mí con las manos en las caderas*.

—Aquí no eres bienvenido. Lárgate.

—¿Estáis intentando ofrecerle ese vino vuestro a más gente? Está muy envenenado, como bien sabéis. —Ella dio un pisotón como un niño con un berrinche.

Y también es evidente que mi madre es hija de su madre; una de las cosas que hace Niang Niang cuando no se sale con la suya es dar un pisotón. Se pasan varias páginas riñendo y luego me salto una gran sección muy aburrida en la que mi padre describe con detalle todas las cosas que limpia y repara. Después, encuentro una entrada que me provoca un escalofrío: unos cazadores de demonios atacan a mi madre.

29 de septiembre. Templo del Dragón de Jade, Lijiang: Lady *Rey quedó suspendida en el aire, inmovilizada por dados de plata y* fulu*, como un espécimen en la vitrina de un coleccionista*.

Estaba a bastante distancia del suelo, así que acudí a su lado en forma de niebla y transformé la parte superior de mi cuerpo para poder arrancarle los dardos de plata. El fulu *amarillo aleteó hasta el suelo del bosque como una hoja otoñal. Rodeé a* Lady *Rey con un brazo y extendí la mano para quitarle el último dardo de la frente. Tenía los ojos cerrados, la respiración poco*

profunda y un tono azulado en la piel. Tras dar un tirón, el último fulu *se reunió con los demás en el suelo*.

Lady *Rey abrió de golpe los ojos con una mirada salvaje y aterrada. Un momento de vulnerabilidad que no esperaba de una mujer tan dueña de sí misma. Una suave punzada floreció bajo mi esternón. Antes de que pudiera tranquilizarla, ella se echó hacia atrás y me dio un cabezazo con la fuerza de un toro enfurecido*.

Pego un grito de entusiasmo ante la ferocidad de mi madre, aunque debo admitir que me siento mal por mi padre, que solo intentaba ayudarla. Ella escapa traicionándolo y diciéndoles a los cazadores de demonios que él es a quien buscan. Paso unas cuantas páginas con el corazón acelerado y me pregunto si esos cazadores fueron quienes lo capturaron. Pero en el diario, es mi madre quien está en peligro.

Una mano pálida se aferró al último borde del saliente; advertí destellos color coral agitándose en los rápidos. Sin pararme a pensar en el peligro de tan turbulentas aguas, me transformé en niebla en medio del río. En el segundo que me llevó pasar de la orilla al saliente, Lady *Rey había desaparecido. El mundo se quedó en silencio, a excepción de otro pum-pum entrecortado. En ese momento, hice caso omiso de la repentina sacudida de mi corazón, aunque ahora que evoco esos eventos, quizá era una advertencia de los peligros que estaban por venir*.

Me zambullí en la vorágine marrón, sin poder ver apenas nada. Advertí un destello coral. Me sumergí en el agua y formé una mano para aferrarme a él a ciegas. Por suerte, mis dedos se cerraron en torno a una muñeca de piel lisa; la sujeté con fuerza, tiré hacia ella y, con mucho esfuerzo, nos transporté a los dos de vuelta a la orilla.

Pero no era capaz de recobrar el resto de mi forma corpórea. El río había apresado mi niebla. Mi consciencia amenazó con dividirse en dos al tiempo que las corrientes se esmeraban por hacerme pedazos.

Luché con todas mis fuerzas y conseguí zafarme del agarre del agua. Tuve que hacer uso hasta del último ápice de fortaleza física y mental para obligar

a mi cuerpo a que volviera a adoptar mi forma corpórea. Fue una de las cosas más dolorosas y difíciles que haya hecho jamás. De nuevo en mi cuerpo, caí de rodillas y abracé con fuerza a Lady *Rey. Estaba pálida, con los ojos cerrados, pero aún respiraba. Benesangue. Tenía las manos pegajosas con su sangre y algo acre hacía que me escocieran los ojos y la garganta*.

Incluso ahora, mientras escribo estos sucesos, a salvo y seco en mi hogar temporal, me avergüenzo enormemente de mi temeridad. Perdí a mi propio padre, un hombre excelente, en circunstancias muy similares. Mémère se habría quedado destrozada si hubiera perdido a su hijo de esa forma.

Anoto los riesgos que mi padre menciona para preguntarle a Mémère al respecto y asegurarme de que Tony no se pone en peligro de esa manera.

29 de septiembre. Templo del Dragón de Jade, Lijiang: Lady *Rey dormía de forma intermitente, se removía en sueños y gimoteaba de dolor constantemente. Los gemidos aumentaban de volumen a medida que se agitaba con más fuerza. Me acerqué despacio y me detuve a una distancia respetuosa; hice unos sonidos tranquilizadores, como si tratara de apaciguar a un gatito asustado. Ella se sentó y gruñó, un ruido profundo que habría asustado a cualquier mortal. Me fulminó con la mirada y, luego, se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó hacia atrás*.

¡Dieu! *Me abalancé hacia delante y le sostuve la parte trasera de la cabeza para evitar que una conmoción cerebral se uniera a su lista de lesiones. Tenía el cabello húmedo. Como estaba tan debilitada, no deseaba que también cogiera la* grippe*. Eché la vista hacia abajo para tirar de su manta y en ese momento me percaté de que tenía la pierna enroscada alrededor de la de* Lady *Rey. Fue en aquel instante cuando mi cerebro procesó la situación tan indecorosa en la que nos había puesto a los dos. No puedo expresar con palabras el horror que me invadió. Sabía gracias a* Lady *Longnu la importancia que le daban los celestiales al decoro. Aparté la pierna de un tirón. Pero al tiempo que remediaba una falta de decoro, cometía otra. Tenía el pecho presionado contra el suyo, la mano bajo su cabeza, con los dedos enredados en su cabello y su rostro lo suficientemente cerca como para que su aliento*

me hiciera cosquillas en los labios. Ella emitió un sonido suave y atrajo mi atención hasta su rostro. Por increíble que pareciera, seguía profundamente dormida.

Su piel era luminosa. Unas leves pecas salpicaban sus mejillas y el puente de una nariz perfectamente formada. Mi corazón latió con fuerza, a demasiado volumen en aquel silencio. Se trataba de otro aviso, sin duda. Sentí un calor punzante en las mejillas y en las puntas de las orejas. Me eché hacia atrás. El aire frío rellenó el espacio que nos separaba e hizo que Lady *Rey empezara a temblar con violencia. Una profunda arruga apareció entre sus cejas*.

Me preocupé tanto por su salud que aquello eclipsó la falta de decoro que suponía nuestra proximidad y el miedo a que su hermana nos descubriera. Primero debía hacerla entrar en calor. Le coloqué de nuevo la manta para que la cubriera bien y me lo agradeció con un suspiro de satisfacción. Cogí un pañuelo que había por allí y le tapé el cabello para asegurarme. La sombra de una sonrisa asomó a las comisuras de sus labios y un deslumbrante amanecer afloró tras un manto de nubes. Me descubrí deseando que las nubes se dispersaran, así que no me percaté hasta que fue demasiado tarde de que ella se había colado en el hueco que acababa de dejar libre y se acurrucaba contra mí. Apoyó la cabeza en mi hombro y, por lo tanto, me mantuvo sujeto en el sitio junto a ella. Me acarició el pecho con la nariz y sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción. Me recordó mucho a un gatito que encontré una vez y a cómo durmió plácidamente cuando tuvo el estómago lleno de leche.

Mi corazón volvió a sacudirse. Cuatro latidos en el espacio de cuatro horas era muy poco habitual, pero los eventos de aquella noche tampoco eran corrientes en absoluto. No le di más vueltas. Solo intenté liberarme del agarre de Lady *Rey. Para estar inconsciente resultaba bastante tenaz, pero al fin conseguí reemplazar mi hombro por un cojín. Ella volvió a fruncir el ceño, provocándome una punzada de culpa*.

Una vez, mientras viajaba por Gales, oí a una mujer que le cantaba una nana a su bebé. La melodía de la nana calmaba al pequeño hasta que se dormía. Así que hice lo mismo, le canté con suavidad a Lady *Rey. Aunque su frente no se alisó del todo, sí se durmió más profundamente. Me senté al otro*

lado de la sala para vigilar, pero, cuando el amanecer se impuso al cielo nocturno, me quedé dormido.

Lo siguiente que supe era que estaba atado de pies y manos con un saco sobre la cabeza. No fue una forma agradable de despertar. Teniendo en cuenta los pocos olores de la estancia, era más que evidente quién era mi captora.

—Lady Rey, esto es indecoroso —dije, tratando de persuadirla con mi serenidad.

Casi me caigo de la silla de lo mucho que me estoy riendo. ¡Mi pobre padre!

—¿Dónde está mi hermana? —chilla ella, antes de golpearme con algo duro—. Puedo oler que estuvo aquí. ¿Qué le has hecho?

—La encontré aquí en mi habitación después de que vos, tan amablemente, avisarais de mi presencia a los cazadores de demonios. Vio vuestra sangre derramada en el suelo y se preocupó mucho, así que la ayudé a encontraros.

—¡No te creo! Hueles a su sangre por todos lados. Si le has hecho daño de alguna forma…

—Os aseguro, noble dama, que soy inocente de lo que me acusáis. La sangre que oléis es vuestra.

Me quitó el saco de la cabeza de un tirón. Tenía las pupilas dilatadas y una mirada salvaje y sujetaba el tablón de madera de una de las contraventanas rotas.

—¡Mentiroso! —Lo lanzó contra mí.

No me apetecía que me golpeara, así que me transporté en forma de niebla hasta la otra punta de la habitación.

Ella chilló y se abalanzó, adoptando la forma parcial de un zorro dorado, muy hermoso incluso cuando me enseñaba los dientes. Volví a transportarme, pero en su mano apareció aquella maldita daga. Su ataque era fiero y prodigioso. Empezó a dar tajos salvajes a diestro y siniestro y consiguió meter la punta de la daga en el rastro de mi niebla; me estremecí por completo y me encogí sobre mí mismo. Aterricé a trompicones encima de Lady *Rey en mi forma corpórea*.

Parecía un animal salvaje. Me apuñaló sin dejar de gritar. Me ardieron los ojos, me salieron ampollas en la piel y unas llamas ascendieron por mi garganta arañándola interiormente como si me hubieran empapado de aceite por dentro y por fuera y prendido fuego después. Cada vez que la hoja me mordía, el dolor se intensificaba aún más. Me empujó a un lado y rodé, sin fuerzas y sumiso hasta quedar bocarriba. Sostuvo la daga contra mi cuello. Se me cerró la garganta; los sonidos que emití, gritos sibilantes y desesperados, me habrían alarmado, pero mi mente ya estaba muy lejos de allí y la inconsciencia se cernía sobre mí.

—¡Jie! ¿Qué estás haciendo? —Otro grito, pero uno que agradecí. Lady *Ay había regresado al fin*.

—Os lo dije —intenté decir, pero el sonido que salió de mis labios se asemejaba más a un resoplido débil y breve. Si aún pudiera controlar mi cuerpo, habría agitado un dedo frente a ella para reprenderla, le habría soltado un sermón sobre la dignidad, el respeto y el honor, pero, por desgracia, no fue así. Sino que me desmayé.

La segunda vez que recobré la consciencia, las sombras se extendían a lo largo de todo el suelo. Era por la tarde y el sol estaba a punto de ponerse. Yacía tumbado sobre la cama y tapado con mantas. Me picaba la piel, pero ya no me ardía dolorida, por lo cual estaba agradecido. La garganta era otra historia. Sentía como si me hubiera tragado un puñado de hojas de acero, seguidas de un montón de esquirlas de vidrio. La daga estaba en algún lugar de la sala, desenvainada; su hedor me provocaba un ardor en la nariz y hacía que me lloraran los ojos.

Los mantuve cerrados y revisé mis sentidos. Lady *Rey era la única presente en la estancia. Me planteé si debería limitarme a transformarme en niebla y desaparecer para evitar más confrontaciones*.

—Sé que estás despierto —dijo. Su tono no era amigable. No estaba dispuesto a torturarme más a mí mismo, así que mantuve los ojos cerrados—. Deja de fingir. Tengo algo que decir.

Entreabrí un ojo. Lady *Rey estaba sentada a pocos metros de distancia con la barbilla apoyada sobre las rodillas. A pesar de la sequedad de sus palabras, estaba pálida*.

—¿Os encontráis bien? —pregunté, antes de poder detenerme. Las tres palabras me arañaron la garganta hasta dejarla en carne viva. Tragué saliva, pero no me alivió en absoluto. Necesitaba beber algo.

Me miró echando chispas por los ojos.

—¿Pero a ti qué te pasa? Eres tú quien está herido, a quien he apuñalado y se ha desmayado como una florecilla podrida y delicada. ¿Y tus primeras palabras son para preguntarme si estoy bien yo?

Sonreí débilmente. No llegaba a comprender por qué su enfado me resultaba enternecedor.

—¿Té? —croé, señalando con los ojos la tetera que estaba sobre la mesa baja. Ella puso una mueca, pero me la acercó.

Pensé que sería mejor si me incorporaba para poder conversar en condiciones, pero, cuando me moví, tuve que apretar los dientes para contener un grito. Me quedé muy quieto y esperé a que la agonía disminuyera hasta que resultara tolerable. Me llevó un tiempo, pero poco a poco pude volver a respirar.

Lady *Rey me acercó la taza a los labios sin preguntar y yo bebí con ansia. El té frío me alivió al humedecer mi boca reseca y enfriarme la garganta*.

—Gracias. —Aunque las palabras seguían sonando ásperas, al menos ahora me irritaba menos pronunciarlas.

—Tienes la voz fatal.

—Me pregunto por qué —dije, un tanto irritado. La habitación empezó a dar vueltas, así que me tumbé y cerré los ojos. El té me ayudó, pero me habría venido mejor la sangre. La idea de intentar buscar sustento esa noche no me resultaba atractiva, aunque sabía de sobra que permanecer en ese estado no era una opción.

—Meimei dice que me salvaste la vida. —La suave voz de Lady *Rey me recordó su presencia. Abrí los ojos y la encontré de rodillas, postrándose—. Te ofrezco un deseo a cambio de tu amabilidad*.

—¿Solo uno? Os he salvado la vida más de una vez. Y vos habéis intentado acabar con la mía en varias ocasiones.

—¡No es cierto!

—Cuando nos conocimos, intentasteis envenenarme; luego me arrojasteis a los cazadores de demonios encima. Tenéis suerte de que no sean tan rápidos

como yo. Hoy habéis difamado mi honor y me habéis apuñalado una y otra vez. Me habéis hecho sufrir mucho. —Una sombra atravesó el rostro de Lady *Rey. Me produjo un aguijonazo, pero aparté la sensación de culpa. Nada de lo que había dicho era falso*.

Lady *Ay regresó con un cubo lleno de agua. Le echó un vistazo a su hermana y exhaló un pesado suspiro*.

—Jie —dijo, su tono estaba a medio camino entre una advertencia y una orden.

—Lady *Ay, es un placer seguir vivo para poder saludaros*.

Lady Ay me hizo una profunda reverencia.

—Siento mucho el comportamiento de mi hermana —dijo—. Estaba preocupada por mí y se pasó de la raya. —La cercanía entre las hermanas me resultó conmovedora. Yo había esperado que mis hijos se cuidaran el uno al otro de esa forma, pero, por desgracia, Maximilien y Marianne solo se pelean.

—Por supuesto que te ofrecerá más de un deseo. ¿Te parecería aceptable que fueran tres?

—Meimei, ¡con uno es más que suficiente!

Tosí justo en ese momento. El escozor de mi garganta era insoportable.

—¿La daga sigue aquí?

Lady *Ay se puso en pie de inmediato*.

—La puse allí…

—¿Os importaría sumergirla en agua con sal? Al menos así se neutralizará el olor. Tengo un pequeño tarro de sal ahí encima, donde el samovar.

Lady *Ay se apresuró a seguir mis indicaciones*.

Lady *Rey se contempló los pies con aire lúgubre*.

—¿Tanto daño te hace la plata?

—La plata por sí sola no suele hacerlo, pero esa daga… Quizá es por los tallados de la hoja, pero me ha resultado muy desagradable —dije.

—Entonces las escrituras talismánicas también te afectan —observó ella—. Quizá resulta que sí que tenemos algo en común. —Se mordió el labio y me miró con recelo—. ¿Cuál es tu primer deseo?

—¿Hemos acordado que serán tres?

Se mantuvo en silencio unos segundos, lo cual me vino bien. Aún no me sentía del todo restablecido y me dolía hablar. Pero, al final, accedió».

Aquí termina el diario. Me gusta el padre que observo en estas páginas: valiente, respetuoso, divertido. Mi madre también, fiera y leal, a diferencia del cascarón vacío en el que se convirtió después de que mi padre nos abandonara. Hace que me dé cuenta de que tengo un carácter muy similar al de mi madre y, por extraño que parezca, Tony se parece a mi padre. Le perdonó muchas cosas a mi madre; aunque trató de matarlo, lo acusó en falso e intentó matarlo de nuevo, él no dudó a la hora de salvarla una y otra vez, y tampoco trató de hacerla permanecer a su lado. Se contentó con cuidarla y protegerla lo mejor que pudo.

Igual que Big Wang hizo todo lo que pudo por mí. Quizá así es como se debe amar a otra persona.

39

NOSTALGIA

Gigi regresa de la *jam session* improvisada con un cuenco de fideos humeantes, una botella de sangre y muchos cotilleos. Coloca los fideos y la botella sobre la mesa y luego se deja caer en la cama.

La botella está caliente. Puedo oler la sangre incluso a través del vidrio: un aroma dulce y frutal, a albaricoques maduros y con un toque mineral, como a ostras frescas. Los colmillos sobresalen de mis encías acompañados del ya conocido escozor. La última vez que tomé sangre fue en el salón de Mémère, después de… Mi costumbre siempre ha sido tomar un vaso al día. Pero no he sentido la necesidad desde ese momento. No me ha apetecido en absoluto. De hecho, el olor, el color (un rojo amarronado) y la forma en que la sangre chapotea espesa y densa en la botella hace que se me revuelva el estómago. Dejo la botella sobre la mesa con rapidez y me cubro la boca para reprimir una arcada.

Gigi se sitúa a mi lado en menos de un abrir y cerrar de ojos. Aparto la vista y empujo el recipiente hacia ella. No hace falta que se lo pida dos veces. La botella desaparece de la mesa y el olor con ella. La puerta de nuestro compartimento se abre y se cierra; el olor se reduce a un nivel tolerable. Apoyo la mejilla contra la mesa y cuento mis respiraciones hasta que se me pasan las náuseas.

—Estos días casi no has comido y no has bebido nada de sangre…

La mera mención hace que me suba la bilis a la garganta. Agito los brazos para que se detenga.

—De acuerdo —dice—, pero al menos cómete los fideos.

—Está bien —musito y me acerco el cuenco y los palillos. Me meto los fideos en la boca con obediencia, pero el olor es demasiado fuerte. Tras unos pocos bocados, ya no puedo más.

—Te has perdido un buen espectáculo esta noche —afirma—. Marianne y Lord Aengus han cantado un dueto mientras Ah Lang tocaba la pipa. Incluso se ha unido Mémère; tiene una voz increíble.

—¿Imagino que la conversación entre ella y Lord Aengus ha ido bien?

Gigi asiente.

—Parecía bastante sensato. Seguro que se siente aliviado de no tener que volver a ocultarse. Ah Lang también enseñó a los Durand a jugar al Da Lao Er. —Suelta un resoplido de frustración—. Pensé que la música lo distraería, pero, después de unas pocas canciones, ha vuelto a por las cartas.

—¿Siempre ha jugado tanto? —Intento recordar si jugamos durante nuestro viaje al Shanghái mortal.

—Hacía tiempo que no. Pasa por épocas en las que es lo único que quiere hacer y otras en las que se olvida por completo de la existencia de las cartas. —Se encoge de hombros y pone una cara que parece querer decir «¡qué se le va a hacer!»—. Casi se me olvida lo mejor de la noche. Max ha montado un berrinche tremendo tras varias derrotas seguidas. Mémère ha tenido que acompañarlo hasta su cuarto. Nunca había visto a Ah Lang parecer tan engreído.

—¿Max también estaba? —No me puedo creer que yo haya sido la única que se haya quedado fuera. Para ahogar la punzada de amargura, me recito a mí misma: «Le estoy dando espacio a Tony, le estoy dando espacio a Tony, le estoy dando espacio a Tony». Y luego, como soy incapaz de contenerme, pregunto—: ¿Cómo está Tony?

—Está menos enfadado —dice Gigi—. Según Ah Lang, el té *pu-erh* le ha ayudado mucho con el dolor estomacal. Ya apenas tiene

retortijones.

Entro en pánico al recordar que he sido testigo de las nulas habilidades del celestial para mentir.

—No le ha dicho que era de mi parte, ¿verdad?

Ella ríe.

—Cree que es de Marianne. —Se yergue en la cama—. Jing, no tienes que ocultar que lo estás ayudando.

—Si Tony lo supiera, se negaría a bebérselo.

—Evitándoos no vais a resolver nada. Ven con nosotros mañana. Así verás por ti misma que cada día está mejor. —Le echa un vistazo a mi cuenco lleno de fideos—. También necesitas comer algo en condiciones.

Por la mañana, Gigi me arrastra hasta el vagón restaurante. Los Durand están sentados en una larga mesa, tienen los platos llenos de *pain au chocolat* y *bao*, y beben tazas de café y *chocolat chaud*. Mémère casi tira su bastón cuando se apresura a recibirme.

Toma mi mano entre las suyas y examina mi rostro con una mueca. Le echa un vistazo a Marianne y habla deprisa.

—Nos alegra mucho que hayas decidido venir —dice Marianne; sus ojos atentos me escudriñan—. Voy a traerte algo de comer. ¿Qué te apetece?

Mémère me guía hasta el asiento que está a su lado mientras Marianne enumera las opciones para el desayuno.

—… *fan tuan*, *xiao long bao*, arroz *congee*, *croissant*, *baguette* con mermelada, palitos fritos, leche de soja, bollitos de sangre…

Presiono los labios con la esperanza de que se detenga.

—… y tenemos sangre fresca embotellada de sobra…

Me sube la bilis por la garganta; salgo despedida de la mesa mientras me tapo la boca con la mano y corro hacia mi cuarto. Ya veo la puerta de mi habitación; pero, de pronto, Lord Aengus está en el pasillo bloqueándome el paso. Me mira ojiplático cuando se percata de que estoy recorriendo el pasillo a toda velocidad. De

alguna forma, consigue hacerse a un lado y yo llego a mi cuarto. La puerta se cierra a mi espalda y vomito por todo el suelo.

Después de que haya limpiado, Gigi trae a Marianne y a Mémère para que me vean.

Mémère se sienta en el borde de la cama, me toma de la mano y me acaricia el pelo, con una arruga formándose entre sus cejas canas. Gigi y Marianne se sientan en la mesa con una cesta de mimbre entre ellas.

—Gigi nos ha dicho que no has estado comiendo ni bebiendo nada de sang… —Marianne se detiene de forma abrupta cuando Gigi sacude la cabeza con violencia. Ella asiente, comprendiendo la situación, y evalúa con más cuidado las siguientes palabras antes de volver a hablar—. Mémère quiere que sepas que está muy orgullosa de ti. Dice que realizaste el ritual a la perfección. A pesar de que Tony estuviera enfermo, la *benesangue* echó raíces y floreció. Se convertirá…, bueno, en realidad ya es un vampiro poderoso.

—¿Está sano? —pregunto.

Marianne asiente.

—Mejor que sano. Es uno de los vampiros más fuertes que Mémère haya conocido. Tiene la mente lúcida y tan en forma como antes de enfermar. Creo que le irá muy bien en su nueva vida.

Me rueda una lágrima por la mejilla. Está sano y le irá bien. No puedo pedir más.

—El don pasa factura a quien lo otorga —continúa Marianne—. Nuestro padre, y el suyo antes que él, se pasaron décadas preparándose mental y físicamente para realizar el ritual. Pero no tuvimos tiempo. Teniendo en cuenta las circunstancias, lo hiciste de maravilla.

Abre la cesta y extrae una larga *baguette* y un pequeño recipiente con mantequilla.

—No comer no es una opción; puede que seas inmortal, pero no eres invulnerable. Para los vampiros, la comida a temperatura

ambiente sin olores fuertes es la mejor y no debería provocarte náuseas. El pan con mantequilla suele bastar. —Parte un pedazo, la corteza cruje bajo sus dedos, lo unta de mantequilla con un cuchillo pequeño y me lo ofrece—. ¿Quieres probar?

Tiene razón, el pan es inofensivo. La combinación de la miga blandita con la corteza crujiente y la mantequilla cremosa da justo en el blanco. Me lo termino en unos pocos bocados. Mémère asiente y sonríe orgullosa como si hubiera conseguido algo, cuando lo único que he hecho ha sido engullir pan como un pato hambriento. Aun así, le aprieto la mano, contenta de tenerla a mi lado.

Marianne unta el resto de la barra de pan.

—No te lo comas todo de golpe o te entrará dolor de barriga, pero debes comértela toda hoy, ¿de acuerdo?

Asiento.

Mémère me da un toquecito en la mano y habla en voz baja.

—Eres muy importante para nosotros; tú también debes prosperar —traduce Marianne.

Durante los últimos días del viaje, me quedo en mi cuarto y como pan con mantequilla. Mémère y Marianne vienen a charlar de vez en cuando. Incluso echamos algunas partidas al Da Lao Er. Gigi se asegura de mantenerme al tanto de las novedades: la nueva amistad que ha surgido entre Tony y Lord Aengus en torno a cómo sus afecciones han generado cambios en sus vidas. Tony y Max han llegado a una especie de tregua (aunque Gigi cree que se debe más a que Tony es lo bastante fuerte como para aplastarle el cráneo a Max con una sola mano que al hecho de que Max haya tenido alguna epifanía o remordimiento). Y la noticia más importante de todas: Ah Lang por fin se ha cansado del Da Lao Er y ha vuelto a su música. Creo que nunca había visto a Gigi tan aliviada.

Todos los días Marianne me informa: «Tony se está recuperando estupendamente».

Quiero verlo con mis propios ojos para asegurarme de que está sano y bien, sin que todos mis pensamientos salgan huyendo atemorizados y sin sentirme como una mierda pinchada en un palo. Así que, durante la última noche, mientras Gigi ronca con suavidad en la otra punta del cuarto, salgo a hurtadillas y camino de puntillas por el pasillo poco iluminado.

El tren se mece con suavidad y en silencio. Me apoyo contra la pared de su compartimento. Dentro de la sala, se oye el murmullo de tres corazones bajo las rítmicas respiraciones del sueño profundo. Me resulta fácil identificar el de Tony; su corazón de vampiro late mucho más despacio que los otros dos, pero late, con constancia y firmeza. La sangre fluye por sus venas con un zumbido suave.

Me deslizo hacia abajo con la espalda contra la pared y me abrazo las rodillas. El corazón de Tony está sano y fuerte, tamborilea con la promesa de su inmortalidad. Por primera vez desde que salimos de París, respiro con tranquilidad. No importa lo que piense de mí, su corazón está a salvo. Y resistirá.

Cierro los ojos y busco el olor de Tony. Marianne dijo que cuando el alcanfor sale a la luz, significa que la *benesangue* ha funcionado. En efecto, el alcanfor es ahora la nota principal, más intensa, igual que la glicina. La prefiero antes que el tono a rosa disecada de los demás. Es un aroma almizcleño y amaderado con un toque floral. Le queda bien. La cáscara de sandía y la nieve ahora son menos nítidas, casi imperceptibles; me provoca cierta melancolía. Es mi olor favorito. Lo echaré de menos.

A solas en el pasillo, amparada por el silencio nocturno, me permito olvidar, solo por un momento, la culpa, la pena y la duda. Me sumerjo en su fragancia como si aún fuera mío.

Con los ojos cerrados, evoco los detalles para que la mentira parezca real: su respiración contra mi pelo, el calor de su cuerpo que entibia el aire entre nosotros, su corazón latiendo contra el mío, los dos unidos. Incluso su olor se intensifica tanto que casi puedo sentir cómo me rodea con los brazos.

El engaño es tan reconfortante que no abro los ojos de nuevo hasta que estoy a salvo en mi habitación.

Tony se encuentra tumbado en la cama; el sueño lo evade. Tiene los sentidos tan agudizados y su cerebro recibe tantos estímulos que no consigue relajarse; cada nuevo aroma lo pone alerta y le resulta agotador. El constante asalto de olores hace que le duelan los senos nasales. Unas pisadas en el pasillo lo distraen de su letanía de quejas. Le resulta extraño, pues a esas horas normalmente todos están dormidos. Juega a identificar a la persona por su fragancia. Sigue sin ser perceptible, pero cuando los pasos se acercan más, el olor se hace evidente: el aroma cítrico y fresco de las calamondinas, un fondo de madera de agar y un toque de chile.

Jing.

Pensar en ella le provoca dolor de cabeza. La extraña muchísimo, pero está enfadado, y también avergonzado por su propio comportamiento. Ella le dio una segunda oportunidad: un obsequio poco común. Un regalo que él dejó muy claro que no deseaba. Sin embargo, ahora que es vampiro, se percata de que nunca entendió realmente qué eran los vampiros; solo lo que él creía que eran. Descubre al hablar con Mémère, al aprender a ser un vampiro gracias a ella, a sus protocolos, normas y valores, que los había juzgado mal. Peor aún. La había juzgado mal a ella.

Se transporta hasta el pasillo en forma de niebla, tal y como le ha enseñado Mémère.

Jing está hecha un ovillo en el suelo, se abraza las rodillas contra el pecho y tiene la cabeza acurrucada entre los brazos. Flota por encima de ella sin que lo vea. Ella mantiene los ojos cerrados, tiene el ceño levemente fruncido, como si se estuviera concentrando. Poco a poco, sonríe.

Él vuelve a adoptar su forma y se agacha frente a ella. Nunca la había visto así de pálida y con las mejillas hundidas. Está delgada.

Demasiado delgada. Ah Lang le dijo que no estaba comiendo. Se preocupa; Jing necesita, como poco, cinco comidas al día.

Se pone en pie y Tony vuelve a convertirse en niebla, aferrándose al techo, pero no hacía falta que se preocupara. Ella sigue teniendo los ojos cerrados.

40

REUNIÓN

Tras una semana de viaje, atravesamos la espesa niebla hasta llegar al crepúsculo azulado de mi hogar. Hay una sucesión de imágenes conocidas, como si pasara las páginas de un libro ilustrado: un *yaojing* tirando de una carretilla llena de repollos; una fila de almacenes estropeados; la entrada arqueada a los edificios Shikumen; un trío de fantasmas, bañados en luces de neón, que nos saludan al pasar. Desearía que el tren redujera la velocidad para poder recrearme en cada detalle.

—¿Por qué sonríes, Jing? —pregunta Gigi, mientras cierra una de sus muchas maletas.

—Vivimos en una ciudad bastante genial.

Gigi imita mi sonrisa.

—Eso es cierto. Ya casi hemos llegado. Vayamos a esperar junto a la puerta.

Con un chirrido metálico y un silbido largo y potente, el tren se detiene en la estación en la que nos aguardan Big Wang, Caballuno, Cabeza de Toro e incluso el viejo Zao.

—Bienvenida a casa, pequeña Jing —dice Big Wang. Me coloca su enorme mano sobre el hombro y me da un apretón, una muestra de afecto muy efusiva para él.

—Cómo me alegro de que hayas vuelto, *Lady* Jing —dice Caballuno—. Estos días han sido muy aburridos sin ti. —Tras un gran suspiro, se echa a llorar. Su reacción me resulta conmovedora y ridícula a partes iguales.

Río, pero, por algún motivo, estoy llorando igual que él.

—Yo también te he echado de menos.

Cabeza de Toro no dice nada, pero el brillo de sus ojos lo delata.

—A ti también te he echado de menos, Lord Nioh.

—Ajá. —Es la única respuesta que recibo.

—No dejes que el estoicismo de Lord Nioh te engañe —dice el viejo Zao—. Ha estado muy taciturno. Lord Ma tiene razón: te hemos echado de menos, querida.

Ante el codazo del viejo Zao, Cabeza de Toro me otorga una sonrisa tímida en la que se advierte un hueco entre sus incisivos delanteros.

Big Wang alterna la mirada entre Lord Aengus, a quien debía dejar en manos de su sanadora en París, y Tony. Una arruga aparece un breve instante en su entrecejo. Me pregunto si Big Wang percibe el cambio en Tony, pero no tengo tiempo para meditar al respecto porque los Durand se bajan del tren.

—Big Wang, permite que te presente a mi familia vampírica —digo—. Esta es mi abuela, Aliénor de Durand; mi hermanastra, Marianne; y mi hermanastro, Max. —Me vuelvo hacia los Durand. Max mira a Big Wang boquiabierto y Marianne a su vez lo hace ojiplática. Sin embargo, Mémère asume su corpulencia y su altura con aplomo. Asiento en señal de aprobación y continúo—: Este es Yan Luo Wang, mi padre adoptivo y Rey del Infierno.

Marianne traduce; sus trinos son como el canto de un ave.

Mémère se dobla por la cintura, honrando a Big Wang con una profunda reverencia. Marianne y Max la siguen.

—Hablo en nombre de la matriarca de la Casa Durand —señala Marianne—. Hace tiempo que admiramos al estimado Yan Luo Wang. Hemos tomado prestada la noble luz de *Lady* Jing y llegamos a Tian

gracias a vuestra fortuna. Le ofrecemos diez mil años de buena salud al venerable Yan Luo Wang.

Big Wang emite un sonido evasivo; es mitad asentimiento, mitad gruñido.

Parece impresionado por las pedorretas cortesanas de Marianne, pero permanece en silencio, lo cual roza la grosería, hasta que dice:

—Bienvenidos al Shanghái yin. Es un honor conocer a la familia paterna de *Lady* Jing. —Hace una reverencia, no tan pronunciada como ellos, pero, para un *yaojing* del rango de Big Wang, les muestra mucha deferencia—. He hecho los preparativos para que os hospedéis en el hotel. Mañana por la mañana, Jing liderará nuestra delegación hacia las Colinas Turquesa. Si no os importa, podemos aplazar la cena de reencuentro para cuando volváis.

»Los Durand vendrán conmigo. Gigi, Ah Lang, Tony y la pequeña Jing irán con Lord Zao; podéis iros a casa, descansad y reuníos con nosotros por la mañana. Lord Aengus irá con Lord Ma. Mis criados se ocuparán del equipaje.

—Iré contigo —le dice Tony a Lord Aengus.

Big Wang le lanza una mirada a Tony de ojos rojos y brillantes. Siento una leve satisfacción al ver cómo Tony traga con nerviosismo cuando pasa junto a Big Wang para unirse a Lord Aengus y Lord Ma.

Nos apretujamos en los coches designados y nos marchamos de la estación en un convoy de los Packards de Big Wang, unos mastodontes negros que se deslizan a través de las calles en penumbra del Shanghái Inmortal.

El viejo Zao no pregunta por Tony de inmediato. Primero, nos pone al día de todos los cotilleos del barrio: los líos, las rupturas y todo el drama entre medias.

A medida que recorremos el Bund y pasamos junto al Hotel Cathay, el viejo Zao dice:

—No os vais a creer lo que pasó cuando pillaron a cierto ministro haciendo piececitos con el nuevo asistente de su marido.

—¡Apuesto a que se trata del ministro Gu! —exclama Gigi—. No lo culpo. He visto al asistente de su marido, al señor Ke. Es guapísimo. —Se abanica con la mano.

A Ah Lang se le entrecorta la respiración y adquiere una expresión compungida.

Gigi le acaricia la mejilla.

—Pero no hay nadie más guapo que mi Ah Lang, por supuesto —arrulla, lo cual parece que lo apacigua.

El viejo Zao sofoca una carcajada.

—En efecto, se trata del ministro Gu. En un arrebato de celos, su marido lo confrontó en medio del Salón de la Armonía cuando el Consejo estaba en pleno apogeo y le gritó que el señor Ke era su amor y que no quería compartirlo.

—Vaya —comenta Gigi—. No había pasado nada así de interesante en el Consejo desde que a Jing le dio por prender juego a las ministras *hulijing*.

—Eso solo ocurrió una vez —musito contra la ventana.

Atravesamos la Puerta Norte de la muralla fortificada original de la Ciudad Vieja; el Packard entra a duras penas por el túnel de poca altura.

—Todavía no sabéis el giro que dio la situación —canturrea el viejo Zao—. Resulta que el señor Ke está casado. Su esposa apareció en el Consejo esa tarde blandiendo un cuchillo de carnicero y dispuesta a hacer a su marido pedacitos para ofrecérselos como sacrificio a sus ancestros. Tuvieron que evacuar el Salón y hacer llamar a la división del Viento Norte.

El Packard se detiene frente a la casa de Gigi: una pequeña vivienda de una sola planta, que destaca por su sencilla arquitectura y por la ausencia total de detalles ostentosos. No hay balcones adornados con joyas, ni fachadas repletas de jade, lapislázuli, coral, plata u oro. No hay relieves tallados, ni collares de perlas que tintinean con la brisa. La casa es sutil y elegante; solo el brillo de la madera del árbol de la seda delata su linaje celestial.

Gigi y Ah Lang se despiden de nosotros con la mano.

En cuanto estamos a solas, el viejo Zao me pregunta:

—¿Qué ha ocurrido entre Tony y tú? ¿Y por qué huele diferente?

Sabía que en algún momento llegarían las preguntas y he pasado un tiempo cavilando la respuesta. Lo primero y más importante de todo es asegurarme de que Tony no se sienta avergonzado por ser quien es.

—Ahora Tony es vampiro —digo, con toda la naturalidad posible.

El viejo Zao aprieta el freno y me coloca un brazo delante.

—¿Que es qué?

Por suerte llevo puesto el cinturón de seguridad. No sé mucho de física, pero estoy bastante segura de que un brazo no impediría que saliera despedida por el parabrisas.

Un par de conductores de *rickshaw* nos sortean y profieren gritos muy floridos sobre mantener relaciones íntimas con nuestras madres y dieciocho generaciones de nuestros ancestros.

El viejo Zao baja la ventana y se asoma.

—¡No tenéis el vigor suficiente! —les grita a los conductores y agita el puño por si acaso—. ¡Vuelve aquí, huevo podrido! Yo sí que te voy a enseñar quién…

Me cubro las orejas y me hundo en el asiento, tratando de bloquear la voz del viejo Zao mientras enumera con todo detalle las cosas que les haría a los ancestros de las madres de los conductores y Tian sabe qué más. Su enfrentamiento dura lo suficiente y es a un volumen lo suficientemente alto como para que la gente empiece a asomar la cabeza a través de sus puertas y ventanas.

—Sigamos adelante, viejo Zao —susurro—. La gente nos está mirando.

—Estos jóvenes de hoy en día no tienen modales. —Sube la ventanilla—. No vamos a ir a ningún sitio hasta que me lo cuentes todo.

El viejo Zao no suele ser severo conmigo, pero, cuando lo es, resulta intratable.

He elegido el peor momento. Debería haber dado rodeos hasta que llegáramos a casa, que está a solo cinco minutos de distancia. Al

menos he practicado cómo relatar todos los eventos que conforman el rompecabezas de forma coherente.

Inspiro hondo y recito.

—Puesto que soy la única que recibió la habilidad de mi padre de otorgar la inmortalidad, me nombraron heredera de la Casa Durand, impugnando el derecho al título de mi hermanastro, a pesar de que lleva varios siglos preparándose para asumir el puesto.

El viejo Zao interrumpe mi monólogo ensayado.

—¿Te refieres a Max? ¿Al que hemos conocido en la estación?

—Ese mismo.

—Ya decía yo que parecía nervioso —bromea el viejo Zao—. Es una manzana podrida.

—Sí. —La siguiente parte me resulta más difícil de decir, así que la suelto de carrerilla—. Dado que Max tiene heces fermentadas en lugar de cerebro, decidió que beberse la sangre de Tony sería una forma divertida de lidiar con sus celos. Resulta que los vampiros poseen patógenos en la saliva que pueden activar una enfermedad mortal en los humanos.

—¿Hizo enfermar a Tony? —El deje burlón de su voz ha desaparecido. Percibo su mirada, pero, si lo miro a los ojos, no seré capaz de terminar con lo que tengo que decir.

—Bingo. —Lo siguiente también me cuesta y me sale una voz áspera—. Tuve que escoger entre un mundo con Tony y un mundo en el que no me recordara. —Dejo caer la cabeza—. Tomé una decisión que sabía que él no deseaba y ahora me odia por ello.

También está lo de la promesa que le hice esa noche a Mémère. Pero ya se la contaré después de que encontremos a mi padre.

El viejo Zao emite un largo suspiro.

—Algún día echarás la vista atrás y verás este momento como uno de los muchos retos que le dieron forma a tu vida. Lo superarás, te lo prometo.

—Seguro que sí —afirmo con voz temblorosa—. Pero, viejo Zao, ahora mismo me duele mucho.

Cuando ya he terminado de asearme, escojo un *qipao* verde, uno de los favoritos de Caballuno, y camino hasta el Hotel Cathay. Podría hacer esta ruta hasta dormida: me la conozco como la palma de mi mano. Bajo por el Quai de France, paso junto a las casas de madera pintada de blanco pegadas a las murallas de la Ciudad Vieja, cruzo las vías del tranvía, sigo de largo la estatua del Ángel de la Paz y los muelles a rebosar de gente.

El pescador Lo está en la parte trasera de su sampán, una pequeña embarcación con una zona de asientos cubierta, apoyado en un remo desgastado. De su boca cuelga un cigarro sin encender. Cuando me ve, levanta una mano a modo de saludo, igual que hace cada mañana cuando realizo este trayecto de camino para ver a Big Wang. Se me cierra la garganta cuando lo añado a mi lista de despedidas.

Él ladea la cabeza al ver mi expresión y frunce el ceño, pero me obligo a sonreír y saludo con una reverencia antes de salir corriendo y dirigirme hasta el último extremo del Bund, donde un distintivo tejado de cobre reluce en contraste con el cielo azul aterciopelado.

Me detengo y lo contemplo. Quizá es por el estrés, los efectos del viaje o quizá solo estoy cansada, pero, de pronto, estoy muerta de la risa. Las carcajadas brotan de mí en torrentes. Jadeo, grito, resoplo y me doblo por la mitad porque no consigo recobrar el aliento. Los fantasmas y los *yaojing* me miran de reojo; algunos cruzan la calle y otros ajustan su rumbo para dejarme espacio.

Desde que tengo memoria, Big Wang ha debido aguantar mis quejas sobre la falta de estrellas en el Shanghái yin. Sin embargo, ahora que estoy a punto de marcharme, me percato al fin de que el Bund tiene su propia estrella. Da igual en qué lugar de la ciudad me encuentre: el tejado de cobre del Hotel Cathay siempre ha sido mi faro y me guía allí a donde tenga que ir.

Echo la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, y los sonidos y olores de la ciudad me envuelven: desde la música vibrante de los salones de baile hasta las voces agudas de los cantantes de ópera Yueju, el repiqueteo de las fichas de *mahjong* de las casas de

apuestas, los vendedores ambulantes de comida con sus *bao* al vapor, tofu maloliente, las bayas de espino de caramelo y el siempre presente hedor salobre del río Whangpoo. Una cacofonía caótica; mi cacofonía caótica.

Me encamino hacia el ático del Hotel Cathay y me dirijo directamente hasta el estudio de Big Wang, donde lo encuentro sentado frente a una mesa baja, con las teteras y las tazas preparadas.

—Parece que me estabas esperando —digo, al tiempo que tomo asiento.

—Hmmm. —Vierte el té en la taza *wenxiang*, pone la *pinmin* encima dada la vuelta y las coloca sobre la mesa.

Volteo las tazas y me acerco la *wenxiang* a la nariz; me tomo mi tiempo para saborear el aroma. A juzgar por el color, se trata de otro *pu-erh* añejo. La fragancia tiene muchas capas: notas florales de madreselva y orquídea, con toques de caqui maduro y caramelo.

—Qué bien huele.

Big Wang asiente.

—Es un té *pu-erh* del año en que naciste.

—¿De veras? —El té, de un intenso color ámbar, titila en mi taza cuando le doy vueltas y la sostengo un poco inclinada para apreciar su color—. ¿Y cómo es que nunca lo hemos tomado?

—Yo lo bebo todos los años.

Hago una mueca.

—Vaya, gracias por compartirlo.

Ignora mi pulla.

—Fue un regalo de *Lady* Longnu cuando te adopté. Me dijo que bebiera un poco todos los años. Que me ayudaría a comprender. Lo que no me dijo fue qué era lo que debía comprender. —Se encoge de hombros—. Como bien sabes, a un rey dragón no se le pueden exigir respuestas. Así que lo único que pude hacer fue prepararme una jarra todos los años y beberla.

Toma la taza *pinmin* y da un traguito. Yo hago lo mismo. Abro mucho los ojos. El sabor es complejo e intenso, permanece en mi lengua con una maravillosa y suave dulzura. Bajo las notas florales y de fruta confitada, hay una cremosidad con sabor a nuez, como un macarrón francés. Un toque amargo equilibra el sabor y le aporta una intensidad aún mayor.

—Está delicioso. No me puedo creer que te lo hayas estado guardando para ti, Big Wang.

Él ríe.

—La primera vez que preparé este té, pensé que *Lady* Longu me había gastado una broma pesada. El té era tan astringente que me parecía como comerme un caqui verde. Me dejó la boca seca. Fue muy desagradable.

—Qué asco —digo—. Pero seguro que al año siguiente sabía mejor.

Big Wang niega con la cabeza.

—Al año siguiente fue igual de asqueroso.

Miro mi taza vacía con el ceño fruncido.

—No me estaba imaginando el sabor, ¿verdad? Estaba delicioso, ¿no?

Él también mira su taza y asiente.

—Tardé unos cuantos años en descubrir lo que quería que comprendiera.

—Vale, si vas a tener una conversación contigo mismo, volveré más tarde. —Finjo levantarme.

Big Wang sabe que es un farol y me rellena el té.

—Después de que me cuentes lo de Tony, te diré a qué se refería *Lady* Longnu.

Me escucha mientras pronuncio las mismas frases ensayadas que he recitado con el viejo Zao; el brillo rojizo de sus ojos se vuelve más intenso con cada frase. Cuando termino, los dos permanecemos sentados en silencio.

—¿De verdad dijo que no quería ser un vampiro? —pregunta con cuidado Big Wang.

Asiento y susurro las palabras que me atormentan cada día.

—Dijo: «Me resultan aborrecibles a más no poder. Jamás querré ser uno de ellos».

—Hmmm —dice—, se nota que está dolido. Dale tiempo para que se adapte. Pero si después de eso sigue portándose como un patán, yo mismo lo mandaré a los niveles más bajos del Infierno.

—Entrará en razón, estoy segura. —Aunque en realidad no lo estoy en absoluto, pero finjo por el bien de Tony.

Cuando tenía catorce años, pasé por un momento difícil y me alejé del buen camino. No tenía respeto por nadie, mucho menos por mí misma, y disfrutaba siendo destructiva. Ninguna amenaza o castigo surtía ningún efecto. En su desesperación, Caballuno me llevó a visitar los niveles más bajos del Infierno, un lugar donde los malvados se veían obligados a revivir el dolor que le habían infligido a los demás una y otra vez. Creo que Caballuno solo pretendía asustarme un poco. Pero volví y me pasé una semana catatónica. Big Wang se puso furioso y le prohibió volver a llevarme. Era un lugar verdaderamente atroz y jamás se lo desearía a nadie, ni siquiera a los cazadores de demonios que mataron a mis padres.

Por suerte, Big Wang cambia de tema.

—Me sorprendió enterarme por Zhong Kui, el ministro de Ritos, de que Lord Aengus volvía a hacernos otra visita tan pronto.

—Se encontró con el Dagda en París mientras se estaba recuperando. Al parecer, al Dagda no le gusta que viaje, y ahora que sabe que estaba enfermo, Lord Aengus teme que su padre le prohíba volver a viajar. Así que se fugó.

Big Wang exhala un largo suspiro mientras prepara una nueva jarra de té *pu-erh*.

—A veces, para aprender a levantarse, uno tiene que caerse primero. No envidio al Dagda. Pasó muchos años destrozado después de perder a tres de sus hijos a la vez.

—Imagino que Tony se queda con Lord Aengus.

Un asentimiento.

—Parece que se lleva bien con los Durand a pesar de lo que dijo sobre los vampiros. —Sostiene la taza *pinmin*—. ¿Qué crees que me ha ayudado a comprender este té?

No me molesto en cuestionar la forma en que Big Wang conversa saltando de un tema a otro; es mejor que le siga la corriente.

—Que debes confiar en *Lady* Longnu.

Me lanza una mirada que dice «prueba otra vez».

—Imagino que el té cambia a medida que madura. Comenzó siendo astringente y desagradable, pero se suavizó hasta adoptar un sabor complejo.

—Hmmm. Muy bien, pequeña Jing. Cuando eras joven, a menudo dudaba de mis decisiones, de si te estaba ayudando o hiriendo. Durante… —chasquea la lengua—, llamémosla tu época de enfado…

—Básicamente los últimos noventa años, más o menos —bromeo y recibo una sonrisa poco común de parte de Big Wang.

—Año arriba, año abajo —afirma—. Durante ese tiempo, fuiste muy desagradable. Igual que los cuatro primeros años de este té.

—Qué borde —musito en voz baja.

Big Wang eleva una ceja.

—Año tras año, el té empezó a revelarse poco a poco. Las capas, la dulzura y la amargura, el color; todo cambiaba con el tiempo. Igual que tú. El té me enseñó a ser paciente: esa astringencia inicial floreció hasta convertirse en una complejidad dulce. Tú eras igual.

Es una metáfora bonita, si dejamos de lado lo de la astringencia que te deja seca la boca del principio. Me entrega un pequeño tarro *cloisonné*; en la parte frontal hay un zorro de nueve colas incrustado.

Lo acepto con reverencia.

—¿Es…?

—Sí. El mismo té *pu-erh*, pero cosechado este año.

Mi sonrisa desaparece.

—Pero ¿no has dicho que durante los primeros no sé cuántos años el té era asqueroso e imbebible?

Él asiente con júbilo.

—¿No me podrías dar un poco de ese añejo y delicioso?

—Sé que las cosas son difíciles entre Tony y tú, pero sé que aún se preocupa por ti, aunque ahora mismo su enfado no deje espacio a nada más. Prepárate este té una vez al año; te ayudará a comprender, como me ayudó a mí.

El tarro es pesado, tanto como para poder preparar el té durante décadas o incluso siglos.

—Gracias, Big Wang.

—Sobre Yunnan…

Con todo lo que ha ocurrido, no he tenido energía para pensar en mi padre. Pero ahora que me encuentro ante la posibilidad real de que lo encontremos… una pequeña parte de mí ha empezado a albergar una esperanza.

—Los Durand irán contigo. Lord Aengus y Tony también.

—¿Ellos también vienen?

Big Wang forma una línea severa con los labios y le brillan los ojos en un tono rojo.

—Tony me hizo una promesa y espero que la cumpla. —La luz airada de sus ojos desaparece cuando dice—: Lord Ma ha estado a punto de tener un colapso mental por la mera idea de tener que hacer de anfitrión para Lord Aengus otra vez; puesto que Tony y él se entienden tan bien, pensé que podría unirse a la delegación. No te importa, ¿verdad?

Sacudo la cabeza. Me alegra que Tony vaya a tener un amigo que le haga compañía.

—He estado en contacto con Lord Black —dice tras aclararse la garganta—. Se reunirá con vosotros en las Colinas Turquesa y os acompañará a ver a Niang Niang. Tengo el presentimiento de que ella sabe dónde encontrar el altar.

41

ABUELITAS

A la mañana siguiente, me dirijo hasta el Bund, donde debo reunirme con todos junto al muelle. Big Wang ya está allí, esperando con los Durand, Tony y Lord Aengus. Marianne carga con una bolsa colgada del hombro, llena de regalos para Niang Niang.

Bajo la vigilancia de Big Wang, Tony no se atreve a lanzarme miradas de desprecio, aunque estoy bastante segura de que me observa por el rabillo del ojo.

Max se remueve con nerviosismo, luego se aclara la garganta.

—Buenos días, Jing —dice en un mandarín decente.

Abro la boca sorprendida. Big Wang alza las cejas y me recuerda que debo tener buenos modales.

—Ah, sí, buenos días a ti también, Max —digo.

Max sonríe aliviado, dirige los ojos hacia Big Wang y luego aparta la vista.

Sé que sus esfuerzos por ser amable conmigo han sido cosa de Big Wang, así que le rodeo la cintura con los brazos, aunque apenas alcanzo a cubrir la mitad.

—Gracias por ayudarnos a encontrar a mi padre, Big Wang.

Big Wang se sonroja y me da un toquecito en el hombro algo incómodo.

—Es hora de irse.

Asiento y señalo la pasarela que conduce hasta el pescador Lo y su sampán. Lord Aengus avanza en cabeza, seguido de Max. Tony

permanece cerca de Mémère y Marianne. A medida que atravesamos la pasarela de metal, esta se balancea y rechina bajo nuestros pies. Mémère se queda congelada. Por mucho que Marianne trate de persuadirla, se niega a moverse.

Entrelazo mi brazo con el de Mémère y le acaricio la mano.

—Yo también solía odiar el agua —digo—. Pero la verdad es que, dado que puedo aguantar la respiración durante mucho tiempo (días, quizá incluso semanas), he descubierto que puede resultar muy divertida. Una vez exploré el fondo de un lago. Había un montón de peces preciosos.

Marianne traduce con un trino veloz y provoca una sonrisa en el rostro pálido de Mémère, seguida de una expresión de sorpresa. Hace una pregunta. Marianne traduce.

—¿El agua no te hizo pedazos?

Niego con la cabeza.

—Sé que es peligroso entrar en el agua en forma de niebla, pero yo estaba en mi forma habitual. El agua no podía hacerme daño. Ni siquiera cuando mi abuela intentó ahogarme. Me metió en una jaula y me soltó en el fondo de un lago. Solo tuve que aguantar la respiración y esperar a que alguien viniera a buscarme.

Tras escuchar mi respuesta, Mémère me aprieta la mano con más fuerza. Alza el mentón y permite que la conduzca a través de la pasarela y el estrecho pontón hasta el sampán con Tony a la zaga. Me alegra que haya conectado con Mémère; se lo ve atento ante el malestar de ella.

Cuando ya estamos todos en el barco, el pescador Lo empuja el *yuloh* y el sampán se desliza hasta las corrientes del Whangpoo. Sostengo con fuerza la mano de Mémère mientras Lo nos lleva remando por el río, haciendo que la barca se meza de un lado a otro. Se coloca un palito de incienso entre los dientes y lo enciende como si fuera un cigarrillo largo. La punta sisea en un tono rojo y unas volutas de humo azul forman espirales alrededor de su cabeza.

—*Boh-yo-boh-lo-mi* —dice.

Pasamos bajo una niebla espesa y emergemos en las aguas cristalinas del Lago del Reflejo Eterno.

Lord Aengus contiene un grito y da un aplauso.

—La belleza de las Colinas Turquesa supera mis expectativas. — Se arranca en un extenso poema, pero yo dejo de prestar atención.

El pescador Lo se guarda sus opiniones para sí, pero estoy bastante segura de que lo he visto poniendo los ojos en blanco.

Señalo el Pabellón del Reflejo, que se halla solo en medio del lago pero unido al resto del complejo palaciego por una larga pasarela de madera. Navegamos más allá del pabellón, una estancia abierta por todos lados para aprovechar las vistas. Solía ser el lugar favorito de mi madre. Aunque ahora que carece de muebles y está abandonado a su suerte, parece abandonado y descuidado.

Lo rema hasta la orilla donde se encuentran apiñados el resto de los pabellones. Todo el complejo palaciego, que se extiende hasta las laderas boscosas, está construido con madera del árbol de la seda, un material que las *hulijing* aprecian porque vuelve las superficies reflectantes. Ellas son, ante todo, vanidosas. Unos azulejos azul verdoso, a juego con el lago, ondulan a lo largo de los aleros curvados.

Lord Black está sentado en el pabellón más cercano al bosque, con los pies y el bajo de su túnica marrón desgastada colgando por encima del agua.

—¡Lord Black! —lo llamo.

Él saluda con alegría. Desembarcamos en cuanto el pescador Lo ha amarrado el sampán al muelle.

Lord Black saluda a Lord Aengus con calidez. Se dirige a mi familia vampírica con un francés bastante tosco. A mí me da un golpecito en la mano cuando subo al muelle. Se queda mirando a Tony más tiempo del habitual. Al fin, hace una reverencia y dice:

—Este ser del Mar del Norte se presenta ileso ante vosotros. — No espera a que hagamos las debidas presentaciones—. Debemos darnos prisa.

Solo Tony y yo hemos estado con anterioridad en las Colinas Turquesa. Me preocupaba que se sintiera incómodo, puesto que la última vez que estuvo aquí casi muere a manos de mi abuela. Pero parece que está gestionando bien la situación. Los otros nos siguen boquiabiertos a medida que recorremos un pabellón tras otro. Las *hulijing* se detienen con curiosidad cuando nos ven, hasta que se percatan de mi presencia; entonces todas se escabullen. Incluso Max las contempla embobado con los ojos como platos y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Marianne —digo—, tienes que advertir a tu hermano de que no se involucre con las *hulijing*. Le absorberán todo el *qi* y lo dejarán seco como si fuera un cascarón vacío.

Traduce en voz baja y él me mira como si quisiera decir «no te creo».

Me encojo de hombros. Pues nada, que lo descubra por las malas.

—¿Por qué no vienen a saludarnos? —pregunta Lord Aengus—. ¿Tengo algo en la cara? ¿Me he vuelto feo y monstruoso?

—¿Qué harías si te digo que sí? —bromeo.

Lord Aengus se toquetea la cara y el cuerpo, como si estuviera preocupado de verdad, pero no puede mantener la farsa y estalla a reír.

—Sé que estarías mintiendo porque… —se recorre el cuerpo con la mano— ¿quién sería capaz de resistirse a este dios hermoso y virulento? —Saluda con la mano a una *hulijing* que está de paso y agita las cejas—. Hola, ¿cómo te va?

La *hulijing* ríe tras la manga estilo capa de su túnica, pero luego me reconoce y sale corriendo como todas las demás.

—No les caes bien, *Lady* Jing —deduce correctamente Lord Aengus—. ¿Por qué no te cubres la cabeza con un saco?

—Tú sí que deberías cubrirte la cabeza con un saco, señor Intercambio Cultural, o… —sonrío con dulzura— ¿quizá prefieres un jarrón?

—¿Cómo te atreves? —resopla, pero lo dice sin maldad.

Ya hemos llegado al Salón de la Armonía Preservada y Lord Black nos conduce a través de unas enormes puertas de madera hasta la amplia estancia.

Dos enormes pilares de madera dorada del árbol de la seda sujetan el techo de madera labrada pintado con zorros dorados juguetones. En el centro de la estancia hay una tarima donde está reclinada Niang Niang en un trono de madera de palisandro, rodeada de cojines de seda bordada. Su pecho, embutido en una gasa de seda color ciruela, brilla casi tanto como la madera del árbol de la seda. Sus doncellas, vestidas de forma similar con túnicas de distintos tonos ciruela, rosa y melocotón y con las tetas a punto de salírseles de los vestidos, forman fila a ambos lados del trono.

—Yuju, querida hermana Niang —dice Lord Black y agita una manga raída.

Niang Niang extiende una mano para examinarse las uñas, el anillo y los dedos rosados cubiertos por las protecciones de jade imperial.

—Dragón —pronuncia con aburrimiento, sin molestarse en levantar la cabeza, aunque advierto la agitación airada de su pecho —, ¿qué te trae hasta mi palacio sin ser invitado?

—Estoy de visita —responde él con amabilidad.

Mi abuela pasa unos segundos admirándose las uñas antes de dignarse a alzar la cabeza y prestarnos atención.

—Veo que has traído amigos. Lord Aengus, el favorito de la Reina Madre de Occidente, volvemos a encontrarnos, y tan pronto. Pareces… hinchado —apunta con el labio curvado con crueldad—. Y la mascota mortal de mi nieta… —Tony se yergue y se mantiene firme. Niang Niang lo mira con extrañeza y arruga la nariz. Su mirada se dirige hacia los Durand—. Conozco ese hedor.

—Abuela, un placer, como siempre —digo—. Permite que te presente a mi abuela paterna, Aliénor de Durand, a mi hermanastro Maximilien y a mi hermanastra Marianne. Han venido desde Francia para presentarte sus respetos.

Le hago una indicación a Mémère, que da un paso al frente y se dobla en una pronunciada reverencia. Max no se percata de mi señal porque está embobado mirando a las doncellas, así que Marianne tira de él para que haga la reverencia debida.

—Estimada Niang Niang —comienza Marianne—, hemos viajado lejos para deleitarnos ante vuestra gloria y haceros una pregunta: estamos buscando un altar de cazadores de demonios, ¿sabéis decirnos dónde se encuentra?

Niang Niang alisa una arruga imaginaria de su vestido.

—Qué atrevido de vuestra parte presentaros aquí sin ser invitados y exigir que satisfaga vuestra frívola curiosidad. No tengo ni idea de qué me estás hablando. Podéis marcharos. —Mi querida abuela se da la vuelta y espera que obedezcamos.

—Venerable Niang Niang —dice Marianne—, antes de que nos marchemos, permitid que os mostremos los obsequios que os hemos traído desde Francia.

Le hace un gesto a Mémère, que da un paso al frente y comienza a desabotonarse el vestido. La miro perpleja. Nadie mencionó nada sobre desnudarse. Por Tian, ¿pero qué…?

Lord Aengus la observa distraído con cierto interés, mientras Tony tiene la vista fija en el extremo lejano de la sala. Lord Black sonríe con cordialidad, con las manos entrelazadas a la espalda.

El vestido negro de Mémère cae a sus pies y deja a la vista una piel luminosa y radiante, más pálida que el tofu, blanca como la nieve y tan lisa que casi parece lacada. Un sujetador de encaje rosa pálido, adornado con cintas y volantes, hace que sus pechos parezcan increíblemente redondos y turgentes; la ropa interior a juego, de corte alto, resalta sus piernas largas y bien torneadas.

Niang Niang abre los ojos con envidia. En su mirada hay una muestra de admiración.

Marianne extrae un paquete de papel de la bolsa.

—A la venerable Niang Niang le ofrecemos un regalo de lencería parisina, conocida a nivel mundial por su habilidad para destacar nuestros mejores atributos. Además, mi abuela está dispuesta a

compartir sus secretos de belleza a cambio de la ubicación del altar de los cazadores de demonios. —Le ofrece el paquete con ambas manos.

Una doncella lo coge y sube los escalones del altar, luego lo desenvuelve y le presenta la lencería a Niang Niang para que la inspeccione.

Los colores están bien elegidos: burdeos, coral, lila, zafiro. Todos los colores favoritos de Niang Niang. Sostiene el sujetador y alterna la vista entre el objeto y Mémère.

—¿Cuáles son esos secretos de belleza de los que hablas? —dice Niang Niang, que no consigue ocultar demasiado bien su entusiasmo.

—¿Permitís que mi abuela se aproxime hasta vos? —pregunta Marianne.

Niang Niang contempla a mi abuela; en su mirada, la hostilidad y la codicia entran en conflicto. Al fin, asiente.

Mémère camina hacia ella ataviada solo con el conjunto de lencería y un par de tacones de aguja rosa a juego que hacen que sus caderas se contoneen. Me quedo mirando los zapatos; recuerdo perfectamente que en el muelle llevaba unas botas negras. Debe de haberse cambiado en el sampán.

—¿Veis lo suave y lisa que es la piel de mi abuela? Su piel es velluda por naturaleza.

Mémère extiende la pierna para que Niang Niang la inspeccione y esta la mira fijamente antes de pasar dos dedos sobre la espinilla de Mémère, como si estuviera comprobando si tiene polvo. Todo ello sin dejar de agitar la cabeza.

—Mi abuela puede enseñaros cómo obtener un jardín de jade —dice Marianne.

Mémère nos da la espalda y se sitúa frente a Niang Niang. No puedo verla, pero sea lo que sea lo que hace, Niang Niang se echa hacia atrás con los ojos más abiertos de lo que la haya visto jamás.

—¿Normalmente es muy velluda? —dice.

Marianne sonríe. Es evidente que está muy satisfecha con el obsequio que ha elegido.

—Mucho —confirma Marianne.

Parece que Niang Niang está mirando fijamente la entrepierna de Mémère. ¿Jardín de jade? Miro a los demás para ver si alguno de ellos comprende de qué están hablando mis abuelas. Ni Max ni Lord Aengus prestan la más mínima atención: los dos les están haciendo ojitos a las doncellas *hulijing*. Lord Black observa el intercambio con un interés cortés. No obstante, Tony tiene la vista en el suelo y las orejas rojas. Él sí que lo sabe. Pero es probable que no me lo cuente, así que me vuelvo de nuevo hacia la tarima.

Sea lo que sea, está claro que Niang Niang ha sido impresionada. Asiente hacia Mémère, un signo reticente de respeto.

—De acuerdo. Os lo contaré a cambio del secreto para crear un jardín de jade.

Mémère hace una reverencia y está a punto de bajar la tarima cuando la otra mujer le señala los zapatos.

Mi abuela regresa junto a Marianne descalza, vestida solo con la lencería y con una sonrisa de satisfacción.

—He oído habladurías sobre el altar —dice Niang Niang—, pero nunca lo he visto. Si existe, se encontrará más allá de nuestras fronteras orientales, donde las montañas se encuentran con el bosque.

Marianne extrae otro paquete de la bolsa y se lo entrega a una doncella.

—Hemos escrito nuestras instrucciones detalladas. Sin embargo, mi abuela está dispuesta a regresar y mostraros cómo usar la cera debidamente.

Niang Niang se pone en pie, lista para mandarnos marchar, pero baja la vista hacia Mémère y sus ojos se llenan de una emoción tácita.

—No puedo fingir que comprendo el Cosmos. Mataron a mi Rey. Quizá ese fue mi castigo. Al final, me aseguré de que ninguno de ellos sobreviviera. —Tras esas palabras, desciende de la tarima y

abandona el Salón, con las doncellas formando una larga fila tras ella.

—Desde luego eso ha sido muy revelador —bromea Lord Black —. Creo que sé dónde podemos encontrar el altar. —Nos señala para que nos acerquemos—. No os asustéis; vamos a viajar a mi manera, con la perla de dragón.

Lord Aengus intenta arrodillarse, sin duda para soltar una sarta de pedorretas cortesanas sobre lo honrado que se siente al viajar por medio de una perla de dragón, pero Lord Black le sujeta el brazo.

—No es necesario, ya lo sé —le indica a Lord Aengus y luego se vuelve hacia mí—. Por cierto, ya he arreglado tu perla de dragón. Te la colocaré luego. —Inclina la barbilla hacia abajo.

42

EL ALTAR

El desplazamiento es instantáneo. El Salón desaparece. Nos encontramos en la entrada de una cueva rodeada de espesura. Aunque ahora se me da mejor el cambio de reinos que antes, aún hace que me dé vueltas la cabeza. Lord Aengus y Tony caen de rodillas y empiezan a tener arcadas. A los Durand no les ha afectado; quizá su habilidad para transformarse en niebla significa que están más acostumbrados a los desplazamientos vertiginosos.

De la cueva no emana ninguna neblina dorada. La decepción es como un puñetazo en el estómago. Mi padre no está aquí. Le echo un vistazo a Mémère. Coge a Marianne y a Max de la mano, con uno a cada lado. Los tres contemplan la cueva con expresión sombría.

—¿Cómo sabías dónde encontrar el altar? —pregunto.

—Estuve por aquí una vez y reparé en que tenía una energía extraña. Pero nunca se me ocurrió investigarlo —dice Lord Black.

—¿Es seguro? —pregunta Tony.

Lord Black ladea la cabeza hacia un lado, escuchando con atención.

—Hay alguien aquí… Se dirige hacia nosotros. Ahí está —dice, y señala la cueva con el mentón.

Una zorrita blanca sale corriendo a toda velocidad de la cueva. Por el olor sé que es una *hulijing*. Pero no la reconozco.

La *hulijing* blanca rodea a Tony mientras lo olfatea. El aire forma ondas y una joven aparece en lugar del zorro.

Lord Aengus ahoga un grito de sorpresa y la contempla con la boca abierta.

Le da un codazo a Tony y me señala con la barbilla.

—¿Sabías que los *hulijing* también son zorros?

Me doy la vuelta y finjo no oírlo.

—Tienes ca-ra-me-le —anuncia la desconocida antes de mirarnos a los demás—. Marchaos, no os quiero aquí.

—¿Y tú quién eres, pequeño zorro? —dice Lord Black con cortesía.

En el momento en el que se percata de que es un rey dragón, se deja caer de rodillas.

—Venerable Rey Dragón, soy Maomao, protectora de este altar. Está prohibido el paso.

Tony rebusca en su bolsillo y extrae unos caramelitos cuadrados. Me da una punzada en el corazón. Y de pronto envidio mucho a esta mujer zorro.

—¿Y si te los doy a cambio de una visita al altar? —Extiende la mano bocarriba.

La mujer contempla los caramelos.

—Esos caramelos son de Francia. ¿Tú también eres de Francia?

Marianne mira fijamente los dulces y luego a Maomao y susurra:

—A mi padre le encantaban esos caramelos. Nunca iba a ningún lugar sin ellos. —Se vuelve hacia la *hulijing*—. ¿Conoces a mi padre, Romain de Durand? Lo estamos buscando.

—¿Eres la hija de Romain Gege de Francia? ¿La que salva gatitos?

Marianne se queda atónita y las lágrimas se agolpan en sus ojos. Mémère le pregunta algo, pero Marianne abre y cierra la boca sin proferir palabra. Tony la traduce.

—Maomao —digo—, ¿también conocías a mi madre, *Lady* Rey?

Varias emociones se proyectan en el rostro de Maomao: sorpresa, alivio, dolor.

—Rey Jiejie era mi favorita. La ayudé a buscar a Romain Gege a pesar de que Niang Niang nos lo prohibió. Me escapé y lo seguí

buscando. Pero para cuando lo encontré, los cazadores ya habían matado a Rey. Llevo mucho tiempo esperándote, Jing Meimei. Ven. —Pega un salto y se introduce de nuevo en la cueva tras agitar su espesa cola blanca.

Marianne, Max y Mémère se quedan mirando a la zorra. De pronto tengo miedo.

Lord Black encabeza el grupo y lo seguimos al interior de la cueva. El suelo está formado por amplios escalones de piedra que descienden en espiral.

—¿Es tu hermana, Jing? —pregunta Marianne a medida que descendemos—. Te ha llamado *meimei*.

Niego con la cabeza.

—Todas las cortesanas se llaman *hermana* entre ellas. Las *hulijing* paren una sola vez en toda su vida, así que todas somos hijas únicas, a excepción de cuando nacen dos gemelas.

Llegamos hasta el final de las escaleras y nos encontramos en una cueva subterránea. Tres gruesas raíces cuelgan del techo y se clavan en el suelo como si fueran pilares en una sala majestuosa. Maomao nos espera junto a una de las raíces. Cerca de ella hay una mesa recubierta de niebla.

Lord Black aminora el paso y mira la mesa; durante una décima de segundo, su expresión es inhumana, aterradora por la furia que exuda, pero desaparece de inmediato. Se vuelve hacia nosotros.

—Tened cuidado con las dagas.

No entiendo de qué está hablando. Pero luego, veo lo mismo que él.

La mesa está formada por una sección más o menos lisa de la raíz. Y la niebla…, la niebla es…

La niebla es mi padre. Niebla con la forma de un cuerpo, atrapada en el sitio por las dagas talismánicas. Caigo de rodillas y me entran arcadas ante el horror de que haya permanecido cautivo de esta forma durante un siglo.

Lord Aengus maldice en voz baja. El sollozo de Mémère me indica que ella también lo ha visto. Se lanza contra la mesa, ase una

de las dagas e intenta sacarla de la madera. Le empiezan a salir ampollas y ronchas por las palmas de las manos, que se extienden por sus muñecas y le ascienden por los brazos. Grita mientras sigue tirando, pero no suelta la daga. Marianne y Max intentan sujetarla, pese a que su fuerza es prodigiosa. No son rivales para ella.

—Tony. —Al darme la vuelta, me sorprende encontrarlo con los ojos puestos en mí y una expresión algo compungida. Él también se sobresalta y tardo unos segundos en recordar lo que quería decir—. Eh… ¿puedes intentar detener a Mémère?

Pero incluso Tony es incapaz de hacerlo.

Maomao cambia el peso de un pie a otro.

—Lo he intentado muchas veces. Pero no se sueltan.

Al final es Lord Black quien levanta a Mémère con tanta facilidad como si cogiera a un gatito en brazos.

—*Attends* —le dice con dulzura.

Mémère se derrumba contra un árbol, está sonrojada y tiene los brazos hechos un desastre.

Lord Black acerca una oreja a la boca de mi padre y escucha con atención. Frunce el ceño. Extrae dos pequeñas perlas de dragón de algún lugar de su manga. Una con escamas rosas e iridiscentes, que se parece mucho a mi perla de dragón, y otra con escamas negro azabache. Les sopla. Las dos estallan en llamas rosas y negras que se mueven trazando arcos por sus manos como si fueran lazos, bailan por toda la mesa y envuelven las dagas en un fuego rosa y negro.

Lord Black inclina la cabeza. Su expresión carece por completo de su habitual humor y descaro.

—Sabe que estamos aquí.

—¿Está consciente? —dice Marianne con voz temblorosa.

Lord Black asiente.

Se me acelera el corazón.

—Entonces, ¿podemos salvarlo? —Podré hablar con él y conocerlo.

Por fuerza de costumbre, busco con los ojos a Tony y le devuelvo la mirada. Pero en sus ojos no hay atisbo alguno de esperanza. Luego, recuerdo lo que hice y cómo se siente él y aparto la vista.

—¿Lord Black? —digo. Pero sus ojos son como los de Tony. Lo intento de nuevo sin importar lo desesperada que pueda sonar—. Tú mismo lo has dicho. Está consciente. Sigue aquí. Puedes curarlo, ¿verdad, Lord Black? Sanaste a Tony —afirmo con voz aflautada.

Miro a Marianne, a Mémère e incluso a Max. Alguien debe comprender, debe creer que podemos ayudar a mi padre a volver. Pero todos parecen derrotados.

—He neutralizado los talismanes para que no sufra más —señala Lord Black—. Pero las dagas son lo que ata su *qi* a este mundo. En cuanto las retiremos, morirá.

—En ese caso, no lo hagamos —digo—. Podemos mantener los talismanes neutralizados hasta que encontremos la forma de sanarlo.

—Las dagas están diseñadas para causar dolor —responde Lord Black—. Ya has visto lo que le han hecho a Mémère, que solo las ha tocado durante un minuto más o menos. —Suaviza la voz. Y de pronto no quiero oír lo que va a decir—. Piensa en tu padre. Ha tenido esas dagas clavadas durante un siglo.

Entonces comprendo por completo sus palabras.

—Entonces, ¡sácaselas! —Cojo las dagas y tiro de ellas. Pero no ceden—. ¡Ayudadme! Mémère, ¡ayúdame a salvar a mi padre, por favor! —Lloro y grito mientras intento extraer las condenadas dagas, pero están atascadas—. Quiero hablar con él; no hace falta que sea mucho tiempo. Por favor.

Tony me sujeta los brazos a los costados, me da la vuelta y me abraza con fuerza. Sollozo contra su pecho.

—Pero está justo ahí —digo y mis palabras salen amortiguadas —. Lo culpé durante tanto tiempo. Solo quiero tener la oportunidad de disculparme. No sabía que estaba sufriendo.

Tony se pone rígido y caigo en la cuenta de lo mucho que lo debo de estar incomodando. Me separo de su cuerpo.

—Lo siento —susurro.

Mémère me toma la mano y me aleja de lo que queda de mi padre. Marianne y Max se unen a nosotras, y Tony también.

—Hemos venido con el objetivo de encontrar a vuestro papá —dice Mémère—. Y lo hemos hecho. Estoy orgullosa de todos vosotros. El lema de la Casa Durand es *perfer et obdura*, aguanta y persiste. Papá ha sido muy valiente y ha aguantado hasta que pudiéramos encontrarlo. Ahora nos toca llevar a cabo nuestro más sagrado deber: protegerlo de todo daño.

Escucho mientras Marianne traduce y, a pesar de que mi parte racional comprende que es lo correcto, mi corazón grita en negación.

—Vuestro papá está cansado. Merece descansar.

—¿Cómo sabes que no estaba esperando a que lo salváramos? —pregunto.

¿Cómo pueden dejarlo morir?

—A veces, dejar a alguien marchar es la única opción correcta —dice Tony—. No puedes salvar a todo el mundo, Jing.

Miro al hombre al que amo. El hombre por quien he renunciado por voluntad propia a todas las personas y cosas que he amado, solo por la oportunidad de salvarlo. Volvería a hacerlo sin pensármelo dos veces, incluso aunque él jamás comprenda por qué.

—Puedo intentarlo —digo—. Aunque nadie más lo haga.

Marianne me toma de la mano.

—Jing, su mente está fracturada. Ha estado anclado a este plano más allá de sus límites. Todos lo queremos muchísimo, pero obligarlo a regresar a su cuerpo no es un acto de amor. Solo podemos salvarlo del sufrimiento si lo dejamos marchar.

Mémère, Marianne y Max eran quienes más lo querían. Si ellos pueden dejarlo marchar, a pesar de lo mucho que les cueste, yo debo hacer lo mismo.

Lord Black me aprieta el hombro con la mano que tiene libre.

—Escucha a tu corazón, *Lady* Jing. Sabrá guiarte.

Extraño aquellas conversaciones en las que dábamos vueltas sobre un mismo tema. En esta ocasión, cuando asiento solo significa una cosa y no hay vuelta atrás.

—Yo extraeré las dagas —dice Lord Black—. Eso liberará a *Monsieur* de Durand. Tendréis unos pocos minutos con él antes de que su *qi* regrese al Cosmos. —Nos devuelve la mirada uno a uno de nuevo—. ¿Estáis listos?

Asentimos. Las llamas se avivan hasta que las dagas emiten un resplandor anaranjado. Lord Black inclina el mentón y las dagas desaparecen en un parpadeo.

—Ahora —dice con suavidad, y retrocede para dejarnos espacio.

Mémère le acaricia el rostro a mi padre, sus lágrimas de sangre atraviesan la niebla y caen sobre las raíces. Marianne le coge una mano y Max la otra. Mémère tira de mí y me sitúa frente a ella. También llama a Tony. Todos permanecemos frente a lo que queda de mi padre.

—*Mon cher Romain, merci pour ma belle petite fille. Elle a du coeur! Elle est loyale, courageuse, et honorable. Je suis tellement fière de toi et d'elle. Et ici je te présente Tony Lee. Le coeur de ta fille. Je veillerai sur eux pour toi. Ne t'inquiète de rien. Repose-toi. Je t'aime, mon fils.* —Las lágrimas recorren sus mejillas mientras entona—: *Béni soit le coeur qui retourne à la chair dotée par la paix éternelle*.

Me marcho para dejar que los Durand se despidan. Tony se aparta a un lado de forma respetuosa. La despedida solo reafirma mi convicción de que tomé la decisión adecuada para Tony, aunque él no esté de acuerdo. Cuando llego hasta la entrada de la cueva y camino bajo los cálidos rayos del sol, recuerdo lo que sentía al besar a Tony. Tan llena de alegría. Espero que con el tiempo él vuelva a encontrar la felicidad.

Hay algo entre los árboles que capta mi atención. Un titileo. Me acerco para intentar verlo.

Entre las sombras de la linde del bosque hay dos contornos plateados, tan delicados como la gasa. Uno de ellos es mi madre; le

brillan los ojos de felicidad y sonríe a un hombre alto y moreno. Caminan dados de la mano hacia un río plateado en la distancia, donde los espera un transbordador.

Los miro fijamente. ¿Cómo es posible? Mi madre es una *yaojing*. Cuando morimos, no hay un transbordador fantasma para nosotros y no cruzamos el puente Naihe. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Qué extraño —dice Lord Black, que aparece a mi lado.

—¿Cómo es posible que mi madre siga aquí? —pregunto.

—Los hilos rojos del Destino son muy poderosos. He mantenido una breve conversación con Maomao. Dice que el espíritu de tu madre se negaba a irse sin el de tu padre; tu madre lo ha estado esperando aquí desde entonces.

—¿Los llevará el transbordador fantasma a casa de *Madame* Meng?

Lord Black asiente.

—¿Los *yaojing* cruzan el puente Naihe? —pregunto.

—¿Cruzan los *yaojing* el puente Naihe? —reformula Lord Black para añadir énfasis.

—Supongo que debería preguntárselo a *Madame* Meng —digo.

—Supongo que sí. —Sostiene mi perla de dragón, cuyo brillo rosa reluce bajo el sol.

—Genial —digo al tiempo que siento que en mi interior bulle la ya conocida sensación de frustración. Las conversaciones en bucle no son mis favoritas—. ¿Podrías…?

Estoy a punto de pedirle que me ponga la perla, pero, con una velocidad pasmosa, me sujeta de la barbilla y me mete la perla de un empujón en el ojo derecho. Se asienta con un chapoteo húmedo. Aún me sigue sosteniendo la cabeza cuando ve algo sobre mi hombro que capta su atención y hace que se olvide de soltarme.

—Eh, ¿Lord Black? —digo, y le doy un golpecito en las manos.

—*Aiya*, por supuesto —responde y me suelta—. Viene alguien interesante. —Señala la cueva.

Lord Aengus avanza en mi dirección con la zorra blanca dando vueltas alrededor de sus pies. La mira con una ternura de la que no

lo creía capaz. Qué interesante.

—Lo siento muchísimo por tu pérdida, *Lady* Jing —dice—. Maomao tiene algo importante que decirte.

Pero la zorra le echa un vistazo a Lord Aengus, indecisa.

Él le ofrece una sonrisa alentadora.

Se produce un titileo en el aire y Maomao, en forma de joven, dice:

—No quería herir a Rey Jiejie, así que nunca se lo dije. Pero debería haberlo hecho. Si lo hubiera sabido, quizá tus padres aún seguirían con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Maomao inspira hondo.

—Cuando Romain Gege regresó a Francia, Rey Jiejie descubrió que estaba preñada. De ti. Niang Niang y Rey Jiejie tuvieron una gran pelea. Rey Jiejie dijo que se iba a mudar a París con Romain Gege. Así que Niang Niang salió un día y contrató a un cazador de demonios para que se deshiciera de él.

—¿Estás segura? —pregunto.

Mi abuela es una furcia asquerosa, pero quería a mi madre.

Maomao asiente.

—La seguí. Lo vi con mis propios ojos. El cazador aceptó su plata. Cuando Romain Gege volvió, él fue quien lo capturó. Después de tu nacimiento, Rey Jiejie no dejó de buscar a Romain Gege y no se creyó las mentiras de Niang Niang sobre que había vuelto a Francia. Encontró al cazador de demonios, pelearon y ella murió.

43

DECISIONES

Cuando estuvimos en el palacio de las *hulijing*, Niang Niang dijo: «Mataron a mi Rey. Quizá ese fue mi castigo».

Fue ella quien contrató a los cazadores de demonios que mataron a mi madre. Pensaba que estaría furiosa, encolerizada, pero en lugar de eso me sobrecoge una oleada de tristeza. No me extraña que mi abuela no sea más que un lastre y un incordio tóxico. Se lo provocó a sí misma. Ahora comprendo lo intuitivo que fue Tony al no escoger tomar el camino de la ira con Max. No quería terminar sufriendo esta clase de autodestrucción.

Cuando los demás emergen de la cueva, les cuento, con los ojos enrojecidos y la expresión sombría, que he visto a mi padre y a mi madre subiendo a bordo de un transbordador fantasma. Que tenemos una última oportunidad de verlos en la casa de té de *Madame* Meng.

—Yo puedo trasladarnos de vuelta allí —dice Lord Black—. A menos que quieras intentarlo tú.

—No me vendría mal practicar, ¿verdad? —digo—. Maomao, ¿te gustaría acompañarnos?

Ha vuelto a adoptar su forma animal y se sube de un salto a los brazos de Lord Aengus. Imagino que es un sí. Visualizo con cuidado los muelles del Shanghái yin y parpadeo. No ocurre nada. Lo intento

de nuevo. La cabeza me da vueltas y doy un traspié. Lord Black me sujeta del brazo para evitar que me caiga.

Me mira fijamente.

—Debería haber sabido que estás exhausta. Tienes que descansar antes de volver a intentar desplazarte a otro reino. Permíteme.

E igual que antes, Lord Black inclina el mentón hacia abajo y el bosque desaparece para dejar paso a los muelles del Shanghái yin. Esta vez Tony y Lord Aengus consiguen mantenerse en pie.

—Dado que es por la tarde, tendremos que esperar hasta mañana para que llegue la siguiente ronda de transbordadores —afirma Lord Black—. Iré a informar a Big Wang. —Inclina la barbilla y desaparece.

Lord Aengus se lleva a Maomao a visitar la ciudad mientras los demás nos dirigimos de vuelta al hotel. Pienso que quizá debería recordarle a Lord Aengus que sea sensato, pero algo me dice que Maomao no tiene un pelo de tonta. De vuelta en el vestíbulo, Max intercepta a Tony. Me alarmo y estoy a punto de ir hacia ellos cuando Marianne me pone una mano en el brazo. Me traduce en voz baja.

—Tony, ¿podemos hablar? —pregunta Max.

Tony lo mira con recelo y asiente.

—Sé que nada de lo que haga podrá enmendar mis errores jamás y no espero que me perdones. Sin embargo, sí que debo expresar mi enorme gratitud por tu bondad y clemencia. Si no fuera por ti, no habría podido estar aquí para apoyar a mi abuela y a mi hermana. No habría podido despedirme de mi padre, ni tenido la oportunidad única en la vida de hablar con su alma. No sé cómo podré pagarte todo lo que has hecho por mí, pero dedicaré el resto de mi existencia a convertirme en un hombre mejor, a aprender qué es lo correcto, y haré todo lo que esté mi poder para ayudarte a vivir tu nueva vida al máximo. —Max hace una reverencia.

Tony parece verdaderamente sorprendido por la emotiva confesión de Max. Lo observa mientras se reúne con su abuela en el

ascensor. En cuanto las puertas se cierran, él se dirige también hacia allí.

—Me ha resultado muy satisfactorio —dice Marianne—. ¿No dijo Big Wang que quería que hiciéramos una cena de reencuentro? Tendrás a toda tu familia reunida.

Sonrío, pero luego las palabras de Tony vuelven flotando hasta mí: que con el tiempo me arrepentiría de mi egoísmo. Tony sabe qué es lo correcto y sus decisiones han afectado directamente a Max; de hecho, sus acciones han favorecido que Max mejore como persona. Aunque sé que esperar que Niang Niang cambie es fútil, sí que debo hacer lo correcto.

—Marianne, tengo que volver a hablar con Niang Niang.

—Te acompaño…

—¿Es que tienes ganas de morir? —Tony camina a zancadas hasta mi lado e interrumpe a Marianne.

Me sobresalto ante su repentina aparición; me señalo el pecho, como tratando de preguntar si me está hablando a mí, pero lo único que consigo proferir es un simple: «¿Qué?».

—No puedes volver —afirma—. Te matará.

Miro por encima de mi hombro. No tengo a nadie detrás. Mi corazón late con dificultad. Sí que me está hablando a mí. Y el resentimiento no emana de cada poro de su piel. ¿Cuándo fue la última vez que me miró sin todo el bagaje de lo que ocurrió esa noche? Intento recordarlo. ¿Quizá fue cuando probé la absenta? Me regaló una sonrisa con dos hoyuelos.

—¡Jing! —La brusquedad de su tono me trae de vuelta al presente—. No tiene gracia. Te matará. No vayas.

Me recompongo deprisa y me centro en sus palabras. Está preocupado. Por mí. Reprimo el brote de alegría que amenaza mi cara de *mahjong*.

—Tengo que hacerlo. Y estoy bastante segura de que esta vez no me hará daño.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No tienes instinto de supervivencia? Tienes un aspecto horrible…

Marianne ahoga un grito ante la afirmación tajante y, honestamente, grosera de Tony.

—Siento no estar tan fabulosa como siempre —lo interrumpo y me sacudo el pelo por encima del hombro—. Qué curioso que encontrar los restos mortales de mi padre haya hecho que mi aspecto me importe una puta mierda.

Se pellizca el puente de la nariz.

—No me refería a eso. ¿Es cierto que durante todo el trayecto de vuelta a casa no comiste nada a excepción de dos barras de pan? ¿O que no has tomado una sola gota de sangre desde que salimos de París?

—¿Quién te ha dicho eso?

Y en realidad fueron tres *baguettes*. Con mantequilla.

Marianne se escabulle en silencio y nos deja a solas.

—Ah Lang —dice—. Pero ese no es el tema. Ni siquiera tienes energía para desplazarte a otro reino, así que ¿cómo te vas a proteger si te ataca? —Sacude la cabeza exasperado—. ¿Por qué sonríes? ¿Te parece que esto es una broma?

Porque te preocupas por mí.

—No, por supuesto que no me lo tomo a broma —digo—. Solo estaba pensando en lo que dijiste: «Satisfacer una venganza personal es un placer fugaz». Dudo que algún día llegue a perdonarla por lo que hizo, pero es la madre de mi madre. No está bien que le arrebate la oportunidad de despedirse de ella. No quiero mirarme en el espejo y pasarme el resto de mi vida arrepintiéndome.

Mi negación lo enerva.

—¿Y qué hay de mí? ¿De mi vida?

—Siento haberte quitado la posibilidad de elegir. Pero no puedo arrepentirme del hecho de que estés aquí frente a mí, repleto de vida. ¿Te arrepientes de estar vivo? ¿Tan horrible es ser vampiro?

Contrae el rostro.

—El tema es que yo soy un vampiro y aun así disfruto de la vida. Por muy egoísta y aborrecible que sea, eso no niega el hecho de que tenga sentimientos. Las estrellas y los amaneceres hacen

que mi corazón cante. Amo, sufro y odio. Y Max, por muchos defectos que tenga, valora su existencia. Puedes odiarme, culparme e incluso dejarme. No te lo recriminaré. Pero, Tony, no eches a perder esta preciada segunda oportunidad que se te ha otorgado. Vive tu mejor vida. Eso es lo que quiero para ti.

Le ofrezco una sonrisa sincera al tiempo que visualizo los detalles del Salón de la Armonía Preservada de Niang Niang y parpadeo.

Tony Lee contempla boquiabierto el espacio vacío donde pocos segundos antes se hallaba *Lady* Jing. Varias emociones atraviesan su rostro: conmoción, frustración, arrepentimiento, confusión. Lord Black camina hacia él.

—Ya veo que *Lady* Jing ha conseguido usar su perla de dragón —dice el rey dragón.

—¿Por qué no has ido con ella? —le increpa Tony Lee, cuya preocupación se transforma en enfado.

Ha sido una falta de respeto. Pero el rey dragón se limita a arquear una ceja y preguntar con suavidad:

—¿Por qué no has ido tú?

Tony Lee no responde.

—Normalmente no me preocupo por los asuntos de los mortal… —El rey dragón se corrige—: ... de los seres no celestiales, pero le tengo un cariño especial a esa pequeña y no me gusta verla sufrir. Así que te ofreceré mi sabiduría, Tony Lee. En la vida, hay decisiones y decisiones. Algunas están condicionadas por los valores tradicionales, dictadas por nuestras creencias y principios. En esos casos hay que escoger entre el blanco y el negro, entre lo que es correcto y lo que no. Un laberinto en el que a veces puedes ver a dónde conduce tu decisión; en ocasiones es una sorpresa, agradable o no. Sin embargo, algunas decisiones no lo son en realidad; más bien son un mandamiento, uno que el corazón no permite que se ignore. —El rey dragón ladea la cabeza y observa a Tony Lee con

una mirada insólita—. El año pasado, cuando la matriarca *hulijing* estuvo a punto de matarte, *Lady* Jing estaba dispuesta a renunciar a su vida para que perdonara la tuya. No se paró a pensar en que tu vida mortal no es más que un parpadeo en la amplia extensión de sus años inmortales. Fuera cual fuese el precio, ella estaba preparada para pagarlo porque eres y sigues siendo el primer y más importante mandamiento de su corazón. Aparte de lo que ya has observado (la pérdida de su apetito y su inhabilidad para beber sangre, lo cual pone en peligro su bienestar), ¿qué otro precio habrá aceptado pagar para salvarte esta vez? —La expresión de Lord Black sigue siendo afable, pero su mirada arde con rabia y advertencia. Luego, inclina el mentón y desaparece.

Un presentimiento se enrosca alrededor del corazón de Tony Lee como si fuera una pesada cadena cuando comprende que debería haber insistido en acompañarla a las Colinas Turquesa y se pregunta qué narices habrá usado esta vez para negociar por su vida.

44

ARREPENTIMIENTO

Tardo un poco más en recuperarme del mareo provocado por el desplazamiento que cuando nos transportó Lord Black. Cuando consigo mantenerme en pie sin balancearme, doy las gracias de que el Salón de la Armonía Preservada esté vacío. Es pasado el mediodía. Si no recuerdo mal, Niang Niang estará en su cuarto, el que tiene vistas al lago, almorzando. Atravieso los pabellones y las pasarelas de los jardines cubiertas de glicinas hasta el lugar más elevado del palacio, donde se encuentran los aposentos de Niang Niang. Paso de largo a varias cortesanas, pero, igual que antes, desvían la mirada y fingen no haberme visto.

Abro de un empujón las pesadas puertas de madera del árbol de la seda y entro en su habitación.

Su único atuendo es un sujetador rosa palo de encaje y unas bragas a juego. Está sentada frente a una mesa repleta de exquisiteces y bebe de la sopa de lágrimas de flor de melocotonero que toma durante cada comida. Alza la vista y, en cuanto me ve, su rostro se contrae en una horrible mueca. Da un fuerte golpe en la mesa con el cuenco y la sopa se derrama por todos lados.

—¿Cómo te atreves a entrar en mis aposentos sin permiso? —espeta.

—Tienes suerte de que haya venido. Encontramos a mi padre en el altar. Estaba apresado por dagas talismánicas.

Se da la vuelta.

—No me interesa…

Alzo la voz y sigo hablando.

—¿Y sabes qué? Seguía vivo. —Ver que palidece ante mis palabras me produce cierta satisfacción. Sabe muy bien lo que son capaces de hacer esas dagas—. En cualquier caso, lo liberamos tras un siglo de tortura. Y siempre estaré agradecida aunque sea solo por eso. ¿Y sabes qué más? La vi. A mi madre. Ha estado allí todo este tiempo, esperando a mi padre.

—¿Está viva? Es imposible —dice Niang Niang y responde a su propia pregunta—: la vi con mis propios ojos. La mataron. ¡Mientes!

—No cabe duda de que mi madre está muerta. Lo que vi fue su fantasma. —Me acerco hasta la mesa e inspecciono las diferentes exquisiteces mientras mi abuela intenta decidir si estoy mintiendo.

Hay una docena de platillos: el típico pescado al vapor con jengibre, tofu estofado, paloma asada, dos cuencos de huevos de codorniz (uno crudo y otro infusionado en té) con los delicados dibujos de las cáscaras agrietadas impresos en sus superficies lisas, además de un montón de verduras de todo tipo, encurtidas, estofadas o al vapor. También hay otro cuenco de *yangmei* rojo; la fruta favorita de mi madre. Cojo una de las bayas y me la meto en la boca.

Cuando la muerdo, sale el jugo; ácido y dulce. Hacía tiempo que la boca no se me hacía agua de esta forma por la comida. Me dejo el hueso en la boca para rebañarlo del todo, cojo otras dos bayas y las meto también.

—A mi madre le encantaba el *yangmei* —digo entre mordiscos.

Mi abuela se levanta con el pecho agitado y señala la puerta.

—Estás mintiendo. Los *yaojing* no se convierten en fantasmas. ¡Vete! ¡Aquí no eres bienvenida!

—Entonces, ¿quién admiraría tu lencería nueva? Realza muy bien tus tetas caídas. —Le lanzo una sonrisa de ojos entrecerrados y hago el gesto de apretarme las mías. Su rostro se vuelve rosado y brillante. Estoy bastante segura de que, en otras circunstancias, daría un pisotón en el suelo. Me como otro *yangmei*—. Sé lo que

hiciste. Lo del cazador de demonios al que contrataste. Mi madre no dejó de buscar a mi padre. Encontró el altar, pero el cazador la mató.

El miedo aterriza en la mirada de conmoción de mi abuela. Empieza a temblar y se deja caer despacio en su silla mientras sacude la cabeza y murmura para sus adentros.

—Mi madre murió por tu culpa. Es casi como si la hubieras matado tú.

Ella intenta negarlo.

—No. —Pero su voz suena débil y tan rota como su seguridad.

—Le arrebataste a su marido, a mi padre; me arrebataste toda mi familia.

—Me he arrepentido de esa decisión todos los días desde que murió —dice, y su voz es apenas un susurro—. Márchate y no vuelvas. No soporto mirarte; me recuerdas demasiado a ella, a mis errores.

—Quiero a mi madre. Y sé que tú también la querías, aunque fuera de una forma retorcida. Así que he venido a decirte que vi a mi madre y mi padre subiéndose a bordo de un transbordador fantasma. Lord Black dice que llegarán al Shanghái yin mañana por la mañana.

—Pero los *yaojing* no…

Me encojo de hombros.

—Lord Black dice que solo *Madame* Meng lo sabe. Podemos preguntarle, pero eso no es lo importante. Lo importante es que tengas la oportunidad de pedirle perdón y despedirte de ella.

Permanece un buen rato en silencio mientras mira al horizonte con la vista perdida. Estoy a punto de marcharme cuando susurra:

—Después de todo lo que te he hecho, ¿por qué me lo cuentas?

—Porque no quiero cometer el mismo error. —Decido que esta será mi última ofrenda de paz—. Big Wang va a organizar una cena familiar esta noche. Tú eres la única familia que me queda de la parte *hulijing*. Me gustaría que vinieras. Y por la mañana podemos ir juntas a ver a mis padres.

No responde.

No puedo obligarla, así que me giro para salir. Cuando llego hasta la puerta, me detengo.

—No permitas que tu orgullo te impida hacer lo que tu corazón necesita. Se la veía muy feliz, Niang Niang.

Cuando ya he rebasado la mitad del pasillo, escucho unos pasos y luego:

—¡Jing, espera!

Niang Niang me sigue a la carrera; se ha cubierto con una túnica de gasa de seda color carmesí. Sostiene un fajo de seda en las manos.

—Cógelo —dice con voz áspera y me lo entrega de un empujón.

Abro el paquete. En el interior hay dos cartas y un cuaderno de cuero rasgado. La otra mitad del diario de mi padre.

45

UNA RESPUESTA

Aferro con fuerza el fajo de seda. No me desplazo de inmediato a casa, sino que me dirijo hacia el lago. Al final de una larga y estrecha pasarela, rodeada de la reluciente agua del Lago del Reflejo Eterno, se encuentra el Pabellón del Reflejo. Y parece que me está esperando.

Los suelos de madera están desgastados, la madera color miel del árbol de la seda se ha desteñido hasta quedar de un gris pálido, la superficie ahora luce apagada y seca en lugar de lustrosa. Me siento en el medio, coloco el fajo a mi lado con cuidado y alzo la vista hacia las montañas que se elevan en el interior del bosque, más allá de los límites del lago. Son las vistas que antaño compartí con mi madre. Unas vistas que le encantaban, sobre todo cuando el cielo sangraba rosado a primera hora de la mañana.

Abro la primera carta. Le echo un vistazo rápido al texto; no es la caligrafía de mi padre. Me imagino que Niang Niang robó la carta y luego hizo que se la transcribieran y tradujeran.

13 de octubre de 1834.

Mi querido Suave y Refrescante Cuatro Botellas.

Leo el extraño nombre varias veces hasta que caigo en la cuenta. Kerusiping: una transliteración de Crispin, el inglés que se hizo amigo de mi padre durante su viaje marítimo. Me alegra saber

que mi padre escribió a su nuevo amigo; pero luego reparo en que es probable que la carta no se enviara. Compruebo la otra carta. Aunque no tengo claro cómo de precisa es la traducción, resulta evidente que Crispin respondió. Ahora que ya se me ha pasado esa preocupación, al fin me centro en la propia carta:

Un hombre sabio me dijo una vez que siguió a sus viejos amigos Maravilla y Curiosidad con fe y devoción. Como era un ingenuo y un necio, me mofé de tanto sentimentalismo. No obstante, cuando nos separamos, me encontré con que acababa de conocer a Maravilla y Curiosidad. Siguiendo el ejemplo del hombre sabio, decidí confiar en estos nuevos amigos; imbuyeron de nueva vida a este corazón decrépito, algo que no habría creído posible si no me hubieras otorgado tu amable y bondadosa compañía durante todas esas semanas en alta mar.

Me río porque me alegra ver que el cascarrabias de mi padre reconocía el buen corazón de su amigo.

¿Qué tal fue tu viaje a Madrás y Calcuta? Tengo ganas de saber qué te parecieron. En cuanto a mí, fue un alivio llegar por fin a Kunming tras un viaje por tierra arduo y complicado.

Kunming es una ciudad amurallada bulliciosa (creo que similar a York en el norte de Inglaterra) con unos anchos muros, aunque los de Kunming se construyeron a finales del siglo XIV. Subí a una colina para acceder a unas vistas privilegiadas y mis esfuerzos se vieron recompensados cuando me encontré con unas vistas que parecían salidas de un cuadro. Elegantes azoteas enclavadas en un mar de flores a orillas del río Dian, majestuosos picos de piedra caliza que se alzan en la distancia como si fueran un montón de dedos, adornados con anillos de nubes de la mayor suavidad.

Salí de la ciudad y me dirigí al norte a caballo, pues mi destino era un pequeño pueblo remetido en la base de la Montaña Nevada del Dragón de Jade en la provincia de Yunnan. Mi corcel me recordó a tu camello cuando cruzamos Suez. Sin duda, habrías dicho que era un animal más noble de lo

común y muy afable, y luego le habrías dejado actuar a su antojo. La amiga por cuya insistencia hice el viaje a China me indicó que tomara el camino lento que atraviesa las montañas. A medida que mi corcel y yo ascendíamos por la ruta, la Montaña Nevada del Dragón de Jade se erigía en la distancia como una gran deidad de antaño que portara un manto de nieve mientras un amplio lago titilante se arrodilla respetuoso a sus pies.

Debo admitir que me decepciona un poco que mi padre no le contara a su amigo que al burro apestoso, lento y terco con el que atravesó las montañas le había puesto el nombre de Crispin.

El camino que descendía hasta la llanura de Lijiang cruzaba un valle que contenía toda clase de flores. Rosas y peonías, azaleas y muchas más cuyo nombre desconocía. Adentrarme en Lijiang fue como retroceder en el tiempo. Es una pequeña ciudad construida en torno a un sistema de canales por los que fluye el agua de montaña cristalina y helada. En la zona cuentan con una gran variedad de tradiciones folclóricas; se cree que la Dragona de Jade (un ser mitológico muy venerado y conocido por su sabiduría y compasión) fundó la ciudad. Los dragones en China son similares a los unicornios de los mitos occidentales: seres de gran sabiduría y pureza. Otras criaturas que se cree que residen por la zona son los hulijing*: estos espíritus zorro atraen a los viajantes desprevenidos al bosque para abusar de ellos (y darlos por muertos). Decidí seguir a mis nuevos amigos Maravilla y Curiosidad hasta el bosque para ver si podía descubrir alguna aventura. Lo único que encontré fue un viejo templo en ruinas*.

No obstante, no me di por vencido. Mientras exploraba la ciudad y los alrededores, terminé por conocer a dos hermanas, Lady *Rey y* Lady *Ay.* Lady *Rey es la criatura más bella que haya visto jamás. Me robó el corazón de inmediato, aunque, por culpa de mi soberbia, me creí inmune a sus encantos y me comporté de manera abominable, escondiéndome de ella como un niño cobarde. (¿Ves lo necio e ingenuo que he sido?). Hoy le he confesado mis sentimientos y tengo el alma en vilo en espera a su respuesta*.

Te he enviado varias de mis pinturas a la acuarela de las escenas que he descrito más arriba y espero que las disfrutes. Escríbeme en cuanto recibas

esto. Me encontraré o bien con el corazón roto y requiriendo ayuda, o tendré el corazón henchido y estaré deseoso de compartir mi felicidad. Espero de veras que sea lo segundo.

Cordialmente,

Romain

Por favor, envía tu respuesta a:
陸羅門
玉龍雪寺
麗江 雲南
中國

(Me he tomado la libertad de adjuntar unas etiquetas con la dirección para que las pegues en tu carta, que espero con mucho gusto).

Doblo la carta y cavilo sobre las conexiones. Si no fuera por la buena acción que realizó tiempo atrás mi padre a favor de *Lady* Longnu, no se habrían hecho amigos. Y si no fuera por la insistencia de ella en que mi padre visitara Lijiang, no habría conocido a Crispin. Y sin la influencia de este, mi padre no habría conocido a mi madre. Todas esas circunstancias también conducen a que Big Wang me adoptara, a que yo conociera a Tony Lee, así como a Ah Lang, Gigi y Lord Aengus. Sin este último no habría conocido a mi familia vampírica y no habría descubierto mi propia historia; saber que todo esto es el resultado de una serie de casualidades hace que lo aprecie aún más.

Leo la otra carta; cae otra hoja de papel. Es un boceto de un zorro blanco que guarda un gran parecido con Maomao. Una nota indica que el original estaba pintado a todo color.

Querido Crispin:

Ayer recibí con gran placer tu carta del 15 de diciembre. Tus aventuras con la cría de gallinas me hicieron reír hasta llorar, aunque te ruego que le pongas

otro nombre a mi tocayo. ¿Quizá Crispin?
En lo que a mí respecta, no te atormentaré más y terminaré el relato que con tanta paciencia has esperado.

Yo también, pienso para mis adentros. ¡Solo tenía la mitad del diario! Estoy deseando compartir esto con Mémère y Marianne.

Cuando terminé de escribir tu carta, la aparté a un lado e intenté mantenerme ocupado. Barrí, fregué, limpié las ventanas y contraventanas. Doblé mi ropa e incluso me aventuré a quitar la maleza. Las sombras se alargaron hasta que el sol besó el horizonte y ella aún no había aparecido.

La verdad es que no comprendo la obsesión de mi padre con la limpieza. Quizá es algo típico de los franceses.

Estaba destrozado y completamente convencido de que Lady Rey me había abandonado. Cuando los últimos rayos de sol se extendieron por el suelo, ella entró a paso lento en mi cuarto, con el mentón elevado y tan altiva como siempre. Pasó la mano por las contraventanas de madera que acababa de cambiar.

—Pensaba que a lo mejor te había capturado un cazador —dijo con cierta indiferencia.

Aquí, en el bosque, los cazadores son habituales. Algunos son bruscos y violentos y poco les importa a quién hieren. Ella es la clase de persona que oculta un corazón magullado tras palabras insensibles. Sabía que le había hecho mucho daño. Así que me disculpé por haber salido corriendo. La intensidad de mis emociones me resultaba nueva y extraña. Reaccioné por miedo a lo desconocido. Pero le aseguré que ya no tenía miedo.

—Hmmm —dijo ella. Como si yo no hubiera desnudado mi alma. Hizo una reverencia formal evitando mi mirada y dijo, de la manera más seria y distante—: Detén tus pasos. Diez mil años de buena salud.

¿Puedes creer, Crispin, que tras rechazarme con tanta frialdad se dio la vuelta para marcharse?

Recordé que me habías aconsejado que expresara abiertamente y con honestidad los deseos de mi corazón en lugar de fingir indiferencia, así que acorté el espacio que nos separaba y la tomé de la mano.

—Esperad, Lady Rey —dije. Pero, por desgracia para mí, ella no se giró. Sin embargo, tampoco intentó zafarse. Aquella pequeña acción me inspiró esperanza, pues su carácter es honesto a más no poder. Si hubiera decidido de forma irrevocable rechazarme, me habría arrancado el brazo alegremente para liberarse de mi agarre—. Quedaos, por favor —supliqué.

Su respuesta fue fiel a su naturaleza.

—¿Por qué debería?

Le expliqué que me gustaría traer a mi familia aquí para conocer a su madre, que es la matriarca de una gran corte.

Para entonces, ella ya comenzaba a sospechar cuáles eran mis intenciones, así que las declaré con claridad:

—Deseo cortejaros y convertiros en mi esposa. —Jamás olvidaré su imagen en ese momento: el sol la envolvía en un halo de luz dorada y, desde esa perspectiva, tenía un brillo plateado en los ojos.

Como soy un caballero, no te contaré lo que ocurrió a continuación, pero basta con decir que aceptó mi proposición. No tengo palabras para describir mi felicidad estos dos últimos meses. Ella es mi vida. Si tienes tiempo para viajar, me encantaría que vinieras y poder presentarte a mi Lady Rey. Tengo intención de navegar de vuelta a Francia en abril y traer a mi familia, así que estaré ausente entre abril y julio.

Te mando la acuarela de una cría de zorro blanco con la que me he topado en el pueblo. Espero que el dibujo te convenza de las bellezas de este lugar y te incite a visitarme. Escríbeme pronto cuando tengas noticias.

Cordialmente,

Romain

Pues sí que era peleona mi madre, mantuvo a mi padre en vilo hasta el último momento. Paso las páginas del diario, pero no me veo capaz de leerlo aún. Ahora mismo me siento fortalecida por las

alegres cartas de mi padre, pero me preocupa que la última página del diario me haga llorar. Guardo las cartas en el cuaderno. Hay otra conversación que he estado postergando. Aferro el fajo y parpadeo para trasladarme hasta la azotea de Big Wang.

46

FAMILIA

La azotea de Big Wang está sumida en un frenesí: los criados fluyen de un lado para otro, portando platos, servilletas, sillas y ropa de cama. De cada árbol cuelgan dos farolillos titilantes. Y hay varios más colocados con ingenio alrededor de los estanques de *koi* y tortugas. En medio de la terraza, se encuentra una larga mesa para dieciséis comensales.

Hago un recuento mental rápido: los tres Durand, mis tres guardianes (Cabeza de Toro, Caballuno y el viejo Zao), Big Wang, Lord Aengus, Maomao, Tony, yo, Gigi, Ah Lang… Me pregunto a quién más espera.

Las puertas del despacho se abren y Big Wang sale a la azotea; su piel, negro azulado, reluce bajo la luz de los farolillos. Lo primero que hace es cogerme de los hombros y revisarme con cuidado, como si buscara algún corte o moratón. Cuando ya está satisfecho al ver que no estoy herida, pregunta:

—¿Fue todo bien con Niang Niang?

Estoy a punto de preguntarle cómo lo ha sabido, pero me detengo. Por supuesto.

—Me imagino que habrá sido Lord Black.

Big Wang asiente.

—Ven, sentémonos.

Nos dirigimos hacia la mesa de mármol que está junto a la barandilla, donde solemos desayunar. Le hace un gesto a un criado

para que traiga el té.

—Siento mucho lo de tu padre, aunque me alivia que ya no esté sufriendo. Lord Black dijo que viste a tu madre.

—Era un fantasma. Los dos lo eran. Pensaba que los *yaojing* no podían transformarse en fantasmas.

—Es poco habitual, pero no inaudito. No son fantasmas exactamente; más bien son una concentración de energía espiritual. No se reencarnan, sino que avanzan a otro plano de existencia.

—¿Adónde?

Big Wang sonríe con cariño.

—Eso es algo que solo sabe *Madame* Meng.

—¿Y es un lugar agradable? ¿Serán felices?

—Por lo que tengo entendido, sí. Pero incluso yo sé muy poco sobre ese lugar.

Un criado nos trae el té y coloca varios cuencos de bolitas de masa frita, nueces confitadas y caramelos en la mesa. Le sirvo una taza de té de crisantemo a Big Wang y me centro en el ritual para calmar los nervios.

—Hay algo que te preocupa.

Me conoce bien. No tiene sentido que finja lo contrario, así que asiento. Pero pronunciar las palabras me resulta más difícil de lo que esperaba.

—Hi… hice un trato con Mémère —espeto al fin.

Los ojos de Big Wang arden de un tono rojo intenso.

—¿Qué clase de trato?

La voz de Big Wang adquiere un tono amenazante, así que me apresuro a explicarlo.

—A cambio del conocimiento para convertir a Tony en vampiro, prometí mudarme a París y vivir con Mémère para poder aprender más sobre mi familia vampírica.

Big Wang se relaja en la silla.

—Ya veo. —Le da un sorbo a su té, con la misma reacción que si le hubiera contado que me he comprado una horquilla nueva.

Frunzo el ceño.

—¿No estás disgustado?

—¿Debería estarlo? No es más que París. Está a una semana de tren y ahora que tu perla de dragón está arreglada, estarás a un parpadeo de casa.

«A un parpadeo de casa». ¿Por qué no se me había ocurrido?

—Oh —digo, sintiéndome un tanto estúpida.

—¿No te parece positivo aprender más sobre tu herencia? Posees la habilidad de otorgar la inmortalidad. En Tian solo puede hacerlo el Emperador de Jade. Es importante que aprendas lo que conlleva y cómo hacer uso responsable de tan gran poder.

Pensaba que estaría enfadado o decepcionado, pero en su lugar me muestra apoyo y ánimo. Mis emociones se desbordan.

—Hace tiempo que quiero hacer una visita al puesto de París —continúa Big Wang, ahora con entusiasmo—. Es la oportunidad perfecta para echarle un ojo a nuestra gente y visitarte en tu nuevo hogar. —Su sonrisa se esfuma cuando repara en mis lágrimas—. No llores, no hace falta que vaya a visitarte —dice, con pánico en la voz.

Sacudo la cabeza y me río.

—Son lágrimas de felicidad, Big Wang. Me sentía miserable, pensando que tendría que renunciar a todo lo que amo. Pero me has recordado que tengo la libertad de desplazarme a mi antojo. Podré verte siempre que quiera y yo también vendré de visita. Ya no me parece tan aterrador.

—Te visitaremos tan a menudo que tendrás ganas de mandarnos a casa. Lord Nioh, Lord Ma e incluso el viejo Zao. Casi se me olvida: Gigi me pidió que te dijera que Ah Lang y ella han acudido al Reino Celestial para poner al día a su padre. Estaba muy preocupado y ella quería tranquilizarlo personalmente. —Me da un toquecito en la cabeza—. ¿Qué tal van las cosas con Tony?

—Hoy me ha hablado. —Sonrío al recordar lo preocupado que estaba.

—Me lo ha dicho Lord Black. —Su voz es severa.

Como me agobia que vuelva a sacar a colación los niveles más bajos del Infierno, señalo deprisa:

—Estaba preocupado por mí, no quería que fuera a ver a Niang Niang yo sola. Lo superaremos. —Y esta vez sí que lo creo.

—Me alegra oírlo. Pero recuerda lo que dije…

Unas voces lo interrumpen. Cabeza de Toro, el viejo Zao, Caballuno, Lord Aengus y Tony se bajan del ascensor y salen a la terraza. Seguidos de *Madame* Meng, los Durand y… mi padre y mi madre.

Corro hacia ellos y solo retrocedo cuando caigo en la cuenta de que no he saludado a *Madame* Meng como es debido. Hago una profunda reverencia.

—Virtuosa *Madame* Meng —profiero a toda prisa—. Diez mil años de buena salud.

Me responde con una sonrisa amplia y carente de dientes, llena de calidez y alegría.

—Esta servidora de la casa de té se presenta sana y salva ante la pequeña Jing. —Agita la mano—. Ve, saluda a tus padres.

Asiento, luego me vuelvo hacia mi madre y… un hombre alto y moreno. Apenas consigo echarle un vistazo antes de que mi madre me envuelva entre sus brazos y me estreche contra sí durante un buen rato entre sollozos.

—Mírate, mi Jing. —Me sujeta el rostro y me contempla con los ojos vidriosos—. Has crecido bien. Te he echado tanto de menos... —Me vuelve a abrazar—. Baobei, te presento a tu padre.

—Mi querida niña —dice Romain de Durand al tiempo que coloca una mano con suavidad sobre mi hombro—. Siento mucho no haber podido verte crecer. ¿Ha sido muy duro, tú sola?

Parece tan afligido que quiero mentir, decirle «No, no ha sido para tanto». Pero las lágrimas brotan de forma espontánea y sin control. Me acaricia el pelo y asiente, como si ya lo supiera. Luego, tira de mi madre y de mí para estrecharnos en un fuerte abrazo.

—Estoy muy orgulloso de ti. Mémère me ha contado lo leal y valiente que eres. Eres una Durand de tomo y lomo.

Big Wang se acerca hasta nosotros. Mi madre se arrodilla de inmediato. Mi padre lo comprende y la imita. Los dos se postran tres veces. Cuando se ponen en pie, mi madre dice:

—Mi más sincera gratitud, noble Yan Luo Wang, no solo por mantener a nuestra hija a salvo, sino también por criarla y ofrecerle un hogar donde la aprecian.

—Por favor, *Lady* Rey, levántate. —Big Wang, avergonzado por la atención, ayuda a mi madre a erguirse—. No os esperábamos hasta por la mañana.

—Me enteré de que ibais a celebrar una cena familiar, así que realicé un viaje especial para recogerlos con la ayuda del pescador Lo —afirma *Madame* Meng con su voz dulce y aguda.

—¿Te quedas a cenar, *Madame* Meng? —pregunto.

Me da un golpecito en la mejilla.

—Gracias, querida, pero me temo que debo prepararme para los transbordadores fantasma que llegarán por la mañana. Tus padres pueden quedarse, pero tendrán que cruzar cuando hayan terminado de despedirse.

—¿El puente Naihe? —pregunto.

Madame Meng sonríe y sus ojos se arrugan hasta formar dos medias lunas.

—No, no son fantasmas, así que no se reencarnarán, sino que pasarán al siguiente reino.

Aguardo, con la esperanza de que se explique más a fondo, pero no lo hace. Se inclina y se marcha.

Big Wang nos guía hasta la mesa y retira la silla para Mémère. Poco después ya estamos todos sentados y los criados traen vino sin cesar. No puedo dejar de mirar a mi madre y luego a mi padre, maravillada al poder pasar una noche entera con ellos cuando pensaba que jamás volvería a verlos.

—He leído sobre tu amigo Crispin —digo—. Parecía un buen tipo.

—¿Cómo…? —Se sonroja—. ¿Por mi diario? Ay, madre, espero no haber escrito nada comprometido.

Normalmente no suelo ser tan directa, pero no tendré otra oportunidad, así que digo:

—Al leer tu diario me sentí más cerca de ti y me ayudó a llegar a conocerte.

Como respuesta me ofrece una sonrisa y su calidez me baja hasta los dedos de los pies. Mis padres me acribillan a preguntas; mi madre, sobre mis estudios, sobre qué he aprendido y mis poemas favoritos. Mi predilección por las apuestas la toma desprevenida, pero recupera el ánimo cuando le cuento que gano casi siempre.

Huelo la sangre antes de poder verla. Un criado transporta una bandeja de cálices de cristal rellenos del líquido carmesí oscuro. Aún me revuelve el estómago, pero al menos no me provoca arcadas. Le entregan una copa a cada uno de los Durand, así como a Tony y a mí. Mi madre retoma su interrogatorio y me pregunta por Gigi: muy pronto me olvido de la sangre y las náuseas desaparecen.

Mémère y Caballuno compiten por ver quién cuenta las historias más vergonzosas sobre la infancia de mi padre y la mía. Incluso Cabeza de Toro se une. Yo le lanzo una mirada de odio y él me responde con una sonrisa en la que se aprecia el hueco entre sus incisivos. La noche transcurre bajo un brillo cálido. Luego, aparece Lord Black entre los dos estanques de *koi* con Niang Niang a su lado.

La mesa guarda silencio mientras la mirada de Niang Niang se posa sobre mi madre, que no parece alegrarse de verla. De pronto, me preocupa haber cometido un error al invitar a mi abuela.

Mi madre abandona la mesa y avanza dando grandes zancadas hasta Niang Niang. Mi padre la sigue y los tres se desplazan más allá de los ascensores para hablar en privado, con todas nuestras miradas puestas en ellos.

—Lord Black, ¿has ido a buscar a Niang Niang gracias a la vista de dragón? —pregunto.

Él ríe.

—No, *Madame* Meng me envió un mensaje en el que solicitaba que fuera a buscar a la hermana Niang. Si se hubiera perdido, a su hija se le habría roto el corazón.

Se une a la mesa. Siguen llegando platos y, por lo que veo, los Durand están disfrutando de la comida y la compañía. Cuando mis padres regresan con Niang Niang, tanto la madre como la hija tienen los ojos llorosos, pero parece que han llegado a un acuerdo. Niang Niang se une también a la mesa.

Toda mi familia está aquí reunida. Han traído *maotai*, así como el coñac favorito de Big Wang. Mémère prepara un cóctel de sangre y *whisky* y entrechoca su vaso con el de Big Wang; los dos se beben sus copas de un trago como si estuvieran tomando chupitos. Caballuno, Marianne y Lord Aengus están sumidos en un profundo debate filosófico sobre algún apartado esotérico de la benevolencia confuciana. Mi madre abraza a Maomao entre susurros y risas. Incluso Tony parece en paz mientras charla satisfecho con mi padre.

Lord Aengus golpetea su copa con una cuchara.

—Tengo algo que anunciar. —Cuando todos le prestamos atención, dice—: Maomao y yo realizaremos un poco de senderismo en las montañas celestiales antes de que ambos viajemos de vuelta a Inis Fáil.

—¿Vuelves a casa? —pregunta Tony, claramente sorprendido.

Lord Aengus inhala con fuerza.

—Sí. Necesito tener una conversación franca con el Dagda. Maomao dice que debería intentar ser honesto y hacer un esfuerzo por comprenderlo a él también. De esa forma, ambos tendremos la oportunidad de ser felices en vez de desgraciados cuando estemos juntos. Y si se niega a ceder, al menos podré decir que lo he intentado de todo corazón y que, por tanto, no me arrepiento de nada.

—Una decisión sabia —dice Lord Black.

El momento de la despedida llega demasiado pronto. Mis padres se turnan para abrazarme. No quiero dejarlos marchar, pero sé que debo hacerlo. Cuando se apartan, ambos extraen un pequeño tarro.

Ante mi mirada interrogante, mi madre explica:

—Es el té del olvido de *Madame* Meng.

—¿Queréis olvidarnos? —digo con la voz aflautada.

—Hay mucha amargura en mi interior, Jing. Me reconcome. —Se vuelve hacia mi padre—. Ya has visto cómo sufrió tu padre; el té le permitirá olvidar el sufrimiento del altar. *Madame* Meng nos ha dicho que nuestros hilos rojos del Destino se asegurarán de que no perdamos al otro en el nuevo reino. Es la mejor manera de pasar página, encontrar la felicidad y despedirnos del veneno que se aferra a nosotros. —Me sostiene la mano—. Sé que es difícil e inesperado. Pero creo que, si sabes que somos dichosos, te alegrarás por nosotros. Nuestros recuerdos no se perderán por completo; están bajo tu custodia.

Mi mirada se encuentra con la de mi madre al tiempo que se bebe el té. Observo cómo sus recuerdos desaparecen; la arruga entre sus cejas se alisa, la tensión en las comisuras de los ojos se desvanece e incluso su postura varía, como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Su mirada se desvía de la mía y recorre a sus seres queridos (Niang Niang, Maomao y yo) con completa indiferencia. No tiene ni idea de quiénes somos. Un hilo rojo aparece en su muñeca y la conecta con mi padre. Sus ojos se encuentran y se sonríen con timidez al tiempo que una suave luz dorada los rodea.

Cuando la luz se apaga, ellos ya no están allí.

Los otros regresan a la mesa, a sus bebidas. Pero yo no tengo hambre ni sed, así que deambulo hasta el estanque de *koi*. Tony me sigue.

—Jing, ¿podemos hablar?

—Claro.

Recuerdo la amenaza de Big Wang sobre los niveles más bajos del Infierno, así que lo conduzco al otro lado de la azotea.

Cuando nos encontramos a solas, él comienza a dar vueltas inquieto.

—Normalmente comes cinco veces al día. Te he observado durante toda la cena. No has tomado nada.

No era lo que esperaba.

—No tenía hambre —digo.

—Tampoco has probado la sangre. Y cuando te la han servido, parecías indispuesta. —Me agarra y me aprieta los brazos y los hombros—. Jing, estás en los huesos.

Me retuerzo para soltarme. Me acomodo sobre las baldosas de terracota y me apoyo contra la barandilla. Él se sienta a mi lado.

No tiene sentido que mienta, y menos a Tony.

—Si intento beber sangre, me entran arcadas al momento.

—Pero necesitas la sangre para vivir. Debes de estar enferma, ¿se lo has dicho a Mémère?

Suspiro.

—Para transformarte, tuve que beberme hasta la última gota de tu cuerpo. No consigo beber sangre sin acordarme de ti muriendo en mis brazos.

Me dirige una mirada tan penetrante que siento que me está agujereando la cabeza.

—Pero no estoy muerto —dice al fin.

Apoyo la cabeza contra la barandilla y levanto la vista al cielo oscuro.

—Sí que moriste. Tu corazón se detuvo. Tuve que esperar a oír el ultimísimo latido para poder darte mi sangre. Conté veinte respiraciones, pero tu corazón permaneció en silencio. Estaba convencida de que te había perdido. —Estoy orgullosa de la estabilidad de mi voz. Apenas se oye un temblor.

—No lo sabía.

—No podías saberlo.

—Aun así, no deberías haberlo hecho.

Me vuelvo para que pueda verme toda la cara cuando hablo.

—No me arrepiento de que sigas aquí, vivo, y que continúes pudiendo ser tan terco como para enfadarte conmigo. Jamás me arrepentiré de eso.

Tony se aferra a sus principios. Sé que le irrita que no asuma mis errores. Pero, para mi sorpresa, no se marcha de mal humor, sino que apoya la cabeza en la barandilla.

—Llevas puesto un *qipao*.

Bajo la vista.

—Este verde es el favorito de Caballuno.

—Has sido indulgente con Lord Ma durante toda la noche. Y cada vez que miras a Big Wang te pones sensiblera. Es como si te hubieras estado despidiendo de ellos. ¿Hay algo que deba saber, Jing?

Me planteo contárselo, pero de pronto no quiero hacerlo.

Ante mi silencio, exhala y se pasa una mano por el pelo.

—Estaba enfadado contigo, Jing. Me sentía traicionado porque te dije que no quería ser vampiro y aun así me convertiste en uno de todas formas. Me dio la impresión de que te abrías paso a la fuerza para conseguir lo que querías, sin tener en cuenta a los demás.

—Siento haberte hecho daño, Tony.

—No, soy yo quien debe disculparse. —Su mirada acaricia mi clavícula y mis hombros—. Hiciste todo lo posible por mantenerme con vida sin importar el precio. Al ver a tus padres perdiendo sus recuerdos, he comprendido lo insensible que fui al proponer lo maravilloso que sería que te reunieras conmigo en los muelles tras mi muerte. —Me toma la mano con cuidado—. ¿Me perdonas?

Se me nubla la vista a causa de las lágrimas, así que no puedo ver cómo sus dedos se entrelazan con los míos, pero los siento.

—Estás aquí. No estás muerto. Y por ese motivo, te perdono cualquier cosa.

—Estamos unidos por los hilos del Destino —dice él—. El Cosmos siempre encontrará la forma de que nos reunamos.

Lo contemplo.

Él ríe.

—Tras ver el hilo rojo del Destino que une a tus padres, estoy seguro de que tú y yo estamos conectados de la misma manera. ¿Te gustaría que me mudara al Shanghái yin? Big Wang dice que podría trabajar a jornada completa en el Banco del Infierno.

Me muerdo el labio.

—Hay algo que no te he contado.

—¿De qué se trata?

—Me mudo a París.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

—En cuanto haya hecho el equipaje, supongo. Quizá dentro de una semana. Forma parte del acuerdo al que llegué.

Tony se queda inmóvil.

—¿Qué acuerdo?

—Mémère solo me diría cómo salvarte si prometía mudarme a París para aprender lo que supone ser una Durand.

—Lord Black tenía razón —musita y sacude la cabeza.

—¿Qué has dicho de Lord Black?

—Me preguntó si conocía el precio que habías pagado esta vez para salvarme la vida. Tu hogar y todas las personas a las que amas. Sí que te estabas despidiendo. —Emite un largo suspiro—. No te irás sola a París. Voy contigo.

—¿De verdad?

—No pienso dejar que ese tal Olivier se te acerque. —Me preocupa que esté enfadado, pero me da un besito en la mejilla y ríe con ligereza—. Yo también tengo que aprender a ser vampiro. Además, Big Wang y tus padres me han encargado que cuide de ti.

—¿Cuándo?

—Le hice una promesa a Big Wang la última vez que estuvimos en las Colinas Turquesa, cuando Lord Black y él ayudaron a sanarme. Antes de reunirnos contigo, he hablado con tus padres y les he pedido su bendición. —Sonríe avergonzado y me tiende una caja roja de terciopelo. Contiene un anillo engarzado con una brillante gema rosa, como el rubor del amanecer.

—Si me aceptas, me gustaría compartir una eternidad de estrellas y amaneceres contigo. Quiero hacer que tu corazón cante, quiero que vivamos nuestra mejor vida juntos, para siempre.

Tony aguarda mi respuesta con esperanza y temor en los ojos.

Me da un vuelco el corazón.

—¡Sí! —Presiono mis labios contra los suyos y saboreo la luz del sol.

UNA ANOTACIÓN LINGÜÍSTICA

El chino escrito es una lengua logográfica donde cada carácter corresponde a una palabra o a la parte significativa de una, en contraste con un alfabeto, donde cada letra representa un sonido. Plasmar una lengua logográfica usando el alfabeto romano supone varias dificultades, sobre todo teniendo en cuenta el gran número de dialectos chinos (y correspondientes tonos), así como los múltiples sistemas de romanización.

Dado que quería crear un ambiente definido para el lector valiéndome del tiempo y el lugar, el sistema de romanización que he utilizado depende del contexto. Los lugares que *Lady* Jing visita en China tienen sus propios dialectos, incluidos Shanghái y Lijiang; sin embargo, para no perder la cordura he utilizado el mandarín a lo largo de todo el libro. Algunos nombres de lugares históricos como Whangpoo y Lijiang usan la romanización original del sistema postal de la China imperial del siglo XIX. La mayoría de los demás términos (expresiones genéricas, expresiones idiomáticas y nombres de personajes) utilizan el Hanyu Pinyin (desarrollado por la República Popular China a finales de los años cincuenta del siglo XX) por su sencillez y claridad. Las palabras que sirven de guía para la pronunciación se transcriben utilizando el equivalente más cercano al inglés, ejemplo: «May sherr».

He puesto en cursiva el francés que hablan los Durand, así como el irlandés del Tuatha Dé para resaltar a propósito que *Lady* Jing es una persona ajena a esas conversaciones, puesto que no entiende ninguno de los dos idiomas.

Algunos términos amistosos como hermana mayor, hermano mayor, hermana pequeña y hermano pequeño (*jiejie*, *gege*, *meimei*, *didi*) se usan comúnmente en la sociedad china en términos de respeto y cariño hacia personas que no son parientes, una costumbre que se refleja en el libro a través del tratamiento entre las cortesanas *hulijing*.

GLOSARIO SELECCIONADO

Capítulo 4: de la Reina Madre de Occidente a Lord Aengus
Céad míle fáilte romhat.
Mi más cordial bienvenida.

Capítulo 17: de *Lady* Brigid a Lord Aengus
A dheartháir, an bhfoghlaimeoidh tú riamh?
Hermano, ¿nunca aprenderás?

Capítulo 25: nombre de capítulo
陳酒味醇，老友情深
El vino añejo tiene un sabor suave; los viejos amigos nos transmiten un profundo afecto. (Proverbio que significa que los vinos añejos y los viejos amigos son los mejores).

Capítulo 30: de Marianne a Tony
言既出，駟馬難追
Las palabras, una vez pronunciadas, no pueden ser alcanzadas ni siquiera por una caballada. (Proverbio que significa que lo dicho no se puede retirar).

Capítulo 31: del Dagda a Lord Aengus
Cómh neamhfhreagrach is atá tú! Breathnaigh ort féin. Seo é toradh na faillí a rinne tú i do chuid dualgais agus ní bhíonn an chiall agat a rá "ní dhéanfaidh mé".

¡Eres un irresponsable! Haz examen de conciencia. Lo que ha ocurrido es la consecuencia de que siempre descuides tus obligaciones y nunca tengas sentido común suficiente para decir «no voy a hacer eso».

Capítulo 31: Lord Aengus al Dagda

Dualgais? Freagrachtaí? An bhfuil tú dáiríre? Ní mise an duine atá ag téaltú timpeall na háite le gasta liopasta a fháil.

¿Obligaciones? ¿Responsabilidades? ¿Lo dices en serio? Yo no soy el que está merodeando el lugar en busca de un polvo rápido.

AGRADECIMIENTOS

¡*Tian ah*! ¡Lo conseguimos! Varios problemas de salud (cáncer de mama, ¡argg! Un diagnóstico en adultos de TDAH, el cual explica MUCHÍSIMAS COSAS) y una emergencia familiar han supuesto que *París celestial* haya tenido una gestación larga y difícil. Molly y Jamie, no hay palabras para expresar lo mucho que agradezco vuestra paciencia y apoyo inquebrantable. Y Jamie y Jess, por haceros cargo cuando yo no podía.

A mi equipo de Hodderscape: Kate Keehan, Marina DominguezSalgado, Aiysha Nazir, Laura Bartholomew, os envío muchos abrazos y agradecimientos por todo lo que hacéis y por todas las oportunidades que me otorgáis para compartir a *Lady* Jing con el mundo.

Al final, el sol salió y la vida retomó su curso. Volví a sumergirme en el mundo de Jing, descubriendo su familia francesa y nuevos amigos irlandeses. Muchas gracias a Camille Le Baron por transformar mi malísimo francés de instituto en algo pijo y presentable y a Alwyn por tener ojo avizor para detectar las molestas correcciones de *masculin ou féminin*. Muchísimas gracias y un fuerte abrazo a Ruth Frances por compartir sus conocimientos sobre el folclore irlandés y a los Connolly por sus frases en irlandés, porque nadie debería tener que sufrir mis galimatías traducidos por Google.

Mis libros son mis bebés y también son una preciosidad, gracias al talento combinado de Natalie Chen y Weitong Mai. Con la portada de *París celestial* se han salido. *Suspiro de felicidad*. Gracias a los

dos por vuestro prodigioso talento y por tener un ojo excelente para los colores y los detalles.

A FairyLoot y Goldsboro, gracias por arriesgaros con una demonia del caos tan bocazas y por crear unas ediciones especiales tan bonitas de mis pequeños. De verdad que ha sido un sueño hecho realidad.

A Lucrezia, Giorgia, Mariló y Ainhoa, gracias a vosotras y a vuestros lectores por esperar *París celestial* con tanta paciencia. ¡Os lo agradezco muchísimo!

Mis felicitaciones a Mei Mei MacLeod, la talentosa actriz que ha doblado el audiolibro. Oírla dándole vida a mis personajes fue una sensación increíble; todo escalofríos, vértigo y sonrisas constantes. Los has clavado a todos. Estoy deseando volver a trabajar contigo.

No habría conseguido superar los dos últimos años con cordura ni habría podido terminar un manuscrito de no ser por el apoyo de mis amigos, tanto los que están cerca como los que están lejos. Por sus consejos vitales, conversaciones trascendentes, por contactar conmigo tras los cambios editoriales, almuerzos desenfadados, una criatura encantadora, una muestra de Baldur's Gate… Por esto y mucho más, estoy muy agradecida. Os aprecio a todos y cada uno de vosotros y no me puedo creer lo afortunada que soy de teneros en mi vida.

A mi querida *fraggle* enfadada: te veo y te quiero.

Todo mi amor y cariño a mi familia: a mis padres, sobre todo a mi madre, que responde a mis desastrosos mensajes como una profesional y me responde las preguntas sobre los modismos chinos o qué caracteres debería escoger para el nombre de un personaje. Gracias por asumir el cuidado de la niña cuando yo estaba enterrada en la cueva de las correcciones editoriales; a mi hija, porque está orgullosa de mí a pesar de mi debilidad por los Labubus; a mi maridito, David, por su amor y eterno apoyo y por sus excelentes dotes de cocina para que no me muera de hambre cuando estoy sumida en las correcciones.

A todos los maravillosos libreros, bibliotecarios y creadores de contenido literario que defienden a *Lady* Jing y sus aventuras, vuestro apoyo y entusiasmo lo es todo para mí. Daros las gracias no es suficiente. En las palabras de un *jingle* de Heinz de los ochenta: *You're the top, you're the crowning glory. You're the best, you're a saucy winner!* (¡Sois lo más, la guinda del pastel! ¡Sois lo mejor, unos ganadores audaces!).

¡Y PARA LOS FANS! Es decir, para mis amados lectores (fans de Jinu y Derpy: os veo): gracias por acoger a *Lady* Jing y esperar *París celestial* con tanta paciencia. Espero de verdad que disfrutéis de la siguiente etapa de Jing y Tony. Me encantó conoceros en Londres, Edimburgo, por todo Reino Unido y en Lucca, Avilés, Estocolmo, Nueva York, Los Ángeles, Portland, San Francisco, Boston, Calgary y Taipei. Espero poder conoceros a muchos más durante los años venideros. Sois el corazón de este viaje. Os quiero.

París celestial

Título original: *Paris Celestial*

Copyright © A. Y. Chao 2026

Publicado por acuerdo con The Buckman Agency en representación de
The Ampersand Agency.

Traducción: © Laura Moreda 2026
Ilustración de cubierta: © Weitong Mai 2024
Diseño de cubierta: © Natalie Chen 2026
Adaptación de cubierta: Book&Look Revisión:
Balloon Comunicación

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico: octubre de 2026
ISBN: 978-84-450-2293-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros